

UNA NOVELA SOBRE LA PRIMERA SELECCIÓN ESPAÑOLA DE FÚTBOL


JÓVENES PROMESAS

1920. JJ.OO. AMBERES. LA LEYENDA EMPEZÓ AQUÍ



JUANJO DÍAZ POLO



 Planeta

Corre el año 1920 y el comité olímpico español va a enviar por primera vez en su historia una selección de fútbol a un campeonato internacional. Pero la tarea no será nada fácil: las diferentes federaciones regionales recelan unas de otras y cada una quiere que sus jugadores tengan protagonismo.

Con tal escenario, los responsables de la expedición no guardan grandes esperanzas, pero no cuentan que, sobre el terreno de juego, estarán los Zamora, Pichichi, Pagaza, Belauste o Samitier, componentes de un equipo de leyenda. Inspirada en hechos reales, Jóvenes promesas se desarrolla en los inicios del fútbol y el olimpismo y narra, a través de la voz de Elena Díaz, la idealista hija de un veterano cronista deportivo, la gesta histórica de un equipo inolvidable, en el que nadie creía y que alcanzó la gloria.

Juanjo Díaz Polo

Jóvenes promesas

A Juan y Pepi, por llenar la casa de libros

«... si encuentra un seto ya está preparándose para saltarlo;
si encuentra un balón será el más desgraciado
de los hombres —así, el más desgraciado—, mientras no pueda
irse derecho a él y acometerle; no puede ver una persona que
marche de prisa sin tratar de adelantarla; no puede ver una
pradera sin lanzarse por ella al galope, transfigurado por su
pasión voraz...»

«La gloria del estadio», *Olímpicas*,
HENRY DE MONTHERLANT

1

Hubo un tiempo feliz en el que las máquinas, los ideales y el deporte prometían desterrar todas las miserias humanas. El mundo entero soñaba con un futuro mejor y —de alguna manera— mis padres formaron parte de todo eso.

Papá fue un pionero, uno de los primeros cronistas deportivos del país, y para él no había misión más alta ni mayor halago que ser un *sportman*.

Desde pequeña, yo lo acompañaba a reuniones atléticas, carreras ciclistas, exhibiciones de globos, al box, al *tennis*, al *jai-alai*... Me crie junto a las líneas de cal de los campos de fútbol, vestida de domingo, entre golfillos y recogepelotas. No sé si aquello me gustaba. En cierta ocasión recibí un balonazo que dio conmigo en el suelo y papá me infló a helados y dulces, hasta que el daño mereció la pena.

Mamá era francesa. Mi padre la conoció en París, durante una visita a la Exposición Universal de 1889. No fue en la novísima Tour Eiffel, sino en una calle cualquiera, cuando él buscaba indicaciones para acudir al espectáculo de indios y *cowboys* del auténtico y legendario Buffalo Bill. Desde ese momento, la flecha del amor se clavó en ambos más profundamente que cualquier dardo siux. Recorrieron juntos las cuatro esquinas del mundo conocido, desde la Cochinchina a Noruega y de Siam a Egipto, sin salir nunca de París; se besaron a escondidas entre los pabellones, se hicieron mil promesas, y al llegar el día del adiós, se abrazaron sobre el Pont de l'Alma en el Quai d'Orsay con lágrimas en los ojos.

Desde España, él escribió larguísimas y sentidas cartas a diario, que ella contestó con otras más largas y sentidas; así durante seis años. Según contaban después, es una forma infalible de enamorarse sin remedio, porque

en la ausencia del otro, cada uno lo recrea como quiere y nada estorba a su imagen ideal.

Cuando Pepe Díez se presentó en París para pedir la mano de Emma al señor Lagrange y a su distinguida esposa, apenas había compartido con ella quince días, pero nada podía separarlos.

Tras la boda, se establecieron en Francia y allí, en el París de la Belle Époque, nació mi hermana Béatrice.

Papá trabajaba de corresponsal para varias publicaciones españolas y empezaba a hacerse un nombre en la naciente prensa deportiva, para la que escribía bajo el seudónimo de Rampoleón. Sin embargo, no todo era de color de rosa. Mamá tenía un genio vivo y tras el enésimo encontronazo con su familia, planteó la posibilidad de mudarse a España. Durante los Juegos Olímpicos de París de 1900, en medio de un partido de fútbol en el velódromo de Vincennes, tomaron la difícil decisión.

Y en Madrid, ciudad abierta a los forasteros con encanto, donde todavía se voceaba el agua, azucarillos y aguardiente, nací yo, Elena, su segunda y última hija.

Béatrice es tres años y ocho meses mayor que yo. Se parece mucho a papá, aunque por dentro es maternal y práctica, como mi madre, y yo, que soy la viva imagen de mamá, me temo que salí tan idealista y soñadora como mi padre.

Mamá retomó su vocación de maestra dando clases en el Liceo, entonces Colegio Francés de Señoritas, y antes de tres años era toda una personalidad en la *société* local.

Nos enseñó a disfrutar de las oportunidades cuando llegan, sin cuestionar ni un instante si las cosas podían haber sido de otra manera. Pese al aire campesino de su apellido paterno —Lagrange—, su filosofía de vida parecía un manual para navegantes y se resumía en aprovechar los vientos favorables y no pelear nunca contra los adversos. Siempre veía el lado bueno de las cosas, y no la recuerdo nunca lamentándose de nada; ni siquiera cuando tuvo el accidente que, a la postre, acabó con su vida, siendo todavía muy joven. Su voz me acompaña desde entonces y, cuando me tienta hacerme algún reproche, la escucho —cantarina— muy dentro de mí, recitándome su refrán favorito:

—Qui ne veut se risquer, ne traversera pas la mer.

Es decir, quien no se arriesga, no cruza la mar; un dicho que vale por un tomo entero de máximas de La Rochefoucauld.

Además de su trabajo en el Liceo, mamá traducía los artículos de mi padre para la prensa francesa, casi siempre *L'Écho de Paris* y unos libros, *Deporte e higienismo*, que papá escribió mano a mano con el célebre doctor Bartrina y que fueron un éxito de ventas. Además, era intérprete habitual en toda clase de eventos sociales madrileños. En uno de ellos, de forma inesperada, se convirtió en protagonista y alcanzó el que, para mí, fue su momento estelar, ese que marca como un símbolo toda una vida.

Fue —cómo no— al principio de un verano, en una exhibición aérea en Ciudad Lineal. Papá y yo llegamos apretujados en el tranvía nuevo de Las Ventas, una hora antes del comienzo. La carretera ya estaba colapsada por carruajes y automóviles, en los que un río de espectadores afluía al flamante velódromo. Dentro, el lleno era absoluto. Fuera, grupos de mozos trepaban a los muros de las fábricas vecinas o pisoteaban los campos de labranza circundantes, en busca de un oteadero para ver el espectáculo de rondón, esquivando a los vigilantes y a los campesinos que intentaban echarlos de los sembrados garrota en mano, y eran recibidos a pedradas. Asistieron a la exhibición el rey Alfonso XIII y su esposa británica, Victoria Eugenia. Ninguno de los infantes estuvo presente; se rumoreó que la casa real consideraba el evento demasiado peligroso para ellos, y yo —a mis nueve años— me sentí importante por estar allí.

La aviación era la mayor de las fantasías modernas hecha realidad, una fiebre popular aún más fuerte que el fútbol o la tauromaquia, y los pioneros de ese deporte eran héroes. Tal vez fuera porque volar era arriesgadísimo y los aeroplanos se desplomaban con frecuencia, deshaciéndose en pedazos. En ocasiones, como en la tragedia del hipódromo de la Castellana, arrollaban a los incautos espectadores, segando cuerpos con la hélice y los cables de acero. Por todo ello, las demostraciones aéreas eran espectáculos emocionantes y el público respondía, atraído por el morboso efecto imán que tiene el peligro. Las entradas se agotaban y los días previos a la exhibición del velódromo se formaban colas ante el despacho de billetes próximo al Colegio Francés, que llegaban casi hasta la calle de Alcalá. Se pagaban

setenta y cinco pesetas por los palcos de privilegio, ocho por cada silla de pista, tres por un asiento general y una peseta por la entrada de pie.

La credencial de prensa de papá nos abrió camino, más allá de la pista inclinada de cemento, hasta el borde mismo del baldío central, donde reposaban los aviones. Saludé a distancia a mi madre, dominando mi entusiasmo. Llevaba un largo *foulard* de seda blanca anudado con gracia al cuello, su mejor traje de Paquin y un llamativo sombrero ancho cubierto de florecillas de colores. Mamá acompañaba al grupo de mecánicos y pilotos, la mayoría franceses, ataviados con sus peculiares atuendos de cuero y gafas de antifaz. Con ellos estaba también la audaz belga Hélène Dutrieu, de quien se decía con escándalo y picardía que era «la primera mujer aviadora que no utilizaba corsé para volar», despertando el morbo en el populacho. Aparte de su atrevimiento indumentario, era conductora de automóviles, acróbata de motocicletas, ciclista, inventora y piloto de aeroplanos. A mis ojos infantiles, Hélène Dutrieu era la mujer más pluscuammoderna que había existido jamás.

Sin embargo, la estrella de la exhibición ese día era el aviador Jean Mauvais. Volaba un biplano Sommer hecho —para entendernos— con cuatro palitroques y tela *beige* en las alas, unidas estas por una complicada trama geométrica de cuerdas de piano. El conjunto olía a distancia a taller de ebanista, porque los mecánicos encolaban el tejido de los planos para tensarlo. El motor flotaba en medio del tingladillo, tras un pequeño púlpito metálico para el piloto. Posado en tierra, me resultaba difícil saber cuál era la parte delantera y cuál la trasera de aquel aromático fósil de libélula gigante.

Un pomposo maestro de ceremonias, tocado con chistera, se colocó tras un enorme cono de metal que servía de megáfono y dio la bienvenida a la multitud. Anunció que una distinguida dama volaría con Mauvais sobre nuestras cabezas, a más de cincuenta metros del suelo.

Aplaudimos mientras los mecánicos empujaban sin esfuerzo el aeroplano hasta la posición de despegue y emplazaban una escalerilla de madera a pie de ala. El piloto dirigió la operación y pidió venia al palco real con un gallardo taconazo que arrancó una ovación de la muchedumbre. Después, Mauvais dio una grácil carrera hasta la zona de aviadores y ofreció su brazo a una de las señoras, que avanzó con él hasta el pie mismo de la escalerilla, oculta bajo una sombrilla. Para mi pasmo, vi que no se trataba de Hélène

Dutrieu, como habíamos supuesto, ¡era mamá quien iba a subir al aparato! Tartamudeando, no paré de preguntar varias veces lo mismo:

—Pero ¿es mamá quien va a volar? ¿Va a ser ella? ¿Va a ser mamá? ¿De verdad?

No sé si mi padre me llegó a contestar; debía estar tan asombrado como yo. Mamá entregó su sombrilla a uno de los mecánicos y envolvió con decisión su sombrero en el *foulard* de seda, anudándolo con gracia bajo el mentón. Después, trepó por la escalerilla y ocupó un lugar imposible entre la afilada hélice de madera y el piloto; saludó con gracia a la multitud ondulando un brazo y se aferró con sus blancas manos a los listones que separaban las alas. Yo enmudecí, columbrando que caería sobre la hélice en pleno vuelo, haciéndose picadillo. Mi padre sonreía e intentó aliviar mi pavor, pero estaba pálido como el yeso.

—No te preocupes, cariño, no va a pasar nada, to... todo está previsto.

El delicado aspecto de mi madre —vestida para un paseo dominical por una rosaleda— contrastaba con el atuendo del aguerrido piloto, al que el maestro de ceremonias calificó de «Ícaro moderno», «hombre pájaro» y no sé cuántos tropos floridos más. Iba equipado —más o menos— como un hombre bala que había visto en el circo: polainas, pantalón bombacho, chaqueta de cuero ceñida, gruesos guantes y un pañuelo corto de color rojo al cuello. De remate, coronó su cabeza con un casco de acero desmochado, de sospechoso parecido a un orinal sin asas. Mauvais atusó sus engrasados bigotes de cola de salamandra y se sentó a la palanca de mando del «ave artificial» o «monstruo volador», según palabras del bimbado altavocista.

Se anunció el disparo del motor, un enervante estallido seguido de petardeo pirotécnico que acabó convertido en un rugido continuo. Aquella «potentísima máquina» —que según el maestro de ceremonias tenía la fuerza de cincuenta caballos de tiro— hizo zumbar las pavorosas aspas de la hélice, levantando una polvareda en el seco carrizal.

Tres mecánicos hercúleos, protegidos con gafas de antifaz, sujetaron el aparato por la cola y el piloto empezó a acelerar. Los hombres apenas podían retener el avión, que parecía a punto de desmembrarse en cualquier momento. Yo me aferré al brazo de mi padre, esperando que mamá corriera para ponerse a salvo, como habría hecho una mujer sensata; pero no hubo tiempo:

a una señal del piloto, los tres hombretones soltaron la cola y el aeroplano echó a trotar, botando por la pista. No me atreví a respirar. El Sommer levantó su parte posterior del suelo, provocando el ¡oh! admirado del público. Siguió bamboleándose por el campo central del velódromo, aumentando su velocidad, hacia los límites arbolados del anillo de cemento, contra el que se estrellaría sin remedio si no llegaba a elevarse. La tragedia era palpable, tal vez el peso de piloto y pasajera fuera demasiado para volar el aeroplano y evitar el choque; ¡a todas luces, mamá había cometido una imprudencia fatal! Por fortuna, en cuestión de segundos, las ruedas, livianas como burbujas, se alejaron de la tierra, y el público prorrumpió en una tromba de aplausos; yo también.

Bandadas de pájaros huyeron despavoridas de los árboles en dirección opuesta a la del estruendoso chisme que se les venía encima. Contra todo pronóstico, no tardaron en dar media vuelta en el aire y empezaron a seguirlo a distancia, con natural curiosidad, porque ni ellos ni la mayoría de nosotros habíamos visto nunca nada parecido. El aeroplano giró y giró varias veces sobre la multitud, dibujando la forma del velódromo en el aire, ganando altura con un flotar delicado y vacilante que lo llevó donde antes solo podía llegar la imaginación.

El vuelo me pareció eterno. Por las crónicas que aún conservo, pude saber que no duró ni cinco minutos, según determinó un señor cargado de relojes y de importancia, que estaba sentado muy cerca de nosotros y resultó ser el cronometrador oficial del acto.

El aeroplano inició el descenso y entonces llegó lo peor: las frágiles ruedas de radios botaron sobre el suelo y rodaron sin freno sobre la hierba; llevaba demasiada velocidad y parecía claro que terminaría chocando contra la tribuna. Se apagó el motor, se hizo un silencio dramático... ¡Y Mauvais saltó del aparato, dejando a mamá sola, a bordo de aquel cacharro, directo hacia el palco de los reyes! Fue un momento de pánico general; hasta me pareció que la escolta regia se ponía en alerta. Con agilidad circense, el aviador se tumbó en el suelo, dejó pasar las alas sobre su cabeza y agarró el aeroplano por la cola como si fuera un toro bravo, haciendo de ancla humana; acudieron los mecánicos a la carrera para engancharse a él como monosabios y el aparato se detuvo, convertido en manso cabestro por la fuerza y la

habilidad de aquel Hércules volador y su estrafalaria cuadrilla.

Después supe que aquella forma de frenar esos artilugios tan livianos era habitual, pero entonces era lo más impresionante que había visto nunca en mi vida; ni siquiera sabía que podía hacerse algo semejante. El público ovacionó con delirio a Mauvais y después a mi madre, cuando él le tendió una mano con un gesto galante y ella saludó con elegancia a la muchedumbre.

—Me he sentido geina del aige, con pegmisó de sus majestades, clago está —declaró más tarde con su suave acento francés a la prensa.

Las fotografías de mamá a bordo del aeroplano se publicaron en los diarios de Madrid y nos convirtieron a las dos en celebridades en el Colegio Francés y en nuestro círculo de conocidos durante meses.

Fue una época increíble, los seres humanos nos sentíamos poderosos: el deporte robustecía los cuerpos y las voluntades, las máquinas nos permitían volar; si éramos capaces de eso, podríamos hacer cualquier cosa. O casi.

Apenas dos años más tarde, mamá bajó sin mirar de un tranvía y fue arrollada por un carruaje. En el hospital —a pesar de su palidez amoratada— fingía buen humor y no paraba de hacer planes para las vacaciones. Nos hizo prometer que yo las pasaría en Francia, para conocer a su parentela y completar mi formación, como años antes había hecho Béatrice. Al día siguiente, los médicos descubrieron que sufría un derrame interno y decidieron operarla con urgencia, pero para entonces ya había perdido mucha sangre. Pasó sus últimas horas tan desmejorada que no me dejaron verla.

Empezó el año más triste de mi vida. Me parecía un engaño absurdo que la vida siguiera adelante sin ella, que fueran la tía Angelita —hermana de mi padre— y Dori, nuestra amorosa cocinera, quienes nos hicieran los tirabuzones, nos llevaran al médico o eligieran nuestra ropa, en lugar de hacerlo mamá. En ocasiones creí encontrarla entre la multitud y, a veces, seguí a su fantasma por la calle, dejándome llevar por el vago parecido de una desconocida, sabiendo que no era ella, alimentando la esperanza de que nunca se hubiera ido del todo y que volvería a casa con alguna explicación a un tiempo fantástica y razonable: «Es que era espía del Gobierno y no quería ponerlos en peligro»; «Tuve una enfermedad gravísima y muy contagiosa», o «Fui secuestrada por un jeque oriental y tardé años en escapar de sus garras». Ninguna realidad podía doblegar mi deseo y mi necesidad de volver a verla.

El silencio plomado de las ceremonias del velatorio, del funeral y del entierro lo viví con extrañeza, como quien asiste a una delirante obra de teatro. La ausencia de mi madre era definitiva y el dolor que sentía, real, pero mi mente infantil se negaba a aceptarlo.

Durante el acompañamiento al cementerio, bajo el sol, tras la carroza fúnebre, no dejaba de pensar que aquel panteón con ruedas no era un vehículo apropiado para Emma Lagrange. A ella le habría gustado ser trasladada en dirigible o galopando a lomos de una motocicleta, como una moderna Juana de Arco. La imaginé feliz, saludándonos con su mano, haciendo del último viaje una aventura más, y me eché a reír como una loca. Tuve que morderme los carrillos para domar la euforia que sentía por su liberación. Mi comportamiento delirante impresionó a todos; la familia española me cubrió de ayes y de besos, mientras mis tíos y abuelos maternos, llegados a toda prisa desde Francia, me miraban compungidos y perplejos.

Pasé aquel extraño verano con ellos, tal como mamá había deseado, en una preciosa residencia para familias de ingenieros en Aix-en-Provence. Visitamos a una intrincada parentela que se extendía desde Nimes a Toulouse, antes de volver con los abuelos a París y de allí a España.

La vida en Madrid no volvió a ser igual. Papá y Béatrice habían trasladado todas nuestras cosas a un piso alto en la calle Carretas, muy cerca de la bulliciosa Puerta del Sol, y la tía Angelita se instaló en casa para siempre. Yo tenía once años. Desde entonces, la tía, mi hermana y Dori no permitieron jamás que me sintiera huérfana.

Papá se refugió en su trabajo y siguió llevándome a toda clase de demostraciones deportivas, como había hecho siempre.

Él había jugado al fútbol en el Sky, un pequeño equipo del que años después surgió el Real Madrid, pero una arritmia lo sacó fuera del campo, para ser secretario, directivo y, finalmente, cronista. Cualquier cosa con tal de seguir en contacto con el *sport*.

El deporte era la gran revolución humana, una religión de hombres civilizados que prometía acabar con las guerras y mejorar la raza. A pesar de ello, ninguna religión pudo evitar que en 1914 la muerte se pasara a sus anchas durante cuatro largos años por los campos de batalla de Europa. En una lenta hemorragia de noticias, supimos que varios parientes de mamá,

algunos de los que yo había conocido en mis vacaciones, morían o resultaban mutilados en la guerra. Padecimos mucho; el que más, papá. Después de morir mi madre, se había ido apagando como una vela. Empezó a usar bastón, con el que solía imitar a Charlot, y cada vez se fatigaba con mayor facilidad. Aquellos achaques eran conocidos por todos, también en el trabajo. Sin embargo, arrastraron consigo una secuela paulatina y sigilosa, más grave aún que la primera, que tardamos algún tiempo en comprobar: cuando papá hablaba del pasado, lo hacía cada vez con menos detalles. Sus recuerdos se difuminaban, sumergidos en una niebla densa que, al disiparse, lo dejaba confuso, con lagunas cambiantes en su memoria.

En lo que a mí respecta, mamá seguía presente en el día a día, aunque con el tiempo dejé de ver su fantasma entre la multitud. Sufrí mucho cuando olvidaba algún detalle o perdía la certeza de su abrazo, del calor exacto de su piel. Sin embargo, a menudo, la vida nos traía su recuerdo, y entonces su aroma, hasta el sonido de su voz, volvía fresco a mis sentidos. Como un campo de hierba después de la lluvia.

2

El partido más importante del año se jugaba en Gijón. Cientos de espectadores se agitaban sobre un oscilante graderío de madera: apuraban sus cigarrillos, aplaudían, mordisqueaban sus puños, maldecían, gritaban a los jugadores, daban hurras y cantaban al ritmo de las charangas de su equipo. En el campo se enfrentaban el Barcelona y el Athletic de Bilbao, once contra once, pero en la grada había una amplia mayoría de seguidores vascos, más cercanos a casa.

La brisa olía a mar y las gaviotas volaban parsimoniosas sobre nuestras cabezas, atravesando las grandes volutas de humo de mil cigarros, bajo el mullido cielo de mayo. Yo las veía pasar, tan indiferente al partido como ellas, con un periódico desplegado sobre las rodillas. Tenía dieciocho años y fui al Molinón acompañando a mi padre para ver la final del Campeonato de España del año 20, como cada primavera desde que se casó Béatrice, que era quien solía viajar con él.

Hacía pocas horas que había presenciado algo terrible en Madrid, unas muertes absurdas e inútiles que me habían abierto los ojos. Sin embargo, en aquel periódico no hallé una sola línea sobre ellas. Solo la gacetilla habitual de atentados anarquistas, la guerra de África y la represión de las revueltas obreras en todo el país. Estaba rodeada de niños grandes que pasaban su vida viendo jugar a la pelota y sentí ganas de zarandearlos a todos y gritar que en el mundo había cosas más importantes que aquel partido, pero fueron ellos quienes gritaron y me zarandearon a mí.

—¿Qué...? ¿Qué pasa?

Papá, con un cigarrillo apagado entre los labios, me miró como si yo viniera de otro planeta.

—¡Un *penalty* clarísimo contra el Barcelona!

Comentó con sus colegas de la prensa los pormenores del hecho; nada que ese día pudiera interesarme hasta que oí:

—¡Ahora vamos a ver si Ricardito Zamora es tan bueno como dicen!

—¿Zamora? —Al oír ese nombre salté como un resorte y lo busqué con la mirada—. Pero ¿está jugando Ricardo Zamora?

Rubryk, el reportero del diario *Abc*, soltó una carcajada.

—¡Menudo efecto causa ese chico en las mujeres!

Me sentí descubierta y lo negué todo:

—¡No es eso! Conocimos a Ricardo en Madrid, hace cosa de tres años. ¿Verdad, papá?

Mi padre tardó en contestar; ya era un maestro en disimular las carencias de su memoria.

—Eh... Cierto. En un partido, en O'Donnell.

Casi, pero no fue en el campo de O'Donnell, sino en el hotelito que había debajo de casa, antes del partido, y ocurrió algo que yo jamás podré olvidar. Deseé que le metieran ese *goal* y cinco más; hasta creo que lo dije en voz alta. Por suerte, nadie me hacía caso; estaban demasiado ocupados viendo cómo un jugador del Athletic de Bilbao se apoderaba de la pelota y la colocaba con mimo científico sobre el punto de *penalty*, vigilado de cerca por el árbitro. Frente a ellos estaba él, Ricardo Zamora, con su estampa inconfundible: alto, piel morena, anchos hombros, ataviado con rodilleras y un ceñido jersey blanco de cuello de cisne. Agitó el flequillo rubio al viento y encajó una gorrita flexible en su cabeza. Entonces gritó con voz poderosa, que todos pudimos oír:

—¡Secretario! ¡Serrín!

Un hombrín se acercó a la carrera con un saco y esparció una alfombra de virutas sobre el barro de la meta, pisoteándolo a medias con Ricardo, hasta que el suelo adquirió firmeza.

Mientras, en la banda, los demás jugadores aprovechaban la pausa para beber de botijos, rebosando aguazales de sus bocas, con el mismo aspecto que se espera de una cuadrilla en el tajo: pañuelos blancos anudados en la cabeza, vendajes aparatosos y ropa embarrada; pero Ricardo estaba impecable, ¿cómo podía parecer un maniquí de moda en pleno partido?

Una nube pasajera tapó el sol y la grada enmudeció. El bilbaíno retrocedió unos pasos para tomar carrerilla y Ricardo, plantado en el centro de la meta, se plegó como un felino de metro ochenta a punto de saltar sobre su presa.

Oí decir:

—Lo para, seguro.

Cuando el jugador del Athletic inició su carrera, cerré los ojos. Oí la patada al balón, las respiraciones de los dos hombres y la multitud estallando en vítores. Vi la pelota alojada en el fondo de la red y —lo juro— volvió a salir el sol. Quería felicitar a aquel jugador tanto como sus compañeros del Athletic. Él, sin embargo, avanzó unos pasos hacia Zamora y estrechó su mano para disculparse, siguiendo una norma no escrita de *fair play*, la caballerosidad en el deporte. Yo jamás lo habría hecho, jamás, porque con ese *goal* sentía que Ricardo, por fin, había recibido su merecido.

Lo que ocurrió entonces fue extrañísimo: el árbitro anuló el tanto. En la tribuna de prensa donde estábamos, los catedráticos del balón creyeron adivinar el motivo:

—Un jugador bilbaíno ha entrado en el área antes de tiempo. Habrá que repetir el lanzamiento.

En el campo y en la grada, todos parecían desconcertados.

Zamora —pillo como nadie— colocó la pelota en el lugar de la infracción y la pateó con prisa hacia su compañero Samitier, que inició un ataque fulgurante contra la meta del Athletic y el árbitro —un tal Bertrán de Lis, hombre experto y con fama de ecuánime— permitió que el juego siguiera como si tal cosa.

De nada sirvieron las quejas y gritos de Pichichi, del gigantesco Belauste y del resto de los jugadores bilbaínos, camino del vestuario en el descanso.

—En el fútbol, como en la vida —sentenció mi padre—, cuando algo pasa ya no tiene remedio.

Papá inventó esa forma de hablar que daba importancia a las cosas del juego y se la quitaba a los dramas de la vida; hasta le había puesto nombre: *filosofútbol*. Para hablar de lo inesperado, decía que «en la vida el balón nunca viene por donde se lo espera»; que un hombre en la crisis de los cuarenta está «en el descanso del mediotiempo», o que los poderosos del

mundo eran «los dueños del balón» y por eso hacían lo que les daba la gana. Simple, pero cargado de razón.

En la segunda mitad del partido, el acoso de los vascos fue constante y furioso, pero una y otra vez toparon con Zamora, que hizo paradas imposibles sin despeinarse. Luego, el Barcelona marcó dos tantos al contragolpe y ganó el Campeonato de España de 1920.

El público y los compañeros pasearon en triunfo a Ricardo por el campo, como a un torero famoso en tarde de gloria. En la tribuna alababan su nombre, lo calificaban de portento colosal y auguraban que sería seleccionado para ir a la Olimpiada de Amberes.

Yo me enfurruñé como si volviera a tener quince años. Ricardo Zamora sería un fuera de serie, pero para mí no era más que un tramposo.

Mi padre se quedó persiguiendo *interviews* para completar su reportaje. Acordamos un lugar de reunión y salí a orear mi enfado con la brisa del Cantábrico. Sobre la grada quedó mi periódico con el recuerdo de aquellos sucesos dramáticos ocurridos apenas cuarenta y ocho horas antes, y mi mente se fue, volando entre gaviotas, hasta un día —cómo no— de verano, tres años atrás.

La tía Angelita estaba fuera de Madrid, en uno de sus frecuentes viajes, y Béatrice aún vivía con nosotros en el piso de la calle Carretas, frente al teatro Romea. La casa estaba a cinco minutos de la redacción de *La Tribuna*, el periódico donde trabajaba papá, en la plaza de Canalejas. En la parte baja de nuestro edificio había un hotelito en el que se alojaban muchos equipos de fútbol forasteros y, ese día, se esperaba la llegada del Español de Barcelona.

Yo me había maquillado a escondidas y, aprovechando que mi hermana no se encontraba bien, me puse su vestido favorito. Ya teníamos la misma talla, pero a las chicas de quince años se nos obligaba a vestir de crías, con grandes lazos y volantes, como de primera comunión. Disfrazada de mi hermana, me presenté en el comedor del hotel. Comíamos allí porque era el día libre de Dori. Papá —que siempre ha sido muy despistado— no levantó los ojos de su libreta de notas.

—¿Y la pequeña? ¿Es que no baja a comer?

Me atreví a seguir con el juego, copiando el tono de voz de mi hermana:

—Está malucha. Ya sabes, cosas de chicas.

A Béatrice le encantaba hacer el papel de madre y yo sentía por ella una mezcla de rebeldía y admiración. Era capaz de imitarla en todo y a veces usaba esa habilidad para chincharla. Mi padre picó el anzuelo y siguió enfrascado en sus notas.

—Bueno. Que te pongan lo suyo en una bandeja y se lo subes, no puede quedarse sin comer.

Respondí con mi propia voz, con un *D'accord, monsieur* cantarín en perfecto francés del Liceo, donde las dos hermanas habíamos seguido estudiando tras la muerte de mamá. Papá levantó los ojos extrañado, me miró de arriba abajo y se echó a reír. Yo no entendía el motivo y no supe si ofenderme o reír con él.

—¿Qué haces vestida así? Tu hermana se va a molestar.

—¿Por qué? Ya no soy una niña.

—Debería mandarte arriba a cambiarte, castigada sin comer.

—No, por favor, papi, por favor... —supliqué, y él, como siempre, dudó.

—No. Tiene razón Béatrice. Te estoy malcriando, así que esta vez...

Calló, porque entraban en el comedor veinte hombretones ruidosos que olían a colonia y a tabaco. Eran los jugadores del Español, a los que estaba esperando para hacer algunas entrevistas. El lugar se quedó pequeño, y camareros y comensales tuvieron que mover mesas y sillas para que aquella tropa pudiera acomodarse. Con tanto lío, papá se olvidó de mí y saludó a los más veteranos, en especial a uno muy elegante que, por su extraño nombre —Armet Pakán—, en principio tomé por húngaro y resultó ser tan catalán como los demás.

Fue imposible no fijarme en el más alto de los chicos, que hablaba con entusiasmo de su paseo por la capital. Tenía el pelo rubio, estaba bronceado como un tizón y ocultaba sus ojos tras unas gafas ahumadas que no se quitó pese a estar en un lugar cerrado.

Pastoreando a los rezagados del equipo llegó también un directivo del Español, fumando un habano, dedicó a mi padre un sonoro abrazo de los de «¡Hombre, Pepe, cuánto tiempo!», con palmotadas en la espalda, y al poco, los dos se fueron a una sala más tranquila para hablar. Los futbolistas se

acomodaron en torno a una mesa grande y yo me quedé sola en la mía, observándolos entretenida.

Sentía una emoción secreta vestida de mujer delante de tantos extraños y no paraba de mirarme en un espejo. Sin embargo, cuando mis ojos se cruzaban con los de algún futbolista, yo bajaba la mirada avergonzada. Los chicos repararon pronto en mí; se daban codazos entre ellos y hacían comentarios en voz baja mientras me señalaban de forma más o menos discreta. Me alarmé: ¿se habrían dado cuenta de que era una niña disfrazada? ¿Se estarían riendo de mí? El orgullo —mi gran defecto— se disparó y me propuse no bajarles más los ojos. Empecé a moverme de forma seductora, como las artistas de cine, a las que imitaba con mis amigas tras las proyecciones de *matinée*.

Alguien se dirigió a voces al chico rubio, el más joven del grupo:

—¡Zamorita, quítate esas gafas ya, que pareces un ciego!

—Más bien un lazarillo gigante —contestó otro.

—¡Solo nos faltaba eso contra el Madrid, un *goalkeeper* cegato y con acné!

Se oyeron risotadas y él se puso de color cereza. Replicó, soltando un gallo, que él no tenía acné, y la carcajada fue aún mayor. Contaron a gritos y con mucha gracia cómo se había presentado en la estación de Sants, en Barcelona, vestido con pantalón corto de colegial —igual que todos los chicos de dieciséis años por entonces—, pese a que sacaba cabeza y media a la mayoría de los adultos que pasaban por la calle. Su aspecto provocó la alarma entre los directivos del club, que pensaron que no podían presentarlo así en Madrid y le pidieron que se cambiara de pantalones. Zamora explicó titubeando que la maleta se la había hecho su madre y que él no tenía pantalones largos por lo rápido que había crecido. Tras un debate improvisado, don José María Tallada —el directivo que se entrevistaba en ese momento con mi padre— aireó unos billetes y dijo: «¡El *goalkeeper* del Español, que ha sustituido al gran Gibert *el Grapes* por lesión, no puede parecer un puñetero crío, aunque lo sea, así que compradle ahora mismo unos pantalones largos y subidlo a ese tren!». A la carrera lo llevaron a unos almacenes cercanos a la estación, Ricardo eligió sus primeros pantalones y, por su cuenta, se agenció las gafas de sol.

Todo el comedor se rio con la historia y algunos hasta aplaudieron. Ante semejante humillación, y mostrando una deportividad admirable, Ricardo descubrió unos ojos color caramelo que se encontraron con los míos. Me sentí azorada, más que en toda mi vida, pero aguanté como me había propuesto. Y fue él quien bajó la mirada. No podía creerlo, ¡yo había ganado! Estaba tan emocionada que me olvidé de comer. No sé por qué, se me ocurrió llamar al camarero en francés.

—Garçon, s'il vous plaît!

Hablé con él bajito, poniendo un poco de acento, por si me escuchaban en la otra mesa.

Me di cuenta de que Ricardo no me quitaba ojo y la sensación me encantó. Por entonces me empezó a preocupar que mi padre volviera de su entrevista y lo descubriera todo. Temiendo el ridículo, comí algo, me salté el postre y me refugié en el aseo de señoras. Al salir, cuando aún dudaba si debía volver al comedor, ¡zas!, me topé en el pasillo con Ricardo. Creo que él se asustó tanto como yo, porque los dos nos quedamos paralizados, cara a cara, en aquel corredor largo y estrecho. Ricardo se apartó alarmado, como si de pronto hubiera recordado las normas de urbanidad, y se pegó a la pared, cediéndome el paso, golpeando con su cabeza una de las tulipas de luz.

—Oh... Perdone.

—*Merci*. —Y añadí con acento francés fingidísimo—: Gracias.

Me atreví a mirarlo un instante a la cara —no sé cómo—, hasta creo que fui capaz de sonreír. Luego pasé despacio a su lado. Notaba una fuerza gravitatoria, eléctrica, que venía de él. Cada centímetro que avanzaba nos acercaba un poco más. Mis ojos quedaban por debajo de la altura de su hombro. Me sentía expuesta, observada, pero me encantó la sensación. Estaba descubriendo que hay miradas que tocan como las yemas de los dedos, hacen temblar las entrañas y calientan la sangre. Él se hinchó como un pavo, conteniendo la respiración, para parecer más hombre quizás, y su pecho parecía no tener final. Sin embargo, pronto aquella atracción magnética fue quedando atrás. Era insoportable, no quería irme, pero lo estaba haciendo; tenía que inventar algo, lo que fuese. Ricardo balbuceó. Comprendí que él estaba igual que yo y me giré con una pregunta salvadora:

—¿Ustedes son *footballistas*?

—Ehh... Sí. Del Español, de Barcelona. —Una pausa—. ¿Y... usted es francesa?

—*Oui*. Sí. De Francia.

Idiota, así me sentí. ¿Francesa de Francia? ¡Tenía que añadir algo con *glamour*!

—De París.

—¿París? *Oh, là là...* —Cuando dijo eso creo que él se sintió igual de idiota que yo. Estábamos empatados. Carraspeó—. Debe de ser bonito.

—Barcelona también, ¿no?

—Pues sí...

Y ahí se acabó nuestra primera charla. Nos miramos y sonreímos, avergonzados. A pesar de los disfraces, la conversación nos delataba. Recuperé algo de mi pose de *femme fatale* y aquello me dio fuerzas para dar un paso más.

—¿Usted es *goalkeeper*?

—No. ¡Eh, sí! Lo soy. Perdón, es que hoy jugamos contra un equipo importante y estoy un poco nervioso.

—Claro. ¿Cuándo es...?

—Esta tarde. En el campo de O'Donnell.

Él fingió conocer el lugar y yo justo lo contrario. Había estado allí mil veces con mi padre, como en cualquier parte donde se practicara algún deporte comentado por la prensa.

No sé cómo quedamos en que él me recogería al terminar el partido. Le di mi dirección, expliqué —sin perder nunca mi falso acento— que se trataba de un piso alto del mismo edificio, al que se entraba por el portal contiguo a la recepción. Le dije que preguntara por Mademoiselle Lagrange —usé el apellido de soltera de mi madre— y me fui. Salí del hotel con una sonrisa de oreja a oreja, dueña de un poder maravilloso, sintiéndome mujer por primera vez en mi vida.

El disfraz me había dado valor para salir airoso —de momento—, pero no tenía ni idea de cómo arreglármelas después. Dori no me dejaría jamás salir vestida así a la calle, mucho menos en compañía de un muchacho desconocido. Béatrice tampoco me lo pondría en bandeja, pero todo eso daba igual, ya lo resolvería más tarde, de modo que subí a casa flotando en una

nube de felicidad.

Acudí al partido con mi padre, vestida —a mi pesar— con mi atuendo habitual. La única ventaja era que, de haberme visto, Ricardo no habría podido reconocerme. Aquel fue el primer partido que seguí con ojos apasionados en mi vida. Recuerdo el asombro que Ricardo Zamora me causó; a mí, al público y a toda la prensa de Madrid. Parecía un gato, volando de un poste al otro de la portería, abandonando el marco de la meta para robar balones a los delanteros y despejando la pelota con enérgicos codazos; un conjunto de cosas que —decían— ningún guardameta hacía por entonces. Yo sentí miedo cada vez que le vi chocar con alguno de aquellos hombretones furiosos. Ese chico rubio y larguirucho como un junco embestía a los delanteros rivales antes de que cargaran contra él, provocando que fueran ellos quienes se apartaran. Entre otras proezas, robó un balón de forma inverosímil de los mismos pies de un jugador de aspecto feroz llamado Santiago Bernabéu, con la suavidad de quien atrapa una pluma caída de un sombrero.

Algunos periodistas —entre ellos mi padre— reconocieron sus méritos, alabándolo en sus crónicas del día siguiente. La de papá decía: «Ha causado sensación el joven Ricardo Zamora, deteniendo balones en todas las formas imaginables, con la misma facilidad de quien se bebe un vaso de agua». Al terminar el encuentro, mi padre se fue al periódico a escribir precisamente eso en su columna, y yo volví a casa con la ilusión y el vértigo de saber que me esperaba mi primera cita romántica.

Me proponía robarle a Béatrice de nuevo el vestido talismán y aprovechar que Dori, implacable vigía de la moral doméstica, no estuviera aún de vuelta. Mi plan se vino abajo nada más franquear la entrada: Dori había regresado temprano de su día libre y ceñía el delantal, lo que significaba que sería ella la primera en abrir la puerta principal si el timbre llegaba a sonar.

Para colmo, el piano de la salita sonaba con furia, por lo que supe que Béatrice estaba en casa y de mal humor. Se había citado para salir con Felipe, su novio de toda la vida, y se empeñó en llevar el mismo vestido que yo le había quitado. Cuando estuvo lista, Felipe le dio el enésimo plantón y mi hermana lo pagaba, como siempre, aporreando el piano.

Era mi oportunidad. Si conseguía uno de sus vestidos, si me maquillaba

rápido, si era capaz de abrir yo misma antes de que Dori...

Entonces llamaron a la puerta y mi plan se derrumbó.

Oculto tras el recodo del pasillo, oí a la cocinera recibir a un extraño de voz vibrante, de hombre adulto, y parecía haber venido solo. Al acercarme reconocí a Armet Pakán, el apuesto futbolista al que mi padre saludó en el restaurante y yo había tomado por húngaro. ¿Qué hacía allí? Me quedé muda de asombro cuando el joven preguntó por Mademoiselle Lagrange, como debía haber hecho Ricardo. Dori pensó con lógica aplastante que se refería a Béatrice, de modo que fue a avisarla.

Mi hermana no se resistió. Al llegar aquel muchachote tan elegante y simpático preguntando por ella, decidió salir con él solo para darle celos a su novio.

Yo no entendía nada. Pregunté con disimulo por Ricardo, y Pakán respondió que se había ido de juerga por Madrid con el resto del equipo. A partir de ahí me ignoró, se centró en mi hermana y, antes de cinco minutos, ella salía por el portal de su brazo, con la intención de dejarse ver por el café de las Salesas y otros lugares de moda donde los amigos de Felipe pudieran verla con él.

A Béatrice le salió redonda la jugada, porque poco más de un año después se casó con su novio, que es lo que ella quería, y se fue a vivir con él a Vigo. A mí, sin embargo, me dejó herido el orgullo. ¡Ese niño de Ricardo me había dado plantón! A mí, o peor aún, al personaje irresistible que yo había creado, Mademoiselle Lagrange.

Para colmo, desde aquel día, la fama de Zamora creció sin parar, y durante tres años no dejé de oír hablar de él. Era lo malo de tener la prensa deportiva en casa: que si Zamora es un genio, que si ahora es el menos goleado, que si luego es campeón de Cataluña, que si se va del Español, que si ha hecho una temporada imponente con el Barcelona, mira esta fotografía de la parada de Ricardo Zamora; así era imposible olvidarlo.

Por eso, tres años más tarde, me bastó verlo sobre el césped del Molinón para que volviera a abrirse mi herida. Se me habían ocurrido muchos motivos por los que él podía no haberse presentado a recogerme, pero ¿mandar a otro en su lugar, preguntando por mí, y que ese otro se fuera con mi hermana? Eso era inexplicable y solo podía deberse a una broma de mal gusto.

El río Piles se llevó mis recuerdos por la ribera verde hasta la playa de San Lorenzo, en Gijón, diluyéndolos en aquel hermoso mar esmeralda crestado de espuma, bajo el huidizo sol asturiano. Inspiré su perfume, bálsamo sedante, y durante unos minutos el mar inmenso me hipnotizó. Al despertar había perdido la noción del tiempo. Me alarmó que papá pudiera necesitar me y deshice el camino para regresar a su lado. ¿Qué pasaría si volvía a encontrarme con Ricardo? En mi interior, sabía que no sería una sensación del todo desagradable.

De lejos lo vi salir del vestuario, vestido como un *gentleman*, rodeado por un enjambre de compañeros, seguidores fanáticos y periodistas. Sin duda, iban camino de Gijón a celebrar la victoria. Tenía la esperanza secreta de que Ricardo se volviera para mirarme. Por supuesto, no lo hizo, y otra vez me sentí idiota, tropezando con la misma piedra.

No encontré a mi padre por ninguna parte y me empecé a preocupar. Llevaba tiempo enfermo y me reproché haberlo dejado solo. Manolo de Castro, un espigado periodista gallego más conocido como Handicap, me dijo que lo había visto salir del guardarropa de los jugadores con aire despistado.

Encontré a papá sentado en la grada, solo, de mal humor y con la mirada confusa. Sus manos inquietas dejaron caer su cuaderno de notas, que seguía en blanco, y supuse que no había hecho ninguna entrevista. Ni siquiera recordaba que habíamos acordado un lugar para encontrarnos, junto a la caseta. Creo que papá no sabía por qué estábamos todavía allí. Me dieron unas ganas horribles de llorar.

En el hotel, después de la cena, estaba tan preocupada que solicité una conferencia con Vigo para hablar con mi hermana. Mientras esperaba la llamada, acariciaba un broche de mamá que llevaba prendido en la solapa, tal como lo hacía ella: deslizándolo las yemas de los dedos por las pulidas piedras de Bohemia, reconociendo su contorno y deshaciendo después el camino con las uñas, haciéndolas sonar, una y otra vez. El botones me sacó de mi hechizo señalando una cabina:

—Señorita, Vigo en la uno.

Béatrice estuvo de acuerdo en que lo único que podíamos hacer era avisar cuanto antes a su médico, el doctor Bartrina. Sujeté las lágrimas para no

preocuparla demasiado. Nada más colgar, pedí otra conferencia para hablar con el doctor, en Madrid, y él me prometió ver a papá aquella misma semana, tan pronto como se lo permitieran sus obligaciones.

Esa noche, mientras Ricardo celebraba a lo grande su entrada en la historia del deporte, yo ahogaba mis sollozos bajo las sábanas para que no me oyera mi padre, que dormía en la cama vecina. Cuando me sentí mejor, di la vuelta a la almohada para usar la parte seca y me quedé dormida.

Puede que aquella noche soñara con Ricardo Zamora, pero al día siguiente, al subir al tren ya me había olvidado de él. Vimos pasar al jefe de estación camino de la bufante locomotora y detrás, culebreando de ventanilla en ventanilla, apareció la insólita figura del botones del hotel, voceando mi nombre como si aún estuviéramos en sus dominios alfombrados. Fui a encontrarme con él en la plataforma.

—Señorita, me mandan de recepción; creemos que esto es suyo.

El muchacho, descamisado por la carrera, me entregó un sobre de papel que contenía un objeto tintineante en su interior y esperó, estirado e inmóvil a mi lado.

Abrí el sobre y me quedé perpleja al descubrir el broche de mi madre.

—¿Dónde estaba?

—En la cabina del teléfono, junto al aparato. Lo encontró un jugador del Barcelona, que entró a llamar justo después de que usted se fuera. No sé cómo ha podido quedarse en el casillero esta mañana.

Mi pregunta era inevitable:

—¿Un jugador? ¿Qué jugador?

—Ese tío tan grande; Zamora, creo que se llama.

Sonó un silbato. El muchacho se agitó inquieto, mirándome como si rebuscara las palabras en un baúl lleno de trastos. Del manguito saqué unas monedas de peseta, el chico las atrapó en el puño y saltó al andén, muy sonriente.

—¡Gracias, señorita! ¡Buena suerte!

Prendí el broche con cuidado en mi vestido y ocupé mi asiento, junto a mi padre. Le conté lo ocurrido, omitiendo citar a Ricardo Zamora.

El regreso a casa prometía ser complicado. Además de la enfermedad de papá, debía terminar mis estudios y digerir aquellas muertes que había

presenciado en Madrid. Me propuse dedicar el viaje a pensar en todo eso y ordenar mis ideas.

Cuando quise darme cuenta, mis dedos habían vuelto a acariciar el broche. ¿Cómo habría llegado a manos de Ricardo Zamora?

3

El martes encontré a papá charlando en el salón con el doctor Javier Bartrina, que había cumplido su promesa de visitarlo. Era un hombre elegante, de unos treinta y cinco años, voz agradable y esmerado aspecto. Pocos años antes, Béatrice se ponía tan nerviosa en su presencia que no paraba de hablar, acariciarse el pelo y reír por cualquier cosa, como si fuese tonta. Un día la imité y se enfadó tanto que nos peleamos y papá nos castigó a las dos. Bartrina era apuesto, joven y con un halo de éxito que lo engrandecía, igual que Zamora. Lo que le había ocurrido a ella con el doctor me estaba pasando a mí con Ricardo, y a las dos nos daba mucha rabia que se nos notase.

Bartrina vestía un flamante chaqué de gala que despertó de inmediato mi curiosidad. Me abstuve de preguntar porque la charla del médico con mi padre tenía una evidente intención clínica.

—¿Estás tomando la digitalina que te receté?

Asentí, a la vez que papá.

—Y dime, Pepe, ese árbitro de la final... —prosiguió el doctor—. ¿Cómo se llama? ¿Dices que piensas hacerle una entrevista?

—Sí. Ya he hablado con él. —Mi padre evitaba nombrarlo—. Es... un fenómeno. Lo que hizo en el partido, dejando que siguiera el juego en vez de repetir el *penalty*, es incomprensible. Está en boca de todos.

—Tiene un nombre poco común... ¿Cómo era? —Bartrina fingió no acordarse y me miró buscando complicidad para que yo no contestara.

—Accedió enseguida a darme una exclusiva. —Papá era incapaz de recordarlo y lo disimulaba hablando sin parar—. Claro, que nos conocemos hace años; pero —repitió palabra por palabra— lo que hizo en el partido, dejando que siguiera el juego en vez de repetir el *penalty*, es incomprensible.

Está en boca de todos.

Percibí en los ojos de Bartrina un brillo analítico, mientras mi padre daba vueltas y vueltas retóricas sin mencionar al colegiado.

—Aunque dice que el error se debe a nuestra tertulia del café Lion. Justo la semana antes del partido hablamos de casos hipotéticos, parecidos al de la jugada en cuestión, y de Lis estaba presente y claro, a lo mejor se lio y...

—¿Ese es el nombre del árbitro, de Lis? —inquirió al vuelo el médico.

—Bertrán de Lis, eso es. Bertrán de Lis —papá repetía el nombre como si quisiera apresarlo—; Bertrán de Lis, sí.

Bartrina hizo un gesto serio, muy fugaz. Dio la conversación por finalizada y se propuso auscultar el fatigado corazón de papá. Aproveché para indagar sobre su elegante aspecto. Papá ni se había dado cuenta.

—¡Cáspita! Es cierto, doctor, ¿es que vas a la ópera?

—Frío, frío. Aunque os parezca mentira, vengo de impartir una clase de gimnasia. Y no —bromeó—, no es a pingüinos.

Papá rio.

—¡Pues sí que te tomas en serio la etiqueta en el deporte!

Entre silencios, mientras auscultaba a mi padre, Bartrina fue desvelándonos el misterio. Una vez por semana, a veces dos, colgaba la bata de galeno, se vestía con esas galas y tomaba un coche a la plaza de Oriente. Los simones lo llevaban siempre al teatro de la Ópera, pero Bartrina pedía al asombrado cochero que siguiera hasta el patio de armas del Palacio Real y, tras liquidar la carrera, entraba por una de las puertas más custodiadas, la que da acceso a las estancias privadas de la familia real.

—El primer día yo tenía la intención de pararme a dar explicaciones a cada uno de los guardias, pero ahora subo la escalera principal como Pedro por su casa. Tose un poco, Pepe. Respira hondo... Así está bien, gracias. En lo alto de la escalinata me espera siempre un mayordomo real que me acompaña por los corredores, ya sabéis, anchos como este salón, hasta las salas que dan sobre los jardines del Campo del Moro. Respira, Pepe... Tose otra vez... Mejor carraspea... Es suficiente. En una de ellas guardo todo el material: colchonetas de caucho, balones medicinales, hasta mis aparatos de mecanoterapia... Siempre que el tiempo lo permite, sacamos lo necesario a una terraza, que es soleada y discreta y tiene una vista excelente a la sierra.

Cuando todo está listo, el mayordomo se va y en un suspiro llega...

—¿El rey? —adiviné atónita.

—No solo: don Alfonso XIII con su tropilla de hijas e hijos, siempre de excelente humor y uniformados todos con *chandail* de algodón, como cualquier *sportman* que se precie. Y empezamos una divertida sesión de gimnasia sueca. Ya puedes cubrirte, Pepe.

Bartrina anotó algo en un cuaderno de mano. Papá estaba entusiasmado.

—¿Lo ves, Elena? El deporte nos iguala. ¡Qué gran ejemplo democrático! ¿Y desde cuándo entrenas al monarca?

—Hará más de un año. Desde que monté el gimnasio en Madrid.

—Qué calladito te lo tenías. No sé de dónde sacas tiempo, Javier.

—Del reloj, Pepe. Soy uno de los pocos españoles que saben usarlo. —
Rio.

El reloj de Bartrina debía ser el cuerno de la abundancia. Que yo supiera, además de su actividad como cirujano en el hospital de San Carlos y en su consulta privada, Bartrina regía el Instituto de Educación Psicofísica, el gimnasio que había fundado en Barcelona y después trasladó a Madrid. A él acudía lo más granado de la sociedad, y eso sin duda atrajo la atención de la casa real. Además de codearse con la aristocracia, Bartrina era secretario del Comité Olímpico Español, labor que lo obligaba a una intensa vida social. Por si fuera poco, el doctor llevaba años impartiendo frecuentes y concurridas conferencias por toda España sobre *vida higiénica* —como se denominaba entonces al ejercicio físico y a los cuidados para la salud—, dirigía revistas, sociedades científicas y programas de formación para que los ciegos —por ejemplo— hicieran cursos de masaje fisioterapéutico, por su sensibilidad en las manos.

—Debo reconocer —prosiguió— que a su majestad no hay quien lo canse. Y cada semana me reta para que le prepare ejercicios más difíciles. A los infantes la gimnasia les viene de perlas, porque alguno, en fin, ya se sabe..., tiene sus limitaciones.

—¿Y la reina Victoria Eugenia? —pregunté.

—Visita las clases, anima a todos, pero no se suma. Prefiere el *lawn tennis*. Como buena aristócrata británica, lo aprendió de pequeña en Balmoral, y os aseguro que haría falta una Lili Rózpide o una Panchita

Subirana para derrotarla.

Papá chascó los dedos, entusiasmado con la idea de hacer un reportaje gráfico de esas clases de gimnasia que podrían favorecer la práctica del deporte entre los españoles.

—Yo haría los textos y Goñi las fotografías, porque siempre acompaña al rey. Un reportaje así se vendería en medio mundo.

Bartrina aplaudió la idea y se comprometió a proponérselo a los encargados de prensa y protocolo, aunque tenía reservas, al tratarse de una actividad privada de la familia real.

—Volviendo a tu salud, Pepe, se acabó para siempre la dieta del periodista, a base de café y tabaco. Y nada de sal. Vas a seguir con las gotas, pero descansando dos días a la semana, aunque te dé sueño. ¿De acuerdo?

Bartrina me pidió que le mostrara el camino al aseo de casa; era una excusa para decirme algo sin que nos oyera papá. Cuando estuvimos a solas, el médico se acarició el rasurado mentón, pensativo.

—Elena, tu padre debe cuidar el descanso y la alimentación. Pero, sobre todo, tenemos que evitarle disgustos. Ah, y que se tome antes del desayuno el diurético, las infusiones de hierbas que le receté, creo que la cocinera se acordará.

Me quedé desconcertada por lo escaso del diagnóstico.

—¿Eso es todo?

Bartrina esbozó una leve sonrisa melancólica.

—Hay que ver lo que has crecido. No, no es todo, Elena. Pero antes de dar una opinión, prefiero consultar con algunos colegas. No voy a especular.

Una semana más tarde, y a la misma hora, Bartrina me recibía en su consulta. Abrió los brazos y me dio un beso de refilón en la mejilla. Sin duda, venía de su clase de gimnasia en palacio, porque bajo la bata blanca asomaba el chaleco del chaqué. Ni siquiera lo mencionamos, ninguno de los dos estaba con ánimo para hablar de eso. Me invitó a tomar asiento y explicó que, en su opinión, papá sufría una degeneración cognitiva que acabaría en demencia senil.

—Por desgracia, es un mal irreversible del que sabemos muy poco. En el

caso de tu padre, el origen puede estar en la fragilidad de su corazón, por las fiebres reumáticas que sufrió de pequeño. Lo más probable es que Pepe termine por olvidarlo todo, excepto una cosa: el cariño que le demos, en especial vosotras, que no debe faltarle.

Ante mis atolondradas preguntas, añadió que sus mejoras y recaídas solo obedecían a peculiaridades misteriosas de su naturaleza física, pero me advirtió que las crisis graves serían cada vez más frecuentes. A duras penas aguanté las lágrimas. Desde allí mismo llamamos a mi hermana a Vigo, por teléfono. Béatrice formuló las mismas preguntas que yo, y el médico contestó con paciencia inagotable. Mi hermana hizo un silencio prolongado y me di cuenta de que se había echado a llorar. Entonces yo también lo hice; a mares, sobre todo cuando Bartrina dijo que teníamos que rezar mucho por nuestro padre, dejando claro que el diagnóstico era peor aún de lo que temíamos.

Entre los tres decidimos mantenerlo en secreto, al menos de momento. A pesar de sus altibajos, papá aún se apañaba en el trabajo y nadie dudaba que sería uno de los periodistas enviados a la Olimpiada de Amberes, el próximo verano. Todos sabíamos que para él los Juegos Olímpicos eran la quintaesencia de los valores humanos. Presenció los que se desarrollaron durante la Exposición Universal de París de 1900, en compañía de mamá, y en el ámbito periodístico era considerado un experto en olimpismo; el más entusiasta defensor de las competiciones internacionales. Además, en Amberes, España presentaría por primera vez una selección nacional de fútbol; papá debía estar allí.

Béatrice mostró dudas sobre la conveniencia del viaje. Temía que tanta agitación lo afectara, pero yo sabía que dejarlo en casa sería un inmenso error. Tal vez definitivo.

—Béatrice —me sorprendió el aplomo con el que salió mi propia voz—, el fútbol es su deporte favorito y papá hace años que sueña con ver a nuestros mejores jugadores saltar al campo. Dice que es un momento histórico. Publicar su enfermedad sería dejarlo sin el sueño de toda una vida. Además, yo puedo acompañarlo en ese viaje, como hasta ahora. *Qui ne veut se risquer...*

—*Ne traversera pas la mer* —remató el médico dándome la razón y demostrando un perfecto dominio del idioma olímpico.

Béatrice solo se convenció cuando le recordamos que Bartrina, al ser secretario del Comité Olímpico Español, también estaría presente en Amberes y cuidaría de papá en caso necesario. Nos conjuramos para guardar silencio y sentí pena de no poder abrazar a mi hermana en ese momento. A cambio, abracé agradecida a Bartrina, a quien había hecho perder un montón de su precioso tiempo, dejando en la alba pechera de su chaqué mi última lagrimita.

Desde que tengo uso de razón, los despistes de papá han sido cada vez más frecuentes. Llevaba siempre encima dos cuadernos. El más grande era una agenda en la que anotaba sus quehaceres diarios. Al principio eran simples recordatorios, como «reunión a las once» o «teatro Apolo con mis hijas a las siete», pero terminaron siendo grandes listas de necesidades inmediatas y pequeñas notas por todas partes. Si debía escribir una crónica en la redacción, lo apuntaba con pelos y señales antes de salir de casa, por si en la calle olvidara los detalles del artículo. Confeccionaba horarios exhaustivos con la excusa de controlar mejor su tiempo, pero lo hacía para saber para qué y adónde debía ir en cada momento.

El segundo cuaderno era más pequeño, del tamaño de media cuartilla, y le servía de brújula para navegar por Madrid. En las crisis, la ciudad en la que había vivido casi toda su vida se convertía en una urbe extraña y desconocida. El último año tuvo que apuntar en él los números de los tranvías, las direcciones y teléfonos más importantes, incluyendo los de nuestra propia casa. Aquello le generaba una tensión permanente.

En casa aprendimos pronto que si alguien tocaba aquellos cuadernos, papá dejaba de ser un hombre apacible y estallaba en una tormenta de gritos y amenazas que lo dejaban exhausto. Si los extraviaba, se angustiaba enseguida y nos miraba con profunda desconfianza, hasta que daba con ellos en alguno de sus bolsillos y volvía a quedarse tranquilo, como por ensalmo.

Desde que oí el diagnóstico de Bartrina, me di cuenta de que tendría que cuidar a mi padre mejor que nunca. Solo yo podría acompañarlo a interminables reuniones de café, entrevistas y partidos de fútbol. Él se estaba marchando, como se había ido mamá, y yo necesitaba expresar cada minuto a su lado, porque no quería perderlo. Me sentía confusa, sola y asustada, en medio de un revoltijo de valores y temores. Estaba dispuesta incluso a seguir

los consejos de Bartrina y de Angelita, que en las peores crisis de papá me invitaba a acompañarla a la iglesia a rezar por él. Caminaba en la frontera entre dos mundos, sin saber en cuál de los dos quedarme: por un lado estaba yo, con mis difusos proyectos y aspiraciones literarias, y por el otro mi padre, con su fútbol y su sueño olímpico incluidos.

Deambulé por las calles sin rumbo fijo. A esas horas de la tarde, el sol doraba las orillas del Manzanares, haciendo brillar la piedra nívea del Palacio de Oriente. A sus pies, como estableciendo el orden implacable de las cosas, solían destellar las sábanas blancas en los humildes lavaderos del río, medidas como velas de una flota fantasmal. Pero las mujeres ya no estaban allí, sino doblando ropa en los secaderos o recogiendo a la prole en el asilo de lavanderas y transportando las sacas de colada limpia en carritos, ladera arriba, en el penúltimo esfuerzo del día.

Cómo no, me acordé de Rosita, una chica muy despierta que todos los jueves, durante años, venía a casa a lavarnos la ropa. La queríamos mucho y papá la animaba para que estudiara al menos las cuatro reglas y, a cambio, le conseguía entradas gratis para que sus hermanos fueran al fútbol. Rosita era una puerta abierta a la realidad de la calle. Era imposible no indignarse ante ciertas diferencias sociales y alguna vez yo me había propuesto escribir sobre eso, de modo que cuando me confesó que asistiría a la manifestación que recorrería las calles del centro el Primero de Mayo, le pedí que me dejara acompañarla.

Como sabía que en casa no me darían permiso, fingí que pasaría el día estudiando en casa de una compañera y me las arreglé para reunirme con Rosita en el jardín de la plazuela de Santo Domingo, antes de la manifestación. Ella me presentó a un grupo de lavanderas. Algunas, las menos, me miraban con desconfianza, pero Rosita me arropó desde el primer instante.

—A esta ni piarla, que es mi hermana.

Nadie me molestó, al contrario. Yo no había previsto llevar merienda, pero ellas me ofrecieron la suya, incluso algún trago de anisete cuando la espera empezó a hacerse fatigosa.

Cerca de nosotras se agrupaban los carreteros de las obras de la Gran Vía. Su estampa era muy reconocible, con sus alpargatas, sombreros campesinos y blusones anchos, percutidos por el polvo. Me fijé en dos de ellos, los más cercanos, que echaban el rato desmenuzando colillas en una cajita y liándose cigarrillos con las hebras sobrantes. Tenían la piel curtida por el sol y los dedos cetrinos por el tabaco.

—A la Felipa —decía uno dándose lumbre con la yesca— es el segundo hijo que la matan en África. El pollo acababa de mandarla un retrato de su persona, por correo desde Ceuta, diciéndola que estaba bien, y al día siguiente, la dicen que estaba muerto.

—Cagüentó. De esa guerra solo se libran los ricos, que pueden pagar la cuota. ¡Quién tie dos mil pesetas por hijo!

—Bueno, al de la Angustias, que juega bien al fútbol, se la pagó el Racing de Madrí. Pero ese juega como dios.

—Sí. Los hay con suerte.

Recordé la voz de mi padre, diciendo: «¿Lo ves? El fútbol es un ejemplo democrático. Cualquier chico, alto o bajo, médico o zapatero remendón, puede practicarlo y triunfar. Ahí no hay élites, sino méritos».

Yo replicaba de oídas: «¡El fútbol y los toros son solo circo, una distracción! Los usan para que la gente se consuele por las cosas importantes que les quitan». «¿Y te parece poco? —respondía con agudeza él—. Entonces es como el humor, la música y la belleza. Nunca deberían dejar de existir.»

Su *filosofútbol*, una vez más, daba importancia a lo que tal vez no fuera más que un entretenimiento. Sin embargo, la escena de los carreteros probaba que alguna verdad había en sus palabras.

A eso de las once lanzaron dos o tres cohetes, la señal para que se iniciara la marcha. Tardamos en ponernos en movimiento y en atravesar la plaza de Isabel II, atestada de manifestantes, y avanzamos despacio, camino de Sol, en un ambiente tranquilo y festivo, casi triunfal. Las huelgas habían conseguido que España adoptase la jornada de ocho horas y otros avances sindicales, como que la prensa no se publicara los lunes.

A Rosita le gustaba un chico que marchaba delante de nosotras. Era un vecino de corrala, aunque nunca había cruzado con él más de cuatro palabras. Me ofrecí para hacer de contacto, pero Rosita se negó tajante y se puso

colorada. En aquel contexto de gritos de libertad, era gracioso su pudor.

Avanzábamos por la calle Arenal cuando sonaron varias detonaciones, como petardeos de un automóvil, alguien gritó que estaban disparando desde un balcón y se desató el terror. A pocos metros, varias personas cayeron al suelo y sentí pánico; la multitud empezó a correr aturullada, chillando y atropellándose. Entre los manifestantes surgieron también pistolas y el fuego cruzado se recrudeció. Todas retrocedimos menos Rosa, que soltó mi brazo y corrió hacia el tiroteo. La confusión era tremenda, las balas rebotaban por todas partes, y me refugié en un portal, muy asustada.

Esperé allí, con un montón de gente, sin saber qué ocurría fuera. Minutos después, a los gritos, ayes y maldiciones se sumaron los silbatos, cascos de caballos y órdenes de los guardias. Cuando cesaron los disparos, pudimos ver el resultado del desorden y los disparos. Una mujer de apenas cuarenta años yacía inerte en el suelo, con los ojos abiertos, sin una sola gota de sangre. Poco más allá, un anciano quejumbroso se tambaleaba ensangrentado y no dejaba que nadie lo tocara. Varios manifestantes trasladaban en brazos a un herido, callado y pálido, con un balazo en el tórax.

Mientras, a varios portales de distancia, un tropel de policías armados eran aplaudidos por la muchedumbre cuando registraban a gritos y golpes de silbato el edificio del que procedieron los primeros disparos.

No encontré a Rosita. Una de las lavanderas la vio irse al hospital con un joven herido, diciendo que era su novia. Algunas fueron a San Rafael, por si estaba allí, y yo me encaminé con otras hacia Atocha. La encontramos en el hospital de San Carlos. Hipando, nos contó que el muchacho había ingresado malherido y lo estaban operando de urgencia. Corrían rumores de que los disparos los había iniciado un anarquista, resentido porque los socialistas habían delatado a algunos compañeros suyos, lo que había costado la vida a dos personas.

Me marché, horrorizada. Lloré un rato en casa de mi compañera de colegio, que me acompañó a la mía para no despertar las sospechas de Dori y de mi tía. Al día siguiente, y sin pegar ojo, salí muy temprano con mi padre hacia Gijón, para asistir al encuentro de fútbol donde volví a ver a Ricardo.

Diez días después, me costaba asimilar todo lo que había pasado. El diagnóstico de Bartrina sobre la enfermedad de papá me oprimía el pecho.

Cerca de mí, las esquinas empezaron a poblarse de sombras. Sonaban las sirenas, dando fin a la jornada laboral en las fábricas cercanas al río, cuando un coche de una peseta me llevó de vuelta a mi comfortable mundo, que en pocas semanas se había vuelto del revés.

Papá se había acostado, pero la tía me recibió en la puerta, muy preocupada, casi furiosa. Le conté el diagnóstico de Bartrina, y al darse cuenta de las circunstancias, se mostró comprensiva y amorosa conmigo. Me llevó a la cocina y allí Dori me obligó a comer, mientras nos decía que nos quería como a su propia familia. Las noticias sobre la salud de mi padre también la habían desolado. Me besó, me achuchó y estuvo derramando lágrimas «de viejina», como ella decía con su suave acento extremeño, hasta que Angelita la mandó a la cama a descansar.

A solas, mi tía me apretó contra su pecho y me miró a los ojos. Yo le mantuve serena la mirada. Eso la hizo esbozar una sonrisa triste.

—Ya eres una mujer, Elena. Te has hecho una mujer.

Las semanas siguientes estuve muy ocupada con el fin de curso del Liceo y acompañando a mi padre a todas partes. Desde que me hice el propósito firme de ayudarlo, procuraba ponerme al día de sus asuntos y cada día leía la prensa deportiva, reteniendo los nombres de sus protagonistas. No fue difícil para mí, incluso resultó divertido, porque conocía a algunos de ellos en persona —además de Zamora, los hermanos Bernabéu, René Petit o el mismo doctor Bartrina— y a muchos otros de oídas o de vista. Argüello, por ejemplo, que para mí hasta entonces solo era un chisposo gallego que a veces comía con nosotros en el hotel, resultaba ser tesorero de la Federación y mandamás del fútbol desde que dimitió la junta de la Federación al completo, el 21 de mayo. Papá me explicó ese último episodio varias veces, siempre igual de indignado, como si acabara de suceder.

—¡No hay dinero y todos menos él se han ido a pocos meses de empezar la Olimpiada! ¡Cuesta creerlo, qué país! ¡Desde el presidente, hasta el... el comediógrafo ese! Ya sabes quién te digo...

—¿Carlos Arniches? —pregunté ahorrándole más esfuerzos de memoria.

—Claro, claro, Arniches, Arniches, quién si no...

A pesar del caos organizativo que amenazaba los Juegos, papá estaba cada vez más animado por la cercanía de la Olimpiada y no dejaba de mejorar.

Por entonces, además, *La Tribuna* publicó la entrevista que le hizo a Bertrán de Lis, en la que anunció que dejaba el arbitraje. Fue un gran éxito periodístico y un trabajo sencillo, porque Bertrán entregó por escrito todas sus respuestas para evitar tergiversaciones y papá solo tuvo que escribir una entradilla y firmar. Aquella entrevista fue muy comentada y yo me sentía aliviada al verlo así, tan activo, aunque temiendo que la excitación acabara por causarle una recaída.

Papá se hizo enseguida a las ventajas de tenerme cerca: le resultaba más práctico contarme las cosas que escribirlas trabajosamente en sus cuadernos. Casi sin querer, me había convertido en su secretaria y empezaba a hacerme una idea bastante completa de todo lo que ocurría *sous la table* en el mundillo del fútbol.

Un día fuimos juntos, con Goñi el fotógrafo, a entrevistar al marqués de Villamejor en su casa, un palacete de la calle Velázquez. El presidente del Comité Olímpico Español era un hombre culto y elegante, como Bartrina, aunque añoso y de salud frágil. Entre discretas toses, el marqués, que era hermano del conde de Romanones, destacadísimo liberal, clamaba porque el Gobierno del conservador Eduardo Dato, a esas alturas del año, no se hubiera decidido aún a financiar el viaje y la estancia de nuestros atletas olímpicos en Amberes.

—De persistir la situación —pronunció con voz cadenciosa, como de discurso—, estoy dispuesto a adelantar el dinero de mi propio bolsillo, si es necesario.

Yo no paraba de tomar notas detalladas, sabiendo que después servirían para que papá montara el artículo.

Mientras Goñi preparaba su equipo para tomar algunas instantáneas en la espléndida biblioteca, usando de fondo un tapiz del siglo XVIII, Villamejor tuvo la gentileza de enseñarnos su pinacoteca particular, en la que había lienzos de Tiziano, Rubens, Van Dyck y Tintoretto, demostrando una gran sensibilidad y erudición al hablar de ellos. Cuando estábamos terminando, apareció su sobrino, José de Figueroa, militar que acababa de regresar de

Marruecos con un permiso indefinido, porque en agosto competiría en Amberes en el equipo de polo, en compañía de Jacobo Fitz-James, duque de Alba, y otros cuatro aristócratas y militares de alta cuna. Enterados de que yo solía acudir algunas tardes al hipódromo con mis amigas, los Figueroa nos invitaron a ver desde su palco privado las carreras.

Ya en la calle, Goñi me hizo un guiño y me explicó riendo que el hipódromo de la Castellana era propiedad de aquella familia.

—Has elegido un buen partido, Elenita —bromeó.

Yo tenía una sensación contradictoria y vertiginosa. Me sentía en medio de dos universos opuestos y distantes: el del marqués y su mundo de palacios, retratos e hipódromos, tan lejos del mío como yo lo estaba de Rosita o los carreteros de la manifestación del Primero de Mayo.

Era milagroso que entre nosotros existiera un ideal común a todos, en el que podíamos creer con una fe inocente, casi infantil; una religión germinal sin altares, donde los templos eran campos de tierra; los textos sagrados, las normas de juego; las imágenes de santos, estampitas coleccionables de deportistas que regalaban las marcas de chocolate. Aquel ideal olímpico congregaba de forma pacífica a ricos y pobres, países y clases sociales; en suma, todo lo que el mundo separó de forma irreconciliable durante cientos de años lo unía el deporte.

A esas alturas empezaba a darme cuenta de que aquella era, tal vez, la realidad que mejor conocía, de la que debía escribir. Y me puse manos a la obra.

Lo que sigue a continuación es el relato de aquel verano, que ya siempre será el de Amberes, compuesto con lo que vi y con lo que nunca pude ver, pero que otros protagonistas me contaron y que, lejos de dejar fiado a la memoria, escribí en varios cuadernos que esperaron años en un cajón de casa, junto a los artículos de papá, hasta el día que empecé a escribir esta historia.

4

El tren expreso de Barcelona entró arrastrando un penacho de humo blanco en la estación de Atocha solo con una hora de retraso. En él llegaba Paco Bru, el hombre más dispuesto a afrontar problemas que he conocido. Agarró su única maleta, se despidió con celeridad de sus circunstanciales compañeros de viaje y salió a paso ligero buscando la calle. Bru era fornido, lucía un bigote a la moda y sobre el pelo corto se caló un canotier inclinado hacia atrás.

En la entrada principal de la estación, lo cegó el sol de junio. Plantó el equipaje en el suelo y tomó aire para disfrutarlo. Después de tantas horas de tren, aquella era una señal de bienvenida. A esas horas, la glorieta de Atocha era un vaivén de gente y un animado recital de bocinas de automóviles de charol, relinchos de bestias y campanas de tranvía.

Aunque se había criado en Barcelona, Madrid era su ciudad natal y Bru sentía por ella el cariño ingenuo de los recuerdos infantiles. Sin duda, una infancia mejor que la de los golfillos que se veían por todas partes, atosigando a los viajeros. Uno de aquellos chicos, desgredado y flaco, se le acercó zumbón.

—¿Un coche, caballero? ¿Alojamiento? Tengo las mejores habitaciones de la capital. En una casa respetable.

—No, gracias.

—También conozco otras menos respetables.

A Bru le hizo gracia el comentario y se rascó el bolsillo.

—No será necesario.

—Aquí estoy para lo que guste mandar.

Cuando empezó la crisis económica, al acabar la guerra europea, las

calles se llenaron de muchachos buscavidas que, forzados por el hambre creciente, se ofrecían como recaderos o limpiabotas y hurtaban al descuido cualquier cosa, porque por entonces todo en Madrid era una mercancía. Desde joyas a periódicos usados, desde colillas a tablones de obras, todo medía su valor donde hubiera alguien dispuesto a comprarlo.

Bru sentía ese descalabro que la pobreza estaba haciendo en aquellas calles, tan distintas en su memoria, aunque no estaba allí por eso. Se encaminó hacia la calle Atocha y la subió con paso atlético. Minutos después, entraba en el establecimiento de Coloniales Viuda de Ruete de la calle Espoz y Mina, del que salía un delicioso olor a horno de pastelería y en cuya puerta se tostaba café cada mañana, como irresistible reclamo para viandantes. El interior estaba decorado con coloridos azulejos de Manises y repleto de manjares deliciosos: desde salazones a tes, pasando por chocolates, delicias de coco, frutos secos, licores, embutidos y conservas. Bru saludó a una de las dependientas que reconoció de vista:

—Buenas tardes. ¿Está don Julián?

—En la Federación anda metido. Si quiere, le aviso.

—No hace falta, ya paso yo.

Bru franqueó una puerta del almacén entre dos mostradores y pasó a la trastienda.

Al aroma de obrador de fuera se sumó ahora una mezcla de exóticas fragancias de mate, canela, café y cacao. Tras un muro de estanterías repletas de latas de escabeches, cajones aserrinados y pilas de arpilleras, se abría un espacio diáfano con un ventanal que daba a un patio recoleto, con una frondosa higuera. Tras una mesa de despacho, debajo mismo de un retrato — siempre torcido— del rey Alfonso XIII, salió una voz de trueno:

—¡Bienvenido a la Federación Española de Fútbol, señor entrenador! ¿O tú también prefieres que te llamen *mister*?

La voz salía de un corpachón alto y orondo con aire de gigante de feria, de frente prominente. Era Julián Ruete. Se abrazaron, encendieron sendos puros de sortija y se pusieron al día.

—¿Cómo está tu mujer? —preguntó Bru.

—Sigue en cama, pachucha de lo suyo. ¿Y tu familia?

—En Barcelona, creo que felices porque no me van a ver el pelo en todo

el verano —bromeó.

—Y que sea lo más tarde posible. Será señal de que nos ha ido bien en la Olimpiada. Pero vamos al grano, ¿cómo llevas la selección? Yo, con todos los líos federativos, no he podido hacer más que cuatro llamadas, pero te anuncio que los vascos nos la van a liar. No quieren ceder a ninguno de sus jugadores.

—Pues mal empezamos. Y Berraondo, ¿qué dice?

—Lo mismo que yo: o los tratamos con mano izquierda o la Olimpiada la juega el Athletic madrileño. O el Barcelona, que para eso es campeón de España.

Bru sacudió la cabeza serio.

—Sin vascos no hay selección española.

Ruete se encogió de hombros y abrió los brazos impotente. Bru estaba allí para insistir.

—La Olimpiada de Amberes se juega en campo de hierba, Julián. No puedo ir con gente de secano, acostumbrados al pase corto y a la filigrana en campos de tierra. Hay que llevar jugadores del norte, de pase largo, que hagan correr el balón en campo blando.

—Hombre, tendrías asturianos, gallegos... y a los tuyos. —Se refería a los catalanes.

—Los vascos son mayoría, y encima dependen de ellos los cántabros y los asturianos. Son insustituibles. Tienen que venir.

—Ya, pues eso díselo a ellos.

—Eso voy a hacer. Pero antes... necesito saber si tengo plenos poderes.

Ruete soltó una risotada y sacó un pañuelo con el que secó el abundante sudor de su frente y aledaños del bigote.

—Los tienes, los tienes. Todo está en tus manos; bueno, y en las mías y en las de Berraondo. Ya sabes cómo estamos en la Nacional. No hay presidente ni junta directiva ni ná. Todos han dimitido. Hasta Maura y Arniches; ¡eso sí que es un sainete!

—Está el tesorero...

—¿Argüello? Tienes razón. Pero no sabe de fútbol y no se meterá. Bastante hace con pelear por las pesetas, a ver si el Gobierno se digna a financiar el viaje a la Olimpiada de una vez. Con la suscripción popular del

COE no se cubre ni la mitad.

—Entonces estamos solos los tres seleccionadores: Berraondo, tú y yo.

Ruete se excusó con un gesto.

—Verás... Yo no creo que pueda ir a Vigo a los primeros entrenamientos, por lo de mi mujer. Y Berraondo está a punto de enterrar a su madre.

—O sea, que me vais a dejar solo.

—Entiéndelo, Paco. Eres el único que cobras por este trabajo. Los demás tenemos que hacer encaje de bolillos entre familia y negocio. Yo iré en cuanto pueda para echarte un cable, lo prometo. Míralo de esta manera: la primera selección española de fútbol de la historia está en tus manos.

Bru lo meditó unos instantes.

—Quiero a Manolo Lemmel de segundo.

—Hecho.

—Entonces ya está. Solo necesito hablar con algunos de la prensa lo antes posible. Tengo un plan.

—Pues lo mejor será ir al Lion d'Or. Todos los días van por allí.

—¿Conoces a Rampoleón?

—¿A Pepe Díez, el periodista de *La Tribuna*?

—El mismo. ¿Podemos citarnos con él?

—No hará falta. Estará allí, te lo aseguro. Y Rubryk y Juanito Balompédico y Don Sincero...; el que tú quieras. Dios los cría...

Antes de salir, Bru contempló las paredes y los estantes del despacho, repletos de fotografías, banderines y copas de todas clases, recuerdos de quince o veinte años de fútbol. Algunos estaban chamuscados. Ruete dejó escapar un suspiro, quejoso.

—Es lo que pudimos salvar del incendio, el año 15, ¿recuerdas?

—¡Cómo no! —asintió Bru—. Ibas a arbitrar un partido contra el Athletic de Bilbao y saliste pitando a la estación, todavía vestido de nazareno. Nos extrañó, porque tú no eres de los que se arrugan.

—Casi se nos quema el almacén entero. Pero conservo algunos tesoros.

Ruete señaló una foto que Bru examinó con interés. Allí estaba él, antes de la final citada, cuando era jugador del Español, y otra imagen anterior, como defensa del Barcelona. Ambas le hicieron sonreír, añorando los buenos tiempos, como ellos los llamaban, cuando todavía tenían que cargar con los

postes de las porterías y reparar los agujeros del campo antes de cada partido o cavar zanjas entre todos alrededor del terreno de juego para que no descargaran allí los carros municipales de la basura. ¿Quién le iba a decir entonces que sería el primer seleccionador nacional? No había duda de que la vida daba muchas vueltas. Y tampoco de que las cosas ya no eran como antaño; estaban cambiando.

Ruete le entregó una caja repleta de viandas.

—Toma, es cacao del bueno y galletas de coco. ¿Te gusta el coco?

—Sí, pero no te molestes...

—Si no es molestia, hombre. Y unos puritos habanos, para relajarte.

—Gracias, Julián.

—No me las des. Estás metido en un buen turrón. —Rio con su voz atronadora—. Pero a nadie le amarga un dulce. ¿Qué se puede esperar, si todo en el fútbol lo decidimos en pastelerías y cafés?

Ruete mandó a un chico de reparto con la maleta y el obsequio «al hotelito de siempre» en la calle Carretas, y propuso a Bru que fueran caminando hasta el café para mostrarle los grandes cambios urbanos del centro de Madrid. Cruzando Sol, tomaron la calle de Alcalá, a esa hora repleta de tranvías, simones de a peseta, automóviles y transeúntes. Unos picadores taurinos pasaron pimpantes, a caballo, camino de la plaza de toros de Goya, sirviendo de reclamo para la corrida, con sus brillos y sus sombreros castoreños.

El orondo don Julián no paraba de transpirar durante el trayecto. A menudo, detenía sus pasos para abanicarse el rostro con su sombrero de paja y secarse el sudor con el pañuelo, sin dejar de hablar. Bru empezaba a impacientarse. Retiraba motas de carbonilla del tren que salpicaban su chaqueta mientras daba vueltas a una idea en su cabeza; Ruete y Berraondo, los otros dos seleccionadores, iban a dejarlo solo en un momento delicado, cuando la mitad de las federaciones regionales se negaban a aportar jugadores al equipo. La trampa estaba clara: si la selección fracasaba, todos lo culparían solo a él; si triunfaba, se subirían al carro de la victoria. Nada nuevo bajo aquel sol que anunciaba ya las hogueras del verano.

Ruete se paró de nuevo antes de llegar al Banco de España para mostrarle una imponente perspectiva de la Gran Vía, todavía inacabada; pero a Bru las

obras de Madrid le daban igual. Poco después, don Julián refrescaba su pañuelo en la pequeña fuente de piedra de una esquina del flamante palacio de Correos, en Cibeles. No se le escapó que Bru llevaba ya tiempo callado.

—Te noto inquieto, Paco.

—No me lo tomes a mal, Julián, pero es que últimamente solo puedo pensar en el equipo. Ya sabes que trabajo en el Ayuntamiento de Barcelona. Pues hace dos días estaba en una reunión de la comisión de Abastos; llevaban una hora discutiendo a quién dar un puesto de verduras en el mercado: que si a fulano, que si a mengano... Y yo, callado, pensando en quién poner en la defensa. De pronto, me preguntan a mí y se me escapa: «¡Pues a quién va a ser, hombre: a Otero, del Vigo Sporting, y a Mariano Arrate, de la Real Sociedad!». A mi alrededor se hizo el silencio. Veo que el secretario de Abastos comprueba una lista de nombres y me dice: «Perdón, Otero y Arrate no figuran en mi lista. ¿Está seguro de que son frutereros?». Y dije: «No, pero son los mejores».

Don Julián estalló en una risotada, dijo que no podría estar más de acuerdo, y los dos hombres cruzaron la calle y entraron en el café Lion d'Or. Estaba claro que la única prioridad en la vida de Paco Bru era hacer aquella selección. Aunque tuviera que hacerla él solo.

Por mucho que hubiera crecido Madrid, el mundo del fútbol era todavía pequeño y cabía entero en el primer piso del Lion d'Or, cuya humeante atmósfera era el territorio profesional del Chato Álvarez, un camarero recio de chaquetilla y delantal, con barba de rascador de cerillas. El Chato participaba como uno más en las reuniones de la parroquia de prensa, federativos y futbolistas que a cualquier hora frecuentaban el local. Todo el que era alguien en ese deporte pasaba por allí tarde o temprano. Los periodistas a diario porque, como decía papá: «Digan lo que digan, el único secreto del periodismo deportivo son los contactos».

A primeros de junio se había conocido la lista de los futbolistas convocados a las pruebas de selección para ir a la Olimpiada de Amberes y —como era de esperar— el nombre de Ricardo Zamora apareció el primero, con el de otro portero, su gran rival, Agustín Eizaguirre, de la Real Sociedad.

En el Lion d'Or se montó una polvareda monumental. Algunos, como mi padre, creían que había que llevar a los mejores en cada puesto, pero muchos colegas pensaban diferente. Nadie estaba seguro de cómo debía hacerse una selección, por la sencilla razón de que nunca se había hecho, pero todos hablaban del asunto como acostumbran a hacerlo los periodistas, sentando cátedra.

—Hay que llevar a un equipo entero, que ya esté conjuntado, como el Arenas de Guecho. Si acaso, con algún refuerzo.

—Pues para eso que vaya el Barcelona, que por algo es campeón de España y ha demostrado ser el mejor.

—No, hombre, no... En Amberes se jugará en campo húmedo. Tendrían que ir el Athletic de Bilbao, la Real o el Unión de Irún, que están habituados.

—En el fútbol hay que conocer al compañero, convivir. Y estos que han seleccionado no se conocen ni de vista.

Papá zanjó el asunto:

—Para conocerse están los bailes. Y para saber cómo juega el otro bastan los entrenamientos, ¿o no? A una Olimpiada hay que mandar a los mejores, como hacen los países serios. ¿O mandamos al equipo del Gasómetro, que esos sí que se conocen bien, porque viven juntos en la colonia?

El Chato vio los nombres de la lista y dejó caer el papel sobre la mesa con un gesto cargado de amargura.

—Mi Riqui vale tanto como esos y ni siquiera lo convocan.

Se hizo un silencio. El Chato era padre de Ricardito Álvarez, un portento del *goal*, que se había hecho profesional de forma abierta y un tanto ingenua en el Racing de Madrid. Entonces, a los que cobraban se los veía como enemigos de la pureza del deporte, y por eso muchos ocultaban con argucias sus ingresos. Por un momento pensé que el camarero iba a echarse a llorar. Por suerte, mi padre ese día estaba inspirado e intervino con mano izquierda:

—Yo entiendo que los jugadores como tu hijo merecen cobrar para ganarse la vida. No es más digno jugar por afición que trabajar para ganarse el pan. Pero las Olimpiadas no son solo deporte. Son el símbolo de la humanidad. No pueden ir señores cobrando.

—¡Pero si usted ha dicho que tienen que ir los mejores!

—Si los *pros* ingleses no pueden ir, tampoco tu hijo.

Juanito Balompédico, del *Madrid Sport*, se puso en pie y alzó la mano, declamante, con guasa gaditana:

—¡Roma se hundió cuando pagó a otros para hacer el trabajo de sus legiones! Séneca *dixit*. ¿O fue Cicerón?

Juanito siempre tenía mucha gracia y todos rieron; menos el Chato, que se marchó tarifando con su acento de Mieres.

—¡Qué tendrá que ver Roma con dar patadas a un balón, ho!

Mi padre regañó al gaditano con un gesto e intentó que el camarero no se marchara:

—Pero, Chato, ¿no te vayas, ho! ¿Te enfadaste? ¡Paeces un guaje!

Una cosa que no he dicho de papá es que se contagiaba siempre del acento de su interlocutor, un rasgo de empatía que, estaba seguro, lo ayudaba en su trabajo. Eso le valió en las redacciones el apodo de Camaleón Díez, que él adoptó como firma desde joven, disimulándolo bajo el alias de Rampoleón, que —según me explicó— es una subespecie del mismo animal. El seudónimo periodístico no era solo una moda; era necesario para evitar acosos y agresiones; vivíamos en una sociedad violenta y algunos partidos acababan con disturbios, heridos, incluso muertos entre los espectadores.

A esas alturas, ya me sabía el nombre y apodo de todos. En nuestra mesa estaban Rubryk, ChipliChapla, el amigo de Don Sincero, Juan Deportista, Handicap (que era de Vigo, pero estaba de visita en Madrid) y el citado Juanito Balompédico, entre otros. Este último se mostró reflexivo.

—En fin, que no sé lo que podrá hacer este equipo en Amberes. Solo sé... —Hizo una pausa—. ¡Que Romanones será elegido diputado por Guadalajara!

Todos celebraron la ocurrencia riendo con escándalo.

Cuando los seleccionadores Ruete y Bru entraron en el café, los periodistas se pusieron en pie aplaudiendo. Los homenajeados saludaron, repartiendo apretones de manos, palmotadas y abrazos. Se acercaron a nosotros y el sudoroso y enorme Julián Ruete nos presentó.

—Paco, te presento a Elena, la hija del gran Rampoleón.

—Un placer, señorita.

Bru agarró mi mano mimando un beso de cortesía y estrechó la de papá con fuerza.

—Amigo Rampoleón, la selección española te necesita. ¿Podemos hablar en privado?

Noté como los ojos de papá brillaban y me emocioné. Se le veía tan feliz...

Ruete hizo corro con un nutrido grupo de periodistas, mientras Bru se sentaba en una pequeña mesa aparte, a solas con mi padre y con Rubryk, el periodista del *Abc*.

Me disponía a leer la prensa de la tarde cuando apareció en la sala la figura esbelta y elegante de Lola Sepúlveda. Miró alrededor, ignoró los saludos de algunos compañeros y se acercó a mí.

—¿Elena, verdad? Estás hecha una ninfa, casi no te reconozco. ¿Te importa que me sienta contigo? —Ya lo había hecho—. Dime, ¿qué haces aquí solita entre tanto hombre primitivo?

Lola tendría entonces unos treinta años. Emanaba una enorme seguridad en sí misma y tenía un sentido del humor que parecía sacado de una comedia inglesa. Escribía los ecos de sociedad en el semanal *Gran Vida* y en *La Tribuna*, como papá. No supe qué contestar a su pregunta; lo extraño era que ella estuviera allí, no yo.

—He venido con mi padre.

—Entiendo. —Pidió al Chato un *vermouth* y un poco de ensaladilla y siguió conmigo—: Vengo de un desfile de modas y no he comido. ¿Tú quieres algo? ¿Un té?

Asentí. El Chato desapareció con el pedido y Lola me miró de arriba abajo como un coronel en revista de tropas. Me sentí intimidada, pero mantuve el tipo y le dediqué mi mejor sonrisa.

—Sí que has crecido y estás bellísima. Cuando quieras venir a uno de esos pases de casas de modas, avísame.

No supe si me invitaba por simpatía o estaba insinuando que debía mejorar mi vestuario. No tenía ni la más remota idea de qué hacía aquella mujer a mi lado, aparte de la obviedad de que fuéramos las únicas representantes del sexo femenino en el primer piso del café. Tal vez buscara protegerse del grupo de lobos charlando conmigo, pero me extrañaba, porque ellos eran inofensivos y ella tan segura...

Lola adoptó un tono de confianza y supe que pronto me sacaría de

dudas.

—Verás, Elena, como sabes, trabajo con tu padre en *La Tribuna* y he oído algo que...

Calló al ver que Juanito Balompédico se acercaba a nosotras con un levísimo balanceo de encantador de serpientes.

—¿Se celebra hoy alguna petición de mano de la aristocracia en este humilde café de la que no me haya enterado, Lola?

Lola aceptó con deportividad la interrupción.

—Que yo sepa, no. He venido a este lugar tan peculiar para... —Me miró y tuve la sensación de que inventaba una respuesta—. Para recabar algunos datos sobre los seleccionados del *football* olímpico.

—En eso puedo ayudarte.

—A mis lectoras les gustaría saber si alguno de los deportistas de la lista de seleccionados es aristócrata o rico; o ambas cosas.

—¿Los guapos no cuentan?

—Para juzgar eso nos valemos nosotras solitas.

—Tuché.

Yo me sentí un estorbo y me incorporé para marcharme.

—Bueno, yo tengo que...

Lola me miró mientras apretaba una de mis manos.

—No no, querida, quédate. Juanito y yo terminamos enseguida, y tú y yo tenemos que hablar, créeme.

A pesar de su pose de frivolidad, me intrigaba su insistencia y me quedé. Tampoco tenía otra cosa que hacer. Podía ver a Bru hablando con una concentración absoluta, y que mi padre había sacado su cuaderno grande y tomaba abundantes notas en él. Yo no le hacía falta.

Juanito se sentó a nuestro lado y se puso a contestar a Lola, pomposo:

—Verás, para empezar, esa no es la lista definitiva. Esos jugadores son solo preseleccionados. Deberán jugar algunos partidos de prueba en Vigo, Oviedo, Gijón, San Sebastián y...

—Ya me imagino, sí... —interrumpió Lola—, pero no es eso lo que más interesa a mis lectoras, salvo que alguno sea...

—Ya —remató Juanito—, aristócrata o rico; o ambas cosas, ¿no? Déjame pensar. René Petit va para ingeniero, pero es medio francés y no creo que

pueda alinearse con España. Paulino Alcántara estudia Medicina, parece un buen partido. ¿No te sirve? No, claro. Pues Vázquez, el de Badajoz, de profesión es zapatero remendón, y Patricio y Sancho, albañiles, de modo que... No, me temo que no hay aristócratas.

—Lástima. Solo nos quedan los guapos, entonces —dijo Lola incluyéndome—. ¿Y qué me dices de ese jovencito...? —preguntó a su informador.

—¿Jovencito? El más joven es Samitier, que tiene dieciocho.

—¿Y ese quién es? Yo me refiero al apolíneo *goalkeeper*, *darling*.

—¿Ricardo Zamora?

Se me heló la sangre. Lola preguntó:

—Ese, Zamora. No es aristócrata, ¿verdad?

—Bueno... —contestó Juanito—. Es hijo de un médico de Cádiz, como yo, que siempre es un plus.

—No te creas. Aunque él, al menos, es guapo.

El periodista encajó aquella nueva bofetada con un suspiro. Lola me miró y me dejó helada.

—¿Qué opinas, Elena?

—Pues... no sé.

—¿Sabes quién es Zamora, verdad?, todo el mundo habla de él.

Sus ojos me atravesaron como si pudiera leer mis sentimientos en un cartel luminoso. Yo hice lo mismo que el día de la final de Gijón: hablar.

—Bueno..., conocí a Ricardo en un partido en Madrid. Hizo unas paradas increíbles... —¿Por qué dije eso? Me estaba poniendo en evidencia.

—Entiendo.

Se dio cuenta, estoy segura. Lola devolvió su atención a Juanito, que todavía estaba allí, intentando pegar la hebra a pesar de las pedradas recibidas; ella debía gustarle mucho.

—Gracias, Juanito.

—¿Vendrás a Amberes? —preguntó él.

—Seguramente. Veré los partidos del equipo de polo y de *lawn tennis*.

—Nos veremos allí, porque el *tennis* coincide con el fútbol.

—Qué suerte. Hasta entonces, pues.

Juanito no se movía. Lola lo despidió con un enfático «Y mil gracias». Y

por fin el gaditano se levantó, suspirando.

—No las merece.

Se fue directo al Chato y, a pesar de que todavía era temprano, le pidió un *whisky*. Lola puso en mí toda su atención.

—¡Hombres, hombres, hombres...! Cualquiera de nosotras se habría marchado a la primera calabaza, pero ellos, no; ellos se quedan. Si ese Ricardo Zamora se pone pelma vas a tener que tratarle así, ¿me oyes? Ni una concesión.

No supe disimular mi desconcierto.

—¿Yo? Pero si a mí no me...

—Entiendo, entiendo. Da igual. No vengo a hablarte de él. Ojalá.

Dejó escapar un suspiro. Volvió a agarrar mi mano y me miró con franqueza a los ojos.

—Escucha, siento ser yo quien te lo diga, pero... he oído que tu padre no va a ir a la Olimpiada de Amberes.

La miré sin entender.

—¿Qué?

—En el periódico hay rumores de que van a sustituirlo. Alguien ha puesto en duda que Pepe..., entiéndeme, esto no es lo que yo pienso, que tu padre no puede afrontar el trabajo tan bien como antes.

—Mi padre está perfectamente —zanjé mintiendo mejor que nunca.

Lola me miró en silencio antes de continuar:

—Estoy segura. Sin duda es una excusa del director para colocar al yerno de uno de los jefes en su lugar.

—¿Me estás diciendo que de verdad quieren mandar a un enchufado a Amberes en vez de a mi padre?

Lola asintió.

—Conozco a tu padre desde que empecé en este oficio, y es de los pocos que me ha tratado de igual a igual, a pesar de ser mujer. Además, que yo escriba los ecos de sociedad no significa que esté de acuerdo con ciertas injusticias que pasan en este mundo, ¿sabes? Al fin y al cabo..., yo tampoco soy una aristócrata.

Papá, Rubryk y Bru se levantaron y se estrecharon las manos. Era cuestión de segundos que papá volviera a nuestra mesa. Miré a Lola

desconcertada.

—Pero ¿qué se supone que puedo hacer?

—Busca el mejor momento para decírselo. Hay que evitar que una mala reacción de tu padre les dé la razón. —Hizo una pausa antes de añadir—: Para eso le estás acompañando a todas partes últimamente, ¿no?

Leyendo alguno de sus artículos yo había pensado que Lola era completamente idiota, pero en ese momento me pareció una de las personas más despiertas que había conocido.

El Chato posó en la mesa el *vermouth* y la ensaladilla; al verla, la reportera exclamó:

—¡Cielo santo, eso tiene una pinta horrible! Creo que me iré al Maison Dorée a merendar.

El Chato resopló indignado y se llevó la ensaladilla.

Lola me hizo un guiño de complicidad, se bebió el *vermouth* de un trago, pagó y se fue. Por el camino, pellizcó en el cuello a Juanito Balompédico, que casi se cae de la silla al ver que se trataba de Lola, pero antes de que él pudiera reaccionar, desapareció escaleras abajo sin mirar atrás, dejando tras de sí una estela de miradas y perfume caro.

Juanito sacudió la cabeza; aquella mujer sabía cómo volverle loco.

Papá se quedó de pie junto a la silla que había dejado Lola con los ojos puestos en su cuaderno de notas.

Yo estaba consternada. Era evidente que ni Bartrina ni yo habíamos hablado con nadie de su enfermedad pero, al parecer, en el periódico se habían dado cuenta.

—¿Qué quería Paco Bru? —pregunté.

—Te lo cuento por el camino.

Papá temía olvidar los detalles de su conversación, de modo que tomamos un coche a casa. A bordo de la chirriante y vetusta tartana, mi padre se frotaba las manos inquieto y pidió dos veces al cochero que avivara el trote del caballo.

Con vueltas y revueltas, me explicó que su cometido era ayudar a convencer a la poderosa Federación Norte, es decir, los vascos, para que no se quedaran fuera de la selección. Entre otras cosas, se negaban a jugar partidos de entrenamiento en distintas ciudades, «porque la selección —

decían— no es un circo ambulante». Mi padre desde su columna en *La Tribuna* y Rubryk desde el *Abc* explicarían las ventajas de simplificar el calendario de preparación, evitar las rencillas mezquinas entre federaciones y conseguir que la mayor parte de los entrenamientos fuera en Irún.

—Es lo más lógico. El clima y el campo de hierba son los más parecidos a los de... los de... allí.

—¿Bélgica?

—Claro, claro, Bélgica. En Irún hay buenos hoteles, pocas distracciones, y además, de allí saldrá el tren que nos llevará a Amberes.

A papá le motivaba el encargo, le hacía sentirse útil, pero al mismo tiempo transmitía el extraño temor al caos de su mente. No podía contarle en ese momento mi conversación con Lola Sepúlveda. Callé, sonreí y maldije mi suerte. Mejor dicho, nuestra suerte.

Aparcado el asunto principal, lo siguiente que más me inquietaba era que Lola hubiera notado que Ricardo Zamora podía gustarme. Mejor dicho, que me gustaba.

5

La tía Angelita nos recibió en el pasillo con su andar alegre de pasitos cortos, se quejó de que venía apestando a tabaco y me obligó a ir derecha a cambiarme para estudiar. En pocos días tendría que pasar el nuevo examen de convalidación, que —a mi modo de ver— el Estado había diseñado solo para fastidiarme. Yo habría preferido acabar mis estudios en Francia, como Béatrice, que fue a Toulouse a obtener su diploma de secundaria y volvió convencida de que allí se abrían más posibilidades a cualquier mujer que en España. «¡Si no estuviera tan enamorada de Felipe...!» —decía como si eso fuera algo para lamentarse.

Aquí, en mi examen, tendría que probar más habilidades en Economía Doméstica y Asuntos de Fe que en Clásicos Grecolatinos, Geografía o Matemáticas. Y la convalidación por sí sola no conducía a casi nada, pues la mayor parte de los catedráticos de tribunal españoles se oponían a que las señoritas estudiáramos el bachillerato, y sin él no se podía ingresar en la universidad.

Una tormenta se anunció a cañonazos y los primeros goterones cayeron sobre las tejas ardientes, perfumando el aire. Fue la excusa perfecta para dejar los libros: eché a correr hacia la escalera del edificio y subí a la terracita del sotobanco, donde secábamos la ropa. Ya había recogido medio tendal cuando llegaron Dori y la tía Angelita, murmurando trisagios y jaculatorias a santa Bárbara con cada trueno y relámpago. Me hacía gracia, porque las dos eran mujeres de currículo. De joven, Dori, que era muy aficionada a los toros, había tenido —a la vez— un novio formal y un amante banderillero llamado *el Costillita*, al que quería con locura y con el que se veía a escondidas en una pensión para picadores del centro de Madrid. Cuando este murió en una plaza

de Albacete, ella dejó al novio y no se volvió a emparejar. Y en cuanto a mi tía, que era muy rezadora, yo había creído siempre que estaba destinada a vestir santos, hasta que Béatrice me explicó, con una mezcla de escándalo y admiración, que Angelita tenía una vida secreta. Aquella revelación me hizo abrir los ojos con asombro. Mi tía era una solterona graciosa, más bien feúcha, de risa cristalina y pecho generoso, que coleccionaba postizos capilares, frecuentaba los cafés concierto donde se cantaban romanzas líricas y disfrutaba como nadie de los dulces y el chocolate. El gran amor de su juventud había sido un sacerdote de ojos celestiales al que llevó por el filo de su vocación, hasta que él se escapó tras los pasos del padre Damián de Molokai y acabó en una leprosería de Filipinas. Despechada tras la derrota en una guerra desigual contra la labor más irreprochable de la santa madre Iglesia, Angelita se acomodó en los brazos de un rico comerciante de Madrid, llamado Ludovico Bobo, dueño de un famoso gran almacén de telas al por mayor y detall, y que, pese a estar casado con la hija de su socio, la honró como fiel y discreto amador durante el resto de sus días. Aquel estado incivil —por describirlo de alguna manera— cuadraba más con la exuberancia, la risa cálida y la mirada pícaro de la tía Angelita que un devoto celibato. A partir de entonces, entre hermanas y en secreto, apodábamos a mi tía Angelita Gautier, por el parecido remoto de sus amores con los de la archifamosa Dama de las Camelias. Sus frecuentes ausencias se debían a viajes con «su Bobi», como ella llamaba a Ludovico para no desvelar del todo al amante, que debía mantener las formas y la discreción de hombre casado. Eran una pareja estable, a su manera feliz e intermitente, mostrando que los amoríos no son siempre tan trágicos como cuentan los libros y las óperas y que hasta los más pecaminosos se dignifican con el tiempo.

Aquellas dos mujeres de trueno se pusieron a salvo con la colada, mientras yo me quedaba fuera, atraída por el espectáculo. Un sombrío yunque nuboso avanzaba desde el noroeste. Permanecí inmóvil bajo la lluvia. Aquella borrasca expresaba mi furia por la injusticia que el periódico cometía con papá. La posibilidad de que no fuéramos a Amberes llenaba el futuro de amarga incertidumbre. Oí la voz de mi tía, cerrando balcones un piso más abajo y conjurando el último trueno con una oración nerviosa. Cuando supo que yo seguía en la terraza, dijo que era tonta de remate y que pillaría un

catarro.

Al día siguiente, durante el desayuno, revelé a papá las advertencias de Lola. Me escuchó incrédulo, guardó un silencio prolongado, agarró bastón y sombrero y se fue en busca de Lola Sepúlveda sin dejar que yo lo acompañase.

Me consta que ella le confirmó todo y añadió:

—Si no me crees, vete a ver al jefe.

Y papá fue. El redactor jefe era amigo suyo hacía muchos años y mi padre le hizo una pregunta directa:

—Dime la verdad, Quintana, ¿qué es eso de que no voy a ir a Amberes?

El jefe agachó la cabeza y bajó la voz:

—Fefé, el nuevo, está casado con la sobrina de..., ya sabes... Está enchufado, Pepe. Van a mandarlo a él en tu lugar.

—Pero eso no puede ser. Nadie sabe de olimpismo tanto como yo. Fui a los Juegos de París en 1900.

—Eso díselo al director.

Y se lo dijo. Me contaron que el director no fue tan discreto y, por mucho que estuvieran a puerta cerrada en su elegante despacho de la plaza de Canalejas, como las ventanas estaban abiertas por el calor, media redacción los escuchó discutir desde el piso de abajo.

—¡Ya sé que estuviste en la Olimpiada de París en 1900! ¿No se te ha ocurrido pensar que ese es precisamente el problema? ¡Esto es periodismo, actualidad, no la Academia de la Historia!

—¿Y... y lo del árbitro que dimite? Acabo de traeros una exclusiva.

—¿El árbitro que dimite? Ah, el árbitro que dimite... Te refieres a Bertrán de Lis, ¿verdad?

—Podía haberla vendido a..., a *Gran Vida* o a otro semanal.

—¡Por Dios, Pepe, me obligas a decírtelo! Lo del árbitro está bien, pero ¿no ves que algo te pasa con los nombres? ¡En la última rueda de prensa en la Federación no te acordabas ni del de Carlos Arniches!

Esa era la pura verdad y mi padre lo sabía. Su cabeza se nubló. Notó una fuerte presión en el pecho; intentó hablar, pero su voz se detuvo dejando en el aire una frase sin sentido. El despacho empezó a darle vueltas. El dolor en el pecho se hizo más fuerte y papá se tambaleó. Pudo ver el gesto de alarma en

la cara del director del periódico, que llamaba a sus secretarias pidiendo ayuda. Luego su vista se apagó y dejó de sentir; ni siquiera notó el golpe de su propio cuerpo contra la alfombra.

Cuando se recuperó de su desmayo, mi padre tuvo un rasgo de lucidez de esos que todavía brillaban en su personalidad. En lugar de hacerse la víctima, hizo gala de una gran sensatez y culpó de su desmemoria a los medicamentos —reales o imaginarios— que le había recetado Bartrina. Eso, por supuesto, era una excusa completamente inventada, pero sus palabras hicieron efecto en el director, que todavía pensaba que con su tono indelicado se podía haber cargado al gran Rampoleón, todo un mito del periodismo. Papá remachó el clavo con habilidad: insinuó que los disgustos podrían matarlo, pero se mostró dispuesto a hacer una prueba. Sugirió que tanto su rival como él redactaran una crónica imaginaria de los Juegos Olímpicos y que el mejor cronista se ganara el puesto de Amberes.

El director aceptó. Supongo que pensó que otra negativa daría con mi padre en el hospital y que, de todas formas, papá no podría superar el encargo; en último caso, en igualdad de condiciones, se inclinarían por la crónica del otro y asunto concluido. Mandó llamar al enchufado, de nombre Federico, que firmaba como Fefé, y le comunicó la salomónica decisión. El joven, que ya contaba con el puesto, protestó, y entonces tuvo que intervenir el redactor jefe para dejar claro que el verdadero ofendido en todo caso era mi padre, porque él sería muy conocido en casa de su suegro y accionista del periódico, pero era un don nadie en el mundo del periodismo.

A Fefé le costó tragarse ese sapo, aunque supongo que en privado le dieron seguridades de que ganaría él; pero debía escribir la crónica, porque así nadie podría reprocharle nunca que fuera a la Olimpiada de Amberes por ser yerno del dueño, sino por buen periodista.

Papá llegó a casa antes de la hora de siempre, muy alterado. Me explicó dos o tres veces todo lo sucedido, otras tantas a Angelita, incluso a Dori, y alguna más a las tres.

Me indigné. Aquello del tal Fefé me parecía una injusticia digna de quemar pólvora y estuve en un tris de marchar a ver a Quintana, el redactor jefe, al que conocíamos de años, pero el temor de perjudicar a papá me impidió hacerlo.

Mi padre me mandó a por calco a la papelería y se encerró en su despacho para escribir. Yo lo veía tan motivado, tan enérgico, que pensé que no tardaría en oír su pequeña máquina de escribir, una portátil ligerísima de cinco kilos que yo tomaba prestada para mis relatos y que él solo utilizaba para viajar, como pocas semanas antes, cuando fuimos a la final de Copa del Molinón.

Sin embargo, mientras estuve allí, la máquina no llegó a sonar.

Fui a casa de una amiga a estudiar y a que nos dieran clase de Labor, porque en el examen podían exigirnos hacer una prueba de oficios del hogar.

Al volver a casa, la tía Angelita me dijo que papá no había salido del despacho, salvo para deambular por las habitaciones en busca de algo que no encontraba y volver a encerrarse después malhumorado; aunque antes le contó de nuevo todo el episodio del periódico como si fuera la primera vez.

Aquello no me dio buena espina. Me acerqué a la puerta, que permanecía cerrada. Ya era tarde y la máquina seguía sin sonar.

Entré con sigilo. Encontré a papá echado en un sofacito, durmiendo. En el escritorio estaban sus llaves, unas cuartillas con algunos apuntes llenos de tachones y la máquina de escribir con una página dentro, en blanco.

Leí sus notas a través de tachaduras que sepultaban frases tópicas o inacabadas e imaginé lo sucedido. Papá había sido incapaz de escribir nada que juzgara interesante, pero lo había intentado una y otra vez. Quizá, en mitad del proceso, agotado por el desaliento, como en Gijón, había olvidado qué hacía allí y se había quedado profundamente dormido por el esfuerzo.

Estuve un rato contemplándolo, sin saber qué hacer. Me fijé en el armario donde papá guardaba bajo llave apretados legajos y documentos, entre los que escondía una novela inacabada y quién sabe cuántos brillantes proyectos más, frenados por el capricho de circunstancias adversas, como aquella enfermedad extraña, exterminadora del genio que se oculta en cada persona. Me negaba a aceptar que su sueño de ver jugar a la selección en la Olimpiada pudiera convertirse en uno más de esos proyectos, ignorando años de esfuerzos e ilusiones, pero al sentir su respiración profunda, aquella calma, dudaba si aquello no sería lo mejor para él. Sin embargo, deseaba sacar la furia que sentía por dentro y estrellarla contra cada cuartilla. Agarré su máquina de escribir y me fui al lugar más apartado de la casa, para no

despertarlo.

Conocía bien el estilo idealista y apasionado de papá en sus buenos tiempos, en especial cuando hablaba de los grandes temas olímpicos. Guardábamos sus artículos en gruesos tomos de recortes de periódico, junto a unas tijeras y un bote de goma arábica. Cada vez que se publicaba algo, yo era la encargada de recortarlo y añadirlo a la colección. Me bastó repasarlos para que las primeras frases brotaran en mi cabeza.

Un par de horas más tarde el artículo estaba escrito y solo me faltaba firmarlo con su seudónimo. Fue un momento especial. La identidad de Rampoleón había sido el primer secreto de mi vida. Cuando yo tenía ocho años, papá se puso muy serio, se agachó a nuestro lado y nos hizo prometer a Béatrice y a mí que no diríamos nunca a nadie que ese era su nombre en clave. Tanto si me preguntaban como si no, él solo era Pepe Díez, periodista. Imagino que habría algún motivo para eso, que tal vez recibiera una amenaza, pero yo estaba encantada de jugar con él a los misterios. Por supuesto, durante las semanas siguientes me hice la interesante diciendo a todo el mundo que sabía un secreto, que solo revelé a las amigas más íntimas a cambio —eso sí— de que tampoco se lo contaran a nadie. Al final, lo acabó sabiendo medio colegio.

El recuerdo de aquellos días me hizo sonreír. Esta vez —pensé—, tras el parapeto de Rampoleón me ocultaría yo, aunque estuviera imitando el estilo de papá. Jamás habría aceptado firmar con seudónimo masculino y, sin embargo, al escribir aquellas nueve letras camaleónicas sentí una enorme satisfacción. Tuve la sensación de completar un camino y de abrir una etapa inesperada de mi vida. Estaba donde debía estar, ayudando a mi padre a conseguir un sueño, algo que él deseaba compartir con toda la humanidad.

Estuve alerta hasta que papá se despertó, de madrugada. Encendió la luz del escritorio, comprobó alarmado que eran las cuatro de la mañana y seguía sin saber por qué estaba allí. Entonces vio la máquina, las cuartillas con tachones y unas cuántas hojas mecanografiadas, como siempre las dejaba él, con un lápiz de dos colores encima, listo para la última corrección, que solía hacer a primera hora de la mañana. Por supuesto, no recordaba haber hecho nada de aquello, pero también eso era normal. Fue a la cocina a beber un poco de agua y yo me hice la encontradiza, fingiendo que me había

despertado por el tableteo de su máquina de escribir y me costaba conciliar el sueño.

Se disculpó, pero me dijo satisfecho que lo había terminado. Le di un beso, comí algo y me fui a dormir. Él se sentó ante el artículo, dispuesto a corregir la primera crónica deportiva que escribí en mi vida; un canto a las virtudes del deporte, cuya idea central era: «El Olimpismo pacífico y vigoroso hermana a quienes lo practican y a quienes lo contemplan. Enalzando las virtudes del sacrificio, el respeto y la cooperación, devolverá al mundo la confianza arrebatada tras miles de años de explotación y violencia. Hoy más que nunca, tras la mayor matanza de la historia, es hora de desterrar ideas fratricidas y abrir paso a la más bella tregua de paz, paraíso de las virtudes humanas; hagamos que la Olimpiada no sea solo un viento estival y sigamos el ejemplo de mejora que el *sport* ha traído a nuestras vidas».

Quién me lo iba a decir solo un año antes.

Papá se presentó en la redacción a primera hora. Dejó el documento en la mesa del redactor jefe y se sentó en su escritorio a trabajar.

El joven Fefé llegó tarde, charlando con dos compañeros de su cuerda, que le hacían la pelota por ser yerno de los dueños. El jefe lo mandó llamar para que le diera las cuartillas y él las sacó de su escritorio, con suficiencia; incluso dejó escapar una sonrisita socarrona al entregárselas, diciendo:

—Ahí tiene, jefe, mi pasaporte a Amberes.

Quintana, el redactor jefe, leyó los dos documentos en su despacho acristalado y se rascó la cabeza. Parecía confuso. Todos en la redacción pensaron entonces que el asunto estaría bastante igualado. Al cabo de un rato, Quintana llevó los manuscritos al despacho del director, en la planta noble.

Tardaba en bajar y Fefé se estaba poniendo nervioso. No entendía a qué venía ahora tanta espera, ni antes tanta relectura y tanto paripé. Sobre todo, le desconcertaba la tranquilidad aparente de Rampoleón, que seguía sentado ante su escritorio, atendiendo con parsimonia las llamadas y encajando los sueltos de las páginas deportivas que iban llegando a la redacción.

La tensión no pasaba desapercibida al resto del personal del periódico, que seguía con disimulo los acontecimientos. Los redactores intercambiaban miradas discretas, sin moverse de sus escritorios. Las telefonistas y las

secretarias iban y venían con cualquier excusa, llevando un papel en la mano; los balillas, que siempre correteaban al recado o con las pruebas de máquinas antes de las ediciones, remoloneaban por la redacción, incluso algún mecánico de los talleres, con su característico overol de mahón azul, asomó la nariz por el mundo superior de la redacción para olfatear si ya se sabía algo de la inusual querrela.

Al cabo de media hora, el redactor jefe regresó acompañado del director del periódico. Este último tenía un aspecto muy serio. Se acercaron a mi padre y el redactor jefe fue el primero en hablar:

—Pepe, creo que te debemos una disculpa. Esta es la mejor crónica que he leído hace mucho tiempo.

El director añadió:

—La verdad es que me ha emocionado.

Y los dos estrecharon su mano con calidez. Fefé gritó un «¿Qué?» totalmente fuera de tono y se puso a hacer preguntas obvias que el director zanjó diciendo que Rampoleón sería el enviado a Amberes y que si alguien tenía alguna duda al respecto podía leer las dos crónicas para comparar. Y las dejó sobre una mesa de un manotazo, subrayando la limpieza del procedimiento.

Los compañeros arrojaron a mi padre; se habían asustado mucho con su desmayo y, superada la tensión, prorrumpieron en aplausos y hurras. Papá se limitó a recibir su reconocimiento, sonriendo, y prometió llevarles a todos algún recuerdo de la ciudad olímpica.

Desde el otro lado de la redacción, Fefé se acercó para leer mi crónica. Tras la primera cuartilla, la dejó en la mesa y volvió a su escritorio sin decir una sola palabra.

Aquel verano, los jefes mandaron a Fefé a Berlín, con su esposa, para cubrir unos juegos atléticos paralelos a la Olimpiada y le subieron el sueldo.

Al día siguiente, el presagio de la tía Angelita se cumplió y enfermé, con un catarro que tenía a todos alarmados temiéndonos que se tratara un coletazo de la terrible epidemia de gripe. Algún día, la ciencia descubrirá si una se constipa porque se enfría o porque le dicen que se va a constipar. El caso es que tuve que aguantar con humildad la mirada de «¿Lo ves?, te lo dije; loca, más que loca» de mi tía mientras la fiebre me subía y me subía.

Bartrina se encontraba fuera de Madrid, montando la oficina del COE en San Sebastián, así que la visita médica la hizo un joven rechoncho que trabajaba en su clínica. Descartó la gripe y me recetó infusiones de sauce con miel, mucho calor y reposo.

Al tercer día de sudar me sentí mejor y pude salir por fin de la cama.

La única consecuencia de mi enfermedad fue que no pude asistir a mi examen y me vería obligada a seguir con mi educación en Francia, lo cual no era una mala noticia.

Papá estaba mejor que nunca y feliz por verme sana, salva y dispuesta a seguir a su lado. Había estado rumiando el artículo que le había pedido Bru para cambiar el calendario de preparación de la selección olímpica y, para mi sorpresa, me pidió opinión. Al leerlo se me ocurrieron algunas sugerencias que él aceptó con agrado. Lo mecanografié añadiendo y quitando cosas a mi aire y dejé la versión nueva en el escritorio del despacho, listo para que mi padre hiciera las correcciones con su lápiz antes de llevarlo al periódico. Me encantó aquella nueva forma de colaboración; me sentía parte de un equipo y papá me permitía acompañarlo a todas partes, hablándome como a cualquiera de sus compañeros.

Cuantas más cosas conocía, más quería saber. A las pocas semanas, discurseaba a Dori y a mi tía sobre quiénes serían los seleccionados o sobre cómo Bru embaucó al gran Pichichi con la ayuda de sus compañeros del Athletic para que regresara al deporte activo, después de retirarse tras protagonizar la boda más sonada del año en Bilbao.

Con la ayuda de todos, los problemas entre federaciones se fueron limando y no tardó en confirmarse que los futbolistas que Bru había pedido estarían en la última fase de los entrenamientos, en Irún, ciudad en la que también se concentraría a los atletas en espera de que la primera expedición olímpica española tomara el tren, camino de Amberes.

Como parte de los preparativos del viaje, papá y yo nos hicimos fotos de cédula en el estudio de Goñi para solicitar los pasaportes de frontera, obligatorios desde la guerra europea, y recogimos en el banco una modesta cantidad de francos belgas para cubrir los gastos de estancia en Amberes. En

Francia no sería necesario, estaríamos de paso y pagaríamos con pesetas, que era todavía una divisa fuerte, admitida en todas partes.

Conseguí además, en la biblioteca del Liceo, una guía de viaje de los ferrocarriles belgas que contenía un capítulo ilustrado con dibujos y mapas de Amberes, y empecé a devorarla con curiosidad.

La tía Angelita se fue a Vigo invitada por Béatrice, huyendo del sofoco de la capital. Cada año cedía el mes regio del estío a la legítima de su Bobi, a cambio de una escapada con él a Santander o Bayona en septiembre.

A finales de julio salí de las oficinas de Gobernación, en la Puerta del Sol, con los pasaportes en el bolso, sin nada más que hacer, salvo el equipaje. Dori, que había revivido el luto por su Costillita cuando en mayo murió el torero Joselito en Talavera, se tomó por fin unos días para firmar una herencia en Extremadura y visitar a su parentela.

El 7 de agosto de 1920, papá y yo tomamos el tren en la estación del Norte, dejando atrás Madrid y sus calores. Como habría dicho mamá, el viento había soplado y nos llevaba camino de una Olimpiada en la que el deporte debía ser el único protagonista. Siguiendo su ejemplo, me propuse disfrutar de la experiencia, sin cuestionarme ni un instante si las cosas podían haber sido de otra manera.

6

—Dios mío, ¡todo Irún ha venido a despedir al equipo!

Nos sorprendió ver la estación repleta, pese a lo avanzado de la hora y a la fina lluvia que había estado cayendo toda la tarde del martes.

Desde finales de julio, la ciudad fronteriza había sido testigo de las andanzas de los seleccionados por el paseo de Colón, del galanteo modoso con las bellezas locales, de alguna escaramuza nocturna al elegante casino Kursaal de San Sebastián y de otra, menos glamurosa, pero muy sonada, en la que se agenciaron unos burros y fueron cerrando tascas hasta el municipio contiguo de Fuenterrabía, disfrazados de bandoleros. Los irundarras también podían dar fe del trabajo entusiasta de los jugadores en los entrenamientos diarios, pasados por agua por la constante lluvia, y de los dos partidos de preparación celebrados en el campo de Amute, cuyos ingresos —al menos los del último— fueron donados con buen tino a un asilo de beneficencia local. Tras una quincena memorable, los irundarras se sentían unidos al equipo y lo mostraban acudiendo en masa a despedirlo con jovial familiaridad.

En la sala de espera colgaba una larga bandera española de percalina, con el mensaje «Agur, olímpicos», y en la cantina, una banda de música esperaba el momento de dar bombo a la salida de los deportistas.

Facturamos el equipaje en el mostrador de aduana, con excepción de una bolsa de viaje, una fiambarrera y un termo, que acarreaba un mozo de la estación tras nosotros.

En el andén, la brisa costeña hacía vibrar una constelación de farolillos y guirnaldas que daban a la despedida ambiente de verbena. Protegido por una coqueta cubierta acristalada, paisanaje de todas las edades rodeaba a los jugadores, agasajándolos con toda clase de provisiones para el viaje. Ellos

sonreían encantados, estrechando manos amigas y alzando niños. En el vagón de los jugadores, el de tercera, embarcaban botas de vino, hogazas de pan, embutidos y tortilla de patatas, envueltos en servilletas de cuadros rojos o en papel de prensa; hasta un *marmitako* en olla casera, que provocó aplausos y las risas de todos. Mis ojos buscaban con disimulo a Ricardo Zamora, mientras avanzábamos a paso procesional entre la numerosa concurrencia.

Algunos futbolistas sobresalían entre la multitud como gigantes. Sobre todos, José Mari Belauste, con su traje claro; pero también Otero, el altísimo gallego que hacía honor a su apellido; Eguiazábal, delgado como un acero, y el rocoso Arrate, tocado con una enorme chapela. Localicé a Ricardo y a Samitier fumando sentados sobre un baúl mundo. Llamaban la atención con sus peinados idénticos, *à la mode*, con el pelo brillante de velutina, dividido en dos cómicas crenchas al estilo de los músicos de jazz, sin duda por hacer la broma. Eran la viva imagen del éxito. Reían y saludaban a todo el mundo, en especial a unas polluelas que fingían regañarlos, dándoles golpecitos en el pecho con sus minúsculos bolsos y abanicos, aunque en realidad se deshacían con sus ocurrencias.

Arrugué la nariz. Había imaginado que nuestro reencuentro sería diferente: Ricardo me miraría y nos saludaríamos en medio del gentío. Después, una charla relajada despertaría entre nosotros el vínculo invisible de la primera vez; en algún momento, él reconocería en mi solapa el broche que encontró en Gijón y se daría cuenta de que aquellos dos días tan importantes para él yo había estado presente. Ese sería el principio de una aventura ignota, como el viaje que íbamos a iniciar.

Sin embargo, otra vez, Ricardo no me miró. Había demasiadas distracciones. Quien pasaba alrededor de los futbolistas los felicitaba jaleando a sus equipos de procedencia: «¡Aúpa, Zamora, Barcelona campeón!», «¡Pichichi, *aurrera* Athletic!», «¡Ese Arrate, viva la Real!». Y ellos respondían con una sonrisa a propios y extraños.

En el aire flotaba una expectación, una esperanza que se notaba en la bonhomía general, como si todos hubiéramos recuperado de golpe la ilusión de la infancia.

Papá y yo topamos con la voluminosa y desgarbada estampa de Argüello, el tesorero de la Federación, que charlaba con el seleccionador y con otro

hombre sarmentudo y vivaracho. Argüello nos dedicó un saludo caluroso, con indisimulado acento gallego. Su mirada de hurón, con una sombra natural alrededor de los ojos, recordaba a los gigantones de las comedias del cinematógrafo, pero sabía muy bien cómo ser simpático.

—¡Cuánto les envidio! ¡Van camino de la Amberes olímpica!

—Pero ¿cómo? ¿Usted va a perderselo, Argüello? —contestó papá.

—¿Y quién se queda en la Federación, si no? Con suerte, saldré para Amberes en diez o quince días.

Bru estrechó con afecto la mano de mi padre.

—¿Cómo está usted, Pepe? —Y retirando su sombrero—: Es un placer volver a verla, señorita. Les presento a Manolo Lemmel, mi ayudante y masajista del equipo.

Lemmel, el tercero en cuestión, nos saludó inquieto; presentí que nuestra llegada lo había dejado con la palabra en la boca.

—Encantada, señores —dije—. Pero estaban conversando, les dejamos hablar a gusto.

Bru sujetó mi mano con suavidad.

—No, Elena, ustedes son amigos, y además, no tratamos ningún secreto.

Sentí una gran simpatía por Bru al conocerlo en Madrid, pero un detalle nimio como que ahora recordara mi nombre acabó de conquistarme. Él retomó la conversación donde la habían dejado:

—Estábamos haciendo recuento del equipo. No hemos salido y ya tenemos tres bajas.

Papá agitó la cabeza alarmado.

—¿Tres?

—¿No se han enterado en la capital? Un extremo izquierdo se fue a Asturias sin avisar a nadie, cuando ya no lo podíamos sustituir.

—¡Como que me llamo Argüello, me presento en Gijón y me lo traigo de las orejas!

Bru sacudió la cabeza transmitiendo calma.

—No, es mejor dejarlo. Un jugador sin ganas es tan negativo para un equipo como la gripe, y a veces más contagioso. Me preocupa más que el guardameta más experto, Eizaguirre, no venga con nosotros. No se olvide de llevármelo a Amberes con usted, Argüello, ¡que si se lesiona Zamora nos

quedamos sin *goalkeeper*!

El tesorero asintió disolviendo cualquier duda.

—No hay cuidado. Ahora tiene asuntos de trabajo en San Sebastián, pero ha empeñado su palabra de que vendrá conmigo a Amberes; también me lo llevaré de las orejas si hace falta.

Lemmel, el acompañante de Bru, llevaba un rato balanceándose con impaciencia.

—Bueno, ¿y se puede saber qué hacemos con Ramón González? —rompió a preguntar—. Dice que se muere, que de hoy no pasa. Esta noche tenía treinta y nueve de fiebre. Yo no creo que se vaya a morir, pero ¿y si tiene algo contagioso? Igual sería mejor ingresarlo aquí, en San Sebastián, y que viaje a Amberes cuando se reponga.

Argüello fue tajante:

—¡Ni hablar! Si lo dejamos solo, se va a su casa, como hizo el asturiano, y no lo volvemos a ver. —Amusgó los ojos y sonrió a Lemmel quitando importancia al problema—. Ese brigante lo que tiene es una morriña de no te menees, porque lleva el mes de concentración sin los guisos de su madre. ¡Si conoceré yo a los de Coruña! Le damos salicílico y lo subimos al tren, bajo mi responsabilidad. La selección no se va a ir en cuadro.

Lemmel alzó los hombros.

—Yo lo atenderé lo mejor que pueda, pero lo mío son las cataplasmas y el agua milagrosa; si el chico tiene algo más...

Un golpe de bombo cerca de la locomotora anunció el despertar de los músicos y la banda arrancó a tocar un festivo pasodoble.

Pasó junto a nosotros una hilera de diez o doce atletas, todos bastante modositos, que marchaban encabezados, según me explicaron, por el señor Laffitte, presidente de su federación. Saludaron a las autoridades y subieron al tren sin armar mucho escándalo. Uno de los cumplimentados, un caballero de aspecto atildado, armado con paraguas y bombín, se acercó a nosotros.

—¿Qué está esperando, Argüello? Suba a su gente al tren, que ya es hora.

Su tono imperioso, impropio de la relajación del momento, sonó a látigo. Argüello no se descompuso, ladeó su cabeza, tomó aire y contestó con sequedad:

—Señor Aguilar, le presento a Francisco Bru, que en mi ausencia será el

primer responsable del equipo de fútbol. Bru, le presento a mi homónimo del Comité Olímpico Español y jefe de esta expedición olímpica.

El estirado Aguilar hizo un rictus de sorna a esas palabras.

—¿Homónimo?

—Usted es tesorero del COE, como yo de la Federación.

Sin más comentario, Aguilar estrechó la mano de Bru, volcando en él su cordialidad para que se notara el contraste climático.

—¿Cómo está usted, Bru? Celebro conocerle. —Y añadió para marcar distancias con el gallego—: Álvaro de Aguilar y Gómez Acebo, diplomático, del cuerpo consular en Amberes, además de miembro del Comité Olímpico Español.

—Bueno es saberlo, por lo que pudiera suceder —respondió el seleccionador.

—Seguro que todo irá bien. Si nadie pierde hoy el tren, claro. Ahora, con su permiso...

Aguilar se fue a su vagón.

Argüello consultó su reloj con parsimonia, diluyendo la tensión. Cuando decidió aparcar el incidente, dio la orden de partida y fuimos embarcando.

Era el momento de la última despedida. Entre los rezagados, vimos a la familia entera de Patricio Arabolaza, delantero centro de la selección, comiéndoselo a besos y achuchones. Las lágrimas de las mujeres y de un anciano conmovían a cualquiera. Patricio era albañil y solo había que ver su rostro, congestionado por la emoción, para entender lo que sentía a punto de subir al tren, camino de una Olimpiada.

Más allá, un aduanero de pelo nevado y su mujer abrazaban a Vázquez, un futbolista alto y recio, con rape cuartelero y vestido con un trajecito humilde; de profesión zapatero remendón, de esos de taller de portal, y goleador del Unión de Irún, como Patricio.

—Escríbenos, hijo. Que no se te olvide. ¡Que nunca escribes!

—Descuide... —Se palmeó la frente—. ¡Leche, si no llevo sellos!

—¡Pues los compras allí, hombre! Pero danos el gusto.

El andén se despejó de viajeros. Los futbolistas lanzaban los últimos saludos desde el vagón, mezclados los del Athletic con los de la Real, los del Arenas con los del Barcelona, los vigueses con los irundarras. En el andén se

agitaban banderitas, sombreros y pancartas. Tal vez por verlos a todos juntos, los gritos de ánimo dejaron de ser partidistas:

—¡Ánimo, campeones! ¡Aúpa España! ¡Vivan los internacionales! ¡Hurra por los olímpicos!

El tren silbó dos veces e inició la marcha con la majestad de un transatlántico que zarpa al Nuevo Mundo, sin el glamur de los uniformes de la oficialidad marina, pero con toda la emoción de la aventura intacta.

Papá lo decía todo con sus ojos bien abiertos.

—¡Qué momento, hija, qué momento!

La banda empezó a interpretar un aire de San Fermín a buen ritmo, contagiando de fiesta al andén —que nos despedía a saltos— y también a los deportistas, que no dejaron de cantarlo ni salvado ya el puente sobre el Bidasoa, donde acaba España.

Papá y yo viajábamos en litera por una gestión personal de Bartrina, para asegurarse de que el desplazamiento no fuera demasiado fatigoso.

Por la ventanilla asomaba la costa entre San Juan de Luz y Biarritz; el mar jugaba al escondite entre suntuosas casas de veraneo, se alejaba o aparecía de pronto a nuestro lado, posando en postales hermosas, pese al gris atardecer. Mi atención se fue desviando hacia el trajín de paseantes que circulaba por la puerta de nuestro compartimento. Entre ellos, vi pasar al colosal Belauste a grandes zancadas, primero en un sentido y luego en el contrario. Un par de veces se repitieron sus enigmáticas idas y venidas.

Convencí a papá de salir a estirar las piernas antes de que cayera la noche. Retoqué mi aspecto en un espejo de cortesía, previendo un encuentro con Ricardo. En cuanto puse un pie en el pasillo del vagón, sentí un cosquilleo en el estómago.

En los departamentos de segunda, los atletas de Laffitte se habían mezclado con familias españolas o francesas, viajeros de comercio y extranjeros; muchos portugueses, pero también centroeuropeos y algún sudamericano. Uno de los atletas españoles reconoció a mi padre y vino a saludarnos. Papá se limitó a sonreír con esa expresión acogedora con la que tan hábilmente ocultaba sus dudas y que invitaba a los desconocidos a contarle cosas. El chico nos presentó a sus compañeros y yo anoté los nombres de todos.

Al despedirnos, papá me preguntó:

—¿Qué has escrito?

—Todo. Este es un viaje único. Y esos chicos... —cotejé mis notas—, Mendizábal, Menéndez, Dieguito Ordóñez y García Onsalo... ¿Quién sabe?, tal vez hayamos hablado con un campeón olímpico.

Agarré su brazo y continuamos el paseo, bamboleándonos hasta la puerta de salida del vagón. Fuera, la batahola de metales era estruendosa y el viento dispersaba al galope las fumaradas de la locomotora, agitando ropas y melenas. En el balconcillo del vagón fumaba Ricardo, con un grupo de futbolistas. Un vértigo subió desde mi estómago y tomé aire para tranquilizarme. La pasarela era estrecha y papá se adelantó.

—¡Buenas tardes, caballeros!

Los chicos contestaron al saludo con cortesía:

—¿Está el seleccionador con el resto del equipo?

—Sí, señor, por ahí dentro anda.

—Muy bien, pues vamos a saludar.

Al pasar junto a Ricardo, giré un poco la cabeza hacia él y, sin detenerme, saludé:

—Comment ça va, monsieur Zamora?

Ricardo abrió los ojos por la sorpresa y yo seguí mi camino, dejándolo desconcertado. Noté una oleada de rubor en mis mejillas. Había dicho eso sin planearlo; fue un desquite de mi personaje de Mademoiselle Lagrange, que seguía dolida por el plantón que le dieron tres años antes. Me sentí como si acabara de meterle un *goal* a Ricardo Zamora.

En el vagón, los demás futbolistas habían empezado a dar cuenta de las viandas, convidando a los viajeros cercanos, la mayoría braceros que iban adelantados a la vendimia. Por todas partes se veían hatillos, maletas amarradas con cuerdas y algunos animales de corral en jaulas de palos y alambre. Había un tufillo a chiquero y humanidad, a pesar de que por las ventanillas entraban chorros de aire fresco, entre rebufos de la máquina.

Bru charlaba con Belauste y, al vernos llegar, llamó la atención del grupo:

—Chavales, os presento a Rampoleón, periodista de *La Tribuna*, *Gran Vida*, *Madrid Sport*..., en fin, y a su encantadora hija Elena.

Mi cara ardía amapolada. Los chicos nos dedicaron un hola colectivo y

papá correspondió con una cortés inclinación de la cabeza.

—Mis felicitaciones a todos, señores. Les deseo el mayor de los éxitos.

Por el pasillo, a mis espaldas, llegó Ricardo intrigado por mi saludo fugaz en la plataforma, seguido por los demás fumadores.

Una nube de hollín invadió el vagón haciendo toser a algunos viajeros. Yo sentí un impacto en mi ojo, que empezó a llorar. Saqué un pañuelo, mientras varios jugadores desenfundaban los suyos y me los ofrecían, corteses. Por suerte, Bru acudió en mi auxilio, solícito.

—No la agobiéis, muchachos, ¿no veis que ya tiene pañuelo?

Me daba vergüenza ser la atracción de aquella manera. Con mi único ojo disponible vi que Ricardo me miraba con una mezcla de curiosidad y extrañeza. En solidaridad natural con el ojo anegado, mi nariz empezó a moquear. La situación era ridícula y pedí a papá que nos marcháramos para solucionar el asunto en nuestro departamento. Por suerte, Belauste se puso en pie y recogió una maleta de la red de equipajes, que le llegaba a la altura del hombro.

—Pues yo también me voy. Agur, chavales.

—¿De verdad nos dejas por los de primera, Josemari? Te vamos a echar de menos.

—Bah. Estaréis más anchos sin mí.

—Vas a venderle seguros a la aristocracia, ¿verdad? Claro, en tercera no hay negocio.

—Ten cuidao, Josemari, que en esas literas no cabes; no saques los pies por la ventanilla, que no entramos en los túneles.

—Hala, agur, guasones.

—¡A dormir bien!

—¡Si te pesa mucho la maleta te la llevo, no sea que te dé el lumbago, que a tu edad es cosa mala!

—¡Quédate a reposar en Biarritz, o en Vichy a tomar las aguas con los de tu quinta!

Belauste aventó una mano para despedirse y salió con Bru hacia la plataforma, con sonrisa socarrona.

—Ya ve, míster, estos *morroskos* no respetan la veteranía.

Me levanté sin despedirme del grupo y fuimos tras ellos. Una vez en la

plataforma, me las arreglé para mirar atrás con disimulo. Los jugadores ya habían vuelto a su ágape, menos Ricardo, que seguía mirándome, acariciándose de forma muy expresiva el mentón. Samitier le dio un codazo ofreciéndole un pedazo de tortilla como si dijera «¿Lo quieres o no?».

Regresamos al coche cama. Las lágrimas y un poco de agua subsanaron el accidente.

La luz crepuscular dibujaba siluetas de árboles y caseríos, en suaves lomas oscuras, que aún serían de un verde dorado en su ladera opuesta, la que miraba al golfo de Vizcaya.

El tren serpenteaba en las curvas y la luz lechosa de las lámparas teñía ya el vientre de la culebra de hierro y humo.

Bru y Belauste aguardaban pacientes en el corredor a que alguien les abriera el compartimento vecino al nuestro. Papá los invitó a acompañarnos.

—Será un placer. ¿Está mejor su ojo, señorita?

—Sí, perfecto, gracias.

Bru no era un hombre pequeño y, a su lado, José María Belausteguigoitia resultaba enorme como su apellido. Sus zapatos eran buques de loneta y cuero de color hueso, a juego con su traje. Recordé su aspecto feroz en la final de Gijón, dando unas voces terribles al equipo, con la cabeza cubierta por un pañuelo con cuatro nudos. Ante mí, en el tren, tenía al hombre civilizado, próspero abogado mercantil de La Unión y el Fénix de Bilbao, de treinta y un años.

—Llevo un mes —explicó— advirtiendo en la Federación Vizcaína que iba a necesitar litera, que yo me la pagaría de mi bolsillo, que no podía dormir hecho un cuatro, por la espalda. ¿Creen que me han hecho caso? En la estación de Irún me he enterado de que no quedaba ninguna libre. No he dicho ni mu, aunque ganas de dar voces no me faltaron. Busqué a Miquelarena, de la Territorial, para contárselo. Fuimos a ver a Argüello y lo volví a explicar. ¡La de veces que he viajado tan a gusto en esas cuatro tablas de tercera!, ¿cierto o no, Bru? —El entrenador asintió reflexivo—. Pero los años y las lesiones no pasan en balde.

—Has hecho bien, Josemari. Solo me faltaba tener otro lesionado en Amberes.

Papá carraspeó con suavidad antes de hablar:

—Y por fin, ¿cómo se ha arreglado el asunto?

Bru alzó las cejas y se adelantó a contestar:

—En confidencia, ha hecho falta que Argüello diera un par de gritos para que alguien del COE se acordara de que aún tenían una cama libre. Yo no lo culpo; a veces es la única manera.

—Igual ese ha sido el motivo por el que Argüello y Aguilar estaban tan tensos antes, en el andén —especuló mi padre.

—Delo por seguro —asintió Bru.

—Pues espero que nadie se haya molestado por mi culpa. Bastante tengo con el jollín que han montado los compañeros al saber que iría en litera. Ahora me tendrán mártir toda la Olimpiada, ya lo verán. —Imitó sus voces —: «No hagas esfuerzos, Josemari, que no tienes edad», o «¡Camarero, al abuelo le trocea bien la carne, que ya no puede masticar!», y cosas por el estilo.

—Bah. —Rio Bru bajo su bigote—. El humor de los chavales es hacer sangre, ya se sabe. Pero no hay malicia. Nadie en el equipo se ha tomado a mal lo de tu litera. Ni siquiera... —Carraspeó—. En fin, ya sabes, ni siquiera Arrate, que también tiene sus años ya.

Por toda respuesta, Belauste alzó las cejas mirando al suelo.

Bru explicó que, paradójicamente, las molestias de los viajes generan en los equipos camaradería y buen humor.

—Recuerdo que una vez, yendo a Galicia cuando jugaba en el Español, cedimos el asiento a unas señoras. A medio camino, el tren se llenó de gente ¡y no pudimos volver a sentarnos hasta llegar a Ferrol! Allí fuimos directos al campo, jugamos el mejor partido del año y el mismo día regresamos a casa, reventados pero cantando. Las incomodidades hacen más equipo que las patadas de los rivales. En los viajes es donde de verdad nos conocemos todos. Los más jóvenes templan su carácter y los mayores ejercen de páter familias.

Belauste sonrió.

—Sí... A veces se pasa más tiempo en trenes que en los partidos. Lo malo es que los bancos de tercera se hacen más duros con cada cumpleaños. —Josemari tomó aire despacio y se estiró en el asiento buscando apoyar mejor su espalda—. Eso sí, cuando ganas lo das todo por bueno, y aunque no puedas ni andar, te vas a celebrarlo con los compañeros.

—¡Toma, y con los rivales! —Rio Bru—. En Gijón acabasteis todos juntos con los del Barcelona, saltando bancos en la calle Corrida.

Mi padre rio alborozado.

—¡Veneno de juventud!

—No solo, que a la fiesta también se sumaron los directivos. ¡Y Bru!

—Algo hay que sacar del fútbol. —Esta vez la risilla de Bru escapó con claridad—. Lo malo es que, como no se cobra, pocos aguantan esta vida de feriantes más allá de los veintitrés años. Se prometen y se buscan una colocación. Lo dejan en lo mejor.

—Porque luego te consideran un viejo. La de veces que me habrán dicho: «Pero hombre, Belauste, ¿abogado y dando patadas todavía? ¡Que el fútbol es para jóvenes!».

Papá sacudió la cabeza.

—Al deportista no hay que mirarle el diente, sino el corazón. En el campo no hay viejos y jóvenes: hay buenos o malos.

Bru aplaudió.

—Gran verdad, Pepe. Yo jugué casi hasta la edad de Josemari. Luego, como tenía familia, me hice árbitro, que es la única forma de cobrar. —Y subrayó con ironía—: Por desgracia, a veces en todos los sentidos.

—Palos nos llevamos todos gratis. ¡Y bastantes alguna vez...! —remató el gigante vasco con una sonrisa. Para los veteranos, aquel viaje era la culminación de muchas cosas—. En fin, que con litera o no, estar hoy aquí es un premio para todos.

Papá asintió ensoñado.

—Y que lo diga, Belauste. Y que lo diga. —Papá me dedicó una mirada de ternura y agarró con fuerza mi mano.

La noche se había adueñado del paisaje y algunas luces tenues resbalaban fuera del cristal. Hacía pocos años que yo había hecho un viaje similar a aquel, en compañía de mis abuelos, tras la muerte de mamá, y el recuerdo todavía resultaba doloroso. La alegría del viaje olímpico se había teñido de nostalgia.

Apareció el interventor y el gran Belauste se despidió para irse a dormir o, como él dijo, «a planchar un poco su espalda».

Bru recordó que aún debía visitar al enfermo antes de irse a descansar.

—Pero antes, Pepe, quiero darle las gracias por la ayuda que me ha prestado desde su periódico.

—Fue un placer. Ha reunido usted un equipo colosal. Y parece que hay buen ambiente.

—Trabajo ha costado, se lo aseguro. En los primeros partidos de entrenamiento, a Samitier, Sancho y Moncho Gil no les pasaban la pelota. Y había que ver cómo chutaban blandito a la portería de Eizaguirre para que se luciera, pero tiraban a la de Zamora como si quisieran atravesarlo.

Yo no podía entenderlo.

—¿Por qué?

—Bueno... —Bajó la voz, en confidencia—: Los jugadores han hecho pactos con los de su región para apoyarse unos a otros. Y como los vascos son mayoría, intentan jugar solo ellos. Me di cuenta enseguida y lo hablé con mis ayudantes, sobre todo con Lemmel. Pero son cosas difíciles de demostrar y hay que evitar que se monte el lío. Algunos jugadores, los más trotamundos, rebajan la tensión del grupo, pero sus opiniones no son las que más pesan.

—Entonces, ¿están todos peleados? —pregunté alarmada.

—Ya no. En el campo, los talentos se reconocen y han bastado dos partidillos para poner a cada uno en su sitio. —La cara de Bru se iluminó—. Había que verlos jugar: combinaciones largas, delanteras velocísimas, de caballería a la carga. Puro genio en el campo, amigo Pepe. Por el centro, Sancho conseguía parar a Belauste, no sé cómo, porque cuando ese coloso está bien es imposible frenarlo. Por la derecha, Samitier se entendía con Pagaza como si hubieran jugado juntos toda la vida. Y en las porterías, Eizaguirre estuvo sobrio y sólido. Tenía al público local en el bolsillo, pero Zamora... ¡Qué coloso! En Bilbao al principio le pitaban, se lo querían comer; usted sabe que muchos se achican cuando juegan allí, en la Catedral del fútbol; pero Zamora acabó más aplaudido que nadie. Hasta por Lemmel, que no soporta sus adornos, los *plongeurs* espectaculares, ni esos codazos suyos con los que manda la pelota al centro del campo. Ese chico no falla en los momentos importantes, está hambriento de reconocimiento y ha nacido para triunfar. Nunca vi cosa igual, es... —Bru rebuscaba con desesperación la palabra para definirlo—. Un dragón sobre la hierba, con catorce manos y

siete cabezas. Fue el primero en ganarse el respeto de todos.

»En Irún, la convivencia hizo el resto, y ahora el equipo es una piña. Quitando el caso de Arrate y Josemari, claro está, que no tiene arreglo, y siempre andan cada uno en una punta diferente para evitar conflictos. Y así es como están las cosas.

—¿Arrate y Belauste? —Yo no sabía nada de aquel conflicto, que despertó mi curiosidad.

—Elena, que el seleccionador tiene que descansar y esas son cosas sabidas.

—No me molesta, Pepe, al contrario. —Rio Bru—. Me entusiasma que su hija se interese por estos asuntos. ¡Ojalá los míos me prestaran la misma atención! —El seleccionador se giró hacia mí y comenzó su relato—: Hace tres años, el Athletic de Bilbao y la Real Sociedad jugaban una eliminatoria en San Sebastián. Empataban a dos y, en un lance del juego, Pichichi le rompió un diente al portero de ellos. Luego, Belauste hizo una entrada muy dura que dejó a Arrate, que ya lo ha visto, es casi tan grande como él, inconsciente en el suelo. Un hermano de Arrate se fue a por Belauste, lo tumbó de un puñetazo y empezó la gresca.

»El público, que ya iba con el reverbero caliente contra los del Athletic, había llevado garrotas al campo y se lio a palos con los bilbaínos. A Josemari lo querían matar. La poca fuerza pública que hubiera se quitó de en medio. Volaban piedras y adoquines sobre los de Bilbao. A Silverio, el extremo izquierda que también viaja con nosotros, lo dejaron inconsciente de una pedrada. Los del Athletic intentaron refugiarse en el guardarropa, pero les cerraron con llave las puertas, así que se fueron calle abajo, sálvese quien pueda, hasta la casa de unos buenos samaritanos, y allí se quedaron hasta que llegaron los carabineros.

»Siete u ocho jugadores del Athletic tuvieron que ser atendidos en la casa de socorro; los que peor estaban, Silverio, Belauste y Acedo. Todavía pudo ser peor —terminó Bru—, porque dejaron a un niño medio muerto de un adoquinazo. Cómo sería aquello que Josemari, al que nada le puede dar miedo, no pisa el campo de Atocha desde entonces. —Bajando la voz, añadió—: Y ya han visto la cara que ha puesto hace unos minutos, cuando le he nombrado a Mariano Arrate. Aquello sigue en carne viva.

—Brutos...

—Las divisiones del equipo son un terreno pantanoso. En el campo casi todo se borra, pero hoy se han sentado otra vez, separados por bandos, bilbaínos, donostiarras, gallegos y catalanes.

—Es querencia natural. Llevan toda la vida viajando juntos.

—Sí, Pepe, pero... Yo sé bien por qué ha sido. Las promesas de algunos les han vuelto a dar alas.

Una arruga de preocupación encogió la frente de Bru, que cayó en un silencio enigmático y prolongado. Salió de él bruscamente, como si temiera quedarse encerrado, y se puso en pie con energía.

—En fin, ahora sí que me marchó. Por favor, no se levanten. Que pasen buena noche. Y gracias sinceras por la conversación; a veces se siente uno muy solo en este trabajo.

—Aquí está usted entre amigos, ya lo sabe.

Salí con Bru para avisar al mozo del vagón, que nos debía ayudar a montar las literas.

Al acostarse, papá se quedó pensativo. Corrió la cortina de su farolillo, dejándolo en la penumbra, y echó el antifaz de terciopelo sobre sus ojos. Su voz se volvió un murmullo, entre los ruidos del tren:

—Este Bru sabe lo que se hace. Espero que le dejen trabajar. El técnico de los franceses es un inglés con bombín, y el nuestro, un árbitro con pistola. Por algo será.

—¿Bru, con pistola? ¿A qué te refieres?

—Mañana... Ahora... descansar.

Afilé el lápiz. De haber tenido fuerzas, habría escrito toda la noche. Pronto se me cerraron los ojos, atontada por la rítmica percusión de metales y boqueadas de locomotora. Recordé a Ricardo, preguntándose dónde me habría visto antes. Luego, la culebra de hierro avanzó de puntillas, haciendo equilibrios sobre las tiras de acero, camino de otra clase de sueño.

7

Raro fue el pasajero del tren que no echó pie a tierra en Orleans buscando los kioscos de necesidad y el *buffet* de la estación. La mayoría tenía la cara hinchada por el sueño, la ropa arrugada y mal abotonada por las prisas; las señoras cubrían con pañuelos sus postizos capilares, maltrechos tras una larga noche de viaje. Aquella era la última parada importante antes de llegar a París.

Papá apuró el último trago de su diurético matinal, recetado por Bartrina, que llevábamos en el termo. Los ojos se le iban tras la *pâtisserie* francesa, mantequilla, *foie-gras* y otras delicias que repletaban los mostradores del *buffet*, en brillante plata Ruolz.

—Anoche ibas a contarme algo de Bru. Dijiste algo, como que era un árbitro con pistola. ¿Qué querías decir?

Papá abrió el gesto con asombro.

—¿Dije eso? Tiene gracia. —Carraspeó para aclararse la voz, tal vez ganando tiempo antes de continuar—: Eso fue antes de un partido. Su primer partido..., eh..., como árbitro, digo..., era..., antes de empezar, reunió a los equipos y... dijo algo... —Papá se llevó una mano a su estómago—. El mejunje de Bartrina me hace efecto. Cuando vuelva voy a dar buena cuenta de esos *croissants*.

Papá se apoyó en el bastón para levantarse y se dirigió al aseo.

Una voz continuó la historia donde mi padre la había dejado:

—Lo que dijo Bru fue: «Señores, todos saben que hoy es mi debut arbitral».

Al girarme descubrí a Manolo Lemmel, ayudante del seleccionador, que ocupaba una mesa vecina. Él continuó hablando:

—«Como sé que el ambiente está calentito, porque entre ustedes hay cuentas pendientes...». Y dejó la frase ahí. Sacó un revólver que llevaba al cinto y empezó a cargarlo en silencio, bala a bala, sin inmutarse. Hasta que le preguntaron: «Y este numerito, ¿a qué viene?». Y dijo Bru: «Bueno, me gustaría arbitrar muchos años, no quiero malas experiencias. Ahora estoy seguro de su colaboración». Agarró el revólver y lo ocultó bajo su chaqueta.

—¿Y arbitró de verdad con una pistola al cinto? —pregunté—. ¿Como Buffalo Bill?

—Se parecía más a un forzudo de circo, pero sí, llevaba la pistola.

—Vaya... Menudo personaje.

—Sí... Es una anécdota muy conocida. Aunque no es del todo verdad. Lo importante es que Paco Bru se las sabía todas. Ya era un *sportman* completo. Además de futbolista, era luchador de *jiu-jitsu*, lanzador de jabalina... —Tras una pausa—: Perdone, ¿su padre se encuentra bien?

—Sí, no se apure. Creo que sigue algo dormido.

—¿Y quién no? —bufó—. ¡Menuda nohecita! Entre el tren y el enfermo...

—¿Cómo está? González se llama, ¿verdad?

—Hecho una piltrafa —asintió—. Arde de fiebre y no puedo más que darle el remedio de san Aspirinus y obligarlo a que se hidrate. ¡Y pensar que todavía nos falta el viaje hasta Amberes! Al menos, no parece contagioso. Volviendo al otro tema. —Relajó el gesto—. Lo del árbitro con pistola..., ¿le gustaría oír la historia completa?

—Claro.

Con eficacia teatral, Lemmel movió la silla para colocarse frente a mí.

—Fue hace ocho años, en 1911 o 1912. El debut de Bru como árbitro fue justo en el partido anterior. Como bien ha dicho su padre, prometía lío... Y lo tuvo. Para empezar, rompió a llover a cántaros. ¿Qué digo, a cántaros? ¡A mares! El campo de tierra se embarró enseguida y el balón se clavaba en los charcos. Resultaba cada vez más difícil jugar al fútbol, con el pelotón empapado de agua y pellas de barro que se pegaban en las botas. Empezaron los resbalones, los golpes y las patadas. Bru consultó con los capitanes, pero los dos querían seguir. Uno dijo: «Esto no es *tennis*, aquí no suspendemos un partido por un poco de agua». Pero aquello no era un poco, nunca se habían

visto condiciones peores.

»Y el partido siguió. Los choques eran continuos y los lesionados trotaban a pasitos cortos por el campo, cojeando uno, recogiendo el brazo sobre las costillas otro... Pero ahí seguían todos, porque se jugaban el pase a la final regional. En una jugada, un delantero visitante arremetió con fuerza contra el *goalkeeper* local, que tenía agarrada la pelota, y lo arrastró a la portería. Bru concedió el *goal* sin dudarle: es lo que manda el reglamento. “¡Carga legal, es carga legal, estaban disputando la pelota!” Nadie protestó. Al portero se lo llevaron a la caseta, grogui, y un jugador de campo ocupó su puesto, colocándose el jersey y los guantes del lesionado. A partir de entonces, con cada falta, los jugadores se apuntaban con el dedo y se insultaban. Y Bru pensó —Lemmel cambió la voz haciéndola más profunda—: “Si esto sigue así vamos a acabar mal”. En un choque, uno de los visitantes recibió un golpe de verdugo medieval y, ¡zas!, se revolvió con una patada al agresor, que acabó en el suelo. Los jugadores se arremolinaron alrededor de los caídos y se volvieron hacia el árbitro, furiosos, exigiendo justicia. ¿Qué justicia? ¡Venganza! Fue un instante decisivo; sabía que pitara lo que pitara se la estaba jugando. —Lemmel hizo una pausa dramática transfigurado, viviendo la escena.

Yo estaba tan sumergida en el barro del partido como él. Con un gesto lo empujé a continuar el relato:

—Bru expulsó a los dos jugadores por agresión, como mandaba el reglamento. El equipo local se abalanzó sobre él y los pocos espectadores que había invadieron el campo, armados con paraguas y palos. Allí no había fuerza pública ni hombre sensato. La masa furiosa se abría camino a puñetazos hacia Bru. Pero él permaneció inmóvil, con las piernas firmes y clavadas en el barro; no pensaba correr. Digan lo que digan, llegado un momento así, nadie sabe qué es lo que hará, se lo digo por experiencia. Pero él sí; estaba allí para arbitrar, no para huir, porque se había comprometido. Se llevó la mano a la chaqueta y rebuscó. En medio de la lluvia, cuando la multitud lo alcanzaba ya, alzó una pistola y, ¡bum!, disparó un tiro al cielo. La masa de agresores se detuvo y retrocedió unos pasos. Entonces, calmado, alzó la voz lo más fuerte que pudo: «¡Podemos hacer dos cosas: o terminamos el partido otro día, cuando se pueda jugar al *football*, o unos

cuantos salimos en las necrológicas!».

Yo estaba a punto de aplaudir. Lemmel siguió:

—Se aplazó y cuando volvimos a jugar, en campo neutral, ocurrió aquello de cargar la pistola en el vestuario.

Arrugué la nariz, extrañada.

—¿Volvimos? ¿Es que estaba usted allí?

—Yo era uno de los linieres. En fin, que ese es Paco Bru; un bravo como pocos, se lo aseguro.

Me quedé boquiabierta. Lemmel esbozó una leve sonrisa pícara que estrechó sus ojillos azules.

Tomé aire por la boca y eché mi cuerpo atrás temiéndome un engaño.

El camarero trajo varios limones, algunos pasteles y *croissants* para Lemmel. El masajista pagó, lo echó todo en su sombrero y se puso en pie para marcharse.

—Pero ¿es verdad todo eso o no?

—Claro que sí. Aunque... de la memoria nunca puede uno fiarse del todo. En estas batallitas de veteranos a veces se magnifican un poco las cosas, ya se sabe. Voy a atender al muchacho. Los limones son para él.

Lemmel guiñó un ojo y se fue al tren.

Antes de dar un paso, se cruzó con papá que volvía de la *toilette*. Lo saludó y mi padre se quedó con gesto despistado.

—Es Lemmel, papá. El masajista y ayudante de Bru.

—Lemmel... Claro, claro.

Papá parecía preocupado. Llamó al camarero y le pidió un café. Corregí el pedido de inmediato.

—Nada de café, papá. Solo leche, y si quieres, cacao. Ya oíste a Bartrina.

—Es la costumbre. Estás hecha un portento, hija: secretaria, enfermera...

Mientras papá cumplía su amenaza contra los *croissants* y otras delicias del *petit déjeuner*, vi por la ventana que Bru charlaba con los jugadores. Las historias sobre él me hicieron mirarlo de otra manera.

Por allí cerca estaban Ricardo y su amigo Samitier. Habrían maldormido en tercera y en lo único que se notaba era en que su peinado gemelo había desaparecido y tenían el pelo revuelto. De pronto, empezaron a perseguirse como críos. Samitier lo citaba como a un toro, dando unos saltos

comiquísimos que los compañeros jaleaban con olés. Tras un par de amagos de arrancada, Ricardo se lanzó como un látigo y atrapó al burlador. Entonces me vio. Debió de sentir vergüenza, porque soltó a Sami y me dedicó un tímido saludo con la mano. Sonreí. Un fuerte carraspeo sonó a mi lado: mi padre observaba todo con gesto de censor.

El personal anunció la salida del tren de París con tono cantarín.

Cuando subimos a nuestro vagón, Ricardo nos esperaba junto a la plataforma. Papá lo saludó socarrón, con fingida seriedad:

—¡Hombre, el dragón de siete cabezas! Un dragón mudo, me ha parecido ver antes.

Ricardo respondió desconcertado:

—No, señor, tengo voz. Quería disculparme por mis compañeros, son como críos.

—Disculpas aceptadas, muchacho. Yo también he sido joven, aunque no lo parezca. —Hizo una pequeña pausa—. Ahora, si nos permite, nos vamos a nuestro...

Carraspeé.

—Yo voy enseguida, papá.

—Ah... —corrigió—. No hace falta que me acompañes, Elena. Yo encuentro solo nuestro compartimento. Es el número...

—Cuatro.

—El cuatro, claro, sí.

Se alejó por el pasillo balanceando su bastón y comprobando los números. Me cercioré de que entraba en el correcto.

—Su padre es genial. Un poco despistado, ¿no?

No contesté. ¿Qué podía decir? Ricardo era más alto de lo que recordaba la última vez que lo vi, y eso que yo no había parado de crecer en esos casi cuatro años. No parecía tan nervioso como la primera vez: se veía que había adquirido cierta práctica con las mujeres.

—Perdone, Elena, pero ayer, en cuanto la vi pensé que... ¿No nos hemos visto antes? Usted me suena de algo.

Parpadeé incrédula. Aquello no era suficiente. Al fin y al cabo, él me había dado plantón y había mandado a otro, que salió con mi hermana.

—¿Le sueno?

—Sí. Pero no sé de qué. Me han dicho que viven ustedes en Madrid y yo soy de Barcelona. Además, antes me ha hablado usted en francés. Pero usted habla bien español, ¿verdad?

—Perfectamente. Ya ha oído a mi padre.

Fue un instante decisivo. Tuve la tentación de contarle dónde, cuándo y cómo nos habíamos conocido, pero vinieron a mí de repente las palabras de Lola Sepúlveda aconsejándome marcar distancias. Decidí liar un poco la madeja.

—Pero si nos hubieran presentado se acordaría, ¿no?

—Seguro.

—Entonces creo que no nos habremos visto.

Ricardo se quedó desorientado. Tendí mi mano.

—Elena Díez. —Hice una pausa y añadí bajito—: Lagrange.

Él estrechó mi mano.

—Ricardo Zamora.

—Sí, todo el mundo le conoce.

Entornó los ojos pensativo.

—¿Lagrange?

—Sí.

Acaricié el broche en mi vestido, pero Ricardo no reaccionó. Ya era imposible darle más pistas. Alcé los hombros como despedida.

—En fin, nos veremos por allí, entonces.

—Espere... ¿Se quedarán ustedes en Amberes hasta el torneo de fútbol?

—Sí, a eso vamos.

—Es emocionante, ¿verdad?

—Sí.

—Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Los últimos meses han sido increíbles: el campeonato de España, ahora la selección...

—Estuvimos en Gijón, viendo la final. Con aquella decisión tan rara del árbitro...

—¿Se refiere al *penalty* que no se repitió? Tuve suerte.

El toque de humildad inesperado fue un punto a su favor. Ricardo se esforzaba por estirar la conversación:

—Y usted, ¿siempre viaja con su padre?

—Sí. Soy una especie de... secretaria. También lo cuido. Está un poco delicado. Del corazón —me apresuré a aclarar.

—Lo siento. Si necesitan cualquier cosa...

—Gracias. Bueno, nos veremos pronto, entonces.

—Claro. Buenos días.

Me fui cerrando la conversación con una nueva pista:

—Bonjour, le jour!

Regresé al compartimento y me dejé caer en mi asiento, satisfecha. Papá me miró con cierta cara de guasa.

—¿Qué pasa? —protesté.

—Nada. —Hizo una pausa, divertido—. ¿De qué habéis hablado?

Arrugué mi nariz.

—Estaba haciendo contactos, papá. El único secreto del periodismo deportivo, ¿recuerdas? ¿Quién sabe qué nos podrá contar?

—Ya ya...

La estación D'Orsay está en la misma orilla del Sena, frente a los jardines de las Tullerías del Louvre, en pleno corazón de París. Al detenerse nuestro tren, el majestuoso reloj dorado de la cabecera daba las nueve de la mañana, flotando con ligereza inexplicable sobre un delicado panel de cristal.

Tras consignar los equipajes, como hicimos todos, los atletas se marcharon presurosos, encabezados por los señores Aguilar y Laffitte, para asistir a una recepción con la reina madre de don Alfonso XIII, que había salido de su adorado San Sebastián camino de un balneario suizo y deseaba conocer a los atletas olímpicos. Ni los futbolistas ni nosotros estábamos invitados. Yo sentí no conocer a Doña Virtudes, como todo el mundo llamaba a aquella cumplidora germánica, bajo cuyo mandato se cebaron con España toda clase de desastres, hundimientos y desgracias.

A los futbolistas les importó un bledo perderse el besamanos, por mucho que fuera en el hotel Ritz. Preferían visitar la ciudad.

Era un día espléndido. Un taxi de portezuela roja nos llevó a dar una vuelta por los bulevares. Papá viajaba agarrado al asa de la ventanilla, contemplando las calles con asombro. Para él, todo era diferente: los suelos

de tierra estaban empavesados; los rípers y diligencias se habían convertido en tranvías, y el perfume de los jardines que aún flotaba en su memoria se ahogaba entre centenares de automóviles, muchos más que en Madrid, que obligaban a los peatones a refugiarse en las aceras. Por todas partes veíamos militares, fuerzas de ocupación de los territorios conquistados. Visitamos el edificio donde había nacido mi hermana Béatrice. En los cruces más importantes, los grandes tableros murales que habían mostrado el día a día de la Gran Guerra mostraban ahora las últimas noticias de los Juegos de Amberes y papá empezó a animarse. Encontramos también coloridos arcos florales alusivos a las Olimpiadas y los escaparates de los comercios importantes exhibían grandes ampliaciones fotográficas con imágenes de los deportistas franceses más conocidos, como el corredor Guillemot y la tenista Suzanne Lenglen. En París se vivía la Olimpiada casi al momento. En España faltaba mucho camino para llegar a eso.

Mi padre pidió al taxista que nos llevara a la Expo Universal. El hombre acarició su mostacho y preguntó a cuál de ellas se refería.

—Al Grand Palais.

El *chauffeur* soltó el freno y, como si pilotara una máquina del tiempo, arrancó diciendo:

—À l'Expo du mil neuf cents!

Nos apeamos en el puente de Alejandro III para asomarnos a la balaustrada sobre el Sena. A un lado teníamos el Grand Palais, con sus armonías de piedra y cristal, y, en la orilla opuesta, la inmensa explanada de los Inválidos. El sol matinal arrancaba destellos áureos de su cúpula y chisporroteos de plata en el río, como silenciosos fuegos artificiales.

—¿Te acuerdas, Emma? ¿Te acuerdas?

No supe qué contestar. Mamá y yo nos parecíamos mucho; yo había heredado su perfil y su mirada celeste. Mis ojos se humedecieron. Sin embargo, en ese momento papá no hablaba conmigo. Salió de sus recuerdos con asombrosa naturalidad, contemplando el panorama.

—Deberíamos comprar una cámara fotográfica como esas que llevaban los atletas —añadió.

Era asombroso que se hubiera fijado en eso; su mente era capaz de mezclar pasado y presente sin alterarse. Aprovechamos el paso de un

fotógrafo-minuto de bata blanca para llevarnos un recuerdo de aquel día y regresamos a la estación dando un paseo.

En la fotografía —que todavía conservo—, coronando nuestras cabezas, puede verse la estatua de bronce que domina la fachada del Grand Palais, que representa la cuadriga victoriosa del Orden pisoteando al demonio del Caos. Justo lo contrario de lo que ocurría en la cabeza de papá.

En la estación, Isidro, el utillero de la selección, recorría la fila de carritos cargados de equipaje tirándose de los pelos. Contaba una y otra vez los baúles que había facturado y no le salían las cuentas.

Papá y yo estábamos recogiendo nuestra bolsa de viaje, pasaportes en mano. Con nosotros habían estado esperando turno dos capitanes franceses que viajarían hasta San Quintín, cerca de la frontera belga. Uno de ellos tenía un brazo en cabestrillo y nos explicaba su peripecia cuando Ricardo llegó en mi busca.

—Disculpe, señorita Elena, ¿podría usted echar una mano a nuestro utillero? Creo que tiene algunos problemas con el equipaje y no parece aclararse muy bien con el personal de la estación.

Miré a papá, que asintió, despreocupado.

—Ve, ve, adelante. Yo esperaré sentado en uno de esos bancos. ¡Todo por nuestros olímpicos!

Ricardo se hizo cargo de la pesada bolsa de viaje como si agarrara una pluma.

—¿Me permite?

Pasamos junto a los demás compañeros y oí la voz de Samitier comentar con ironía:

—Qué listo, *nen*.

—Calla, Sami.

Fingí sordera. Junto al montacargas, Isidro gesticulaba ante un supervisor de la estación, chapurrando un francés inventado ante la perplejidad de los locales. Traduje sus explicaciones al encargado, que se puso a buscar de inmediato el origen del problema. Del almacén emergió un funcionario e Isidro lo señaló con un dedo acusador.

—¡Ese! ¡Ese ha sido! ¡Es el que se llevó los baúles! ¿Qué ha hecho con los dos mundos que faltan, hombre de Dios? ¿Adónde los ha mandado usted?

Al parecer, aquel hombre había explicado a Isidro que debía esperar a que rescatasen los baúles, sepultados en el almacén al caer una estantería sobre ellos. Isidro le dijo que sí a todo y se había marchado. Desde entonces, el funcionario había estado solucionando el desastre.

Resuelto el enigma, mientras nos entregaban el equipaje perdido, Isidro me confesó en secreto:

—Señorita, le agradezco en el alma que me haya ayudado. Verá, mis jefes creen que hablo francés *perfectamón*. ¿Entiende? Yo no quería mentir, pero en la Federación Española, por hacerme un favor, me colocaron de utillero con la excusa de que hablaba francés desde niño. Pero ya ha visto usted, yo, vendimias en Francia, ninguna; las de Arganda, que es mi pueblo, nada más.

Salieron por fin los dos baúles. Por la estación vimos llegar a Lemmel y a Bru, en compañía de Pichichi, Belauste y otros jugadores, que se pusieron en la cola de la consigna. Isidro se inquietó y me miró suplicante.

—No se apure —dije—, usted sígame la corriente.

Se me ocurrió reírme a carcajadas para disimular. Solté una parrafada en francés y el utillero me siguió el juego, asintiendo y diciendo *oui, oui* a todo. Nos estrechamos la mano, justo cuando Lemmel llegaba hasta nosotros.

—Buenos días, Elena, ¿ha ocurrido algo?

—El señor Isidro es un fenómeno. Ha encontrado nuestros equipajes perdidos. Parecía el único capaz de entender a estos parisinos de la estación.

Lemmel lo miró con asombro.

—Hombre, Isidro, felicidades. ¿Y tenemos ya todo lo nuestro?

—Al pie del montacargas y en orden, señor Lemmel.

—Bueno, pues... ¡a Bélgica!

La cola avanzó y Bru avisó a Lemmel para que se acercara al mostrador. Isidro me estrechó la mano entre las suyas.

—No sabe cómo le agradezco. ¿Viene usted con el grupo, a Amberes?

—Sí. Con mi padre.

Lo señalé y él vino hacia nosotros. Y tras él, Ricardo, que cargaba aún con nuestra bolsa.

—¿Rampoleón? ¿El periodista?

—¿Lo conoce?

—¿Y quién no? Es una institución en Madrí, como Cascorro.

Papá le estrechó la mano.

—Hola hola. No sabía que andaba por aquí.

—Ya ve usted. De utillero del Athletic de Madrid a la selección. El señor Ruete me mandó un día a recoger los uniformes en Kossak y Reparaz, y luego Argüello me dio el puesto. Le debo una a su hija.

—No me debe nada, hombre.

—¿No? ¡Pero si acaba usted de encontrar los uniformes! Un poco más y habríamos tenido que buscar equipación en Amberes. Ahora, si me disculpan...

—Claro, hombre, claro, vaya usted.

Isidro se fue a capitanear el grupo de porteadores. Ricardo cargaba todavía nuestra bolsa.

—Disculpe que insista. Le aseguro que yo la conozco de algo. Lo he estado hablando con su padre, pero no ha sabido decirme.

Levanté los hombros con candor.

—Pues si no se acuerda usted... ¿Nos vamos al tren?

Ricardo colocó nuestra bolsa de viaje en la rejilla sobre los asientos y fue a sentarse con sus compañeros. Me miraba de hito en hito como si descifrara un jeroglífico. Yo estaba disfrutando de su desasosiego, que, al fin y al cabo, él mismo había provocado tres años antes.

El tren a Bélgica iba repleto y esta vez viajábamos en el mismo vagón. Con el primer empujón de la locomotora, los futbolistas empezaron a dar vítores. Amberes dejaba de ser un sueño lejano y empezaba a tomar aspecto de emocionante realidad.

8

—Señorita, ¿le importaría ayudarme a hacerme entender por esos simpáticos futbolistas españoles?

El capitán francés del brazo en cabestrillo que habíamos visto en la consigna de la estación de París susurraba tan bajo que no pude oír su nombre. Era lógica su delicadeza en el tono. A mi lado, papá se había dormido y hacía respiraciones profundas. Me incorporé para alejarme de mi padre y escucharle mejor.

—Verá, en la estación D’Orsay me di cuenta de que habla usted los dos idiomas.

Hasta la llegada del capitán, yo combatía el sopor del viaje ojeando las ilustraciones de la guía de Amberes, de modo que acepté encantada. Llegamos juntos a la camareta donde se agrupaban ocho o diez españoles, entre ellos Ricardo.

Al parecer, el capitán era un buen aficionado al fútbol y había sido jugador, en el Standard de París, antes de la guerra.

—Pero era del montón, no como estos señores; seguro que son unos fenómenos.

Antes de mi llegada, más que una conversación aquello debía ser un debate lingüístico, y los chicos me recibieron con alegría.

El capitán me explicó sus puntos de vista, que yo traduje.

—Les decía que Dinamarca tiene el mejor equipo del campeonato. Pero cuidado con Checoslovaquia. Yo los vi jugar el año pasado y son muy rápidos. Ganaron los campeonatos militares interaliados. Sin embargo, el favorito siempre es Inglaterra, aunque no jueguen los profesionales.

—¡Estamos de acuerdo! —Samitier lo dio por obvio—. Ingleses y

daneses son campeón y subcampeón olímpico.

El capitán se mostró triunfante.

—Oui monsieur, mais cette fois la France sera vainqueur!

—¿Qué ha dicho?

—Que Francia va a ganar.

El larguísimo Eguiazábal, del Real Unión de Irún, saltó como un resorte:

—¿Francia? ¡Pero si el mejor que tienen es René Petit y es de los nuestros! Si por él fuera, jugaría con España.

El oficial no estaba muy conforme y la conversación giró en torno a las virtudes y defectos del equipo francés. Mientras yo traducía, Ricardo no dejaba de mirarme, con la inquietud de quien se obsesiona con un rompecabezas.

El tren enfilaba las grandes llanuras del norte ganando velocidad. El paisaje mostraba cicatrices abiertas por la guerra. Vázquez, que acababa de pasar su servicio militar, preguntó por aquella kilométrica red de zanjas que recorrían el valle y se perdían de vista.

—Son las trincheras de los frentes, de las batallas del Marne.

—¿Tan largas? —se asombró.

El oficial explicaba los detalles de lo que estábamos viendo. Por allí estuvo la artillería, bombardeando día y noche.

Habló de sus primeros meses de combates, del ardor juvenil de los soldados, que aún ignoraban qué era la guerra, de las largas marchas, del miedo y las constantes retiradas. Luego el frente se estancó y llegó el invierno helado en las trincheras, las cartas de amor, la lluvia, el barro, el terrorífico gas venenoso... Cuando se detenían las matanzas y el martilleo desgarrador de las bombas, llegaban las noches con el absurdo cántico de voces enemigas al son del acordeón propio, dando a la vida una breve tregua. No había grandeza alguna en las palabras del capitán. Usaba un lenguaje cercano, con la voz cargada de suave melancolía. Hablaba sin alterarse, como si tuviera algo clavado en el cuerpo y temiera que la agitación despertara el dolor. Pasamos junto a prados convertidos en cementerios, donde cada tumba estaba rodeada por cuatro postes y una soga y en cada cruz ondeaba una pequeña bandera francesa. Había centenares, miles de ellas. De aquello el capitán no dijo nada, no era necesario.

Los chicos lo miraban con respeto, sin comprender, grabando en la memoria sus gestos. Después, me escuchaban a mí. Trasladaban su atención hacia los detalles impresos en el paisaje, señalados antes por el militar, recordaban sus gestos de énfasis o de dolor y entonces lo comprendían, y volvían a mirarlo admirados. Noté como su voz y la mía se acompañaron de forma natural, yo aprovechaba sus pausas y seguía él su relato después, sin necesidad de ponernos de acuerdo.

Es curioso ver cómo seduce nuestra imaginación un mecanismo tan lento, tan trabado. La emoción de sus palabras producía un impacto en mí que, después, mi voz hacía llegar como una ola a los demás, con el lógico retraso. Sus palabras llevaban el poder del relámpago deslumbrante, y las mías, el temor del trueno, cada vez más cercanos, sumergiéndolos en la tormenta de la guerra. Aquellos jóvenes rebosantes de salud, acostumbrados a resolver la vida a patadas, a los gritos del público y las amenazas de los rivales, al chocar de huesos y a las bromas más sangrantes, se estaban emocionando con cada palabra de mi boca, como si oyeran la voz del oficial. Poco a poco, parecía que podían entenderlo de forma directa, como si hablaran francés, como si revivieran su experiencia. La voz del capitán, cargada de verdad, dejaba de ser sonido para dar la vida a rostros desaparecidos para siempre, emociones, sucesos e imágenes de aquella guerra. Durante la hora de trayecto de Compiègne a San Quintín, los jugadores se sumergieron en el barro del frente, del que —entre partidos, derrotas y celebraciones— habían oído hablar durante cuatro años en la prensa y los noticieros del cinematógrafo como si fueran modernas sombras chinescas de un cuento inventado para entretener.

Yo recordé a mis primos lejanos, muertos o mutilados en aquella guerra de la que nadie recordaba ya ningún propósito ni motivo, salvo el de vencer a cualquier precio.

El oficial contó cómo fue herido y cayó prisionero. Después de ser rescatado por los ingleses, regresó al frente poco antes de terminar la guerra.

Se impuso un respetuoso silencio. Ahora todos éramos conscientes del drama impreso en el paisaje que veíamos tras los cristales de las ventanillas. Aquí y allá había puentes destruidos y pueblos enteros en ruinas. La llanura estaba salpicada de heridas que con el relato cobraron un sentido completo.

Grandes hoyos verdecidos ondulaban el paisaje, como agujeros de un queso. En algunos se acumulaba el agua y los animales de granja bebían con bovina placidez. En realidad, eran cráteres de explosiones que despedazaron a miles de hombres, cubriendo sus restos con metralla, tierra y, a veces, flores. Donde antes hubo arboledas frondosas, quedaban erizadas plantaciones de troncos enhiestos, esqueletos sin una rama a los que miles de bombas arrancaron de cuajo las copas.

Y todo eso ocurría mientras en Atocha se jugaba aquel partido en el que Arrate y Belauste se partían la cara a golpes y eran molidos a bastonazos; mientras el Arenas celebraba su última victoria del Campeonato; mientras Ricardo dejaba el Español para irse a jugar al Barcelona, con solo diecisiete años, tentado por una oferta de Hans Gamper para hacerse semiprofesional de tapadillo; mientras yo pasaba las tardes paseando por el Retiro con mis amigas.

El veterano Pichichi me pidió que hiciera una pregunta al capitán:

—Después de lo que ha vivido, ¿le ve sentido a jugar al fútbol?

El capitán sonrió con tristeza, soltó un enorme suspiro y sus ojos, hasta entonces enturbiados por el paisaje, se iluminaron como los de un crío.

—Sí, claro que sí. Daría una mano por poder hacerlo como antes. Aunque no aguantaría ni medio partido.

En el frente se le estropeó la máscara protectora e inhaló parte de los gases venenosos que lanzaba el enemigo. Aunque se recuperó, los pulmones se le quemaron y ya no podría correr como antes.

Eguiazábal habló para todos, sombrío. Se arrepentía de haber sido tan duro antes, al criticar a los franceses.

—Lo mismo le pasó a Juan Petit, el hermano de René. Había que oír cómo le silbaba la respiración al subir un tramo de escaleras.

Una voz desconocida rompió el círculo mágico en torno al capitán:

—Sinclair, nous sommes arrivés!

El otro oficial francés avisaba a su compañero de que llegaban a San Quintín. Tenía cara de haber dormido una larguísima siesta.

Sinclair, nuestro guía del pasado, abrió el brazo sano como disculpa.

—Siento haberles entristecido el viaje. Pero ya han visto, todo esto es demasiado reciente. Son ustedes muy afortunados. Y si no gana Francia, ¡qué

demonios! ¡Háganlo ustedes!

Sinclair besó mi mano y se despidió de todos, uno por uno, que estrecharon la suya agradecidos. Luego salió a la plataforma, con el otro capitán. En el vagón quedaron otros militares a los que ahora mirábamos con más respeto.

El convoy se detuvo entre los restos de lo que un día fue la estación de San Quintín. La ciudad entera seguía en ruinas. La silueta de la catedral, redondeada por las bombas, se mantenía erguida sobre una colina repleta de estructuras fantasmales que un día fueron casas.

Nadie pudo dejar de sentirse culpable. Eran unos privilegiados, pero no solo por librarse de la Gran Guerra. Ni siquiera les habían salpicado los atentados anarquistas ni la represión de las huelgas, como la del 18, que acabó con el ejército tomando las calles. También escaparon de otra guerra más cercana, en África, donde cada día morían quienes, al contrario que ellos, no podían pagar la cuota para no ir al frente. El lento goteo ya duraba años y sus nombres se publicaban cada día en los mismos periódicos en los que Ricardo y los demás leían las crónicas de sus partidos en busca de una alabanza, escrita por los también afortunados Rampoleones del deporte. Yo tampoco era ajena a ese sentimiento de culpa. Pocos podrían escuchar con la cabeza bien alta el relato del veterano capitán.

Entramos en Bélgica, país organizador de la VII Olimpiada de la Paz, entendiendo mejor la razón de este nombre. La mayoría de los muchachos volvieron a sus asientos, taciturnos, o salieron a fumar en discreto silencio.

Papá se había despertado en la parada y, ajeno al estado de ánimo general, ojeaba divertido la guía de Amberes con las lentes sobre la nariz. Me señaló algunas ilustraciones.

—Es un mundo de cuento. Casitas de muñecas y carritos tirados por perros. Hasta los castillos parecen de juguete. Estoy deseando verlo. ¿Cuánto faltará?

—Estamos en la frontera belga. ¿Dos horas?

El tren se detuvo un momento en la aduana para que subiera el interventor local y bajara el francés.

Ricardo y Samitier habían salido a la plataforma. Zamora rebuscaba en sus bolsillos, con aire distraído y un cigarrillo entre los labios.

—¿Tienes lumbre?

Sami sacó un lustroso encendedor de gasolina.

—Que vuelva, ¿eh?

—¡Qué bonito, Pep!

—Recuerdo de Irún —dijo guiñando un ojo.

—Pues a mí la mía no me regaló nada.

Zamora encendió su cigarrillo y se quedó abstraído, como si el misterio de mi identidad, al que daba vueltas su cabeza, pudiera desvelárselo el humo.

Pep Samitier observaba todo con curiosidad, un hábito.

—Así que esto es Bélgica... Pues mal empezamos, tú.

Aulnois-Quévy había sido una bonita estación de ladrillo, pero las cristaleras rotas y unos barracones empotrados bajo la marquesina le daban un aspecto campamental deprimente. En la pared de uno de ellos, Sami descubrió un solitario cartel de la Olimpiada de Amberes con la figura de un discóbolo clásico bajo un festón de banderas coloridas. Lo señaló cuando el convoy reanudaba la marcha con lentitud.

—¿Has visto eso, *nen*? Espero que en Amberes se hayan preparado un poco mejor.

Ricardo estaba despistado, pensando en otra cosa.

—¿Eh?

—El cartel de los Juegos. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada.

—Ah, ya... —Hizo una pausa adivinatoria—. La Rampoleona, ¿no? No le has quitado ojo de encima. *Molt guapota, la noia!*

—Pero no es por eso. Es que la conozco de antes.

—Pues qué suerte, *nen*.

—Sí, pero no sé de qué. Elena... Elena Díez. Es que no me suena.

Sami dio una calada a su cigarrillo con ojillos maliciosos y miró a la nada del paisaje.

—A ver quién se baila un tango con ella antes.

Ricardo siguió en sus cavilaciones.

—Me dijo que se llamaba Díez nosequé... Latus. No, Lafont... Lagrange...

—¿Me has oído, *nen*? Digo que a ver quién se baila un tango antes con...

—Pronunció en francés para hacerlo sonar glamuroso—: Mademoiselle Lagrange.

Ricardo lo miró atónito.

—¿Qué has dicho? —Sami iba a repetirlo, pero Ricardo dio una palmada y cerró ambos puños triunfante—. ¡Mademoiselle Lagrange, claro! ¡Es Mademoiselle Lagrange! ¡Qué idiota soy, qué idiota! Pero, espera, no puede ser ella. Armet me dijo que se llamaba Beatriz, no Elena. ¿Por qué se cambiaría el nombre? ¡Claro, por eso me he hecho un lío!

Ni siquiera la despierta inteligencia de Sami era capaz de seguirlo.

—¿Qué Armet? ¿Kinké?

—Su hermano Pakán, hombre, el que estaba conmigo en el Español. ¡Menudo tenorio!

Ricardo apagó el cigarrillo en las tablas del vagón y lo arrojó lejos. El mechero voló también y fue a perderse tras el muro de un almacén ferroviario.

—¡Ahí va! Se me fue el chisquero.

—¡Eh, que ese era mi *briquet*!

—Ya te daré otro. ¡Pero ni se te ocurra salir con ella!, ¿me entiendes? ¡Yo la conocí primero!

—¿Y qué?

—Lo digo en serio, Sami. Elena Lagrange me debe una. Y tú unas cuantas.

—¡Y tú a mí un mechero como ese!

Ricardo se fue vagón adentro. Sami se encogió de hombros indiferente.

—Sortiré amb la xicota si ella vol, que no?

El utillero Isidro y los gallegos Otero, Moncho Gil y Vázquez salieron a fumar. Moncho era el más bajito e inquieto de los cuatro. Preguntó con calmado tono vigués:

—¿Qué hay, Samitier? ¿Tienes lumbre?

Sami se tentó el bolsillo con gesto automático. Frustrado, les ofreció su cigarrillo encendido, que ellos se fueron pasando.

—¿Qué? —preguntó Zamora—, ¿cómo anda el enfermo González?

—Pues ahí va, agonizando. Yo no sé si debíamos haberlo dejado en Irún. O en París.

—O en Lourdes —añadió Otero—, que le dieran los óleos, porque tal como está el rapaz...

Isidro chascó la lengua.

—¡Serás bruto! ¿Y si se muere, qué?

—Pues mira quién fue a hablar.

El tren avanzaba a galope tendido por la llanura belga. Sobre el pasto, verde a pesar de ser agosto, y las negras arboledas solo destacaba aquí y allá algún campanario o la lejana torre puntiaguda de una antigua casa fuerte. Ni un mogote, ni una montaña a la vista.

Mi padre levantó los ojos de la guía de Amberes y saludó a alguien a mi espalda:

—¿Quería usted algo, Zamora?

Ricardo estaba mirándonos, inmóvil, con gesto preocupado. Me pregunté cuánto tiempo llevaría allí.

—Verá... ¿Podemos hablar un momento? —Y añadió—: ¿Señorita Lagrange?

Papá corrigió ajeno a la intención de esas palabras:

—Es Díez Lagrange, ¿sabe?

—Disculpe usted, don José. Verá...

—Y yo soy Pepe. O Rampoleón, eso lo dejo a su albedrío.

Ricardo dio la primera muestra de cierto nerviosismo y repitió las primeras palabras de su discurso:

—Verá, don... Pepe, su hija y yo nos conocimos en Madrid hace mucho tiempo y entonces me dijo que su nombre era Mademoiselle Lagrange.

Fingí sorprenderme:

—Ah, ¿se ha acordado usted de mí, por fin?

—Sí.

—Felicidades. Solo ha tardado... ¿Cuánto? ¿Día y medio?

—Hay un buen motivo, si me permite explicárselo.

Miré a papá, más que buscando su permiso, por dilatar el sufrimiento de Ricardo. Papá se encogió de hombros.

—Está bien. Total, no entiendo nada...

Ricardo me cedió el paso y caminamos un trecho en busca de un rincón donde pudiéramos hablar. No era fácil, el tren iba repleto de gente.

Aprovechamos el hueco dejado por una familia belga que se apeaba en la siguiente estación. Nos sentamos muy rectos y serios, frente a frente.

—Bien, usted dirá.

—Me siento un poco idiota. He tardado en darme cuenta de qué la conozco, Elena, porque, como dije, hay motivos. La primera vez que fui a jugar un partido a Madrid nos alojaron en un hotelito frente al teatro ese de varietés...

—El Romea, en la calle Carretas.

—Exacto. Yo era un pipiolo y conocí allí a una joven fascinante; francesa, muy bien vestida, que me pareció tener mucho más mundo que yo. Solo nos miramos varias veces y sentí... El caso es que ella salió del comedor sin acabar su comida y, como no volvía, yo salí a buscarla.

La sorpresa casi me delata.

—¿Salió a buscarme..., a buscarla? —Sin duda, eso me gustaba.

—Sí. La encontré en un corredor estrecho. Yo estaba muy nervioso y no sabía... —Se interrumpió—. Oiga, no sé por qué le cuento todo esto. No me tome el pelo; aquella chica era usted, ¿verdad?

—Usted siga y cuénteme qué pasó y ya diré yo lo que tenga que decir.

—Está bien... Yo jugaba esa tarde mi primer partido contra el Madrid. Era uno de los días más emocionantes de mi vida. Hasta entonces no pensé en otra cosa durante todo el viaje. Sin embargo, al conocerla a us... —corrigió—, al conocer a *aquella* muchacha, sentí la necesidad de volver a verla después del partido. Y conseguí una cita para después.

—¿Usted la consiguió? —Sin duda olvidaba que, de no ser por mí, él no habría podido ni hablar.

—Sí, claro que sí. Quedamos en que yo pasaría a recogerla después del encuentro para salir juntos.

—Comprendo. Y según usted, ¿qué es lo que pasó después?

Ricardo me miró desconcertado, sin entender mi actitud. Desde el principio, noté cierto enojo en su tono que me resultaba inexplicable; tenía muy claro que la única persona con derecho a estar enfadada era yo. Él se repuso y siguió hablando:

—Pues lo que pasó es que volví a la mesa sintiéndome un titán. En el campo hice un partidazo, todo me salió bien, era como si hubiera crecido de

repente: *plongeurs*, salidas espectaculares, palometas... Lo paré todo. Las críticas al día siguiente fueron de órdago: hasta conservo una de su padre, por cierto, que decía...

Ricardo se perdía recordando su éxito.

—Al grano, al grano, por favor.

—De acuerdo, de acuerdo... Al terminar el *match*, toda la seguridad que tenía en mí mismo se derrumbó al pensar en aquella misteriosa dama francesa.

—¿Y por qué?

—Se va usted a reír.

—No, señor. Tengo muchos motivos para que esto no me haga ninguna gracia, ¿sabe?

—Yo sí que tengo motivos para eso.

—¿Usted? Pues tendrá que explicármelo, porque no lo entiendo.

—Claro que se lo explico, con la condición de que usted me explique a mí...

—No tengo por qué darle explicaciones de nada. Además, puede que no fuera yo.

Ricardo palmeó sus muslos, a punto de estallar, pero se frenó a tiempo.

—Voy a seguir donde estaba, ¿le parece bien?

—Divinamente. —Sentí unos deseos enormes de abanicarme—. ¡Qué calor hace!, ¿verdad?

Como no tenía abanico, me puse en pie para bajar la ventanilla. Ricardo se levantó con la intención de ayudarme, pero impedí que lo hiciera colocando mi mano en su hombro.

—No soy manca, puedo sola.

—Pero el hollín...

—No se preocupe por eso, no le va a pasar nada.

—¡No lo decía por mí!

—Siga, por favor.

Desconcertado, abrió los brazos rindiéndose.

—Ya no sé por dónde iba.

—Decía que después del partido se sintió inseguro. También ha dicho que me iba a reír, pero ya ve que nada de esto me parece divertido.

—De acuerdo, me sentí inseguro, porque quedar con *aquella* mujer me parecía algo..., algo... —No acababa de arrancar—. Pecaminoso.

—¿Pe-ca-mi-no-so? ¿Ha dicho pecaminoso?

Asintió... Y se me escapó una carcajada. Él retrocedió en su asiento, enojado.

—¿Lo ve? ¡Se ha reído!

—Lo siento. ¡Es que es tan absurdo...!

—¿Por qué? Yo era un nene de pantalón corto y usted parecía tan... tan sofisticada.

—¿Y por eso mandó a otro a recogerme?

—¡La pillé! ¡Era usted, lo sabía! Me ha estado tomando el pelo todo el rato.

—Pues estamos en paz. ¡Usted me lo tomó a mí dejándome plantada!

Levantábamos mucho la voz. Los pasajeros a nuestro alrededor nos miraron ceñudos. Ricardo pretendió seguir en el mismo tono y lo mandé callar.

—¡Yo no la he...!

—Shhh, baje la voz, está usted dando un espectáculo.

Ricardo descartó estrangularme y susurró:

—Digo que yo no le di plantón, fue usted quien se fue con otro.

—¿Yo? ¡Ojalá!

—No me lo niegue. Les vi salir juntos y tomar un taxi en la puerta del hotel. Casi rompo mi amistad, mi admiración por Pakán, mi compañero. —Y recalco, como si aquello hiciera aún mayor la ofensa—: ¡El capitán de mi equipo! Casi llegamos a las manos al día siguiente por su culpa, ¿lo entiende?

Me puse en pie con dignidad regia.

—Esto es intolerable.

Eché a caminar por el pasillo y él me siguió.

—¿Adónde va? No hemos terminado. ¿Por qué se fue con Pakán?

—¿Por qué no vino usted?

—Se lo he dicho. Me pareció pecaminoso.

—¡Qué ridículo!

Se puso rojo como una brasa; con todo su orgullo, que era mucho, se plantó ante mí, cerrándome el paso.

—¿Ridículo, yo? Escúcheme, señorita. Yo pensaba en lo que diría mi madre; en el bueno de mi padre; en lo que los dos me habían enseñado sobre el bien y el mal. ¡Y estaba hecho un lío! ¿Qué sabía yo entonces de mujeres? ¡Nada! Vivía feliz sin mezclarme con... ustedes, el bello sexo, tan complicadas; jugando al fútbol en pantalón corto y soñando con un día como aquel, en el que pudiera triunfar en la capital.

—Cuánto siento haber estropeado todo. Pero no ha contestado a mi pregunta.

—¿Qué...? —Confuso—. ¿Qué pregunta?

—¿Por qué no vino a recogerme y mandó a otro a mi casa?

—No lo mandé, se ofreció. Él era mi héroe. El experto en mujeres del equipo. Me vio preocupado en el guardarropa: «Ricardo, a qué viene esa cara, si has hecho un partido de escándalo, chico». «Pues nada, que... he quedado con una chica, pero tengo mis dudas, no sé si mis padres lo aprobarían.» Y él: «¿Era guapa?». Le expliqué, y al enterarse de que se trataba de aquella extranjera alta, de ojos de cielo, que vimos en el comedor, me hizo el lío: «Deja que le hable yo primero y te digo si te conviene o no». Me pareció bien; Pakán era un dandi, el mayor galán que yo he conocido en mi vida. Y era un amigo, un ejemplo en muchas cosas.

—Pues a mí me pareció un jeta, más bien.

—Por favor, le ruego que no hable mal de mis amigos.

—Solo he dicho lo mismo que usted.

—Pero yo tengo derecho, es *mi* amigo.

—A mí también me dio motivos.

—Pues no haber salido con él.

—Yo no salí con él, se lo aseguro.

—Deje de negarlo, les vi marcharse juntos en un taxi. Y Pakán no volvió temprano esa noche, lo sé porque yo dormía en su misma habitación. Aunque dormir no fue la palabra. Estuve esperándolo, tumbado en aquel infame colchón del suelo para agarrarlo de las solapas.

—¿Y qué hacía en el suelo?

—Me daba miedo dormir solo y Pakán me dejó compartir su habitación, pero eso da igual ahora.

—¿Le daba miedo dormir solo? ¿A usted?

—Ya le dije que era un crío. Un inocentón. Pero a partir de ese día... — Agitó su dedo índice, bien estirado delante de mi rostro—. ¡Desde ese día se acabó!

—Ya, la culpa de todo es de esta Eva y su pecado original. *Très espagnol!*

—Como usted diga. Y ahora, le toca a usted.

Se cruzó de brazos retándome para que hablara.

—¿A mí? ¿Y qué espera que le diga?

—No lo sé, la verdad a ser posible; aunque a lo mejor es demasiado pedir, teniendo en cuenta que se cambió usted el nombre... ¿No le parece, Elena? ¿O debería decir Beatriz?

Aquel tono inquisidor era demasiado.

—¿Quiere saber la verdad? Pues lo pasé muy bien con Pakán esa noche. Era mucho más encantador que usted.

—No es lo que me dicen otras. Pero sobre gustos...

—Pues que le aproveche a usted. Ya vi a sus amiguitas de Irún.

—Pues sí. Eso lo aprendí de Pakán, que lo sepa. Cuantas más, mejor.

—Me alegra saberlo. En fin, pues resuelto el misterio. ¿Desea usted algo más?

—No, gracias. Me ha quedado clarísimo.

—Pues adiós muy buenas.

—Adiós.

Ninguno de los dos nos fuimos. Era una despedida absurda.

—Ya sabe dónde encontrarme.

—Lo mismo digo. Aunque no se me ocurre para qué.

—Lo mismo pienso yo.

Mis pies decidieron por mí, caminando acelerados por el pasillo, al compás del frufrú de mis medias y el runrún de mis pensamientos. Ricardo había insinuado que mentía, se había atrevido a pensar que yo era capaz de quedar con él y salir con otro, ¡por pura diversión!, y me culpaba a mí de que su amigo fuera un pillo caradura que lo tomara por tonto, así que lo castigué, dejándolo en su error respecto a lo que pasó y a mi hermana Béatrice.

Me dejé caer en mi asiento, con los brazos y las piernas cruzados, sin dejar de rumiar lo sucedido. Por suerte, esta vez —quizá por prudencia—

papá no me preguntó nada sobre Ricardo.

A medida que pasaban los minutos, empecé a ver las cosas de otra manera. De ser cierto lo que Ricardo me había contado —nadie podía inventarse una excusa tan ridícula como la suya— él sería inocente, al menos, de las ofensas que yo le había atribuido durante aquellos años. Técnicamente, no me había dado plantón. Pero su arrogancia, el pensamiento malicioso, la simple duda de que yo pudiera haberle hecho una jugarreta como aquella, volvían a enfurecerme.

El tren se llenó de incómoda actividad. Muchos viajeros descolgaban sus pertenencias de los portaequipajes, se buscaban entre los vagones y se amontonaban junto a las plataformas, donde otros se obstinaban en circular en sentido opuesto a los que pretendían salir. Solo así fui consciente de que estábamos entrando en Bruselas, ciudad que también era sede de los Juegos.

Mi recién adquirido instinto periodístico desplazó mi ofuscación; habíamos recorrido un largo camino hasta llegar allí y no era cosa de perderse ningún detalle.

La estación estaba repleta de motivos olímpicos: banderas, carteles, estatuas de clara inspiración grecolatina, orlas florales, guirnaldas, lemas y colgaduras, distribuidos con excelente buen gusto. En el andén, un pequeño comité de recepción esperaba con ramos de flores y una pancarta de «Bienvenues aux Jeux» a unos ignotos pasajeros.

Quienes seguíamos viaje hicimos la imprescindible visita a los lavabos y solo algunos futbolistas se atrevieron a dar un paseo fugaz, sin alejarse demasiado del tren.

Al volver a nuestros asientos, nuevos viajeros habían ocupado los huecos libres y los vagones volvían a estar repletos.

Al anunciarse la salida del tren, Samitier se puso tan nervioso que daba puñetazos en el hombro de Zamora; Acedo y Patricio subieron de un salto a la plataforma y estuvieron a punto de lesionarse; Vázquez llegó el último, cargado de postales para escribir a sus padres y enfadado porque no había encontrado sellos.

Voló la última etapa del viaje, una hora escasa, y muchos hicieron el trayecto quemando los nervios con paseos o haciendo flexiones en las barras de la plataforma. Todos notábamos un cosquilleo en el estómago, y el mío se

hizo casi insoportable cuando el revisor anunció que la última estación sería Amberes. El tren redujo su marcha para entrar en la ciudad olímpica.

Papá me miró con ojos de niño travieso. Una lágrima resbalaba por su mejilla.

—Amberes, hija. Por fin.

9

El doctor Bartrina y el marqués de Villamejor nos esperaban en el andén formando un exiguo, pero dignísimo, comité de bienvenida, sin música ni pancartas, pero cumpliendo con propósito y forma. Al menos en teoría, Aguilar, al que no habíamos visto el pelo desde la salida de Irún —mostrando una discreción rayana en la invisibilidad propia de algunos diplomáticos que dominan el arte de la desaparición voluntaria a conveniencia—, había llevado al equipo hasta la ciudad olímpica y ahora lo entregaría al comité local.

Bartrina nos saludó a distancia, miró con ojo clínico a papá y yo hice un gesto de asentimiento, dando a entender que se encontraba bien. Él sonrió aliviado.

El primero en bajar del tren fue Aguilar. El tesorero fue directo a estrechar la mano de Villamejor, adulón. Tras los cumplimientos y felicitaciones por la medalla de plata ganada por sus sobrinos en el polo (único trofeo obtenido por España en la Olimpiada hasta esa fecha), Aguilar continuó con las formalidades:

—Señor marqués, voy a presentarle al responsable temporal del fútbol, don Francisco Bru.

Villamejor se adelantó con desfado para saludar al citado, aunque no lo había visto en su vida. Como quiera que el único elegante del grupo, tan impoluto como Bartrina pese al trasiego ferroviario, era Samitier, el marqués le estrechó la mano con toda la efusión que le permitía su condición de hombre valetudinario.

—¿Cómo está, señor? Es un placer conocerle. Me han dicho que es usted de Barcelona.

Samitier, guasón, ignoró el equívoco y contestó con igual afabilidad:

—El placer es todo mío, caballero. Pues sí, de Sants, precisamente.

Bru, con la chaqueta al hombro, se había quedado pasmado a metro y medio con la mano estirada. Sonrió moviendo la cabeza de lado a lado; los futbolistas ahogaron risitas y Aguilar se apresuró a solventar el malentendido guiando al marqués hasta el entrenador y asesinando con la mirada a Samitier, que sonreía ufano.

—No, perdón, excelencia, él es uno de los jugadores. El entrenador es este señor, Bru.

Villamejor y Bru se estrecharon las manos. El marqués rectificó su error, elegante y despacioso. Agarró el brazo de Bru con familiaridad para compensar el involuntario agravio.

—Verá, Bru, el atletismo y el fútbol fueron las grandes atracciones de los últimos Juegos y lo serán también en estos. Me gusta tratar las cosas con un solo responsable de cada sección, si no mi labor se vuelve una locura. Podrá hablar conmigo con total confianza, pero usted será mi único interlocutor con el fútbol, nadie más.

—¿Yo? Pero lo más apropiado sería que un federativo...

—No no, Bru —interrumpió Villamejor—. Un deporte, un responsable. Si empieza usted, termina usted.

Bru buscó auxilio con la mirada en Aguilar, que intervino al quite:

—Acepta encantado, señor marqués. No podemos estar cambiando de interlocutor cada dos por tres. Además, Bru es quien mejor conoce las necesidades del equipo, sin duda.

—Entonces, decidido —zanjó don Gonzalo aferrado al brazo del entrenador—. ¿Por qué no me presenta usted a nuestros olímpicos? Podemos empezar por el joven elegante de Barcelona al que saludé antes.

Mientras procedían a las presentaciones, Bartrina se acercó a nosotros saludándonos con cariño y averiguando el estado de papá antes de informarnos sobre cuestiones prácticas. Estaba impecable como siempre, con su pelo empomado, su traje inglés con dijes en la leontina de oro, y en la solapa, el pequeño alfiler con banderita y el emblema dorado con el que se distinguía a los comisarios olímpicos nacionales.

—Ya sabrás, Pepe, que la prensa debe acreditarse en las oficinas del Stadion. He redactado una carta para que la entreguéis allí, cuando vayáis,

mejor mañana mismo. —Me la entregó y la guardé en mi bolso—. También hice una reserva a vuestro nombre en el Hôtel de l'Industrie, aquí mismo, a un paso de la estación. Es confortable y estaréis con los técnicos. Yo me alojo con el resto del comité en Le Progrès, excepto los días que vaya al congreso médico de Bruselas, claro; tengo ponencias en días alternos, una de medicina interna y otra de kinesiología que aún no han programado. ¡A saber cuándo me toca ir!

Lemmel se acercó a Bartrina sin atreverse a interrumpir. Como imaginé el motivo de su interés, lo hice yo:

—Perdone, doctor, creo que el segundo entrenador necesita hablar con usted. Me temo que traen un enfermo.

Bartrina se giró hacia él con interés profesional.

—Pero ¿cómo? ¿Tan pronto?

—Y grave, doctor Bartrina.

Lemmel me dio las gracias mientras se alejaba con el profuso galeno, que rebuscaba en su prodigiosa memoria.

—¿Lemmel? Mmmm... Usted es masajista, ¿verdad? ¿No nos conocimos en el Instituto Psicofísico de Barcelona...?

A Ramón González, el enfermo, tenían que sujetarlo en vilo entre Otero y Vázquez. Antes de un minuto, Bartrina decidió trasladar al muchacho al hospital de la Cruz Roja, con el que la organización tenía un acuerdo. Llamó a su *chauffeur*, dio órdenes a un ayudante que salió disparado a la caza de un teléfono y, tras informar en persona a Villamejor, se llevó personalmente al enfermo camino del hospital.

Solo entonces presté atención a la monumentalidad de la *gare* central de Amberes, de la que tanto hablaban en la guía: un palacio ferroviario encerrado en una caja de cristal. No fui la única. Samitier, que no había parado de recibir codazos y golpecitos de complicidad o reprimenda de los compañeros desde su broma al marqués, silbó al contemplar aquella catedral de los ferrocarriles, donde además de su profusa decoración, abundaban las referencias olímpicas. Si en Bruselas se percibía ya el aroma de los Juegos, en Amberes era más que palpable. Era la puerta de los sueños de cualquier deportista.

—Pues sí, hay que reconocer que se lo han trabajado bien los de

Amberes, tú.

Un enorme cartel oficial de los Juegos presidía la gran sala de andenes. El discóbolo, con su desnudez oportunamente cubierta por un volátil tejido, amagaba su lanzamiento, rodeado por las enseñas nacionales de los países participantes. La española flotaba sobre su cabeza, todo un honor para un país neutral, ni siquiera la bandera suiza ocupaba un lugar tan relevante. Como fondo de la ilustración se veía la ciudad, a vuelo de pájaro, y el sinuoso río Escalda.

Recuperamos nuestros equipajes y salimos de la estación por una puerta lateral a la Rue Pelican. Una gran pancarta daba la bienvenida en francés, inglés y latín, y en cada esquina había coloridas empavesadas con cartelitos de ruta en los que se indicaban las direcciones más importantes, sobre todo el camino al Stadion, como denominaban allí al estadio olímpico. El día estaba cubierto y los transeúntes portaban paraguas en el brazo. Patricio miró al cielo y se caló su boina.

—Tal que Irún es esto.

Se refería al clima, por supuesto, pero Samitier le hizo un guiño.

—Bueno, la estación es un poquito más grande, ¿no?

—Bah. —Sonrió—. Por ahí le anda.

Villamejor se despidió de nosotros con cordialidad y tomó un automóvil decorado con la bandera olímpica, junto a Aguilar. Los jugadores se agrupaban en alegre bullicio junto al pequeño autocar con bancos de madera en el techo que los llevaría a su alojamiento. Zamora y Silverio treparon a la imperial para colocar en la rejilla de equipajes los bultos que les iban lanzando los compañeros.

Una procesión de mozos de cuerda, encabezada por Isidro, emergió del interior de la estación con los baúles de la equipación en carretillas.

Lemmel dio un par de poderosos silbidos para llamar la atención de los jugadores. A su lado, Bru tomó la palabra para despedirse del equipo y dar algunas instrucciones, de las que solo escuche el final:

—Os llevarán a vuestra residencia. Mañana visitaremos juntos el estadio olímpico y trazaremos el plan de entrenamientos. ¡Ahora, a instalarse y descansar, muchachos!

A los jugadores bastaba verlos —haciendo bromas de todo y con

cualquiera— para darse cuenta de que lo último que querían era descansar.

Papá y yo habíamos contratado un mozo para llevar nuestro equipaje al otro lado de la calle, hasta el hotel. Su nombre, Hotel de la Industria, era muy popular en aquella época, todo un reclamo de modernidad.

Llegamos en compañía de Bru y Lemmel. Un botones rubio y sonrosado nos franqueó la entrada y se hizo cargo del bagaje. Silbó al ver a Isidro llegando con varios mundos y otros bultos más que decidieron trasladar a un almacén en la trasera del establecimiento, para no abarrotar el vestíbulo.

Aligeramos los trámites de recepción y el botones nos acompañó a nuestro alojamiento.

Bartrina se había quedado corto, el lugar era más que confortable; había reservado dos alcobas contiguas en la última planta, separadas por un pequeño aseo con dos puertas. No hacía calor, pero el botones abrió una de las ventanas. Me pareció extraño, aunque pudimos comprobar que las vistas merecían la pena. La estación, con sus torres cilíndricas exentas a modo de minaretes, tenía un remoto sabor oriental y tras las vías asomaban verdores de parque.

El chico se llevó un dedo a los labios pidiendo silencio con un gesto intrigante.

—Écoutez-vous, mademoiselle.

Sorprendidos por la propuesta, hicimos caso. Tras el palpar de la calle y el resoplar de trenes en reposo, escuchamos un canto de aves exóticas; hasta me pareció oír el inconfundible barritar de un elefante. Papá y yo nos miramos desconcertados. El botones desveló el misterio: la extensión verde que asomaba detrás de la estación era el prestigioso parque zoológico de la ciudad.

—Por la noche, sin los trenes —nos dijo en francés—, pueden ustedes oír lo mismo que si estuvieran en el Congo.

El chico, que se llamaba Antoine, se llevó una merecida propina. Amberes nos recibía con una inesperada sorpresa, ¿cuántas más aguardarían? Estaba deseando tomar un baño y conocer la ciudad.

Lo que ocurría mientras tanto con el equipo merece ser contado. He

mezclado las versiones de distintos protagonistas intentando ser lo más fiel posible a la realidad.

Dejamos a los futbolistas subiendo al autobús, saludando jocosos al orondo *chauffeur* de bigote rubio y gorra plana, como si los llevara de excursión. Perico Vallana, que hablaba un francés aceptable, se sentó a su lado indagando sobre los *cabarets* y *dancings* de moda en la ciudad.

Un grupo de enfermeras de la Cruz Roja belga entraba en la estación en ese momento, y los jugadores que viajaban en los asientos del techo se pusieron de pie para descubrirse y piropearlas, entre reverencias galantes. El autobús dio un fuerte tirón para iniciar la marcha y se caló, parando en seco. Sami y Zamora, que viajaban en el primer asiento de la imperial y estaban entre los galanteadores, perdieron el equilibrio; Ricardo tuvo que agarrarse con una mano al banco y atrapar con la otra a su compañero de forma acrobática para que no saliera volando, y faltó poco para que se estampara contra el suelo. Eso hizo reír a algunas chicas, que les lanzaron besos. Me consta que más de uno resoplaba al verlas.

—¡Mi madre, qué belleza de enfermeras! Si lo sé, me pongo malo como González.

El pequeño autobús recorrió la Rue Pelican en paralelo al viaducto del tren y torció para internarse en un barrio de casas bajas, alejándose del centro. Como el paisaje no llamaba mucho la atención, los muchachos, capitaneados por Belauste, empezaron a cantar:

—«¡Qué buenas son las hermanas ursulinas!, ¡qué buenas son que nos llevan de excursión!»

Al poco todos coreaban lo mismo y exigían que la madre superiora, que no era otra que el conductor de rubios bigotes, saludara. Cuando por fin entendió la broma, el hombre alzó la mano y provocó una algarabía de vítores y aplausos que le hicieron reír, porque a todos los *chauffeurs* del mundo alguna vez les ha pasado algo parecido.

En poco menos de veinte minutos llegaron frente a un edificio de ladrillo oscurecido por la humedad, con estatuas de la Sagrada Familia y angelotes en lo alto de la fachada. En un cartelón, podía leerse: «Écoles de Saint Cataline». Josemari los animó a salir del autobús:

—¡Hala, chavales, al colegio!

Pichichi contempló el panorama y torció el gesto.

—A la vejez, viruelas. ¡Como si me internaran otra vez en los salesianos de Deusto!

El *chauffeur* revisó el interior del bus. Desde el piso alto, Zamora, Sami y alguno más lanzaban a sus compañeros los últimos equipajes del emparrillado del techo. Vallana ya tenía una lista con los mejores locales nocturnos que merecía la pena visitar, empezando por el prometedor *Ambassadors*, bautizado como un famoso *cabaret* de París.

No tardó en aparecer un taxi del que descendió un hombre bajito y cordial, con sombrero y pajarita. De su leontina colgaba un llamativo círculo blanco, algo mayor que una manzana, con una letra *a* minúscula de color rojo vivo, que era la acreditación olímpica para la prensa, y en la solapa lucía un emblema del Comité español, similar al de Bartrina.

Los jugadores catalanes lo reconocieron de inmediato.

—¡Hombre, el doctor García Alsina!

El hombre saludó ondeando la mano mientras pagaba el taxi y tomaba nota exacta del precio en un librito de cuentas.

—Disculpadme, *nois* —se excusó—. Si las cuentas de la Olimpiada acaban como las del Gran Capitán, no ha de ser por mi culpa.

Zamora y Sami le estrecharon la mano. Lo conocían bien de Barcelona.

Moncho Gil les preguntó con su acento vigués:

—¿Lo conocéis?

—Tú verás. Tiene un gimnasio en Gracia, para el que se lo pueda permitir. Y es directivo del Barcelona, con Hans Gamper.

El recién llegado García Alsina se dirigió a todos:

—Bienvenidos a Amberes, muchachos. Disculpen la espera. Estaba en el Stadion con mi mujer y me han avisado de que Bartrina había tenido que ir al hospital y no podía acompañarles. Me han pedido que viniera yo.

García Alsina les informó de que los alojarían gratis en aquellas escuelas, que desde la guerra eran una especie de acuartelamiento del ejército belga, pero que habían albergado sin problema a los demás deportistas españoles que ya habían competido (ciclistas y tiradores), y que también acogería a los atletas cuando llegaran.

—¿Y a los señoritos del polo también? —preguntó Vázquez malicioso.

Alsina rio solo de pensarlo.

—¡No! Creo que esos señores pagaron de su bolsillo otra cosa mejor.

Les anunció que, además de las tres comidas diarias, recibirían unas dietas de veinticinco francos por barba, más que suficiente según él para transportes y algún capricho.

Sancho, compañero del Barcelona de Sami y Zamora, hizo un cálculo rápido y se frotaba las manos.

—¡Pero si eso es un montón de pesetas! Bien, bien. Hay que ahorrar, hay que ahorrar.

García Alsina los acompañó hasta la puerta principal, les entregó uno a uno sus acreditaciones como deportistas y los dejó en manos del sargento de la caballería belga que les llevaría a su alojamiento, disculpándose porque debía volver al Stadion a recoger a su esposa.

Al ver al militar, los futbolistas entraron en el edificio bromeando un poco menos que antes. Al frente encontraron una gran puerta acristalada, y a los lados, corredores, escaleras y una sala desde la que los saludaron, campechanos, varios militares más, con aspecto de vacacionar.

El sargento los guio a través de la puerta de la cristalera hasta el patio grande del edificio. Allí, un caño manaba sobre un larguísimo abrevadero que debió de utilizarse para las monturas del ejército durante el asedio de la ciudad por las tropas alemanas. El militar lo señaló y dijo algo en francés. Algunos jugadores rieron, pero él repitió muy serio lo mismo y las risas cesaron de repente. Sancho y Patricio, albañiles ambos, no entendían ni una palabra de francés.

—¿Qué ha dicho ese?

Vallana tradujo con cara de circunstancias.

—Dice que eso es para lavarse, que el agua es limpia y, como ahora no hay caballos, hasta se puede beber.

—Está de guasa, ¿no?

—Pues lo ha repetido muy serio.

La cosa iba de mal en peor. Alojarse en escuelas tenía un pasar, pero dormir en un cuartel y lavarse en el pilón era algo muy diferente.

Descorazonados, los jugadores españoles llegaron a su dormitorio, una nave diáfana del primer piso en la que solo había treinta o cuarenta camitas

esqueléticas de internado, con sábanas blancas, un par de rudas mantas militares plegadas encima y una almohada en cada una. Las ventanas de la sala, elevadas en tronera, no tenían persianas ni cortinas. En un rincón se veían escobones, trapos y unos cubos de latón. Ni armarios, ni taquillas, ni adornos de ninguna clase, salvo un crucifijo de escayola en la pared.

El sargento anunció que la cena era a las ocho y que la luz se apagaba a las diez, pero que si alguien quería leer, podía ir al saloncito en el edificio principal cerca del cuerpo de guardia, donde vieron a los demás militares, porque ahí siempre había luz.

Belauste, Vallana y otros asaetearon al soldado con toda clase de preguntas: que si se trataba de un error, que si aquello era provisional y, sobre todo, si pensaban llevarles muebles para adultos. El sargento, algo confundido, se excusó diciendo que eso es lo que habían montado los del Comité Olímpico y que, si no querían cenar, el desayuno sería a las ocho.

Antes de salir, añadió que podían entrar y salir del edificio con su acreditación cuando quisieran, porque en la puerta siempre habría alguien.

Samitier recibió la noticia con sarcasmo.

—Hombre, pues menos mal. ¡Solo faltaría!

Los jugadores no podían creerlo. Belauste alzó la voz animoso:

—¿Y qué esperaban, señoritas? ¿El Palace? ¡Para lo que vamos a parar aquí! Yo lo único que espero es encontrar una cama donde quepa entero.

Pero todas eran igual de cortas. Se tumbó en una y le colgaban los pies, de rodilla para abajo. Algunos se lo tomaban a risa, sobre todo cuando vieron que además de él, Arrate, Otero, Vázquez, Eguiazábal o Zamora ponían posturas imposibles para encajarse en las chirriantes camitas. Improvisando soluciones, descubrieron que lo mejor era juntar dos, formando una «T».

Otros, dispuestos a hacerse a todo, abrieron las maletas y las colocaron en las camas sobrantes para que sirvieran de mesita.

Acedo y Silverio se aventuraron por una puerta que había al fondo de la nave.

—¡Eh, mirad esto! ¡Aquí están los retretes! ¡Pero solo hay dos duchas!

—¿Dos? ¿Una para cada diez?

—¡Toma! —Rio Otero—. ¡Por eso decía ese que el que quiera puede ir a lavarse al pilón!

Algunos se pidieron el turno para lavarse primero. A Zamora le salió el señorito que llevaba dentro y miró el panorama desolado.

—No puede ser. Ahora entiendo que no hayamos ganado ni una medalla.

—Y yo, lo de la ciudad mártir —contestó Sami, que se estaba haciendo la cama, sin perder el humor—. Pues no se lo han trabajado tanto los de Amberes como parecía, no. ¡Señores! —gritó a todos—, ¡esta noche fuego de campamento! ¡Lo quemamos todo y nos buscarán otra cosa! Pero antes...

Se dejó caer en su camastro haciéndolo crujir y se cubrió hasta la cara con la manta. Ricardo lo miraba asombrado.

—¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? —Su voz salía entre las mantas—. Llevo dos días dormitando en un vagón de tercera. ¡Esto es el Ritz! Me he pedido turno de ducha, despiértame cuando me toque, *nen*.

De pronto, Patricio, que deshacía su equipaje, empezó a gritar:

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

—¿Ves? —dice Zamora—. No soy el único.

—¡No no no no! —Patricio estaba enajenado.

Eguiazábal, paisano suyo de Irún, intentó tranquilizarlo:

—Pero hombre, Patricio, que no es para tanto. Hemos dormido en sitios peores.

—Que no es eso. ¡Es peor, mucho peor! ¡Me faltan los corchos!

—No fastidies. ¿Estás seguro?

Vázquez, que también había jugado con ellos en Irún, se acercó alarmado. Eran los únicos que sabían de qué hablaba Patricio; debía tratarse de algo gravísimo, porque los tres se pusieron a rebuscar sin miramientos entre sus cosas, sacándolo todo y registrando la maleta como aduaneros.

—¡Me lo dijo *ama*, me lo dijo! ¡Que ahí te los vas a olvidar! ¡Que te los vas a olvidar...!

—¿No estarán en algún bolsillo de la ropa?

Todos los miraban sin entender. Belauste se acercó.

—¿Se puede saber qué os pasa?

Vázquez estaba tan exasperado como Patricio.

—Que este se ha olvidado los corchos.

—Ya. ¿Y eso qué es?

Patricio abandonó la búsqueda afligido, con las manos en la cabeza.

—¡Nada, no están! ¡No están! Y encima, tú, venga a darle cuartos al pregonero.

—¿Y qué quieres que haga? —se excusó Vázquez—. ¡Si empezaste tú, con esos gritos!

Eguiazábal por fin se lo explicó a Belauste:

—Pues este, que se ha olvidado las plantillas.

—¿Plantillas de qué?

—De patrones de moda, Josemari. ¡De los pies, hombre, plantillas de los pies!

Por fin se fue aclarando el asunto, para sonrojo de Patricio, al que aquello le daba mucho apuro. Resultó que el mayor cañonero del fútbol nacional tenía los pies planos y se había dejado las plantillas ortopédicas en el aparador de la casa de sus padres, en Irún.

A la mayoría aquello les parecía una broma: ¡Patricio Arabolaza, un fenómeno del fútbol, era un pies planos! No podían evitar media sonrisa. Fuera del campo, Patricio tenía un andar pesadote y torpón, pero a todos les había metido unos golazos de escándalo durante años.

Zamora no salía de su asombro.

—¡Pero si tiras unos cañonazos que me doblan las manos! ¡Si llegas a tener los pies normales...!

—¡Son normales! —protestó él.

Pichichi preguntó si no se podrían hacer plantillas de emergencia con «tapones de corcho o algo así». Lo que parecía un absurdo, a Vázquez, que era zapatero de profesión, le pareció buena idea; pero el pobre Patricio, con las manos en el rostro, era inconsolable.

—Pero si me las hacen de encargo en una ortopedia de San Sebastián y me cuestan buen dinero. Digo yo que no valdrá cualquier cosa, ¿no?

Vázquez, con criterio profesional, se sentó a su lado tranquilizándolo.

—A ver, Patricio. Yo tengo aquí las herramientas. Mi oficio sobre todo es remendar, pero a veces he hecho zapatos a medida. ¡Y no veas la de pies raros que he visto en mi vida! Tú me explicas cómo son, y con tapones encolados, caucho y cuero te apaño unas para que vayas tirando hasta que lleguen las buenas.

Todos los animaron a intentarlo y, como la materia prima principal se conseguía en bares y cervecerías, se prestaron a coleccionar corchos desde esa misma noche.

Por esa razón, y porque Amberes era una ciudad demasiado tentadora para quedarse encerrados en un cuartel, todos los jugadores —menos uno— se saltaron la cena. A medida que se aseaban, iban saliendo por grupitos. Algunos habían llevado mapas, otros los consiguieron en la estación y al resto les importaba poco perderse —más bien lo estaban deseando— en la ciudad con el segundo puerto más grande de Europa, y más juventud por todas partes que en Salamanca.

A las ocho, el ahorrativo Agustín Sancho, mediocentro del Barcelona, fue el único que se presentó en la cocina y comió en silencio con los militares belgas unas coles de puchero grande y un filete. A pesar de no hablar ni una palabra de francés, entendió a la perfección por los gestos que le hacían, como si cabalgaran, que el filete que tenía delante era de carne de caballo. A Sancho le dio igual. Tenía demasiada hambre para dejar nada en el plato. Solo pensó que se estaba ahorrando los veinticinco francos de la dieta.

Diré, como final, que la noche llegó pronto y sin puesta de sol por culpa de las nubes. Cuando los muchachos fueron a cenar, descubrieron que Amberes resultaba carísimo. Pasó lo mismo al visitar el *cabaret* estrella de la ciudad, el Ambassadors, hasta donde llegaron conducidos por Perico Vallana, que había tomado nota de las indicaciones del *chauffeur* del autobús.

Más tarde, y en su primera noche, guiados por un trabajado instinto noctámbulo, algunos avezados encontraron un pequeño *cabaret* en el puerto. En la entrada había una simpática aragonesa, que al oírlos hablar los invitó a una ronda. Carmencita, que así se llamaba, resultó ser la dueña, y a partir de entonces, su *cabaret* fue el refugio donde celebrar el fin de fiesta la mayoría de las noches.

Mi primer paseo por Amberes con papá no fue menos interesante. Desde la guerra, la llamaban «la ciudad mártir», pero por su centro no había rastro alguno de los efectos devastadores de las bombas, como los que vimos en San Quintín. A los belgas les encantan las banderas y las había por todas

partes. Abundaban las tabaquerías, confiterías, casas de modas, cinematógrafos, hoteles, *dancings* y unos negocios austeros, especializados en gemas y diamantes, decorados con algún símbolo hebraico, como estrellas de David o menorás. A medida que nos adentrábamos por las avenidas Keyser y Meir, los edificios crecían, se ennoblecían con gusto, y la actividad urbana se intensificaba. Había un trasiego constante de mercancías camino del puerto y de personas en bicicleta, fuera cual fuese su edad. La gente saludaba con simpatía a los numerosos deportistas extranjeros que encontraban. En cada cruce importante habían puesto cartelitos engalanados indicando el camino a las piscinas olímpicas, al palacio de hielo, a la hípica y al Stadion de Beerschot.

Un taxi, adornado también con banderitas, nos llevó hasta las inmediaciones del pequeño castillo de Het Steen, junto al antiguo puerto fluvial. Nos recibió el característico olor a grasa y humedad de los muelles, en un panorama abierto a los campos y juncales de la otra orilla. El Escalda es un río caudaloso, cinco veces más ancho que el Sena en París; estremecía compararlo con el enteco Manzanares, donde lavanderas como Rosita pasaban sus días frotando coladas de ceniza en dos palmos de agua. En los muelles de Amberes recalaban los imponentes transatlánticos que viajaban a Norteamérica y todo el tráfico de buques con la colonia belga del Congo, en el corazón del África negra. En la oficina de billetes se anunciaba que los próximos barcos hacia Boma y Léopoldville ya estaban completos. Resultaba extraño que unos se marcharan de Amberes precisamente cuando tantos otros, venidos de países lejanos, deseábamos llegar a ella.

Un tropel de ruidosos atletas, más de cincuenta, salió de un vetusto barco con bandera de los Estados Unidos, amarrado en el embarcadero. Iban uniformados con chaqueta azul y canotier con la cinta tricolor de su bandera. En las inmediaciones del castillo los esperaba una veintena de atletas femeninas, norteamericanas también, vestidas con un uniforme similar al suyo, con faldas blancas en lugar de pantalones. Sorprendía ver tantas deportistas juntas y sonrojaba pensar que España no llevaba a ninguna. Estaba claro que a nuestro movimiento olímpico le faltaba mucho que avanzar en ese terreno.

Fuimos tras los bulliciosos yanquis, divertidos por sus gritos de apaches

de rodeo, hasta la hermosísima plaza del consistorio. En segundo término, como distinguiendo entre lo mundano y lo espiritual, se elevan magníficas hacia el cielo las agujas de la catedral. Visitamos el templo y, al salir de aquel croché de piedra, una voz profunda y cadenciosa se dirigió a nosotros:

—A la paz de Dios. ¿Ustedes, súbditos españoles?

Se trataba de un hombre bien trajeado, algo mayor que papá, y también usaba bastón. Tenía un acento extraño, pero su voz envolvente transmitía confianza. El hombre se presentó llevando una mano a su pecho, con un hablar pausado, en castellano vetusto:

—Soy Abraham, de Anvers, hijo de hijos, de los hijos que un día viajar fuera de España, hacia el Estambul del oriente, ¡cuando Colón descubre América!

Su chaqueta tenía mangas un poco cortas, que dejaban ver unos gemelos plateados, y sobre el chaleco brillaba la gruesa cadena de oro del reloj, algo excesiva. Sin embargo, en aquel hombre no había nada estrafalario, sino distinguido y original, propio de la mezcla de culturas. Papá estrechó su mano, admirado.

—¡Un sefardí! Se refiere usted a la expulsión de los judíos, ¿verdad? Sus antepasados no viajaron, más bien los obligaron a viajar.

—Sí. —Rio Abraham—. Pero han pasado muchos años y ya está perdonado. ¿Vienen a Jeux Olympiques?

Como Abraham mezclaba su español añejo con el francés, contesté en este último idioma pensando que se sentiría más cómodo, pero él me interrumpió con una sonrisa agitando la mano:

—No no no, bella dama, viejo Abraham prefiere español. Es mi placer hablar idioma de mis antepasados. ¿Permiten que haga compañía? Puedo ser cicerone de Anvers.

Aceptamos encantados su propuesta; no todos los días se encontraba un personaje tan peculiar como aquel. Nos guio por un recorrido circular, contándonos curiosidades de todo lo que había de interés. Según nos explicó, frecuentaba los lugares emblemáticos de la ciudad en busca de hispanohablantes para mantener activo su castellano.

—Aunque sé yo bien —bromeó— que hablo como un tatarabuelo.

Tenía un negocio en la avenida Keyser y conservaba lazos importantes

con España, más sentimentales que de carácter comercial. Sus antepasados mantuvieron el suministro de los buques españoles en puertos de Holanda, desde época de Carlos III.

Terminamos el recorrido volviendo a la plaza del Ayuntamiento, con sus casas de oficios, con estrechas fachadas de orfebre. El remate escalonado de sus portadas, tan típico de los Países Bajos, se debe a la idea religiosa de que al cielo se ha de subir por el trabajo, como por una escalera.

—Por eso encajamos aquí bien los judíos —bromeó Abraham—. Mi familia venir de Estambul antes de que tercios Flandes quemar casa de Gobierno. Ya saben, furia española, en mil y quinientos... —Agitó la mano en el aire, dando a entender que había pasado mucho tiempo—. Después Ámsterdam, muchos años. Luego, mi padre regresar Anvers.

A pesar del tempestuoso recuerdo de aquella ferocidad, en la fachada seguía, impecable y colorido, el escudo de los Austrias españoles. Me pareció una incongruencia incomprensible y Abraham se rio de mi candoroso enojo con la historia.

—Europa complicada; tiene larga vida, como viejos. Hoy enemigos, mañana amigos... Por eso, dejar escudo en paz y cada uno sus costumbres.

Papá asintió.

—Tiene mucha razón, Abraham. Aquí también hay sangre española. ¿Quién sabe? A lo mejor ese es el motivo por el que los belgas, entre ellos, y los españoles, entre nosotros, andemos siempre a la gresca.

—No, España mala fama, gran país. Aunque... —Alzó sus hombros con ironía—. ¡Era mejor con judíos!

Abraham se despidió muy afable. Dijo que acudiría a ver las competencias de los españoles y nos dio su tarjeta, por si necesitábamos cualquier cosa. Prometimos volver a verlo para charlar algún día más despacio.

Durante la cena, en un *bistrot* cerca de la estación, papá rumió algunas ideas para su artículo sobre el viaje; tomé notas y le sugerí enlazar pasado y presente para presentar la ciudad, tal como el viejo Abraham había hecho.

Al llegar al hotel, papá estaba exhausto y pareció olvidar la urgencia de escribir el artículo. La luz de su cuarto se colaba bajo la puerta del aseo. Cuando se apagó, agarré la máquina portátil y salí de mi habitación. En

recepción me dijeron que podía trabajar cuanto quisiera en el comedor donde se servían los desayunos; allí no molestaría a nadie con el golpeteo de las teclas.

Después de escribir, fui a acostarme, completamente agotada.

Dormí de maravilla aquella noche, mezclando en sueños la Gran Guerra, el Congo, la voz de Abraham, los tercios de Flandes y a Ricardo dándole patadas a un balón en llamas ante el Ayuntamiento de Amberes. Pero antes, al cerrar los ojos, en el silencio de la noche me pareció escuchar el grito de extrañas criaturas de la selva.

10

Cuando desperté, papá ya no estaba en su habitación. Me vestí a toda prisa y fui en su busca, alarmada. Por suerte, lo encontré pronto, consultando la prensa del día en el salón de desayunos. Coloqué mi artículo sobre la mesa.

—Me gusta. Ha quedado muy bien. —Sonreí.

Papá lo miró asombrado. No sabía de qué le estaba hablando.

—El artículo sobre el viaje. Te he bajado el lápiz para que puedas corregirlo.

Puse un bicolor sobre las cuartillas y disimulé partiendo uno de esos deliciosos *croissants* que, por extraños misterios de la pastelería, nadie sabía hacer en España. Papá no contestaba y rellené el espeso silencio.

—¿Vas a enviarlo por telegrama o por correo?

Se tomó un tiempo sin contestar. Por fin, habló:

—¿Cuándo lo...? —Carraspeó—. ¿Tú estabas cuando lo escribí?

—Sí, claro. Bueno, tomamos notas a mano, durante la cena. Luego me las diste para que lo mecanografiara.

Asintió inspirando con fuerza.

—Telegrama. Siempre hay menos errores de transcripción.

—¡Estupendo! Lo mandaremos desde la oficina del Stadion.

Papá abrevió algunas frases del texto para que el envío saliera más barato.

Poco después tomábamos el tranvía, para enlazar en la Place Vert con el que partía hacia el Stadion, a más de cinco kilómetros del hotel.

Papá contemplaba la ciudad con ánimo caliginoso, como el día. Su silencio me hacía removerme de inquietud por haber montado aquella farsa sobre los artículos.

Los pensamientos sombríos desaparecieron cuando llegamos al Beerschot

Stadion, en el vecindario de Kiel, al sur de la ciudad. Era una construcción neoclásica, de edificaciones blanquísimas rodeadas de verdor. Se entraba por una de las esquinas del complejo, a través de una arquería de puertas enrejadas, dispuestas en media luna ante una plazoleta con el suelo de grava. Cruzar las verjas nos hizo sentir protagonistas de algo importante.

Encontramos enseguida la oficina de prensa, en el edificio principal. Solicité mi propio pase valiéndonos de una carta de Bartrina que explicaba las peculiaridades médicas de mi padre. Después de algunas consultas y esperas, nos entregaron sendas tarjetas circulares de cartón encerado, con una *a* encarnada en el centro y nuestros datos en el reverso. Dos pases completos. Tuve suerte, porque a más de un periodista, días después, le resultó imposible conseguirlo. Los prendimos en las solapas y salimos en busca de la oficina de telégrafos, cerca de la entrada principal.

Junto a la pared sur del Stadion se extendían media docena de pistas de *tennis* de tierra rojiza y un campo de hierba para el hockey. Al fondo, un primoroso chalet estilo club de campo, con balconadas, escaleras y ventanas repletas de flores, alojaba los vestuarios y un *restaurant*.

Junto a la puerta del telégrafo sorteamos un pelotón de periodistas yanquis que escuchaban atentos las declaraciones de un puñado de atletas estadounidenses. Estos mostraban a la prensa un documento plagado de firmas y tan pronto se mostraban reivindicativos como provocaban que todos estallaran en risas. Seguimos nuestro camino sin detenernos y entramos en el despacho de telegramas.

Rellené el formulario con el texto del artículo, contagiada por el rítmico tactac de las máquinas del telégrafo. Al entregarlo en ventanilla, sentí un vértigo de emoción; era mi primera crónica real, titulada «Los afortunados de Amberes», firmada por Rampoleón. Antes de una hora estaría en la mesa del redactor jefe, en Canalejas; todo un prodigio de la técnica moderna.

Nos proponíamos hacer una vista fugaz al estadio, porque la primera entrevista nos aguardaba esa misma mañana. De pronto, los *reporters* yanquis que habíamos visto fuera entraron en tropel en la oficina, lanzándose sobre impresos y ventanillas. Quisimos saber qué pasaba.

—The American athlets are on strike! —contestó uno rellenando un impreso a la carrera.

La palabra *strike* era conocida en todo el mundo, por las huelgas obreras, y mi padre abrió los ojos con instinto de cazador de noticias.

—¿Ha dicho que los atletas americanos se ponen en huelga?

Al parecer, de momento, la huelga no era más que una amenaza, los atletas se habían quejado en un manifiesto público de las pésimas condiciones del barco que los había llevado hasta Amberes: el *Princess Matoika*.

—Debe referirse al carguero viejo que vimos en el puerto —especulé.

Cuando los atletas embarcaron en Nueva York estaban descargando del *Matoika* dos mil féretros con cadáveres de soldados estadounidenses muertos en la guerra europea. Además del impacto emocional que supuso para todos, los ataúdes dejaron a bordo un mareante pestazo a formol que duró toda la travesía. Los jóvenes estuvieron mal alimentados en el viaje, sufrieron un mar tempestuoso y, por si fuera poco, aquella bañera estaba infestada de ratas. Los alojamientos de las féminas no eran buenos, pero los de los hombres, amontonados en los sollados, eran infames y provocaban que muchos intentaran hacer noche en las cubiertas, desafiando aguaceros y temporales. Para colmo, en Amberes los obligaron a alojarse en escuelas del YMCA local, con normas de internado. Por todo eso habían firmado un manifiesto y amenazaban con negarse a competir. Algún avisado periodista tituló aquello «El motín del *Matoika*», y el resto adoptó el nombre de inmediato.

Al salir tuvimos un encuentro curioso, que entonces pasó desapercibido, pero que traería consecuencias imprevisibles semanas más tarde. Topamos con Pedro Vallana, el defensa español del Arenas de Guecho, que entraba en la oficina solo, aferrado a una carpeta de mano.

—Buenos días, Vallana. Si va usted al telégrafo tendrá que esperar, porque los yanquis lo han invadido todo.

—¿Ah, sí? Pues... —Titubeó—. En realidad, buscaba los teléfonos.

—Es por aquella otra puerta.

—Gracias. —Vallana parecía nervioso—. Disculpen, tengo un poco de prisa, buenos días.

Dio media vuelta antes de que pudiéramos preguntarle sobre el alojamiento del equipo y se metió en los locutorios. Nos fuimos, algo sorprendidos de su parquedad.

Papá y yo nos quedamos con ganas de visitar el estadio, pero el tiempo

apretaba. En la verja de entrada, nos giramos para contemplar las instalaciones, y pude ver a Vallana entrando a hurtadillas en la oficina de telegramas. Me extrañó, pero no le di importancia. Tal vez había cambiado de opinión.

Habíamos concertado una entrevista en la Casa Atlética de Francia con René Petit, el mediocentro hispanofrancés que jugaría con el equipo galo por estar movilizado por su ejército. Con él encontramos a míster Pentland, el británico seleccionador de Francia, y al jugador español Pagaza, al que apodaban Paguiro, como un famoso banderillero. Los tres fumaban sendos puros y mantenían una animada charla en inglés que interrumpieron al vernos llegar. Petit y Pagaza nos conocían desde que jugaban en el Madrid y en el Athletic de la capital, respectivamente. René, que vestía uniforme militar de paseo, hizo las presentaciones en francés.

—¿Y a qué se debe esta reunión de talentos? —preguntó mi padre.

—Solo es una tertulia de fútbol —contestó René—. Aunque Pagaza esconde intenciones menos altruistas.

—Todo lo contrario, altruismo absoluto: quiero convencer a míster Pentland para que nos entrene en el Racing de Santander. Así que —adoptó un tono confidencial—, si les pregunta por la ciudad, díganle que en Santander hay sol, flamenco y toros, y que en barco no se tarda nada a Southampton.

—¿Sol y flamenco, en Santander? Pagaza, pide usted mucho.

Pagaza guiñó un ojo, bromista.

—Menos el sol, lo demás lo pongo yo, si hace falta, con tal de que este sabio se venga al Racing.

Ya sin Pentland ni Pagaza, nos ubicamos en un rincón tranquilo del jardín de invierno, entre plantas exóticas, para la *interview*.

René era un joven apuesto y encantador, que además de ser —según decían— el mejor mediocentro del mundo, estudiaba Ingeniería de Caminos; un ejemplo del *mens sana in corpore sano* en un *sportman* moderno.

Yo tomaba nota de todo, como siempre, cuando vi a Zamora y Samitier observándonos a prudente distancia. Terminada la entrevista, papá se acercó a charlar con Pentland y me despedí de René.

—¿Saldría usted conmigo algún día? —propuso sin rodeos—. Al cine,

por ejemplo. Estrenaron una muy buena de Douglas Fairbanks y otra de Mary Pickford.

Lo miré sorprendida.

—Pues la verdad es que mi padre está delicado del corazón, René. No puedo dejarlo solo mucho tiempo.

—Entonces que se venga, si quiere.

—¿Quiere usted ir al cine con mi padre?

Reí. Él suspiró risueño.

—Preferiría otra cosa, pero si no queda más remedio...

—Pues le advierto que él querrá ver una de Chaplin. En la última, *Armas al hombro*, no paraba de reírse. —Me preocupó molestarle con esa referencia a la guerra—. Aunque usted..., por su hermano, tal vez no la encontrara tan divertida.

—Al contrario, nos pareció genial. *Superb!* —Rio—. Miraré si hay algún estreno de Charlot y les mandaré aviso. ¿En qué hotel se alojan?

—En L'Industrie, en Rue Pelican. O Pelikaanstraat, ya sabe.

René volvió a carcajearse.

—Sí, es imposible el neerlandés. Aquí todo tiene dos o tres nombres.

A distancia, Sami y Ricardo disimulaban. Sin embargo, desde que llegaron no nos habían quitado el ojo de encima.

—Mira quién está ahí, *nen*.

—Ya la he visto. Elena con René.

—Vaya... Parece que Petit nos lleva la delantera.

—¿Qué dices, Sami?

—Digo que la apuesta de ver quién se baila antes un tango con ella ya no es solo cosa nuestra. Aquí, el que no corre vuela.

—No hay apuesta. Y nunca ha sido cosa tuya, Pears. Yo la vi primero.

—Pues eso díselo a Petit. Mira cómo se ríen. O haces algo pronto o...

—¿Qué se te ocurre?

—¿A mí? ¿No dices que no es cosa mía?

—Está bien.

Ricardo vino directo hacia nosotros. Al llegar, nos saludó por turnos inclinando la cabeza:

—Buenos días, señorita. René.

—Hola, chicos —contestó risueño el francés mientras Samitier se sumaba al grupo—. ¿Qué os trae por aquí?

—Pues ver vuestro alojamiento. ¿Quién os paga este dispendio?

René se quedó desconcertado.

—¿Qué sé yo? La Federación francesa, supongo. ¿Por qué?

—Porque el nuestro hay que verlo, chico. Nos han metido en un orfanato. Los que somos grandecitos no cabemos en las camas, hay dos duchas para veinte; pretenden que nos lavemos en un pilón y anoche, al volver un poco tarde..., ya sabes...

—Ah... —No me pude resistir a indagar—. ¿Volvieron ustedes muy tarde?

Sami se apresuró a contestar:

—Pues sí, bastante. Había mucho que ver, se lo aseguro.

Zamora le corrigió molesto:

—No por eso. Es que nos perdimos.

—¿Desde el *cabaret* de la española? —dijo René con algo de malicia.

—Ah, ¿usted estaba con ellos? —deduje.

—Claro, pero yo me fui antes a la cama.

—Porque te alojas más cerca. Pero nosotros tardamos una hora o más en encontrar las dichas escuelas. Y no acabó la cosa ahí. Nos habían dicho que siempre habría alguien en la puerta, pero llamamos un rato largo y no abrían ni a voces. Al final tuvimos que colarnos por una ventana, porque los vecinos amenazaban con llamar a la policía... En fin, una odisea. Los federativos están en el Progrès, un hotel de lujo, Bru y Lemmel en la Industria, que al menos es decente. Y vosotros, como ingleses y daneses, en hoteles de primera y con casa atlética, como esta.

—Y con cocinero propio —apostilló Petit.

—Nosotros no pedimos tanto, solo que no nos traten como a reclutas.

—Peor —ironizó Sami—, como prisioneros. A Sancho anoche le dieron de cenar cuatro coles y carne de caballo. Esta mañana nos han despertado a toque de corneta, me he lavado en un pilón y de desayuno, chusco, tocino frito y café de achicoria. ¡Con eso no aguanto un entrenamiento! —Me miró reivindicativo—. ¡Figúrese cuando empiecen los partidos!

—Deberían ustedes hacer una huelga. —Los tres me miraron atónitos—.

No serían los únicos. Los estadounidenses están a punto de empezar una, por el mismo motivo. Hagan ustedes como ellos.

Ricardo titubeó.

—Es que esas cosas en España suelen acabar bastante mal.

—No siempre. —Chasqué la lengua—. Gracias a una huelga se consiguió la jornada de ocho horas. Y en Barcelona, precisamente. Pero si está usted en contra de las huelgas...

—¿Yo? No. Lo que quiero decir es que esas cosas no las veo para futbolistas. Son para quien lo necesita de verdad.

—¡Yo lo necesito! —zanjó Sami—. ¡No quiero volver a ese presidio, a lavarme en un abrevadero!

—Pero, Sami, una huelga...

René se reía.

—Montaríais una buena. ¡La cara de Argüello no me la puedo ni imaginar!

Ricardo se acarició el mentón dubitativo. Miró a Sami consultándole:

—¿Tú que crees, Pears? No sé qué dirán los capitanes, pero...

—¿Arrate y Belauste? —bufó Pep—. ¡Si son los primeros que no caben en esas camitas lisiadas de niño! Convéncete, Ricardo, a las barricadas. ¡Vencer o... al pilón! Literalmente.

—Está bien, está bien... —Abrió los brazos—. ¿Y cómo lo hacemos?

Discutimos los detalles. Les aseguré que, por lo que conocía a los periodistas, tendrían todo el eco en la prensa. Por mi parte, estaba decidida a escribir sobre aquello en *La Tribuna*, aunque, como se verá, no fui capaz de prever lo que eso significaba.

Los jugadores se reunieron a la hora de comer y decidieron elevar una protesta firme al Comité. La casualidad quiso que en ese momento llegaran a las escuelas los atletas, procedentes de los lujos de París, y al ver que los alojaban en un dormitorio cuartelero similar al de los futbolistas, un piso más arriba, decidieron interponer su propia queja en su Federación. La llama corría como la pólvora.

Mientras papá se echaba su siesta, bajé al *hall* del hotel a leer la prensa.

Entraron diez o doce futbolistas, entre los que estaban Ricardo, Sami y los dos capitanes, que abordaron a Bru para explicar sus demandas. Belauste bajaba los brazos descorazonado al explicar que aquellas camitas eran peores que las literas del tren.

—Pero míster, que no se pueden dar patadas a un balón seis cuartos de hora sin pegar ojo, desayunando aguachirri y comiendo chuletas de la huerta, porque más de uno se niega a comer caballo. Y además del rancho, está la falta de duchas, el horario de internado, el vecindario...

Bru comprendía bien las quejas y les hizo ver que había un cauce reglamentario para expresarlas: el Comité era quien debía corregir el problema y buscar una salida digna para todos.

Mientras charlaban, llegaron al hotel unos viejos conocidos: Rubryk, Lola Sepúlveda y —pegado a ella— Juanito Balompédico, acompañados de un par de periodistas de Barcelona. Bru los saludó y quitó hierro a la protesta de los jugadores, conciliador.

—Bah, todo se arreglará. Acabamos de llegar y algunas cosas están manga por hombro. ¡Ni siquiera tenemos un campo de entrenamiento asignado! El que nos han concedido está en Bruselas.

Samitier se acercó a mí dándome las gracias, y Ricardo llegó tras él persiguiéndolo.

—Tenía usted razón, Elena. A nadie le parece mal nuestra postura. Y ya ve, parece que a la prensa el asunto le interesa.

—No cantemos victoria, Sami. Hasta que no nos alojen en condiciones, nunca se sabe. Esto no ha hecho más que empezar.

—¿Zamora siempre es así de cenizo? —pregunté a Sami.

—Fuera del campo, sí.

Ricardo contraatacó:

—Pues yo no sabía que fueras tan revolucionario, Pears. No hay muchos con reloj de pulsera.

Sami ocultó el moderno reloj de su muñeca de forma instintiva.

—Es un regalo del club por el campeonato de este año. Si querías uno, haberlo pedido a Gamper, *nen*.

Estaba claro que entre ellos había cierta competencia, más allá del reloj; cualquier muchacha se da cuenta de esas cosas. Uno de los periodistas

catalanes se acercó a nosotros.

—Buenas. Escolti, Samitier, pot conversem un moment?

—¡Passavolant! Claro. —Sami lo conocía y aceptó la interrupción a regañadientes, pero antes se despidió de mí—: Si me perdona un momento...

—Sí, sí —dijo Ricardo echándolo con un leve empujón—; tómate el tiempo que haga falta, Pep.

Sami se fue con la sonrisa congelada. La disputa entre ellos estaba más que clara. Entre Ricardo y yo hubo un momento de silencio. Él jugueteó con un cigarrillo y me lo ofreció.

—¿Fuma usted?

—No. Pero adelante... Aunque tengo entendido que los deportistas no deben fumar.

—¿Por qué? Nos hace menos efecto que a los demás. Tenemos más pulmones, podemos fumar más.

No me creí una palabra de su teoría.

—Ahá... Cuénteme, ¿por qué llama Pears a su amigo?

—Ya ni me doy cuenta, es una costumbre. En un partidillo, de críos, me metió tres goles él solito y pregunté quién era. «Pears, es Pears.» Lo llamaban así porque decían que jugaba como un inglés muy bueno que fue con su club a Barcelona. Desde entonces le llamo Sami, Pears o Pep, da igual.

—¿Y él a usted?

—Pues... Zamorita, *nen* o Ricardo.

—¿Nada más?

—Bueno... —Sonrió—. A veces solo Cardo.

—Ese me gusta más.

—Sabía que no tenía que habérselo dicho. Oiga, Elena, ¿se apuntaría usted al cine?

—¿Al cine?

—Sí. Tienen de eso en Madrid, ¿no?

Dudé un instante: era imposible que Ricardo hubiera escuchado la conversación con René.

—Qué casualidad —improvisé—, esta mañana estaba planeando ir a ver una de Charlot con mi padre. ¿Se apuntaría usted?

—¿Con...? —Carraspeó—. ¿Con su padre?

—Claro. Le encanta Charlot.

—Pues... sí.

—Perfecto. Ya le diré cuándo vamos, por si le apetece acompañarnos.

Ricardo sonrió; debió pensar que no era el momento de quejarse, y cuando llegó Samitier era él quien lucía una sonrisa congelada. Por supuesto, no le dijo una palabra de nuestra cita. Y yo tampoco.

Jugadores y técnicos se movilizaron; tenían previsto visitar el estadio y su club de atletas aquella tarde. Antes de salir, el seleccionador había telefoneado al hotel Le Progrès, para solicitar una reunión urgente con Villamejor. Como en ese momento allí no había nadie del Comité, dejó aviso de que cenaría en un restaurante contiguo para facilitar el encuentro con los directivos.

El entusiasmo me inundó y me fui a mi cuarto a escribir el artículo. Aquella situación me hacía sentir poderosa. Además, la causa que defendería era de un sentido común irreprochable: los deportistas debían recibir alimentos y descanso adecuados o los meses de preparativos, la inversión y el esfuerzo de llevarlos allí no habrían servido de nada. ¡Y no podían conseguir nada de eso sin recurrir a una huelga! No habría un caso más popular que aquel; la Olimpiada estaba investida de pureza y alejada de cualquier connotación política, y hasta el más contumaz votante de Dato reconocería que podía haber huelgas justas.

Escribí sobre el motín del *Matoika* y las pésimas condiciones generales de los alojamientos de nuestros deportistas, que acabarían empujándolos también, de no arreglarse las cosas, a una protesta justa, similar a la iniciada por los norteamericanos. Di un poco de jabón a la cabecera del periódico y a sus lectores, como se hacía en los artículos importantes: un medio tan sensato y poco sospechoso de aventuras levantiscas, como era *La Tribuna*, tenía la alta obligación moral de desvelar la cara oculta de los Juegos de Amberes, aun reconociendo el esfuerzo que habían hecho la ciudad y un país desangrado y en bancarrota. Los errores debían corregirse, por el bien de todos.

Con la recámara tan cargada de dinamita, el titular no debía estar ni a favor ni en contra. Elegí «Vientos de huelga en la Olimpiada», por apolítico y desconcertante.

Esta vez no lo firmé con el seudónimo de papá; no era necesario. A diario llegaban a las redacciones crónicas bastardas que se publicaban como dimes y diretes de última hora, con la única precaución de encabezarlas con un «Se rumorea que» y acabarlas con «Lo que estas informaciones tengan de cierto se sabrá en los próximas horas», que era lo mismo que decir: cómprese usted la siguiente edición del periódico, porque habrá desmentido o crecerá el *soufflé*. Además, la lógica jugaba a mi favor; al llegar un segundo telegrama de Amberes el mismo día, todos darían por supuesta la autoría de Rampoleón, aunque nadie lo firmara. Lo mandaría como noticia breve, para que se publicara antes del martes, ya que los lunes no salía la prensa.

La prudencia me aconsejó que esperase unas horas, hasta saber qué respuesta daban los responsables del alojamiento.

Cenamos en un figón junto al hotel Le Progrès, en una mesa cercana a la de Bru y Lemmel. No era un lugar caro y resultaba apropiado por la cercanía de todos los estamentos de la delegación olímpica española.

A los postres, el marqués de Villamejor no había dado señales de vida. Lemmel se acercó al hotel para dejar una nota de recordatorio y regresó con la noticia de que todos los delegados de los Comités estaban en una cena de trabajo, para conocer en detalle el programa de la inauguración de los Juegos, que sería al día siguiente.

Lejos de preocuparse por las reivindicaciones de los futbolistas, el seleccionador se mostraba encantado:

—Están consiguiendo justo lo que yo quería: unidad. Ahora los jugadores son todos hermanos de vestuario y entre ellos no hay fisuras. Ya lo vieron: catalanes o gallegos, vizcaínos y donostiarras, acabando unos las frases de los otros. ¡Casi se me saltan las lágrimas! ¡Benditas escuelas de Santa Catalina y bendito toque de corneta!

Coincidíamos con la opinión de Bru, que auguraba un desenlace rápido.

—Mañana, los Comités arreglarán las cosas. Si no por nosotros, lo harán por los yanquis. Su participación no puede ponerse en riesgo.

Sin embargo, Villamejor no llegaba. Ya recogían las últimas mesas del figón cuando entró por la puerta Aguilar, con aspecto cansado y cara de

pocos amigos; ni siquiera se sentó.

—¿A qué se debe esta insistencia, Bru? Ya sabe que andamos muy ocupados con los fastos de mañana. Don Gonzalo, el marqués, se ha ido a la cama exhausto, y le advierto que yo no doy para mucho más.

—No les molestaría si no se tratara de algo importante. Los jugadores amenazan con una huelga, como los yanquis, si no se los aloja en condiciones.

—¿Una huelga? —Ladeó media sonrisa, que borró de inmediato—. Disculpe, pero los jugadores tendrán que atenerse a la disciplina que se les marque. Si el comité local ha dado el visto bueno a esas instalaciones, ¿quiénes son ellos para determinar lo contrario?

Bru intentó explicar la racionalidad de sus quejas, trasladándole los detalles, pero Aguilar le interrumpió tajante:

—¡No haga de abogado del diablo, Bru! Bastante tenemos con resolver mañana la papeleta del desfile con dignidad. ¿Dónde quiere que alojemos a tanta gente? Amberes es carísimo y bien sabe que no sobran medios, ni por parte belga ni por la nuestra; recuerde que Villamejor adelantó ciento veinticinco mil pesetas de su propio bolsillo para traernos aquí y pagar todo esto. En vez de agradecerlo, el Gobierno de Dato ha visto eso como una machada del hermano de Romanones. ¿Cree usted que moverán un dedo si se enteran de que hay problemas de gestión del dinero? ¡Estarán encantados de ver cómo nos cocemos en nuestra propia salsa y nos dejarán en la estacada!

»Además —prosiguió—, mañana tenemos que hacer un desfile digno, somos de las pocas naciones que no tienen un uniforme de paseo para sus atletas, si no los únicos. Vamos a parecer una banda de bolchevistas si aparecemos sin uniformar y con reivindicaciones proletarias, improcedentes en el mundo olímpico. El deporte es Esparta, austeridad y sacrificio, no solo relumbrón y buenas cenas —dijo esto último dando a entender que la nuestra la pagaba el Comité.

—Pero escuche, Aguilar —protestó Bru, cuyo fuerte no era la dialéctica—, los muchachos tienen razón. Yo estoy dispuesto a ceder mi cama, pero ¿qué hacemos con lo demás?

—No, escúcheme usted. No eche más gasolina y enterremos esto cuanto antes. Le recuerdo que ellos están obligados a alojarse donde se les ordene.

Es una cuestión de disciplina; punto final. Ahora, si me lo permiten, me iré a dormir, que mañana nos espera un día intenso. Buenas noches.

Y girando los talones, se fue.

En las caras de Bru y Lemmel se veía desolación; en la de mi padre, sorpresa, y en la mía, una preocupación por aquella postrera frase de «enterrar aquello cuanto antes».

Consulté la hora, todavía estaba a tiempo de llegar a la oficina de telegramas de la estación para mandar el artículo al periódico.

De camino al hotel, notamos el frío y la humedad de la noche de Amberes. Un resplandor de fuego y el sonido de tambores militares nos sobrecogió. El público se orillaba en las aceras, en silencio reverente, al paso de una conmovedora retreta de antorchas. Un centenar de civiles y soldados, algunos con el pecho repleto de condecoraciones, recorría las calles de la ciudad con teas encendidas, al ritmo de los redoblantes de un batallón de línea. Los espectadores descubrían sus cabezas emocionados, en señal de respeto, y muchos lagrimeaban; Amberes recordaba a los millones de caídos en la guerra, la víspera del inicio de los Juegos de la Paz.

Al llegar al hotel, agarré el artículo y crucé la calle hasta la oficina de telegramas de la *gare* central. Me empujaba el desdén olímpico de Aguilar. Minutos después, la suerte estaba echada. No sabía que aquellas palabras iban a convertirse en una mecha encendida, avanzando hacia la dinamita.

El sábado 14 de agosto un sol esplendoroso se alzó sobre Amberes. A las diez de la mañana se había anunciado una misa solemne en la catedral, celebrada por el cardenal Mercier, al que los estudiantes de varias generaciones conocíamos de sobra por sus escritos de filosofía y religión. Del evento sabríamos todo lo necesario por la prensa local, de modo que los periodistas decidieron acudir al Stadion para visitar las instalaciones, conocer el resultado de las protestas de los estadounidenses y ver los ensayos de la ceremonia.

El coliseo resultaba sencillo y majestuoso. En rincones opuestos se alzaban las niveas fachadas del arco triunfal y del edificio de tres plantas destinado a los atletas. Dos tribunas cubiertas y desiguales en los laterales se

unían por una blanquísima columnata coronada de banderas que acotaba los fondos con elegancia griega, componiendo una gran bandeja de porcelana. En una esquina, los constructores habían permitido que tres árboles formaran parte de la grada, demostrando una tolerancia admirable con el orden vegetal, rara paradoja en latitudes más esteparias, como la nuestra. Parecía que el estadio fuera de quita y pon, que al acabar los fastos pudiera desmontarse, dejando los árboles sobre la pradera original, tal como estuviera antes de la Olimpiada. Abajo, una pista de ceniza gris azulada enmarcaba el brillante paño esmeralda de la hierba. Un coqueto vallado de tablas blancas de jardín separaba de forma simbólica al público de los atletas.

La prensa disponía de un lugar de privilegio, una ancha banda de asientos, cada uno con su escritorio, entre la pista y los palcos de autoridades.

El ensayo matinal aún no había concluido. Las delegaciones participantes formaban sobre el césped en columnas desiguales, con los abanderados al frente, y ante ellos, los portadores del nombre de cada país, escrito en francés, al estilo del SPQR romano.

Las delegaciones de los Estados Unidos y Suecia destacaban sobre el resto, con casi trescientos atletas cada una. Los americanos habían decidido participar en la ceremonia tras obtener el compromiso de su comité de mejorar sus alojamientos y reincorporar a los expulsados por las protestas.

Algunos deportistas abandonaban sin previo aviso las formaciones, camino de las tribunas donde se encontraban los vestuarios. Sancho, uno de los futbolistas españoles, se acercó al edificio. Juanito le preguntó al pasar junto a la zona de prensa, con su proverbial espontaneidad:

—¿Adónde va usted, Sancho?

El fornido joven hizo un gesto apurado con la mano, indicando que no podía contestar a eso, y desapareció a toda prisa.

Al poco, dos atletas de otras delegaciones lo siguieron presurosos por el mismo camino, uno de ellos con las manos en la tripa, y empezamos a sospechar el motivo de tanto trasiego.

El doctor Bartrina, que estaba junto a nuestros deportistas en la hierba, se aproximó a la tribuna y los periodistas improvisaron una espontánea rueda de prensa. Juanito rompió el fuego:

—¿Hay problemas de salud en los deportistas, doctor? Esas salidas

apresuradas...

—Las clásicas disenterías por el cambio de aguas, ya saben. Les afectará unos días, hasta que se adapten, pero no parece nada serio. Tienen que hidratarse y hemos solicitado para ellos una dieta especial. Esperemos que los que compiten antes, que son los atletas, se recuperen a tiempo. En confianza. —Sonrió—. Alguno que viene con exceso de peso me ha confesado que le vendrá bien perder algún kilito.

Hubo algunas risas. Sugerí una pregunta al oído de mi padre y él asintió.

—Ah, sí, claro claro. —Al doctor—: ¿Se sabe algo de... el futbolista enfermo?

Bartrina me miró un instante, en un gesto imperceptible para los demás, antes de contestar:

—Sí, Pepe, se refiere usted a Ramón González, ¿verdad? Le están haciendo pruebas en el hospital de la Croix Rouge; por la fiebre alta y los cólicos, podría tratarse de varias cosas, de modo que... el pronóstico es reservado. ¿Alguna pregunta más?

Lola preguntó:

—Además de usted, ¿qué directivos encabezarán el desfile? ¿Y cómo irán vestidos?

—De gala, con frac y chistera, por supuesto. El marqués de Villamejor, como presidente, estará en el centro. Y Aguilar o García Alsina, aún no está decidido, con un servidor, escoltándolo. Los atletas vestirán sus uniformes de competición, menos los nadadores, claro está. Les adelanto que habrá una sorpresa, que me reservo. En fin, si no me necesitan más, debo regresar al ensayo.

Me mordí los labios para no lanzar yo misma la pregunta clave. Por suerte, Rubryk se me adelantó:

—Una cosa más, Bartrina. ¿Qué le parecen las peticiones de nuestros futbolistas sobre el alojamiento?

—Lo único que puedo decir es que trataremos ese asunto cuando se reúna el Comité, aunque hoy será difícil. Después de la ceremonia hay una recepción en el Palacio Real. ¿Alguna pregunta más? —Hubo un silencio—. ¿No? En ese caso, buenos días.

Los periodistas dieron las gracias y Bartrina se marchó dedicándonos un

saludo a papá y a mí.

Cuando terminó el ensayo, las delegaciones se retiraron del césped para irse a comer en el edificio de los atletas. El grupo de periodistas hizo una visita guiada por las catacumbas de la tribuna principal y yo me uní a ellos como una reportera más. Bajo aquel graderío, de casi cien metros, habían construido una enfermería completa, salas de masaje y varios vestuarios, cada uno con duchas y aseos independientes. La perla de las instalaciones era una moderna sala de hidroterapia, con sus piscinas, sauna y chorros, dignos de un balneario. Silbé como una chiquilla al verla.

—¡Esto no tiene nada que ver con las gradas del campo del Retiro o de O'Donnell, cuando me colaba de pequeña!

Los periodistas se echaron a reír.

Rubryk retomó la anécdota mientras almorzábamos todos juntos en el restaurante del *tennis*.

—Te metías por ahí abajo, como los muchachos. ¡Con la cantidad de colillas encendidas que caían entre las tablas, capaz de haber salido ardiendo, con los lazos y muselinas que te ponían en casa!

Papá se encogió de hombros.

—Lo mismo le decía yo, Román, pero no hacía ni caso.

—Atrapabas los balones que salían fuera del campo antes que los recogepelotas. La gente decía: «¡Mira cómo corre esa niña, más que los futbolistas!».

Supongo que me puse colorada. Lola, sentada a mi lado, me echó un cable:

—No te preocupes, querida. Yo cazaba ranas en las charcas con mis hermanos. Y míranos ahora: somos divinas.

Juanito no perdió la ocasión.

—Y que lo digas, Lola.

—Juanito. ¿Tú nunca te rindes? —le espetó ella.

—Jamás. Y menos en una Olimpiada. Valgo para el maratón.

—Puf... Eso habría que verlo.

Lola se acercó a mí y me habló en voz baja:

—Por cierto, ¿cómo va lo tuyo, querida? ¿Zamora se gana en una hora o no? Ya sabes.

—¡Lola! —respondí indignada.

—Viajasteis juntos, habréis hablado, ¿no?

—Sí, pero no... No creo que ese chico y yo...

—Bueno, eso también se verá. Tú ya sabes, tienes que tratarlo como yo a este. —Alzó la voz para que pudieran oírla todos y dijo, en tono de invitación —: ¡Señores!, no sé qué papel haremos en esta Olimpiada, solo sé...

El resto de los periodistas veteranos terminó la frase al unísono:

—... ¡que Romanones saldrá elegido diputado por Guadalajara!

Y se echaron a reír.

—Esa era mi broma, Dolores —protestó Juanito—. Me lo robas todo, hasta el corazón. Como abogado, tendré que demandarte, o llegar a un acuerdo.

—Ni lo sueñes.

A la una y media en punto, el espigado rey Alberto —un héroe para los belgas— entró con uniforme militar en el estadio, precedido de una simpática tropilla de *boy scouts* que poco tenían que ver con los famélicos niños de Amberes de los noticiarios de la guerra. Fue recibido en el césped por el barón Pierre de Coubertin y otros señores de charolesca gala, entre los que se encontraba don Gonzalo de Figueroa, chistera en mano. Hubo desfile de participantes, discursos, vibrantes coros, suelta de palomas de la paz y una primicia: el izado de la enorme bandera blanca, con aros de color, que desde entonces es la enseña olímpica. Poco a poco empecé a comprender por qué quien ha vivido una Olimpiada no la olvida jamás. Más allá de la música y la belleza de la ceremonia, de la variedad de razas y credos, latía algo, como en un alumbramiento; un poder magnético y agregante que nos conectaba a todos con el millar de jóvenes que formaban juntos sobre la hierba. Algo que se palpa con los sentimientos, no con los sentidos. El momento cumbre llegó cuando un solo atleta debía pronunciar el solemne juramento olímpico bajo la blanca bandera de la paz. Con la peor guerra de la humanidad todavía reciente, aquel era un gesto revolucionario. Se hizo el silencio del público y los deportistas.

—... ¡Y competiremos como caballeros por el honor de nuestros países y

por la gloria del deporte!

Con las últimas palabras de Victor Boin, el atleta belga que pronunció el juramento, la emoción atenazaba las gargantas. Un aplauso cerrado rompió el silencio y devolvió a la piel su textura original. Juanito dio con el codo a los que tenía a su lado, en un gesto socarrón muy suyo.

—Veremos hasta dónde llega la hermandad cuando empiece la competición y solo pueda ganar uno.

—No lo estropees, Juanito. Cómo se nota que eres abogado y de Hacienda. No tenéis corazón.

Olvidé decir que los deportistas españoles, como estaba previsto, vistieron de corto, con los uniformes de competición. Atletas delante y futbolistas detrás, todos llevaban camisola roja con un león de Brabante dorado en el pecho y pantalón blanco. Zamora destacaba entre todos con su jersey azul celeste, y a su lado Bru, Lemmel e Isidro vestían traje y canotier.

Encabezando a todos estaba un futbolista, Arrate, con el estandarte del país, seguido de Izaguirre, lanzador de pesos, que portaba la bandera, y detrás los directivos, de frac, alto copete y brillante charol. Durante la ceremonia, algunos jugadores nos localizaron en la grada y nos saludaban desenfadados con la mano.

Para Lola, los nuestros formaban un grupo heterogéneo y poco elegante; los demás países vestían a sus atletas con manga larga, ya fueran de traje o *chandails* bien conjuntados. Como advirtió Bartrina, se decidió que los nadadores y waterpolistas cerraran el grupo vestidos de calle, al no poder hacerlo en traje de baño, tocados con boina negra, que les daba una mínima uniformidad. La sorpresa guardada por Bartrina fue improvisada y genial, a la española: se entregó un clavel a cada uno de los nuestros y, cuando pasaron frente al palco real, los arrojaron con gracia torera a la tribuna, arrancando un aplauso entusiasta del público y el saludo agradecido de los monarcas por un gesto tan cortés e imaginativo. La idea —que tuvo varios padres, como siempre que algo sale bien— contentó a todos, y hasta se vio sonreír a Aguilar, por fin, aliviado. Rubryk comentó:

—Parece que Aguilar empieza a relajarse. Tal vez ahora ceda en alguna de las peticiones de los deportistas.

Sin embargo, al llegar la noche no se sabía nada de la reunión del Comité.

Pasara lo que pasara, los jugadores tendrían que dormir de nuevo en el «presidio de Santa Catalina», como llamaban ya a las escuelas de la calle Albert, de modo que algunos decidieron alargar la velada en el *cabaret* de Carmencita, la española, donde les sorprenderían las claritas del día. Bastaba verles la cara al día siguiente para saber de quiénes se trataba.

En Madrid, Argüello volvió a casa en tren desde San Lorenzo de El Escorial, donde su norteña familia pasaba el trago ardiente de la canícula. Compró la prensa de la tarde —y un nardo— a una florista que voceaba la última edición del día y se sentó a leer en la terraza del café, debajo mismo de su casa. No era cosa de irse hasta el Lion d'Or para leer el periódico. Allí los adoquines irradiarían el calor del día, pero en el pequeño parque de Trafalgar, donde vivía el gallego, refrescaba ya el ambiente a esas horas del atardecer.

—¿Qué va a ser, don Luis?

—Un quince y unas olivas, Paquito.

Cuando regresó el camarero con el pedido, Argüello, que no era pequeño precisamente, se puso en pie de un salto con los ojos clavados en el papel de prensa y tiró con estrépito la bandeja y todo su contenido. Se puso perdido, pero ni siquiera se quejó. Fue a la barra y pidió a voces el listín del teléfono. En sus manos estaba el diario *La Tribuna* abierto por la página ocho, dejando ver el titular: «Vientos de huelga en la Olimpiada».

11

El domingo por la mañana me despertó un guirigay de voces desde el pasillo. Me puse una bata y me asomé para ver de qué se trataba.

En el extremo opuesto del corredor, un tropel de doncellas y personal del hotel se arremolinaba junto a una habitación. De ella salía una voz que me resultaba vagamente familiar:

—¡Pero si soy del equipo, se lo juro! ¡Equipo español, yo!

—Ce n'est pas votre chambre, monsieur.

Me alcé de puntillas para otear entre el bosque de cabezas. Quien respondía en francés era uno de los dos gendarmes que retenían a un hombre en la habitación.

—Que no le entiendo. No *comprepá*. ¡Eh! —gritó de pronto—. Pero ¿qué hacen?

Se escuchó lo que parecía un forcejeo y me decidí a intervenir.

—¿Puedo ayudar? —alcé la voz para que me oyeran los agentes, en francés—. Hablo español.

Uno de los recepcionistas me cerró el paso.

—Cuidado, señorita, las doncellas han sorprendido a este hombre robando en una habitación. Hemos tenido que llamar a la Gendarmería.

—Pero tiene que ser un error. Yo conozco a ese hombre. Déjenme entrar.

Me abrí paso. Los gendarmes mantenían a Isidro sentado. Tenía un aspecto penoso, despeinado, con las muñecas recién engrilladas y dos patéticos hilos de sangre resbalaban por su frente hasta las mejillas.

—Pero Isidro, ¿qué le ha pasado?

—¡Gracias a Dios, señorita Elena! —clamó—. ¡Mire, me han puesto grilletes!

—Dicen que está usted en una habitación que no es suya.

—Pues claro que no es mía; es de Bru. Llevo un rato explicándoselo a estos señores y antes a una doncella, que pescó a correr como loca... ¡Y me mandó a los gendarmes!

—Chst, chst, ne criez pas, monsieur! —un agente mandó callar a Isidro, me preguntó quién era yo y si conocía a aquel hombre.

—Sí, señor, Isidro es un técnico del equipo español. Yo soy periodista. ¿Quiere que vaya a buscar mi acreditación?

El recepcionista intervino:

—Ella dice la verdad, agentes. Se aloja en el hotel con su padre. Cuatro cero siete.

—No será necesario, quédese —me contestó el gendarme. Se rascó la cabeza pensativo y me pidió que preguntara a Isidro qué hacía colándose en una habitación ajena.

—Pues eso mismo les estaba contando desde el principio —protestó el utillero—. Vine a por el equipaje de Ramón González, pa llevárselo al hospital.

Comuniqué su respuesta, explicando que González era el enfermo ingresado en la Cruz Roja. Isidro prosiguió:

—Bru ha salido con Lemmel a buscar un campo de fútbol pa entrenar y me encargó que llevara yo la maleta sin falta esta mañana. Pero no dejó aviso en recepción y no me querían dar la llave, así que... He subido, he abierto por mi cuenta y me he puesto a buscar la maleta cuando llegó esa señorita gritando, con un botones.

—¿Y cómo ha abierto usted sin llave?

—Qué quiere que le diga. Pues abriendo. Si me dicen que entre, pues entro.

Lo frené con la mano, para traducir a la audiencia que nos miraba, hambrienta de noticias. Al oírme, la doncella confirmó que le vio hurgando la cerradura y que avisó al ascensorista. Entre los dos sorprendieron a Isidro con medio cuerpo debajo de la cama, escondiéndose o robando. Él salió protestando y la muchacha huyó despavorida pidiendo ayuda. El botones impidió el paso a Isidro hasta que llegó la pareja de policías que siempre rondaba la estación.

Explicué que era el utillero de la selección. Por desgracia, el día que llegamos al hotel el personal de recepción era diferente y no lo conocían. Desde entonces, Isidro había dormido —por decir algo— con los chicos, en las escuelas de Santa Catalina, en la calle Albert. De hecho, tenía aspecto de no haber pegado ojo en toda la noche.

—Pero ¿qué hacía usted debajo de la cama?

—Pues agarrar la maleta, que estaba con el asa al fondo... Y justo cuando andaba debajo, entra esta loca y chilla. ¡Maldito susto me dio! No sé qué me ha arañado aquí... —Se tocó la coronilla y al notar humedad, se miró la mano—. ¡Ay, mi madre, si me he hecho sangre!

—Entonces, ¿responde usted por este individuo? —me preguntó el gendarme.

—Claro que sí.

Los agentes le quitaron las esposas y tomaron nota de todo. Alguien trajo unas gasas para Isidro y se las pusimos en la cabeza. La concentración de empleados empezó a disiparse, el botones, el recepcionista y la doncella estrecharon la mano del ceñudo Isidro y salimos de la habitación de Bru. Algunos clientes del hotel curioseaban en el pasillo, alarmados por el bullicio, entre ellos mi padre. Al verme salir con los policías, se quedó estupefacto.

—Pero ¿qué has hecho, Elena?

—¿Yo? Nada, papá.

Isidro lo abrazó y estrechó su mano calurosamente.

—¿Que qué ha hecho? Su hija acaba de salvarme de ir a la cárcel, señor.

—Exagera usted —dije.

—Que no que no, le juro por mi madre que estos me llevaban palante cuando este ángel me ha salvao. Mire, todavía tengo la marca de los grilletes.

—Mostró sus muñecas y luego presionó su herida con las gasas rojas.

—Está herido.

—No es ná, ahora me zurcen en el hospital. Mire, don Pepe. —Se besó dos dedos—. Por estas que en mí tién ustedes un amigo pa toa la vida.

Antes de irse con la maleta de González, debió oírnos comentar que nos gustaría conocer el estado real del enfermo, por si fuera posible entrevistarlo para el periódico, porque comentó:

—No hay cuidao. Yo me encargo.

La noticia del suceso corrió como la pólvora por el hotel, y durante el desayuno, Rubryk —que conocía de antiguo a Isidro, como papá— me contó su historia.

—Este era uno de esos golfillos de la calle, y con su pandilla robaban los tablones que rodeaban el campo del Athletic para venderlos como leña en los hornos de panadería, o donde fuera. Se le daban bien las cerraduras y algunas noches se colaba en la caseta del guardarropa para hurtar lo que hubiera: bombas de aire, balones ingleses, que eran caros, porque los españoles se ahuevaban, o el botiquín del masajista, ¡hasta la cal para pintar las líneas robaban alguna vez!, cualquier cosa que pudieran revender. El caso es que Julián Ruete se hartó y organizó a su gente para vigilar. A Isidro lo sorprendieron colándose por un ventanuco, pero al ir a atraparlo, el chico echó a correr como un demonio. Ninguno lo alcanzaba, solo un tal Florencio, que era un extremo rapidísimo, le fue comiendo terreno al crío y le echó el guante ya cuando trepaba la reja del Retiro para esconderse en la oscuridad.

—¿Y qué le hicieron?

—Pues qué iban a hacer, en vez de darle una paliza, le enseñaron a jugar. Corría la banda como un rayo. No le daba bien al balón, pero con esas condiciones daba igual, las más de las veces conseguía centrar o se colaba con la pelota en el *goal* contrario. Todos veían que a poco que aprendiera iba para figura, pero... —Rubryk se encogió de hombros.

—¿Pero?

—Pues que se lesionó. Se rompió el menisco, o alguna historia de estas, y dejó de jugar. Pero para entonces ya se había hecho un hueco en el mundillo y Ruete lo tenía empleado de recadero en la tienda. Y como él dice, desde que llegó, no desapareció de allí ni media lata de sardinas. En el equipo hizo de todo: probó de ordenanza, de secretario y se quedó de casetero, para cuidar el material. Los que se han criado en la calle son los mejores para guardar las cosas de los que arramplan con lo ajeno. Se las sabe todas, aunque hoy... Se ha lucido, el pobre.

—Ha sido mala suerte. ¡Lo pillan debajo de la cama, le dan un susto, sale sangrando y encima lo detienen!

Nos echamos a reír recreando el suceso.

Salimos con el grupo de periodistas hacia el Stadion para asistir a las primeras pruebas atléticas. Aquella mañana se celebraban las eliminatorias de cuatrocientos metros lisos y lanzamiento de jabalina, sin españoles. Las primeras participaciones de los nuestros serían en los cien metros lisos y en los ochocientos, todas por la tarde.

Isidro vino en mi busca aquella misma mañana, con un pedazo de papel en la mano. Nos contó que había visto un rato corto a Ramón y que lo que tenía era una cosa rara en la piel. Como no se acordaba, leyó lo que había apuntado:

—Tiene... onefritis.

—¿Onefritis? ¿En la piel? ¿No será pielonefritis?

—Eso es. Dice Ramón que es *infección urinaria*, que a saber cómo se ha agarrao ahí y que Bartrina le dijo que se vaya despidiendo de jugar en la Olimpiada. Y pa eso no hace falta ser médico, basta ver al chico pa saber que está de pena. Y perdone usted, señorita, pero esto es mejor que lo oiga solo su padre.

Isidro se llevó a papá aparte para contarle que le tenían que hacer curas metiéndole un tubito «por ahí abajo», y que era bastante desagradable, porque «eso se lo hacían enfermeras que se reían y hablaban flamenco». La jefa era una señora mandona como una matrona, que al chico lo tenía mártir y que echó a Isidro con cajas destempladas porque en infecciosos no permitían las visitas. «Por eso —se quejaba Isidro— me las tengo que apañar pa verlo a escondidas, cuando esa sargenta no anda por allí.»

Aquella era la clase de información que no publicaríamos. Las enfermedades y lesiones de los futbolistas se consideraban un asunto privado y no se aireaban en la prensa. Los mismos jugadores tendían a ocultarlas para que nadie pensara que estaban acabados. Como Isidro insistió en ayudarnos, le sugerí que me contara todo lo que pudiera sobre el equipo, sin traicionar la confianza de nadie. Así me fui enterando de lo ya ocurrido, y de lo que fue ocurriendo días después, tanto en el vestuario como fuera de él, tanto en las escuelas como en el *cabaret*. Sin proponérmelo, Isidro Cañas se había convertido en mi primer informador.

Fuimos a comer a Le Progrès, por si había novedades de los delegados. Bru y Lemmel llegaron hastiados de patear la ciudad.

—¡Por fin tenemos un campo de entrenamiento en Amberes!

Mi padre alzó las cejas sorprendido.

—Ah, pero ¿no lo había ya?

—Bueno... Gamper había conseguido el del Daring, ¡en Bruselas! No digo que sea imposible ir y venir en tren cada día, pero lo lógico es entrenar aquí, digo yo. En confianza, señores, a veces parece que algunos delegados están más preocupados por conseguir que la próxima Olimpiada sea en Barcelona que por hacer algo de mérito en esta.

Lemmel asintió.

—Y mientras, nosotros mendigando un campo de hierba. Lo malo es que no podremos usarlo hasta el jueves.

—¿Y van a estar tres días sin entrenar?

—No. —Lemmel ladeó la cabeza—. Saldremos a correr por el barrio de las escuelas y echaremos algún partidillo en el patio, para desengrasar, pero con tanto verde como crece por aquí, es una pena no poder pisar la hierba.

—Nos han hablado de otro campo, aquí cerca —siguió Bru—, a quince minutos a pie del Stadion. Es de un club judío que acaban de fundar. Pero no hemos dado con ellos.

—¿Un club judío, dice? —intervine—. Pues... tal vez no sirva de nada, pero ¿por qué no prueban a llamar a este señor? —Busqué la tarjeta de Abraham y le anoté su teléfono a Lemmel en un papelito—. Habla un español peculiar, pero a lo mejor sabe a quién pueden dirigirse.

Lemmel vio el nombre, asombrado.

—¿Abraham del Stamboul? —Agitó el papel—. ¿De dónde han sacado ustedes esto?

—Contactos, Lemmel. —Rio papá—. El secreto de la prensa.

—Sí —bromeé—, y de los espías. Pero le advierto que lo que más le gusta a ese hombre es hablar.

—Manolo —lo frenó Bru—, esa llamada debería hacerla alguien del Comité: los encargados de los campos son García Alsina o Gamper.

—Si nos esperamos a eso, jefe... —resopló Lemmel, que se fue en busca del teléfono.

Tardó en volver lo que duró la comida. Como imaginamos, Abraham estuvo encantado de ayudar y se encargó de hablar con los responsables del

Maccabi de Amberes, que era el nombre del equipo.

De vuelta al estadio, vimos emocionados las eliminatorias de cien metros lisos, en las que participaban varios españoles. Solo uno, el veterano Mendizábal, se clasificó para semifinales con dos brillantes carreras. Algunos futbolistas estaban como locos de contento y se acercaron a pie de campo para abrazarlo; Vallana y Acedo, por ejemplo, habían competido contra él en los campeonatos de atletismo del norte un par de meses antes. El fotógrafo barcelonés Passavolant los retrató a todos para los periódicos nortños junto a la grada del Stadion.

Un velocísimo estadounidense llamado Charlie Paddock ganó todas sus carreras dando un brinco espectacular en la línea de meta para cortar la cinta de un vuelo. Al verlo, Samitier se quejó muy serio a toda la prensa:

—¡Es un escándalo, un robo! ¡Ese salto es invento mío! *El Paddock m'ha copiat!* ¡El único hombre langosta soy yo, que quede claro! *El hom llagosta soc jo!*

Juanito le siguió la broma con igual seriedad y estrechó su mano dándole el pésame.

—Le prometo, Samitier, que si ese saltimbanqui viene por España, le mando una inspección de Hacienda.

—Gracias, Balompédico, gracias.

La fiesta continuó animando a otro español que consiguió clasificarse para las semifinales de ochocientos, siguió corriendo, saltó la vallita de madera y se abrazó al grupo de españoles hasta que un comisario de carrera lo devolvió a la pista.

A partir de ese día, los pocos españoles que asistían a las pruebas se reunían cerca del rincón que ocupábamos en la zona de prensa, y animábamos todos juntos a nuestros deportistas. Entre ellos estaba siempre René Petit. Al terminar las carreras de esa jornada, se acercó a vernos.

—¿Les apetece ir hoy al cinematógrafo? Dan varias películas de Charlot en el Astoria, a las siete.

—¿Te apetece, papá?

—¿Charlot? Claro. Es divertidísimo.

—Estupendo —celebró René—. El cine está en Avenue Keyser, cerca de su hotel.

Cuando René se marchó, busqué a Ricardo asegurándome de que no nos oyera Samitier. No lo pensé dos veces y dije:

—¿Se apunta usted al cine, Ricardo?

—¿Hoy? ¡Encantado!

Y nos citamos a las siete en la puerta del Astoria.

Había tiempo para acercarnos hasta las pistas de *tennis* para ver a una de las grandes sensaciones de los Juegos, la francesa Suzanne Lenglen. Apodada *la gacela francesa*, escandalizaba con un vestidito que dejaba los hombros al aire. Su rapidísimo juego aplacaba cualquier crítica absurda a su vestuario.

Desde el primer día de los Juegos en Amberes, vivíamos inmersos en el reino del deporte, ajenos a todo lo demás. Como había dicho en sus discursos Coubertin, *le sport est roi*. Durante la Olimpiada se detenía el tiempo y todo parecía posible. La vida era juego, sin otra consecuencia que la de ganar o perder. El resto del mundo parecía algo irreal, lejano e insignificante. También lo que estaba ocurriendo aquella misma tarde en Madrid.

Argüello viajó en taxi hacia la Colonia de la Prensa, una urbanización de vacaciones en las afueras, entonces campestres, de Carabanchel. La colonia era nueva y el *chauffeur*, novato en el oficio, no conocía las calles, y como era la hora de la siesta del domingo, resultaba difícil encontrar a alguien para orientarse.

Por fin, dieron con el chalecito que buscaban. Se trataba de una casa con torreón, coquetuela y modernista, rodeada de un jardín todavía joven, como todas las de la colonia.

Argüello, periódico en mano, saltó del coche pidiendo al conductor que esperase y, en dos zancadas, cruzó el jardín y se plantó en la puerta, donde hizo sonar con cierta repugnancia la delicada campanilla en forma de hada que servía de timbre.

Le abrió un joven de gesto enfático y vestido de tenista, con jersey blanco de pico y pantalón largo de algodón. Era el mismo joven que compitió con Pepe por la plaza de corresponsal en la Olimpiada de Amberes: Fefé.

—¿Qué desea?

—Ver a don Jacinto Ureña.

Una voz fatigosa llegó del interior:

—¿Quién es, Fefé?

No fue necesario trasladar la pregunta al recién llegado.

—Dígale que soy el presidente en funciones de la Federación Española de Fútbol. Y que siento llegar tarde.

Tres minutos más tarde estaba sentado en un sillón de mimbre en el porche de hierro del jardín, justo delante del editor del periódico *La Tribuna*, que estaba enfrascado en la lectura del artículo de la polémica. Desde donde estaba sentado, Argüello solo podía ver la oronda tripa de don Jacinto hinchando la camisa como un globo y, sobre ella, el ejemplar del periódico que Ureña sostenía a pocos centímetros de su cara.

En el jardín había una joven, también vestida de tenista, y una señora mayor con la que guardaba cierto parecido faenando juntas en unos tiestos, a la sombra de una pérgola cubierta de madreselva. El joven que le abrió la puerta, Fefé, se encontraba cerca de los dos hombres, fumando.

—¿Desea beber algo, Argüello?

—No, gracias. Bueno, sí, un agua del Canal, si es tan amable.

—Tenemos pozo.

Argüello asintió y, al llegar el vaso, se lo bebió de un trago.

El editor bajó el periódico y dejó ver una cara de ojos diminutos, labios gruesos y cabeza calva y redonda, en cuyo centro cabalgaban la nariz unos quevedos amarrados al chaleco por una cinta. Ureña los dejó caer sobre su tripa y alzó la mirada, cordial. Devolvió el ejemplar a Argüello.

—Nuestro periódico es abiertamente maurista, como sabrá. No jugamos con las cosas serias, como las cuestiones de orden público. Mucho menos incitamos gratuitamente a la huelga y cosas así; eso son palabras mayores. Este artículo es la bomba. Sin embargo, vuelto a leer no me parece que incite a la rebelión. Solo denuncia las condiciones lamentables del alojamiento de nuestros deportistas. Pero si lo que desea usted es quejarse, yo...

—No, yo no me quejo. Deseo saber más de este asunto. —La voz de Argüello, con el melodioso y lacónico acento gallego, resaltaba su seriedad —. Hablé con el encargado de la redacción, que se ha limitado a decirme lo mismo que pone ahí.

—Lógico. La única forma de saber algo más sería hablar con el

corresponsal en Amberes.

—Pero el artículo no va firmado. Lo que cuenta es tan grave que eso es como tirar la piedra y esconder la mano, ¿no le parece?

—Aquí no hay teléfono. Cuando vuelva a casa haré una llamada, para saber quién puede haber escrito...

—Yo sé quién es, lo conozco bien —intervino Fefé.

—No sé si les he presentado antes: Fefé es mi yerno y periodista de *La Tribuna*. Esta es su casa.

Argüello inclinó la cabeza sin levantarse.

—Cómo está usted.

—El artículo es de Pepe Díez —prosiguió Fefé sarcástico—. Rampoleón, una vieja gloria.

Y apagó el cigarrillo, que estaba a medias, contra un cenicero.

—Lo conozco perfectamente. ¿Él ha escrito eso?

—Es el único corresponsal que tenemos allí. A mí también me resulta increíble; parece un mosquito muerto.

Argüello alzó un poco la barbilla.

—Para mí, Pepe es una gloria del periodismo deportivo nacional. Y un caballero.

Dijo eso con tanto aplomo que Fefé apretó los labios. El editor asintió.

—El artículo es correcto; no podemos censurarlo. Y en todo caso, habría que felicitar al corresponsal.

Fefé se mordió la lengua dentro de la boca. Argüello continuó:

—Mire, yo estoy aquí para saber si esto es algo que se han inventado ustedes para hacerse una jugarreta entre conservadores y liberales. Pero si todo es verdad, tendré que irme a toda prisa a Amberes para arreglarlo. Porque hay dinero suficiente para mantenerlos allí como Dios manda. Y alguien se lo está racaneando. O se les lleva en condiciones, o no se les lleva. Pero andarse con jugarretas políticas con la selección de fútbol, no. Bastantes líos tenemos ya entre nosotros.

—Verá, Argüello. —Sonrió Ureña—. Desde que me llamó usted esta mañana se ha montado un buen revuelo. He hablado con el director y con el gerente del periódico. La edición se ha vendido más que bien. Pero es que han llegado a la redacción telegramas de ciudadanos que entregaron su dinero

para mandar a los deportistas a los Juegos, quejándose de que pasen hambre. *La Tribuna* no es el único periódico que poseo, pero en los demás no toco el tema deportivo. Sin embargo, tengo que reconocer que comercialmente es un asunto en auge. Mi yerno, aquí presente, saldrá pasado mañana hacia unos juegos atléticos paralelos que se celebrarán en Berlín. Yo no entiendo qué ve la gente en el deporte. En España hay hambre y muertos a diario, pero la gente solo llama y manda telegramas para protestar porque unos futbolistas comen coles y tronchos. —Se inclinó hacia Argüello como si el pecho rodara sobre su panza—. Lo que le quiero decir con todo esto es que reconozco que a veces la política es un juego, pero el olimpismo, de momento, le aseguro que para este periódico es sagrado. Ni hemos jugado ni vamos a jugar con él. Romanones será lo que sea, pero su hermano ha hecho bien en adelantar el dinero para la Olimpiada. Así que me temo que esto es verdad y tendrá usted que ir a Amberes a arreglarlo.

—Descuide. Eso haré. —Se levantó para marcharse—. Despídanme de las señoras. Por cierto, bonita casa.

Al llegar al hotel de L'Industrie encontramos un montón de avisos de llamadas en nuestro casillero. Rubryk se acercó al mostrador para pedir una conferencia a la telefonista. Se volvió a nosotros.

—¡Menudo revuelo que has montado con la huelga, chico! Me han llamado cinco veces de *Abc* para contrastar lo que has publicado. Hasta me han pedido que mande un artículo.

También Lola y Juanito Balompédico habían recibido llamadas. Incluso Passavolant, señal de que la noticia había llegado hasta Barcelona. Papá tenía cara de póquer; esa que ponía cuando no sabía de qué le estaban hablando.

Bartrina entró en el hotel con gesto serio. Tragué saliva. Aquello se me había escapado definitivamente de las manos.

Papá lo saludó con un «Hola, Javier» con voz clara y mirada limpia. Bartrina sonrió con amabilidad, como quien va a reprender a un niño.

—¿Podemos hablar en algún sitio más discreto?

Sugerí el salón de los desayunos. Allí no nos molestó nadie. Como siempre, Bartrina fue directo al grano:

—Has liado una buena con tu artículo, Pepe.

—¿Yo?

—Ya, ya... Sé que la culpa no es del mensajero. El artículo es magnífico; me lo han leído por teléfono y solo puedo decir *chapeau*. Pero has puesto en una situación difícil al Comité. Aguilar está furioso.

—¿Furioso? ¿Por qué?

—Porque su prioridad era no gastar más dinero del marqués. No es fácil conseguir camas más grandes ni mejorar la comida sin subir las dietas por deportista, y ahora le has echado encima a la opinión pública, ¿comprendes?

—Pues..., la verdad, Javier, yo... —Papá se mostró desconcertado—. No.

—A ver, Pepe, tú has escrito el artículo de *La Tribuna*..., «Vientos de huelga en Amberes» es el titular, ¿no?

Suspiré. Era el momento de reconocer la verdad, toda la verdad y nada más que eso.

—Claro claro. ¿Quién si no? —Fue papá quien habló atribuyéndose el texto.

—Y yo que estaba preocupado por ti... ¡Y estás más lúcido y combativo que nunca! Verás, yo no digo que no tengas razón. Se han hecho algunas cosas mal. Solo quiero advertirte que los Juegos solo acaban de empezar y que, por desgracia, ya te has ganado un enemigo en el COE. En tu estado, ya me entiendes, esperaba que te tomaras esta Olimpiada con un poco más de relajación.

—Me encantaría.

—Algo es algo. No voy a arrancarte otra cosa, ¿verdad? En fin... ¿Estás bien?, ¿tomas la medicación?

Bartrina me miró y asentí, con la boca bien cerrada, sin acabar de creerme lo que estaba pasando. Bartrina, al que se veía fatigado, aunque impoluto como siempre, apretó con dos dedos su entrecejo, sobre el puente de su nariz.

—Qué tonterías digo, si estás escribiendo mejor que nunca. Bueno, ahora tengo que irme. Por suerte, mañana no hay periódicos en España y podremos arreglar algo para que el martes no nos linchéis. Si es posible, sed benévolos: en el Comité estamos desbordados.

Se fue. Nunca creí que escucharía esas palabras de su boca. Cuando nos

quedamos solos, papá dejó de fingir; tenía la mirada perdida, como el día de Gijón. Era incapaz de comprender lo que estaba pasando.

—Papá, tengo que decirte algo. He sido yo. He mandado una crónica al periódico, sin firmar, con la noticia de la huelga. Lo siento.

Tardó en darme una respuesta.

—¿Podemos ir a descansar?

—¿Quieres ir a la habitación?

—A tumbarme un poco, sí.

Fuimos hacia el ascensor. Sentí un puñal en mi corazón; esta vez era imposible seguir el consejo de mamá y no sentirme culpable. Era responsable de lo que estaba pasando y no soportaba ver a papá así, tan abatido. El botones cerró la reja y giró una manivela de magneto con tantas vueltas como pisos debíamos subir. Antes de llegar a la habitación se me ocurrió una idea.

—¿No prefieres ir al cine? Dan una de Charlot, aquí cerca. ¿Recuerdas? Nos ha invitado René.

—¿Charlot? —La cara de papá revivió y apareció en ella una amplia sonrisa—. Sí, claro. Y luego podemos ir a cenar al figón de Le Progrès. Tiene buena pinta ese sitio.

Entramos en nuestras habitaciones para cambiarnos de ropa. Las noches de Amberes eran frescas, como las de nuestra primavera. Me cambié a toda velocidad, agarré el artículo mecanografiado y llamé a la puerta de papá.

—Adelante. —Su voz sonaba normal, como siempre.

—Papá... Este es el artículo de la huelga. Del que todo el mundo te habla.

—Ah, sí. ¿Lo tenías tú? —No contesté. Añadió—: ¿Te ha gustado?

—Es... bueno. Todo el mundo te ha felicitado.

—Bien, bien... ¿A qué hora es la película? Me gustaría afeitarme bien.

—Tienes tiempo. Te espero abajo, *d'accord*?

—*D'accord*, ma petite.

Dejé a papá silbando una de esas tonadillas alegres que solían tocar los pianistas del cinematógrafo y bajé a recepción para llamar por teléfono. Entre los avisos de llamadas había dos o tres de Argüello, con su número anotado. La conferencia tardó poco en establecerse y tuve la suerte de dar con el directivo gallego en la oficina.

—¿Don Luis? Soy Elena Díez... Sí, la hija de Rampoleón... No, mi

padre no puede ponerse, no se encuentra bien, después de... No se está escondiendo, Argüello... Sí, todo lo que dice el artículo es verdad, se lo juro... Entonces, ¿viene usted mañana mismo?... Ah, que no hay billetes... Sí sí, ahora le oigo mejor. Vendrá cuando pueda, lo entiendo... No, de momento no va a publicar nada más, esté tranquilo... Pues al parecer, en el Comité no se lo han tomado demasiado bien, pero hacen lo posible por arreglarlo, con lo poco que tienen... Ah, ¿que no tienen poco? Pues eso es lo que cree Bartrina... Sí sí, ya sé que el tesorero es Aguilar. —Un *clac* dio paso a otra conversación ininteligible—. ¿Oiga? ¿Me oye, Argüello?

Fue imposible hablar más. Tampoco parecía necesario. Esperé, pero Argüello no volvió a llamar. La información que acababa de darme me hizo cambiar de punto de vista. ¿Es que Aguilar mentía a Bartrina? ¿Tenían más medios de lo que decían? ¿Por qué racanear con los fondos? Argüello era un hombre de números, algo sabría de todo aquello. Mi ánimo pendular hizo que me alegrara de haber escrito el artículo del que minutos antes me había estado arrepintiendo.

Consulté mi pequeño reloj de colgante. Eran las siete. Aseguré el broche de mamá en mi solapa, como un talismán, y fui a firmar el recibo de la conferencia. Papá me esperaba ya en el *hall* del hotel haciendo girar el bastón en su mano como lo hacía Chaplin. Bendito cine y benditas comedias.

12

En las carteleras del cine Astoria se anunciaba el programa de éxitos de Charlot. A sus puertas se reunían belgas y extranjeros, la mayoría atletas participantes en el babel de los Juegos, demostrando la muda universalidad de Charlie Chaplin. Entre la marea de europeos de ambos sexos, *australasiáticos* y americanos de norte y sur, destacaban egipcios con sus gorros de fieltro rojos, reverenciosos japoneses de bigote corto e hindúes de las Indias británicas con crenchas rizadas en caracolillos en las sienes, al estilo de nuestras flamencas. Ricardo observaba a estos últimos entretenido, recordando su disfraz de Irún, cuando vio a René con su discreto uniforme caqui esperando solo en la acera. Se acercó a saludar:

—¿Qué hay, Petit? ¿Montando guardia?

—No, hombre, esperando a una amiga.

—Picarón.

—¿Y tú?

—Pues igual. He tenido que dar esquinazo a Sami. Si lo ves, no le digas ni mu.

—Siempre estáis igual, rondando a la misma. ¡Anda que no hay mujeres en el mundo!

—Y qué le vamos a hacer, si tenemos los mismos gustos.

El público fue entrando y ellos se quedaron solos en la puerta. René consultó su reloj.

—Pues esto empieza ya.

—A mí me da igual. Ya he visto la primera.

—Yo también.

—Ya es casualidad que lleguen tarde las dos.

—Pues sí. Igual vienen juntas. —Se rieron de la gracieta—. ¿Irás luego al Carmencita?

—Pues no sé, chico, depende del plan de hoy. Preferiría acabar en un *dancing*.

—Sí, yo también. Podríamos ir juntos los cuatro.

Papá y yo llegábamos tarde. Nuestro taxi se detuvo en la puerta y los vi charlando a los dos. Mordisqueé mi labio inferior y saludé ondeando la mano. Lo que estaba haciendo era más propio de Lola que de mí, pero ya era demasiado tarde para arrepentirse. René me vio primero.

—Bueno, Ricardo, ahí está la mía. Hasta la vista.

—Adiós, pásalo bien. La mía también llega.

Los dos avanzaron hasta el mismo taxi y se dieron cuenta a la par de lo que estaba pasando. Sonreí, que es lo más socorrido en esas situaciones. Papá se bajó del coche y les tendió la mano sorprendido.

—¡Hombre, mira quién está aquí!

—Zamora y Petit vienen con nosotros al cine, papá.

Los citados se quedaron convertidos en estuco. René tardó en poder hablar:

—¿Ah..., sí? Qué sorpresa.

—Y tanto —remató Ricardo un poco más serio.

Rompí el hielo:

—Pues... voy a comprar las entradas.

Los dos contestaron a la vez:

—Ya las tengo.

—Bueno, yo compré solo tres —precisó Ricardo.

—Como yo. No sabía que... íbamos a ser cuatro.

—O sea, que sobran dos —calculé—. Bueno, no se preocupen, nosotros invitamos.

Ricardo agitó sus entradas en el aire orgulloso.

—De ninguna manera. Se regalan las que sobran y en paz. ¿Verdad, René?

—Por supuesto. Y si nadie las quiere, dejamos los asientos para los abrigos.

Papá se adelantó impaciente.

—Entonces, ¿vamos entrando?

Fui con él. Ricardo y René se quedaron atrás. Entregaron las entradas sobrantes a una parejita que pasaba por la acera y se codearon con disimulo.

—Así que esta es tu amiguita, René.

—Sí. Y la tuya. Menudos panolis somos.

—Y yo esquivando a Sami. Como se entere nos va a tomar el pelo hasta que volvamos a España.

Aún teníamos que superar un último escollo: decidir quién se colocaba a mi lado. Como no se pusieron de acuerdo, senté a los dos juntos al lado de papá.

En la primera escena de la película, Charlot se disponía a pasar un día festivo con su familia. Arrancaba un automóvil con la manivela, el auto temblaba como si hubiera un terremoto y cuando Charlot iba a subirse, el coche se paraba. Así una y otra vez. Mi padre empezó a reírse y llegó a las lágrimas antes de la escena siguiente. Ni René, a su lado, ni Ricardo, un poco más allá, se reían de momento. Ninguno de los dos tenía ganas de más comedias.

En medio de la sesión oímos unos susurros con acento español:

—Perdone, *mesié...* *Sivuplé...* *Excuse muá...* *Mersí, mersí...*

Cuatro sombras llegaban tarde y se sentaron en una fila anterior a la nuestra. Al colocar las gabardinas en un asiento, uno volvió la cara hacia nosotros.

—¡Hombre, Zamorita! ¡Y Petit!, qué casualidad. —Quien hablaba era Pichichi, que iba con Belauste, Silverio y Acedo.

El Athletic de Bilbao en pleno nos había descubierto. Nos saludamos todos y Belauste se explicó en un susurro:

—Se ha puesto a diluviar y hemos dicho pues vamos ahí dentro un rato.

Ricardo resopló y se frotó la cara con ambas manos sin acabar de creerlo. René soltó una risilla.

—¿Y tú no querías que se enterase Sami?

Los chicos pronto empezaron a sacar parecidos a los actores: que si ese tiene un aire a Bru, el otro es como Argüello y este es igualito que Pentland... Y acabaron riendo a carcajadas, todos juntos.

Después de la proyección, los bilbaínos se fueron y nosotros invitamos a

René y Ricardo a cenar, pero se disculparon alegando otros planes; por su rapidez y unanimidad supuse que se habían puesto de acuerdo y que esa noche irían con los demás al Carmencita.

Después de la cena, papá y yo volvimos al hotel agarrados del brazo, dando un calmado paseo por la avenida de edificios grises que conducía a la estación. La lluvia y el frescor de la noche hicieron que nos recogiéramos bajo el paraguas, como en un caparazón. Nos estábamos acostumbrando al paisaje de la ciudad, al paso de un carrito tirado por perros, a los estudiantes rabínicos de luengos tirabuzones o al pausado pedaleo de las abuelas, desafiando la lluvia en sus bicicletas. Papá tan pronto callaba como se echaba a reír recordando alguna gracia de Charlot. En esos momentos daba gusto verlo. Por lo demás, la artimaña del cine me hacía sentir incómoda. Los chicos se habían mostrado caballerosos conmigo y encantadores con mi padre, pero era consciente de que si alguien me hiciera algo parecido a mí, no volvería a hablarle en mi vida. Aunque... Por otro lado, había pasado tres años enfadada con Zamora y allí estaba, todavía pensando en él.

El lunes llovió en abundancia y todo adquirió un carácter grisáceo y anodino. Las pistas de atletismo se embarraron, haciendo temer que se repitiera el desastroso estado del estadio de París de la Olimpiada de 1900. Los españoles que habían llegado a semifinales de los cien y los ochocientos lisos cayeron eliminados, y los demás siguieron su mismo camino en dispersa participación. La excepción fue uno de los hermanos Alonso, un tenista que nos dio algunas tardes de gloria. Aún faltaban dos semanas para que se iniciara el torneo de fútbol y en el equipo había un ambiente de inquieta espera, propiciada por una llamada de Argüello anunciando que llegaría pronto para arreglar el asunto de la huelga y el hospedaje.

Bartrina, que tenía demasiadas cosas entre manos, nos confesó que había respirado aliviado al saberlo. Para empezar, el COI celebraba esos días su congreso para determinar la sede de los Juegos del año 24 y el comité español se vio envuelto en una interminable serie de intrigas y maniobras de los delegados catalanes, que, de espaldas a Villamejor, pretendían que la siguiente Olimpiada fuera en Barcelona.

El marqués estaba indignado y convocó a la prensa más seria para dar sus explicaciones sobre lo que calificaba de maquinación. Yo acudí, como siempre, acompañando a papá, para tomar notas.

—El complot es un escándalo. —El marqués clamaba con toda la energía que le permitían su educación y su quebradiza salud—. No toleraré que unos delegados finjan ante el mundo que existe un comité catalán. Son, en todo caso, un subcomité regional. Solo al Comité Olímpico Español que presido le correspondería solicitar los Juegos. —Apuntó su índice al techo—. ¡A mis espaldas se han atrevido a entrevistarse en persona con Coubertin, y ahora, encima, me echan la culpa a mí de que el barón los despachara con viento fresco!

»Como amigo personal de Coubertin que soy desde antiguo, y cofundador del Comité Internacional, sé cosas que ellos ignoran sobre las negociaciones. El barón quiere que los Juegos vuelvan a París para arreglar la mala imagen de 1900, y todo el pescado está vendido desde el principio. Es inútil presentar una candidatura en estas condiciones. Lo peor de todo es que García Alsina, Hans Gamper y compañía ya lo saben y siguen con sus maniobras políticas regionalistas, contrarias a toda lógica olímpica. —Se llevó la mano al pecho—. Solo por inquina hacia este presidente, que está cansado de defenderse de ataques sectarios a los que la prensa de Barcelona da pábulo sin contrastar mi opinión jamás.

Dijo esta última frase sin aliento y se dejó caer en la butaca, sin fuelle. Ganas daban de acercarse y darle aire agitando un trapo.

Bartrina, en su papel de médico, le rogó que se calmara. Era el único delegado presente, ya que Aguilar se había negado a asistir al encuentro, al saber que *La Tribuna* —medio al que calificó de tendencioso y prohuelguista— estaría allí. Los disidentes catalanes, por supuesto, no habían sido invitados.

Tras el encuentro, Bartrina nos confirmó que todo aquel galimatías había perjudicado las peticiones de los atletas y futbolistas. Cercado, Villamejor había aplicado su táctica de siempre: dejar correr el tiempo. Los atletas competían todos en la primera semana y, en vista de sus resultados, una huelga habría resultado intrascendente. En cuanto a los futbolistas..., ya tendrían tiempo de arreglar el asunto cuando se resolvieran las cuitas con los

nacionalistas catalanes.

—En definitiva, la eterna política de hechos consumados y dejar enfriar las cosas, típica de Madrid —lamentó Bartrina, que, por ser catalán, comprendía mejor que nadie a las dos partes.

Después de eso fuimos al Stadion. El agua retumbaba en la chapa del techo de las tribunas haciendo estrepitoso acompañamiento a las pruebas atléticas, en medio del desierto de cemento blanco que eran las gradas.

Bru había tenido que suspender los partidillos de entrenamiento por la excesiva lluvia. El equipo se había ejercitado en el patio de piedra de las escuelas y después en el espléndido gimnasio del Stadion. Yo estaba deseando encontrarme otra vez con Ricardo. Sentía curiosidad por saber cómo reaccionaría después de lo ocurrido en el cine; sin embargo, me dijeron que se había ido con algunos compañeros a ver los combates de boxeo. Tuve que aceptar que pasaría aquella tarde lluviosa allí. Mientras poníamos al día a Bru sobre los sucesos del comité, Lemmel se acercó reprendiendo a Sancho, mediocentro del Barcelona y de la selección:

—¡Ahora mismo se lo cuentas al seleccionador! ¡A mí me parece un disparate, Agustín! ¡Un disparate!

—¿Qué lío tenemos ahora? A ver, ¿por qué has llegado tarde al entrenamiento?

Agustín Sancho era, como se suele decir, un armario ropero, no un gigante como Belauste, pero desde luego uno de los hombres más fuertes del equipo. Resultaba cómico verle agachar la cabeza al oír la reprimenda; parecía un crío que ha roto un cristal.

—Mire usted, míster... Yo es que no vengo en tranvía, con los otros. Prefiero llegarme andando desde las escuelas. Así me sirve de ejercicio.

—Pues mañana te vienes con los demás. O en taxi si hace falta, pero no llegues tarde por ahorrarte unos céntimos, que ya nos conocemos, hombre de Dios.

—¡Si fuera solo por eso! —clamó Lemmel conminando a Sancho—. ¡Anda, dile qué es lo que pasa, díselo! ¿O prefieres que se lo cuente yo?

—No hace falta. No es ninguna deshonra. Pues que de camino aquí paso por una obra y... ¡menudos menestrales! Hay que ver cómo ponen los ladrillos. Tirando la mitad y sin cerrar bien ni guardar la línea de plomadas, ni

ná de ná. ¿De dónde habrán sacado a ese hatajo de pegapaletas? El caso es que hoy he visto además cómo arreglaban el mortero ¡y me ha dado un coraje!... Que he saltao adentro, me he quitado la chaqueta y me he puesto a hacerlo yo. Luego agarré la llana y les hice un lienzo en un periquete, cerrando como Dios manda, sin romper ni una esquina ni derrochar el material, que era ladrillo del caro.

En la ropa de Sancho se veían algunos blanqueos de yeso y en sus zapatos quedaban restos de pellas del barro de la obra, aunque él probablemente los había adecentado un poco por su cuenta, sin gastar en limpiabotas.

—No lo puedo creer... —Bru se llevó ambas manos a la cabeza, expresando lo que sentíamos todos—. Bueno, pues... no vuelvas a llegar tarde, diantre.

Lemmel azuzó a Bru para que siguiera averiguando:

—Pero que no acaba la cosa ahí, Paco. Que te cuente, que te cuente.

—Ah, ¿pero hay más?

Sancho se rascó la cabeza antes de hablar.

—Pues que el capataz, al verme tan mañoso, ha querío contratarme... Y le he dicho que sí, aunque solo en horas libres.

—¿Que les has dicho que sí a trabajar en la obra? —estalló el seleccionador—. ¿En Amberes?

—Pues usted dirá. Hay tiempo a porrillo, aquí no se entrena y esas casas están que se caen. Si yo, con echar cuatro o cinco horas, me saco un jornalito, y eso lo hago yo sin quitarme la corbata.

—¿De eso nada! ¿Me oyes? ¡Ni lo sueñes, Sancho! —Bru gritaba furibundo—. Pero ¿tú te has vuelto loco? ¡Que eres olímpico, por Dios!

—¿Y qué tendrá que ver el roble con la lana?

—¿Pues que estás aquí para jugar al fútbol, no para estamparte desde un andamio! ¿En qué cabeza cabe?

—Pero ¿qué mal hago? ¡Si no me he caído de andamios en mi vida, míster, no me voy a caer ahora!

—Que no, Sancho, que tienes que poner la cabeza en el equipo, que hay que entrenar y jugar, y antes de que te des cuenta estarás de vuelta poniendo todos los ladrillos que quieras en Barcelona, pero no aquí. ¿Me has oído? No.

—Vale, pero al menos déjeme que les dé unas cuantas clases.

—¿De qué, de fútbol?

—De albañil. No sabe la falta que les hace.

—Pero ¿tú has visto la Boucherie y la catedral, pazguato, que llevan ahí trescientos años y siguen en pie? ¡Que les enseñe el que hizo eso! Lo que el capataz ha visto es que tú no cobras y levantas un muro en un rato. Además, ¿qué crees que van a pensar los que se queden sin trabajo? ¡A poco que puedan te tiran un tablón en la cabeza!

Sancho claudicó bajando la mirada. Lemmel lo remató revolviéndole el pelo de la coronilla.

—A lo mejor así se la arreglaban, porque lo que es ahora...

—Ahórrate el tranvía y lo que te dé la gana —concluyó Bru con una mano paternal en su hombro—, o mejor, te lo pago yo, pero te prohíbo que pises una obra. Y no vuelvas a llegar tarde a un entrenamiento. ¿Estamos?

Cuando Sancho se fue, no pudimos evitar reírnos incrédulos. El primero, el entrenador.

—Este hombre es único. ¡Lo que trabaja dentro del campo y el pundonor que tiene, que no da una bola por perdida! Y resulta que es igual poniendo ladrillos fuera. ¿Habéis visto cómo hablaba de eso? ¡Es un poeta! ¿Y cómo los ha llamado, pegapaletas? ¡Con cuatro o cinco como este se conquistó América!

Papá me pidió que fuéramos al cine. Leí en voz alta la cartelera. Yo me decantaba por el estreno de Mary Pickford, pero él arrugó la nariz.

—¿No hay ninguna de Charlot? Hace mucho que no veo una de Charlot.

La misma película, *Une journée de plaisir*, abría la sesión del Astoria y en ella, Charlot arrancaba de nuevo el coche, que seguía temblando como en un seísmo y parando en seco cada vez que el cómico se iba a montar. Papá se carcajeó hasta las lágrimas antes de terminar la primera escena, como si la viera por primera vez. ¿Sería posible que lo hubiera olvidado?

Unas siluetas entraron en la sala a ciegas, tanteando las butacas. No, esta vez no eran los vascos. Eché de menos a Ricardo y, a la vez, me removí incómoda en mi asiento. Él me creía capaz de salir con Pakán y eso me enfurecía; sin embargo, pasaba algo entre nosotros que merecía una

oportunidad. Me propuse arreglar el malentendido lo antes posible. A mi lado, papá seguía riendo. Esta vez, su alegría me produjo una honda preocupación.

Cenamos con Rubryk, Juanito y otros periodistas en un restaurante más económico que el figón habitual. La estancia se hacía larga y —sin llegar a los extremos de Sancho— debíamos economizar.

Papá y Rubryk comentaban el encuentro con Villamejor.

—En la prensa de Barcelona —decía Román— esa historia vende. García Alsina seguirá echando queroseno al incendio desde su columna de *La Vanguardia*. Pero en Madrid están hartos de mezquindades entre poderes centrales y catalanes. Un artículo entero no lo publicarán. Y además, puede ser perjudicial para el marqués.

Pregunté a Juanito por Lola, pero el gaditano no me supo decir dónde estaba.

—Qué sé yo, niña. Esa mujer se me escurre como un chanquete. Se fue con la cuerda de aristócratas y tenistas para entrevistar a los Alonso y no le he vuelto a ver el pelo por el Stadion.

Me sorprendió la aflicción de sus palabras. Lola y él hacían buena pareja; al fin y al cabo Juanito, además de periodista, era un hombre inteligente, abogado y funcionario de cierto nivel, y no entendía ese trato de *chef et chien* al que aceptaba someterse con ella. Pero es difícil juzgar los asuntos del corazón cuando solo se tienen dieciocho años.

Al llegar al hotel, papá se fue a acostar. Encontré a Lola indecisa en el *hall*; pensaba salir, pero la lluvia la retuvo. Se rio con ganas al saber lo que había pasado el domingo en el cine, con mis dos galanes.

—¡Yo no lo habría hecho mejor! Ha sido un golpe maestro, querida. Vas a tenerlo comiendo de tu mano.

—¿A quién?

—¡A cualquiera de los dos!

—No sé por qué lo hice, Lola. —Suspiré—. René no tenía ninguna culpa. Bueno, ni Ricardo; ahora sé que no me dio plantón en Madrid, como pensaba.

—Bah, culpa, culpa... No le des más vueltas; es un juego. Y a esos dos, te lo digo yo, les encanta jugar. Además, estamos en una Olimpiada y así son las eliminatorias previas de cualquier relación, si es que uno desea llegar más

lejos en esos asuntos. Ya tendrás oportunidad de compensarlos en privado.

—¡Lola!

—¿Qué? No te escandalices, solo digo que al que se porte bien puedes llevarlo al circo. Ahora en serio, te envidio; a mí solo me persigue uno, Juanito. Te aseguro que es más aburrido.

Lola me hacía reír, pero me cohibía un poco. En ella había algo imprevisible, pero esa noche además había un propósito oculto que apenas detectaba, excepto por un brillo que escapaba de sus ojos.

—Tienes mucho talento, querida. —Hizo una pausa—. Desde que acompañas a tu padre, sus artículos han dado un giro estupendo.

No supe qué decir, aunque su insinuación quedaba más que clara.

—No hace falta que me lo digas; en realidad no es asunto mío, y no pienso decírselo a nadie, pero tus artículos están tan llenos de energía que...

—¿Mis artículos?

—¿No es así?

—Yo... solo lo ayudo.

Lola me miró alzando ambas cejas por toda respuesta.

—De verdad —continué—, cualquier día puedes comprobarlo. Solo le doy mi opinión, lo paso a máquina y él hace la corrección final. No hago más.

—Está bien. —Alzó las manos rindiéndose—. En esta profesión hay muchos tapados; por una más... ¡Hasta en el equipo de fútbol hay alguno! Y yo que creía que los futbolistas no sabían leer ni escribir.

—¿En la selección de fútbol?

Llamaban *tapado* a un articulista ocasional, oculto tras un nombre falso.

—Es alguno de los jugadores. Eso dice Juanito... —Chascó la lengua—. Oye, estoy pensando... ¿Por qué no te vienes conmigo al Carmencita?

—¿Dónde?

Volvió a mirarme con las cejas levantadas y movió los hombros como si bailase.

—No me digas que no tienes ganas de conocer ese sitio.

—¿El *cabaret*? ¿Ahora?

—No pensarás que he venido hasta Amberes solo para ver *lawn tennis*. Una Olimpiada está llena de cuerpos extraordinarios —susurró.

—¡Lola! ¿Y Juanito?

—Otra vez, salió la francesita escandalizada. Anda, ven conmigo. Te prometo que estaremos de vuelta antes de que me convierta en calabaza.

Papá dormía ya, agotado por la risa; si no iba esa noche al *cabaret*, tal vez no tuviera otra oportunidad igual para hacerlo.

El taxi navegó a ciegas en la niebla, más densa según nos acercábamos al río, descifrando un laberinto de esquinas donde cada luz era un faro envuelto en espuma, hasta detenerse ante una estrecha fachada de ladrillo en medio de una línea de almacenes, no muy lejos del muelle de pasajeros. Flanqueando un portal había un par de farolillos chinos colgados de sendos carteles de *pilsen*. Y entre ambos, una madera tatuada con la silueta de una palmera y un palabra incomprensible. Entre las tinieblas cercanas se besaba una pareja. Del local salieron algunas siluetas y llegó hasta nosotras el rumor de conversaciones y de música.

—¿Seguro que es aquí? —interrogamos al taxista—. ¿Este es el *cabaret* de la española?

Él nos aseguró que sí, cargó nueva clientela y se fue.

Desde luego, la entrada no tenía la ostentación del Ambassadors, un elegante *dancing* en la avenida Meir, que podía verse de camino al Stadion y cuyo nombre y aspecto eran un calco del afamado *cabaret* de París, pero el local de Carmencita rebosaba frescura y originalidad. En el zaguán se abría una puertecita, marcada con una saeta, y descendiendo unos peldaños, llegamos a un guardarropa arabesco, atendido por una rubia odalisca. Tras una cortina, la música se hizo más fuerte y un arco de herradura nos dio paso a una sala colorida, repleta de veladores, con reservados de tapicería roja en uno de sus lados; en el centro, la zona de baile con un ideograma chino pintado en el suelo, y al fondo, un teatrillo con aires de pagoda a cuyo pie se apostaba una mezcla de orquesta con concertina y banda de jazz. Camareros de ambos sexos brujuleaban por la sala, ellos vestidos con camisones y pañuelos árabes, y ellas con hopalandas orientales, gorro mandarín y el pelo recogido en coleta. Un cantante, que al llegar interpretaba una *chanson* en francés, luego un tango en español y más tarde un *fox-trot* en inglés, habría hecho un digno papel como traductor en la Sociedad de Naciones. Había mucho público, arracimado en torno a las mesas, fabricando humo de forma

constante, y de las paredes colgaban carteles en los que se anunciaban espectáculos musicales con el nombre de «Carmencita de España» o «Carmencita de Aragón» en distintos idiomas. Yo jamás había estado en un lugar semejante. De los jugadores españoles no había ni rastro.

Encontramos a Passavolant y a Juanito Balompédico con un grupo de periodistas italianos y franceses. Al vernos, el gaditano se puso en pie y se acercó a nosotras.

—Ahí viene el oso a la miel —murmuró Lola con disimulo.

Juanito agitó un dedo índice reprendiéndome con gracejo:

—Niña, ¿pero tú tienes edad para estas excursiones?

Lola me defendió sacando su lengua afilada de castiza:

—¿Y tú no deberías estar en la cama, como su padre?

—Yo hablaba contigo, Lolita. ¿Puedo invitar a las señoritas a un baile?

—Antes merecemos beber algo. Todavía no me he repuesto de esas tinieblas.

—Con mucho gusto. *Garçonne!* —llamó a la camarera—. ¿Qué, os gusta el sitio?

—A mí, todo —asentí adelantándome a Lola, que alzó las cejas como única respuesta—. ¿Cómo se llama el local?

—Ni idea. Es impronunciable. Pero el nombre tiene su miga, significa la ruta de la seda.

—Ah —comprendí—, por eso la decoración. Sí, aunque ya me dirás qué pinta el rincón pirata.

—Bueno... Tengo entendido que ahí es donde manda la dueña a las autoridades. Menuda guasa que tiene la gachí, no te digo ná.

—¿Y quién es la famosa Carmencita? —Lola registró la sala con la mirada como quien rastrea a una posible rival.

—Si no está a la vista, es que va a haber sorpresa —anunció Juanito.

En efecto, terminada una canción por la orquestina, se apagó la luz. Sonó un redoble de tambores, chascó un platillo y un cañón se encendió sobre la entrada de camerinos. Ante la puerta había una persona de espaldas, con una larga capa gris de uniforme militar y el inconfundible casco puntiagudo de oficial alemán, acabado en un pincho. Se oyeron abucheos del público, hasta que la capa cayó al suelo dejando ver una silueta femenina agradable,

ataviada de campesina, con falda muy corta y un corpiño que avisaba la cintura. Sonaron silbidos, esta vez de admiración. La mujer se dio la vuelta despacio, luciendo un prominentísimo busto y un bigotón de káiser que hizo reír a la concurrencia. Las palabras «Über» y «Alles» estaban escritas en cada seno, que no eran sino dos globos de caucho bien hinchados, arrancando una ovación ruidosa en los presentes. Después de pasearse a ritmo marcial, se quitó el casco y pinchó con él los dos globos, rematando el número cómico. Música y luz volvieron al local.

—Esa es Carmencita —presentó Juanito—. Genio y figura.

La mujer se retiró el bigote postizo y reajustó su escote al tamaño natural de su busto, tirando del cordoncillo que lo rodeaba con coquetería. Juanito la llamó con un gesto y ella no tardó en acercarse.

—Carmencita, le presento a dos compatriotas: Lola Sepúlveda y Elena Díez, del grupo de periodistas.

Me di cuenta al instante de que Lola no la tragaba. La artista, sin embargo, nos estrechó las manos sin afectación, con sinceridad de compatriota en tierra extraña.

—Están ustedes en su casa. Yo invito a la primera consumición. Aunque esta niña tan preciosa —dijo dirigiéndose a mí— no beberá espirituosas, ¿verdad?

—No, señora —contesté.

—Huy, señora yo. ¡Más quisiera! Aquí, solo Carmencita, niña. Aunque a esa carita de ángel se le perdona cualquier cosa.

Juanito echó un capote, como diría Dori, cambiando el tercio:

—Les estaba explicando el nombre del local. Ziji... lo que sea; la ruta de la seda.

—Zijderoute —asintió—. Se dice «side-jute». El camino hasta aquí parece largo y peligroso, pero siempre tiene recompensa; como la ruta de la seda. ¿A que ya no se olvida?

Nos explicó que el *cabaret* estaba cerca de una zona llamada Schijnpoort, que a Carmencita le sonaba a «puerto de la China», y eso le dio la idea de aquel exótico y sensual nombre. La española era una mujer guapetona, más bien alta, con la probable edad que tendría entonces mi madre. En la media luz del salón, el perfil afilado de su rostro transmitía una energía intensa, de

animal salvaje, al que los polvos de arroz y otras artimañas ni llegaban a domesticar ni ocultaban las marcas del tiempo. Tenía una conversación ágil, pero sentida, y de alguna manera se las arreglaba para controlar lo que pasaba en el local sin desatender la charla. Mientras nos servían la bebida, saludó a varios clientes en tres idiomas distintos, haciéndoles sonreír con ese punto de locura buscada que entonces era sello de genialidad y buen humor. Sin conocerme y con desenfado, me ofreció trabajar en su *cabaret* cuando me hartara de Madrid y, como si intuyera que aquello me interesaría, dejó caer que su vida daba para escribir tres o cuatro novelas.

Lola y Juanito se enfrascaron en una conversación en clave, que les llevaba a juntar cada vez más sus cabezas, de modo que tiré del hilo que me ofrecía la dueña del local. Carmencita, cuyo verdadero nombre era Alodia, era una maña que se buscaba la pulga en el Paralelo de Barcelona cuando aún estaba de moda, fue *cocotte* con una compañía de francesas sin hablar una palabra del idioma, hizo las Américas, atesoró algunas joyas, las vendió en Ámsterdam y, tras arruinarse en Berlín, recaló en Amberes, donde montó el *cabaret* con un socio desaparecido durante la ocupación alemana. Cuando esta terminó, reflató el negocio ella sola, con mano experta y el cariño de quien sabe que eso es lo que quiere.

Como buena aragonesa tenía un tío cura, un hermano anarquista, un manajo de hermanas y una madre venerable a la que enviaba cuartos. También, el recuerdo amargo de un padre que la condenó en vida y a cuya tumba mandaba llevar flores por Todos los Santos.

Cada dos por tres, Carmencita abandonaba el relato con un anzuelo del tipo: «Luego te cuento cómo un príncipe me regaló una diadema de oro, y su princesa los zarcillos a juego», y con un guiño se iba a gobernar a sus camareros, o desaparecía en un camerino, de donde emergía bajo la luz de un cañón disfrazada de geisha, flamenca o provocando a la concurrencia con bromas como su disfraz de teutona. Pero debajo de sus patochadas de Petit Palais de tercera, había un alma sensible. Bailaba con salero y cantaba con voz afinada, aunque herida por el traspase, y decía que había estudiado canto en Madrid con el mismo profesor que la Bella Otero y Julietta la Raga, que contra lo que se pensaba, no era italiana, solo se lo hacía.

Pero lo que más le gustaba a Carmencita era la música y coleccionar

discos. Abría de par en par las puertas de su casa —el *cabaret* y todo su contenido— a cualquiera que le regalara alguno de los éxitos del momento. El Ruta de la Seda tenía música en vivo, pero en los descansos de orquesta ella arrancaba un fonógrafo y se entregaba a exhibir dotes de *canzonetista*, sobrada de artistero y pasión. A eso de las once de la noche, me enseñó alguno de sus viejos discos.

—Mira —me dijo con agüilla en los ojos—, esta la grabé en Berlín, con los de Gramophon.

Yo lo encontré impresionante, pero Carmencita no les daba importancia a esas cosas.

—Bah, batallitas, hija. Ni me sacaron de pobre ni me sirvieron para nada. Lo que cuenta en esta vida es el parné. *Les bijoux!*

Y eso lo decía una mujer que lloraba con una buena jota baturra cantada por cualquiera que se bajara de un barco con ganas de lucir voz, aunque fuera nacido en Pontevedra. Lo cierto es que podía haber escrito un libro solo con lo que me contó Alodia aquella primera noche, y tal vez un día lo haga. Siempre he sentido debilidad por las aventureras que se alzan como castillos sobre el hambre que pasaron y los huesos rotos por palizas. Te hacen creer que es posible vivir cada día con una intensidad extraordinaria.

Cuando quise darme cuenta, pasaban las doce y Lola había desaparecido. La última vez que la vi, bailaba un *two-steps* en la pista con Juanito. Noté los ojos rasposos por el humo y por el sueño. Fue entonces cuando entró un grupo de atletas y futbolistas españoles en el local; bulliciosos y achispados, se abalanzaron sobre las únicas dos mesas libres, pescaron una docena de sillas y las juntaron alzándolas sobre las cabezas, con desparpajo de clientes habituales. Ricardo me vio mientras sujetaba uno de los veladores de hierro en el aire y se quedó un instante paralizado por la sorpresa. Tras un titubeo, posó la mesa en tierra y alzó la mano para saludarme, sin demasiado entusiasmo. Se sentó con los demás, en torno a los veladores, y dos camareras los atendieron de inmediato con familiaridad.

Ni Lola ni Carmencita aparecían por ninguna parte. Unos muchachotes nórdicos de pelo pajizo me miraban sin disimulo, comentando algo entre ellos, en una mesa cercana. Ricardo, sin embargo, se mantenía distante, anclado, fondeado y varado en el grupo y, aunque le sorprendí alguna vez

echándome un vistazo fugaz, no parecía dispuesto a acercarse. Todo en él me estaba diciendo: «Después del cine del domingo, ya he hecho bastante el ridículo. Como no te acerques tú...».

Tenía unas ganas locas de hablar con él pero ¿cómo? ¿No era eso ponerse en evidencia, estando además sola y en un *cabaret*?

Clavé los ojos en Ricardo mirándolo con intensidad mesmérica: «Vale, me toca acercarme a mí; pero suponiendo que quiera, que ya es mucho suponer, ¿voy a tener que hacerlo todo sola? ¿Es que tú no piensas ayudarme?». Y él, con una levísima mirada de soslayo, mostraba una indiferencia que mi intuición telepática traducía como «Tú verás, yo lo estoy pasando divinamente». Apreté los puños, furiosa por aquellas palabras no pronunciadas, como si hubieran salido realmente de su boca, y le di la espalda.

Quedé frente a la mesa de los nórdicos. Uno de los vikingos me sonrió; era una pesadilla: si me quedaba allí no tardaría en asediarme él o cualquiera de los moscones rubios de su mesa; por la puerta entró un grupo de italianos y la amenaza llegó al límite, porque ellos no dejan de intentarlo jamás. Era una señal del destino, el ahora o nunca. El vikingo sonriente se levantó y vino hacia mí pronunciando un

—Bonsoir, mademoiselle...

Salté del taburete ignorándolo, dispuesta a llegar hasta Ricardo, que hizo un gesto leve, como quien mira a otro lado, suficiente para que volviera a arrepentirme. ¿Y si me recibía mal? ¿Y si...? Me dieron ganas de agarrar del brazo al sueco, finlandés o lo que fuera, por puro desquite, como hizo mi hermana con Pakán. Y de pronto, Samitier emergió del grupo de italianos ofreciéndome el brazo con una sonrisa y su inconfundible acento catalán:

—¿Me acompaña usted, Elena?

Me aferré al salvavidas. El nórdico se llevó un chasco y dio media vuelta, provocando las risotadas de sus compañeros. Sami corrigió mi rumbo y pregunté:

—¿Adónde vamos?

—A aprender el tango —contestó como si fuera lo más obvio del mundo—. Ayer nos dieron un cursillo los futbolistas argentinos del equipo italiano y va a empezar la segunda clase.

—Pero...

—No hay peros. Me rompió usted el corazón, ¡con las ganas que tenía yo de ver a Charlot y fui el único que se quedó fuera! Ahora mismo se baila usted un tango conmigo y luego la libero.

Busqué de refilón a Zamora, que no nos quitaba la vista de encima, y me dejé arrastrar hasta la pista. Llegamos junto a un bailarín de pies ligeros, aferrado a la cintura de una rubia esbelta con la que ensayaba unos pasos.

—¡Che, pibe! —le espetó Sami tamboreando su hombro—. Cuando quiera, empezamos.

El tanguista se volvió hacia él todo sonrisa.

—¡Excelente, patadura! Pónganse por acá y sígannos como puedan, che.

Arrancó la música y Samitier me guio tras los pasos del maestro. Yo, consciente de que Ricardo me miraba, hice algo más que dejarme llevar; alguna vez había ensayado a escondidas el tango con Béatrice en casa, con unos discos de la tía Angelita, que había aprendido a bailarlo con su Bobi en unas clases del Casino, y cuando nos sorprendió, en vez de reprendernos, nos enseñó alguna filigrana. Samitier me miró admirado.

—¡Eh, no lo hace nada mal para ser francesa!

—Ni usted para ser una langosta. ¿Seguro que es su segunda clase?

Entre giro y vuelta, vi entrar a Lola en la sala seguida por Juanito, que discutía con ella.

Pisé a Samitier, que ahogó un «¡Ay!» quejoso.

—Lo siento, Sami. Creo que tengo un poco de sueño.

—¿Paramos?

—Será lo mejor.

—La invito a un café.

—Pues...

Estaba indecisa. Si me acercaba a Ricardo sería para reprocharle su indiferencia. Lo miré una vez más, me ignoró y me decidí, furiosa.

—¿Me disculpa un momentito, Pep?

—Naturalmente.

Fui directa a Ricardo para cantarle las cuarenta. Lola me interceptó mohína:

—¿Adónde vas?

—A ver a ese lerdo.

—Ni se te ocurra. ¿No ves que te ignora?

—Por eso. Le pienso decir cuatro cosas.

Lola me sujetó del brazo.

—Yo me voy, Elena; tengo un taxi en la puerta, ¿te apuntas?

—¿Ahora?

—Es la una y ya me he convertido en calabaza. Y tú vas por el mismo camino.

Ricardo siguió indiferente. Cerré los ojos, sujetándome las riendas. No tenía fuerzas para más.

—Sí. Tienes razón.

Volvimos al hotel, de mal humor y espesas como la noche. Haciendo un esfuerzo, comenté que me había encantado el local. Lola contestó indiferente: «Psé, un *cabaret* más». Añadí que lo mejor fue conocer a Carmencita y que estaba deseando volver otro día para hablar con ella. A Lola, la cabaretera se le había atragantado desde el saludo y le resultaba un horror, «una cortesana sin clase». Después de eso quedamos en silencio, como gatas que se ignoran en extremos opuestos del sofá. Empezaba a pensar que salir juntas había sido un error cuando Lola exclamó:

—Los hombres son tontos tontos tontos.

—Pues sí. De remate. Más que tontos.

A partir de ahí nos despachamos a gusto y al llegar al hotel ya estábamos otra vez como siempre, tan amigas.

13

El tren de Argüello llegaba tarde, cosa rara en los ferrocarriles belgas. Bru, Lemmel e Isidro y todos los jugadores del equipo esperaban en el andén, con la única excepción de Vázquez y del hospitalizado González.

Sami bromeaba con el grupo, pero Ricardo parecía preocupado, fumando a solas en un banco. Samitier se sentó a su lado.

—Vaya cara, Cardo.

—Para cara la tuya, pero dura.

—Qué mal perder. Pero gané la apuesta, así que ya me debes un encendedor y...

—Toma —interrumpió entregándole un yesquero que Sami intentó encender—. Estamos en paz, porque no había apuesta.

—Esto es un chisquero; yo quiero un *briquet*, como el que perdiste. — Diciendo eso, se lo guardó en el bolsillo—. ¿Y cómo que no había apuesta? Bailé con ella un tango antes que tú, ¿o no?

—Déjalo, Pears. No estoy así porque seas un robanovias.

—¿No? ¿Entonces por qué?

Zamora se lo pensó antes de contestar:

—Leí una cosa.

—A quién se le ocurre, un futbolista leyendo.

—No seas pelma, Sami, que estoy en serio.

—¿Otra vez te vas a enfadar por lo que diga un turista en un periódico?

—Es que no es un periódico cualquiera, que es el *Mundo Deportivo*, tú. ¡El *Mundo Deportivo*! De esto se habrán enterado en toda Barcelona y en mi casa, ¿entiendes?

—Tranquil, nen, tranquil. Y qué diu?

—No me lo recuerdes. Escribe como si estuviera con nosotros, en el vestuario. —No quería hablar más, pero estaba tan indignado que no pudo callar—: Dice que menos mal que viene en ese tren Eizaguirre, porque debe ser el portero de la selección. Eso dice. Con todas las letras. Y más cosas, pero...

—¿Y quién firma esa tontería?

—Pues... no lo conozco. Un tal Ignacio Galea.

—¿Ignacio Galea? ¿Y ese quién es?

—Ni idea.

—Pues averígualo. Quedamos con él, le damos una paliza y listo. —Ricardo lo miró torcido y Sami continuó la broma—: Bueno, pues se la damos a Eizaguirre. —Pep recogió velas tras una nueva mirada de Ricardo—. Vale vale, *nen...* Escucha, tú a los entrenos, que aquí quien manda es Bru, no el *Mundo Deportivo*. Y no me obligues a hablar bien de ti, pero por algo se quedó Eizaguirre en San Sebastián cuando vio con quién se jugaba el puesto de probable. Anda, dame un pitillo y vamos con los demás.

En el grupo, Patricio se agitaba nervioso.

—¡Por Dios, que me traigan los corchos! ¡Que no se los hayan olvidao!

El enjuto Eguiazábal lo sacudió de los hombros con suavidad.

—Para ya, Patricio, que te va a dar un telele.

—Cómo voy a estar tranquilo —bajó la voz susurrando—, si con las plantillas que me ha hecho Vázquez no puedo ni correr. Es un remendón de primera, te deja los borceguís como unas Mansfield, pero las plantillas...

—Pero a ver, castrón —insistió Eguiazábal—, ¿no quedaron Argüello y Eizaguirre en pasarse por tu casa en Irún antes de subir el tren?

—Sí, pero ¿y si se han olvidao? ¿O si las han perdido? ¿O se las han robao?

Pagaza, que estaba a su lado, se rio.

—¡Sí, hombre, como que hay bandoleros en la frontera robando plantillas! Tu problema no son los pies planos, es el cerebro, Arabolaza.

—Tú riéte, pero valen una fortuna. Shhh, ahí viene Vázquez, no le digáis nada de lo que os he contao.

Vázquez se unió al grupo refunfuñando:

—¿Será posible? ¡No lo entiendo!

Pagaza lo recibió cruzando los brazos:

—¿Y a ti qué te pasa, Joaquín?

—Que aquí tampoco hay sellos. Pero vosotros, ¿cómo mandáis las cartas? Moncho Gil, el vigués, intervino:

—Qué raro. Yo compré y eché una sin problemas hará media hora.

—Pues no sé qué pasará, pero es llegar a la estafeta y se acaban. Mi padre me va a matar; me dijo: haz caso a tu madre y escribe. Yo escribo cada día, pero sin estampilla no las puedo mandar.

Moncho se ofreció a ir con él:

—Anda, vamos juntos a preguntar. A lo mejor te dicen algo y no lo entiendes.

—¿Y vas a entenderles tú mejor que yo?

—Si a mí no me pusieron problemas, por algo será, digo yo. Pero si no quieres no te acompañe y me quedo, tan ricamente, tú verás.

Vázquez aceptó. Cuando se alejaban, se oyó el pitido de una locomotora y se dejó ver el penacho de humo. Lemmel les dio uno de sus poderosos silbidos.

—¡Moncho, Joaquín, que viene el tren!

Dieron media vuelta. Belauste y Arrate organizaron a los veinte jugadores en filas, como en un coro, que Josemari se puso a dirigir.

Lemmel dio con el codo a Bru señalando la escena.

—¿Has visto, jefe? Josemari dirigiendo ¡a los de la Real!

—Y que dure, Manolo, y que dure.

Argüello y Eizaguirre saludaron desde una ventanilla.

El orfeón entonó unas estrofas copiadas de los cánticos de ánimo de la grada:

—«Aúpa Argüello, tracatrá, ¡tra! Aúpa Argüello, tracatrá, ¡tra! Aúpa Argüello, tracatrá, ¡tra! ¡Alirón, alirón, con Argüello hay so-lu-ción!»

Y repitieron, hasta que el recién llegado Eizaguirre se bajó de un salto para abrazarse a los compañeros y estrechar la mano a todos los demás.

Argüello se quedó en el escalón del tren, adoptó una postura de orador clásico, con una mano extendida, e improvisó un extraño discurso:

—¡Queridos hijos del balón patrio, compañeros patadónicos, conmlitones todos: vuestro recibimiento orfeonista me asaetea el alma de

gozo! Heme aquí, venido a vuestro reclamo para resolver el pleito que os oprobia. ¡Os sacaré de esa indigna prisión de gnomos donde os han encerrado y os libraré para siempre de las sopas de col! ¡No os decepcionaré!

Todos vitorearon y aplaudieron, coreando «¡Castelar, Castelar!», hasta que unas señoras belgas de edad proveccta regañaron al tesorero por bloquear la salida del vagón, provocando aún más jarana en el grupo.

Argüello se disculpó con las damas, sombrero en mano, ayudándolas a bajar, y luego estrechó la mano de todos, como un político en campaña. Los jugadores le daban palmotadas y abrazos, demostrando la simpatía que sentían por el gallego desde la concentración en Irún. Acabadas las bromas, Argüello se arrimó a Bru para ponerse al día.

—¡Lo que ha costado conseguir plaza en un tren a Amberes! ¡De París aquí, todos llenos! Menudo tirón que tiene la Olimpiada. Podríamos haber llegado ayer.

—Isidro recogerá su equipaje, si le parece, así nosotros podemos ir directos a la reunión.

—Colosal. —Argüello entregó el recibo de equipaje al utillero—. Pero cuénteme, Bru, ¿cómo van los entrenamientos?

—Pues, entre unas cosas y otras, la hierba está sin pisar. Ayer, inundaciones en el campo provisional, hoy fuimos al definitivo y, no lo va a creer, estaba cerrado por defunción. Pero han prometido que desde mañana nos abren.

Argüello detuvo sus pasos asombrado.

—Pero ¿qué me dice usted? ¿De verdad no han entrenado todavía?

—Lo físico, solo; sin balón.

Argüello se puso muy serio.

—No entiendo cómo puede decirme eso y quedarse tan ancho. Entrenar es su primera responsabilidad, Bru.

El seleccionador se cruzó de brazos molesto.

—Ya se enterará de lo difícil que es conseguir aquí cualquier cosa, Argüello. Bastante hicimos Lemmel y yo encontrando campo, y no uno, sino dos, porque el que nos habían asignado está en Bruselas. También he procurado que los del Comité averigüen algo del sorteo de grupos del próximo martes, donde nos jugamos todo contra el primer rival; pero ¿qué

han hecho? Nada. Créame, soy el primer encantado de que esté usted aquí.

—Pues a trabajar, entonces. Lo primero es llamar a los señores Aguilar y García Alsina, que vengan ahora mismo a nuestro hotel.

—Habíamos quedado en pasarnos por el suyo.

Argüello sacudió la cabeza negando.

—Que vengan ellos. Estos partidos hay que jugarlos en casa.

Saludamos a Argüello en el vestíbulo del hotel. Papá era el único periodista presente; los demás se habían repartido entre el atletismo del Stadion y las piscinas del río, donde había comenzado la natación y los saltos de trampolín.

—Difícil papeleta tiene aquí, don Luis —le saludó papá estrechando su mano.

—¡Menudo escándalo de linotipias que ha montado, Rampoleón! —contestó Argüello con buen humor—. Pero no se lo censuro: usted hizo lo que tenía que hacer, y yo estoy aquí para lo mismo; ya sabe lo que dicen: lo que no arreglan los técnicos ni las buenas razones a veces lo arregla un tesorero.

El federativo se marchó con Bru y Lemmel a la habitación del entrenador para preparar su estrategia.

Media hora más tarde, un serio Aguilar con cara de malas pulgas y el cordial García Alsina atravesaban el vestíbulo hacia el ascensor; el primero, sin mirar a nadie, y el segundo, saludando a todos, pero sin detenerse. Al poco de subir ellos, bajó Lemmel. Contó que había notado mucha tensión y que Bru decidió quedarse para no dejar solo a Argüello.

Al cabo de una hora, seguíamos sin novedad. Se acercaba el momento de la cena y subí a recoger los abrigos y el paraguas. Con ellos en la mano, caí en la tentación de acercarme a la habitación de Bru para escuchar. No me hizo falta pegar la oreja a la puerta, desde el pasillo oí la voz de Argüello tronitonaante:

—¿Me está diciendo que pueden pagar una cena y viajes de algunos pinchaúvas, pero que no pueden estirar las dietas de mis futbolistas?

—¡Le exijo que no falte el respeto a nadie! —replicó Aguilar—. El problema es que no solo serían sus futbolistas. También habría que hacerlo con atletas y nadadores, y no hay dinero para todos.

—¿Por qué? ¡Si la mayoría están ya eliminados! ¡Y algunos se irán a los juegos falsos, esos de Berlín! ¿O es que cree usted que me mamo el dedo? ¡He hecho averiguaciones antes de venir aquí!

—¿Insinúa usted que miento? —la voz de Aguilar se aflautó de indignación.

—¡No insinúo, estoy seguro, caballero! ¡Saque los libros y demuéstreme lo contrario!

Oí la voz moderada y melosa de García Alsina, sin entender lo que dijo.

—¡No lo haga, Alsina! —advirtió Aguilar—. ¡Las cuentas del Comité son un asunto interno!

—¡Ya no! ¿No ve que estamos aquí por eso? —Argüello moderó el tono a partir de ese punto—. Escuche, he echado números... —A partir de aquí, la voz se perdía, como si cambiaran de ubicación, tal vez fueran a una mesa—. Con lo que se ahorra de los atletas y... —Una tos hizo ininteligible el resto de la frase—. Además de lo que aumente usted de dieta... —Otra laguna—. Y resolvemos el asunto.

—¡Ni hablar! ¿Me oye? ¡Hablemos claro: no pienso tirar el dinero del marqués para alojar como reyes a unos... futbolistas!

—¿O sea, que es eso? ¿Quiere ponerse la medallita del ahorro con el marqués? Y Villamejor, ¿qué opina? ¿O es que no lo sabe?

—Don Gonzalo tiene plena confianza en mis decisiones.

—¡Pues demuestra no tener ni puñetera idea!

—¡Nos marchamos! —chilló Aguilar más aflautado que nunca.

—De aquí no sale nadie —amenazó Argüello— hasta que esto se arregle, o bajo a informar al mundo entero de lo que está pasando.

—Señores, por favor. —Oí la voz del seleccionador mediando.

—¡No se moleste, Bru! —zanjó el gallego.

—¡Ese es el problema! —lamentó Aguilar—. A este asunto se le ha dado demasiada publicidad desde el principio.

—¡Pues resolvámoslo de una vez y verá como se acaba! ¡Yo endeudo a mi Federación, si hace falta, pero por mis muertos que ustedes hacen lo propio con el COE! ¡A mi gente se la trae en condiciones o no se la trae! ¡Y si no, váyase usted a dormir en camas de enano a las escuelas y coma tronchos!

—Señores, por última vez... —medió Bru preocupado.

—¡Paco —pidió Argüello—, déjanos solos! ¡Y usted también, Aguilar! Esto es cosa de tesoreros.

—¿Irme? ¿Yo? —protestó en tenor agudo el diplomático—. ¡Yo no pienso marcharme solo!

Me alejé a toda prisa y por el camino perdí el paraguas. Me detuve indecisa, pero la puerta de la habitación se abrió; ya no podía volver atrás, ni tampoco llegar a tiempo al ascensor, así que me oculté en la escalera en silencio. Al poco, fingí que subía. Arriba me encontré con el seleccionador, que masajeaba su nuca con cara de circunstancias.

—Buenas tardes... —saludé.

Las voces de la discusión se oían desde allí, ininteligibles pero muy fuertes.

—Buenas —contestó Bru—. Por decir algo.

—¿No van bien las cosas ahí dentro?

Suspiró antes de contestar, como si hiciera un gran esfuerzo:

—Si saltaron chispas en Irún, imagínese ahora; echan rayos. Pero ya sabe, más vale una vez rojo, que... —No se esforzó más. Estaba claro que yo sobraba.

—Bueno, pues... Voy a recoger los abrigos —se me ocurrió decir.

—¿No son esos que lleva, Elena?

—Ah, sí, qué tonta. —Tras una pausa—: ¿Baja usted?

—Creo que no. Esperaré por aquí un poco. Tome, su paraguas.

Me lo entregó; hasta entonces había quedado oculto tras su espalda. Me ruboricé.

—Gracias.

La puerta de la habitación de Bru se abrió de nuevo y apareció Aguilar, sombrero en mano, airado y extrañamente descompuesto para tratarse de un diplomático de carrera. Bru me hizo un gesto de complicidad para que los dejara solos y me deslicé escaleras abajo.

Las butacas del vestíbulo estaban ocupadas por nuestros jugadores y todo su equipaje se apilaba junto a la conserjería. Tras recibir a Argüello en la estación, casi todos ellos se habían marchado a las escuelas para hacer la maleta, confiados en que el tesorero los sacaría esa misma tarde de allí, y

ahora esperaban la noticia en el hotel.

Patricio caminaba a buen paso de un lado a otro, subía a grandes saltos un tramo de escaleras y las bajaba de un brinco, entusiasmado.

—¡Esto ya es otra cosa! —repetía—. No te molestes, Vázquez, pero con estas plantillas hasta puedo correr.

El extremeño Vázquez apenas le hacía caso. Estaba demasiado ocupado revisando los pares de botas que algunos le mostraban, con arreglos que apañar. Las peores eran las de Pagaza.

—Pero tú, ¿qué quíes que haga con esto, Paguiro?

—Pues que les pongas un parche, o algo.

—¿Y por qué no las tiras?

—¡Que son unas Mansfield!

—Serán lo que sean, pero están pa jubilarlas. —Señaló un costurón—. ¿Y quién te ha hecho esta chapuza de costura, hombre?

—Apáñamelas, Joaquín, que son como guantes. Con estas fui finalista el 17 y gané la Copa el año pasado. De tres golazos de Sesúmaga al Barcelona, dos se los debe a estas botas. ¿Verdad o no, Félix?

—Es verdad —ironizó Sesúmaga—, yo no hice nada.

—Pues llévalas al museo —aceptó rezongando el zapatero—. Si es que siempre me venís con imposibles: unas plantillas para ese tiquismiquis, unas Mansfield de maricastaña...

Con el grupo estaba Samitier, que se acercó y guiñó un ojo, simpático.

—Me encantó el baile de anoche. Pero todavía me debe medio tango.

—Parece usted de la aduana, no pasa una. —Sami sonrió—. Pero ya veremos, no me gustaría lesionarle de un pisotón.

Pichichi llamó la atención de todos señalando el ascensor.

—¡Chavales, ahí baja Bru!

Bru y Aguilar salieron a la vez; el comisionado del COE estrechó la mano del entrenador y se marchó con gesto serio.

Los jugadores rodearon a Bru ávidos de información.

—Todavía no hay noticias, chicos. La cosa está peleándose.

Di unos pasos por el vestíbulo en busca de mi padre. Por el ventanal de la entrada vi que fuera llovía, así que descarté que hubiera salido.

Ricardo apareció corriendo por la calle. Esquivó a grandes trancos los

charcos de la acera y en segundos atravesó la puerta. Abrió su chaqueta y sacó lo que parecía un cartón de tabaco envuelto en papel del estanco. Se sorprendió al toparse conmigo.

—Ah... Hola.

—Hola. ¿Lo pasaron bien ayer? —Yo intentaba ser cortés, pero él contestó a la defensiva:

—Pues sí.

Aquello prometía ser una guerra de trincheras, como la noche anterior; por suerte, algo cambió en Ricardo y su gesto ganó sinceridad.

—Aunque... —prosiguió—, hubo noches mejores. Ya vi que no me perdona usted lo de Madrid.

Su honestidad me desarmó.

—No es eso... Bueno, eso era antes. Pero anoche... Verá, yo no fui sola al *cabaret*, ¿sabe?

Agitó el aire con sus manos interrumpiéndome:

—No no, no tiene por qué darme explicaciones.

—Claro que no —repliqué ofendida.

—Pues eso he dicho.

—No hace falta que lo diga, no necesito su permiso; eso ya lo sé yo.

—Está bien, está bien. —Hizo una pausa—. ¿Por qué discutimos?

—No lo sé.

Nos miramos impotentes.

—A ver... —Tomé aire para calmarme—. Volvamos a empezar. Anoche fui con Lola. —Puso cara de no conocerla—. Lola Sepúlveda, de *Gran Vida*.

—Ahá.

—Pero ella desapareció, y también Carmencita, que era con quien yo estaba hablando, así que no era fácil acercarme a usted yo sola. Y como no estaba interesado...

—No sé por qué dice eso.

—Porque apenas me miraba.

—Sí que la miré.

—Sí, pero no me dirigía la palabra.

—¿Después de lo que pasó en el cine? Además, se puso a bailar con Sami y cuando parecía que iba a acercarse...

—Le aseguro que fue mejor que no me acercara.

—¿Cómo que no? Reconozca que me lo debía, le tocaba a usted.

—¡Yo no le debía nada!

Algunos jugadores nos miraron cuando levanté la voz. Ricardo se mordió la lengua a regañadientes. Yo continué cada vez más acelerada:

—Parece imposible que nos entendamos usted y yo. Mire, yo, y no sé por qué hago esto, solo quería decirle que en Madrid no salí con Pakán. Fue mi hermana.

—¿Qué hermana?

—Béatrice, la única que tengo. Cuando usted me conoció yo llevaba su vestido. Después del partido, se lo puso ella y al llegar el húngaro preguntando por Mademoiselle Lagrange...

—¿Qué húngaro? —Ricardo estaba confuso.

—Pakán; ya sé que no es húngaro, pero yo lo llamaba así. Cuando nos conocimos, yo solo tenía quince años, ¿cómo iba a salir con un señor que me doblaba la edad? Mi hermana sí, pero solo para darle celos a su novio, ¿comprende?

—Pues... O sea, que a quien vi meterse en un taxi ¿era a su hermana? — Le tomó un instante asimilarlo—. ¿Es verdad eso?

Estiré el índice, amenazante.

—Si se empeña en no creerme, yo...

—Está bien, basta, basta, la creo.

—Bueno, pues ya está. Eso es lo que quería decirle.

—Ahá... —Hizo una pausa—. Y ahora, ¿qué?

—Pues... Ahora nada. Hacemos borrón y cuenta nueva.

—¿Estamos en paz? —preguntó sorprendido. Asentí—. O sea, que si la invito al cine no aparecerá René Petit, o Sami o quien sea, sin que yo lo sepa.

—Solo mi padre, usted y yo, lo prometo. Aunque —bromeé— de los vascos no respondo, porque van por su cuenta. ¿Y usted fingirá no verme?

—No. Nunca más.

—Pues entonces, sí, estamos en paz.

—¡Por fin, una buena noticia! Llevaba un par de días que...

No escuché lo que me dijo. Al citar a mi padre recordé que hacía tiempo que no lo veía.

—Perdone, ¿ha visto a mi padre?

—Sí, precisamente iba a decírselo antes. Me dijo que se iba dando un paseo a Le Progrès.

—¿Qué? —exclamé culpándolo—. Pero usted es... Usted es un... —me callé—. ¿Un paseo? ¡Pero si está lloviendo y tengo su gabardina y su paraguas!

—¿Y yo qué sabía?

Salí a la calle abrigándome y luchando por abrir el paraguas. Mientras, insultaba a Ricardo para mis adentros, llamándolo *bête comme ses pieds, tête de bêche* y lindezas por el estilo.

La tarde tenía la actividad normal a esas horas, con toda clase de gente y vehículos entrando o saliendo de los alrededores de la estación. Ni rastro de papá.

Ricardo me seguía, mojándose, sin gabardina ni paraguas. Aquello me hizo recapacitar. Hablé con él sin detenerme ni dejar de buscar con la mirada.

—Perdóneme, Ricardo —confesé en tono de disculpa—, mi padre está enfermo, del corazón —precisé—. Es la hora de su medicación y me preocupa que le haya pasado algo.

—Yo no lo sabía, no tenía ni idea... Pero él camina despacio, no puede estar lejos, podemos encontrarlo.

—Busque por ese lado de la estación, yo iré hacia Le Progrès.

Eché a andar a buen paso. Sami llegó junto a Ricardo, con trinchera y paraguas.

—¿Qué pasa, Cardo, pelea de tortolitos?

—Déjate de nonadas. El padre de Elena se ha perdido. Dame esto. —Le arrebató el paraguas.

—¡Eh! —protestó Sami.

—Tú tienes gabardina. Vamos manzana por manzana. Tú por allí, te veo al otro lado.

—¡Pero es que yo venía a...! ¡Que nos vamos a quedar sin habitación!

Ricardo contestó autoritario:

—¡Ve por allí, Sami!

—D'acord, nen, d'acord...

Tardé diez minutos a buen paso en llegar a Le Progrès. Me dijeron que

papá no estaba allí y dejé recado para que avisaran al hotel en caso de que apareciese. Salí a la calle pensando en otras posibilidades. Me acerqué al cine Astoria; aunque ya no proyectaban el programa de Chaplin, si papá pasaba por delante, tal vez entrara allí. Los porteros no habían visto entrar a nadie con su aspecto, sin gabardina ni paraguas. Deshice el camino al hotel cada vez más angustiada. Cuanto más tiempo pasaba, más probable era que papá acabara perdido por la ciudad. Debía regresar al hotel cuanto antes para organizar la búsqueda. Si mi padre había tomado un tranvía al Stadion no tardaríamos en dar con él, pero si no era así... Me culpé por ser tan descuidada y de pronto, a lo lejos, me pareció verlo entrando en un comercio. Atravesé la calle a la carrera ignorando las protestas de un cochero desde su pescante. Desde la misma puerta del local, comprobé que me había equivocado. Por la acera contraria apareció Ricardo llamándome.

—Lo hemos encontrado. Está perfectamente.

Lo abracé y me eché a llorar aliviada. Ricardo me dio su pañuelo.

—Gracias por ayudarme. Menos mal que estaba con usted.

—Bueno... Ha sido Sami, la verdad. Pero porque yo lo movilicé.

Me reí, repetí las gracias y, sin pensar, le di un beso, poniéndome de puntillas. Ricardo se quedó quieto; no lo esperaba. Yo ni me di cuenta de lo que había hecho. Pregunté atolondrada:

—Bueno, y ¿dónde estaba?

Papá y Samitier estaban recostados en un banco, admirando el techo del gran vestíbulo de la estación. La explicación de mi padre fue de lo más sencilla:

—Llovía mucho y entré aquí. Tengo hambre. ¿Nos vamos? —Buscó algo en el banco—. ¿Dónde habré puesto mi paraguas?

—Lo tengo yo, papá. ¿Vamos al hotel? Creo que es hora de tomar tu medicina.

En el hotel no quedaba nadie del equipo. En recepción nos dijeron que se habían ido a cenar a Le Progrès.

—¿Tan rápido? —Sami arrugó la frente extrañado—. Pero si estaban todos reservando habitaciones y celebrando el acuerdo entre Argüello y el Comité.

Ricardo y yo respondimos a un tiempo, sorprendidos:

—¿Ah, sí? ¿Ya hay acuerdo?

Papá nos miró como si cayéramos de la luna.

—¿No os habíais enterado?

Sami se lo había contado en la estación: Argüello y García Alsina bajaron pocos minutos después que Bru y Aguilar. Argüello anunció el acuerdo ante los aplausos de todos. Desde esa noche, los chicos podrían dormir donde quisieran, porque las dietas diarias se duplicarían, aunque quedaba por determinar la cantidad exacta.

Yo no daba crédito, estaba contentísima.

—¿Habéis ganado? ¡Habéis ganado! ¡Felicidades!

—Ha sido gracias a usted, Elena —respondió Ricardo con sinceridad.

Me dieron ganas de besarlo de nuevo, pero me contuve.

—No, ha sido cosa de todos. Habrá que escribir algo de esto, papá.

—Claro, claro... Pero vamos a cenar antes.

Sami hizo un leve gesto de fastidio.

—Lo único malo es que Ricardo y yo nos hemos quedado sin habitaciones. Tendremos que buscar algo para esta misma noche, porque yo al presidio de Santa Catalina no vuelvo más.

Papá no necesitó pensarlo.

—¿Por qué no se quedan en una de las nuestras mientras encuentran algo? Nosotros tenemos dos, y siempre compartimos la misma en los viajes. ¿Verdad, hija?

—Pues sí. El único problema es que no tiene *toilette*. Tendrían que usar el aseo común de la planta.

Ricardo aceptó de inmediato.

—Por mí, colossal, don Pepe.

—Y por mí, también —suscribió Sami.

—Entonces —pregunté—, ¿subo a recoger mis cosas?

—Luego, luego... —insistió mi padre—. Ahora vamos a cenar, que tengo hambre y nos perdemos la celebración.

Cuando llegamos al restaurante, Bru hablaba para el grupo de jugadores, sentados en mesas separadas; en Amberes era raro el local donde permitían juntarlas, como se hace siempre en España.

El entrenador se expresaba como un profesor ante sus alumnos. No

parecía lo más apropiado para el ánimo festivo con el que llegaban todos.

—Habéis demostrado que sois un equipo y por eso me siento orgulloso de que hayáis conseguido esto juntos, de verdad. Y también quiero felicitar a Argüello por su fulgurante negociación. Pero ahora hay que centrarse en entrenar y..., no miro a nadie, en trastrochar menos.

Algunos bajaron la cabeza con media sonrisa.

—¡Y fumar menos! —añadió Lemmel señalando con el dedo a unos cuantos, entre ellos a Ricardo—. ¡Y yo sí miro a algunos!

Bru continuó:

—Falta poco para conocer a nuestros rivales. La mayoría son equipos formidables, con diez o veinte años de experiencia internacional, y se habrán preparado bien. De modo que... —advirtió— ahora toca trabajar.

Todos asintieron en silencio. Era una gran verdad, pero sonó a reprimenda.

Argüello, con un sentido especial para esas cosas, se levantó echando su silla atrás con un impulso estrepitoso y bufonesco.

—¡Pero hoy hay que celebrarlo! ¡Patadónicos, hijos del balón, un brindis...! ¡Por los tesoreros!

Todos brindaron y empezaron a corear «Argüello, Argüello». Bru era el único que permanecía sentado. Brindaba, sonreía, pero su cara reflejaba el inquieto reconcome de sus palabras: la jarana estaba bien, pero su método era menos fiesta y más trabajo. En esos momentos estaba solo, en medio de los demás; me alegré, por el bien de todos, de que fuera un árbitro con pistola.

En la cena, Argüello desveló el acuerdo al que habían llegado con más detalle:

—La dieta diaria que recibirá cada uno la confirmaremos mañana. Eso sí, adelanto que estará por encima de los sesenta francos.

La voz de Sancho destacó sobre todas las demás:

—¿Sesenta al día? No puede ser. ¡Sesenta francos, dice!... Déjese de chinchorros. ¡Si eso son más de veinticinco duros, hombre! ¿Cómo va a ser?

Se agitaba nervioso e incrédulo. Los compañeros que más lo conocían — los del Barcelona — se echaron a reír. Él se enfurruñó, ofendido.

—¿Qué? ¡Eso pa un servidor es un jornalito! ¡Cómo se ve que aquí algunos disponen como señoritos! ¡La de ladrillos que hay que poner para

sacar ciento treinta o ciento cuarenta pesetas al día!

—Le doy mi palabra, Sancho —afirmó Argüello—, de que puede contar con ese dinero.

Sancho se llevó las manos a la cabeza y fue a dar un abrazo al tesorero arrancando risas de todos.

—¿Lo ves, Agustín? —festejó Lemmel—. ¡Y tú que querías contratarte en un tajo por cuatro patatas fritas!

Entendí bien el asombro de Sancho: un duro diario es lo que sacaba Rosita lavando y acarreando ropa de sol a sol.

Desde esa noche, los jugadores volvieron a dividirse en grupos. Los menos, como Sancho, buscaron alojamientos baratos, en una pensión. El resto se instaló en L'Industrie y en un par de hoteles cercanos a la Rue Pelican.

Los periodistas salimos antes del figón. Papá caminaba de mi brazo, hablando con Rubryk, Bru y Argüello sobre la nueva situación. Los jugadores no tardaron en darnos alcance. Mi mirada se encontró con la de Ricardo y él sonrió, discreto. Sin cruzar una sola palabra, supe que nuestra relación había cambiado.

Al llegar al hotel, informé del cambio de habitación a los recepcionistas. Samitier y Ricardo se ofrecieron a buscar otro alojamiento para evitarnos las molestias, pero insistimos en que se quedaran allí, al menos hasta encontrar algo que les conviniera más. Saqué mis cosas y les entregué mi llave.

Más tarde, mientras me desvestía en el aseo, oí las voces de los chicos al otro lado de la puerta. Eché el cerrojo para clausurar el acceso desde su habitación. Sentía una hormiguilla en la piel sabiendo que, aquella noche, Ricardo estaba mucho más cerca.

14

A medida que se acercaba la fecha del sorteo de equipos, todos empezamos a ponernos nerviosos. Se estudiaba con interés y curiosidad a los rivales en la calle y, si era posible, también en los entrenamientos. El primer partido debía jugarse el sábado 28 de agosto y sería eliminatorio, una auténtica final. Los viajes, reencuentros, novedades y boato olímpico de Amberes, tan alejados de lo cotidiano, nos habían distraído durante casi diez días del verdadero motivo por el que estábamos allí, pero ya resonaban cercanos los tambores de guerra. Los músculos se tensaban y los jugadores deseaban volcar sus energías en lo que mejor sabían hacer.

No era habitual que la prensa asistiera a las sesiones de trabajo físico, pero aquella Olimpiada era una excepción y no quisimos perdérselo.

Sami y Ricardo, que no escatimaban en gastos, escotaron un taxi con Bru y Lemmel. Nosotros, otro con Rubryk y Juanito. Los demás jugadores fueron llegando al *field* en tranvía. Por el camino, encontramos a Sancho trotando por la acera; seguía yendo a pie, aunque le llevara cuarenta minutos llegar al campo de Forest, donde se celebraba el entrenamiento. Detuvimos el taxi y lo invitamos a ocupar un asiento libre, pero siguió andando y contestó:

—¡No, gracias, así me ejercito!

Papá, Rubryk y Juanito rieron admirados.

—Este hombre es un caso, su mayor placer es ahorrarse el tranvía.

—Como Montero, del Stadium, ¿os acordáis? Cuando jugaban en Alcalá de Henares, se iba andando los treinta kilómetros desde Madrid. ¡Qué tío! ¡Lo que ahorrara en tren se lo gastaría en alpargatas!

La mañana era brumosa y vestíamos ropa de abrigo; algún día de aquellos me arrepentí de no haberme llevado un manguito para proteger las manos.

Parecía que el último día de verano había sido el de la inauguración de los Juegos Olímpicos.

Tras una serie de carreras, juegos, ejercicios de piernas y de busto, Lemmel arbitró un partidillo de *posibles* contra *probables*; así llamaban a las dos combinaciones de equipo que se podían formar entre reservas y titulares. Por cada puesto se habían seleccionado dos hombres, aunque con las bajas conocidas por todos, solo había veinte jugadores disponibles, de manera que o bien jugaban diez contra diez, como ese día, o recurrían a jugadores locales de relleno.

Bru se transfiguró: el anodino profesor que vimos en la cena, sobre la hierba se convertía en general en jefe; no paraba de chillar órdenes a los futbolistas, invadía el campo, corría a la par que las jugadas y mostraba una energía y autoridad indiscutibles. Daban ganas de obedecerlo: si me hubiera señalado a mí gritando «¡Corre!», lo habría hecho sin dudar.

—¡Combinar más, hay que combinar más! —voceaba—. ¡Padecen de individualismo, señores! ¡Que corra el pelotón más que nosotros! ¡Esto es un juego de equipo!

A veces lo paraba todo para corregir la posición de los jugadores y repetía una frase críptica que a todos les parecía llena de significado:

—¡Rigorismo, señores, rigorismo! ¡Más rigorismo y menos confusiónismo!

Los jugadores elegidos para el primer equipo ya no sorprendían a casi nadie. Días antes, Isidro me había adelantado, con un guiño de complicidad, el once de gala que se iba perfilando en la mente de Bru. El utillero les había puesto mote a todos y su alineación sonaba de la siguiente manera:

—Dragón en el *goal*; de *backs*, Acero y el Grúa; en medio, Langosta, Camioncito y el Fino, y de *forqueres* —así llamaba a los delanteros—, Pantera, Metralleta, Cañón, Zorro y Anguila. Es un once fetén, señorita. Colosal.

Sonreí al recordarlo, porque, más que un equipo, su alineación me parecía la partida de bandoleros del Tempranillo. Pero Isidro acertó en todo, los jugadores de los que hablaba entonces formaban el equipo de *probables*: Zamora de portero; Otero y Arrate en la defensa; Samitier, Belauste y Eguiazábal en el centro, y de *forwards* o delanteros, Pagaza, Sesúмага,

Patricio, Pichichi y Acedo. Al verlos moverse en el campo, los apodos de Isidro les sentaban como guantes.

Pero aquel partidillo, que yo creía intrascendente, no lo fue. Me sorprendió la fuerza y la belicosidad; solo les faltaba morder y arañar, y no solo al contrario. En un prado sin público puede oírse cada voz, cada quejido, hasta el jadeo de una carrera, el chasquido del cuero al chocar con las botas, el sordo apaleo de fardo y crujir de huesos al colisionar dos cuerpos. Desde cerca, se ven las gotas de sudor saltando de las cabezas al golpear el balón, la hierba y las piedrecillas levantadas al chutar o al resbalar por el suelo para barrer a un contrario con las botas por delante. Ninguno se quejaba; todos luchaban, caían y se levantaban para ganarse el puesto, como si no hubiera un mañana. A los veinte minutos de partido, bufaban como toros, estaban rojos por el esfuerzo y no dejaban de correr y pelear.

En uno de esos choques, Otero recibió una patada en la planta del pie y cojeó el resto del encuentro, sin aflojar.

Los sagaces mercuriales que me rodeaban —Rubryk, papá y Juanito— no tardaron en darse cuenta de que allí ocurría algo extraordinario.

—Vaya furia... ¿No era un entrenamiento?

—Sí, pero en una meta lanzan cañonazos, y en la otra, caramelos. Mirad cómo chutan y cargan a Zamora, y cómo miman a Eizaguirre.

—Con eso lo que provocan es que Zamora se luzca más. ¡Menudos *plongeurs*, de un lado a otro!

—¿Y esos pases criminales de Artola a Moncho? ¿O de Vallana a Sancho?

—Mal y tarde. Sin embargo, a Vázquez o a Silverio se las dan al pie.

—Pues para tocar un balón, Samitier va a tener que comprarse uno, porque aquí no se lo pasa nadie.

El diagnóstico era claro: los mismos vicios de los que nos había hablado el seleccionador en el tren habían vuelto a reproducirse.

Tal vez por eso, desde el primer minuto, Ricardo estaba entregado al esfuerzo, concentrado en el partido. Chillaba a sus defensas con aplomo y aspereza, a pesar de que tanto Otero como Arrate le sacaban bastantes años, hasta conseguir que lo obedecieran. Silbaba a Sami y a Sesúmaga, que le entendían sin verlo, se arrojaba con temeridad a los pies de los delanteros y se

dejaba el alma en cada choque o en cada salto. No podía confiarse. Mariano Arrate, su formidable defensa izquierdo, era compañero en la Real Sociedad de Eizaguirre, el otro portero de la selección, y Ricardo sabía bien que tenía que ganarse su respeto. Además, no le gustaba perder ni en los entrenamientos.

En el breve descanso del partidillo, lo saludé desde la pequeña barrera que nos separaba del campo, pero él no reaccionó. Su mirada tenía un fuego primitivo, de animal enjaulado entre aquellos cuatro *corners* que estuviera luchando por su vida. No volví a intentarlo más. Me di cuenta de que durante los seis cuartos de hora que duraría cada partido no tendría ojos para nada ni nadie fuera del campo.

Ricardo acabó el partido abrazado a Arrate y Otero, igual que si hubieran ganado la Copa de España. Camino del vestuario me saludó: el animal había desaparecido y el niño feliz caminaba embarrado, sudoroso y maltrecho con sus compañeros, dedicándome una sonrisa.

Llegué con el grupo de periodistas a Le Progrès antes que el equipo. El análisis de lo que habíamos visto continuó, descubriendo los claroscuros del equipo.

—Hay talento, amigos. Y podría haber un gran conjunto si los jugadores no intentaran ayudar solo a los de su región y deslucir a los de otras.

—Eso es verdad. Pero es natural que lo hagan —suspiró mi padre—. Cuidan a los que van a ver todo el año. A los demás no volverán a encontrárselos hasta las eliminatorias de mayo. Y será para tenerlos enfrente en dos partidos.

—Cierto —sentenció Rubryk—. ¿Os imagináis que Pichichi y Belauste dejaran de hablarse por causa de Sancho? ¿O Zamora y Samitier, por el portero de la Real? Todos evitarán eso; no hay peor enemigo que el de casa.

—A Bru le toca sacar la pistola —comentó papá.

—Puede que no —quitó hierro el veterano de *Abc*—. Tal vez, cuando los rivales vengan dando leña el equipo vuelva a ser una piña. Es lo mejor del fútbol. Se defiende al compañero a muerte, aunque no sea tu amigo. Además, a nadie le gusta perder. ¿No habéis visto cómo se han abrazado Zamora, Otero y Arrate al final del partidillo? Cuando juegan juntos no hay manera de hacerles un *goal*. La mirada de Eizaguirre, cabizbajo, era un poema.

—Señores, no sé qué va a pasar con este equipo —suspiró Juanito—. Solo sé... —Hizo una pausa, pícaro, y todos rematamos la broma divertidos:

—¡Que Romanones saldrá elegido diputado por Guadalajara!

Cuando entraron los jugadores se cambió de tema, por prudencia. Otero cojeaba de forma penosa. Lemmel le había puesto un vendaje y aún no sabían si podría entrenar al día siguiente. Bru estaba preocupado porque el vigués era uno de los puntales de la selección.

Argüello llegó directo de su reunión con García Alsina, con gorra elástica, traje cómodo y alpargatas. Antes de sentarse, confirmó eufórico que cada miembro del equipo tendría derecho a 67 francos belgas diarios, para gastar según quisiera.

—De gastar, nada, don Luis. —Sancho se puso en pie de un salto—. ¡Pero venga aquí otro abrazo!

Repitieron el saludo de Vergara del día anterior, al que esta vez se sumaron Samitier, Zamora y otros guasones. Algunos se rieron de la fama de los catalanes, y Sancho recordó que era de Castellón, para jaraneo general.

Y en lugar de bistec, como todos, se pidió una económica tortilla.

Entre los jugadores, la conversación giró al sorteo y el engorroso método de competición, que casi nadie tenía claro. Ricardo sacó un pedazo de papel con unas notas apuntadas a mano.

—A mí me lo explicó uno del waterpolo, que tienen el mismo sistema. Se llama Bergvall.

—¿El nadador? —preguntó Sami desorientado.

—No, hombre, el método de competición.

Belauste, ejerciendo de primer capitán, pidió silencio, sabedor de la importancia del asunto:

—Chavales, no interrumpáis, a ver si nos enteramos de una vez. Sigue, Zamora.

—En el primer partido nos la jugamos, eso queda claro; el que pierda ya se puede ir a casa. El segundo partido, sin embargo, es para ver quiénes luchan por la medalla de oro.

Al fondo de la mesa alguien preguntó:

—O sea, que si pierdes el segundo partido, ¿no te quedas fuera?

—No —siguió Ricardo—. Pasas al torneo de consolación y juegas para

conseguir la plata.

Pichichi intervino:

—A ver, a ver... Somos dieciséis equipos, ¿no? O sea, que después del primer partido quedaremos ocho.

Argüello aplaudió:

—¡Quedaremos, bien dicho, quedaremos!; eso es ser positivo, ¡sí, señor!

—Y después del segundo partido —continuó Pichichi— quedaremos cuatro, o sea, una semifinal, que se dice en Bilbao.

Zamora asintió:

—Eso es. Y los dos que ganen, juegan la final, el día 2 de septiembre.

—Los que ganemos, querrás decir —corrigió Pichichi arrancando risas y palmotadas de apoyo. Luego se puso en pie y habló para todos—: A ver, chavales, que con cuatro partidos que ganemos, aunque sea de chiripa, somos campeones de la Olimpiada, que es como decir del mundo y del Fútbol asociación y de la madre que lo parió. ¡Yo quiero eso, luego ya me retiro a Merodio como un señor!

—¿Otra vez, Rafael? —dijo Josemari socarrón levantando risas.

Bru hizo oír su voz, sensato:

—Pasito a paso, señores, pasito a paso. Que nos puede tocar Inglaterra en el sorteo y se acabó el cuento de la lechera. O Dinamarca, o Checoslovaquia...

—Sí, míster —replicó Pichichi—, pero también nos puede tocar Egipto y luego Francia, por ejemplo, y después... ¿quién sabe?

—Yo solo digo que ganar aquí es difícil. Casi tanto como ganar en San Mamés.

—Bueno —Samitier intervino con guasa—, eso lo hemos hecho todos.

—Sí, y los que más, nosotros, los de Bilbao —contestó de inmediato Pichichi.

La voz de Moncho, al fondo, volvió a preguntar:

—¿Y si perdemos el segundo partido?

—Pues lo mismo —respondió Ricardo—, pero a la consolación, contra otros siete *teams*. Los dos mejores juegan la *petit-final*. Y el que gane, la medalla de plata.

Los jugadores siguieron especulando con que la suerte nos deparase un

cruce fácil en el primer partido: Luxemburgo, Grecia, Egipto, Serbia, Polonia, Suiza, incluso Francia y Bélgica, parecían rivales asequibles, a pesar de nuestra bisoñez.

—En total, hay ocho a tiro, de dieciséis. Tenemos un cincuenta por ciento de posibilidades de pasar. Y luego, solo tres partidos más. ¡Dieciocho cuartos de hora!

De sobremesa, Bru hizo planes más realistas con Argüello y los periodistas.

—Optimismos aparte —decía el entrenador—, está claro que nos lo jugamos casi todo en el sorteo de mañana y no sabemos si se ha hecho nada.

Argüello sacudió la cabeza.

—He dejado ya diez o doce recados a Villamejor, pidiendo audiencia. Ni una sola vez me han contestado. Con el asunto de las dietas no he podido pasar por su hotel. Pero descuide, ahora mismo me acerco, a ver si hay respuesta. Vengo enseguida.

El tesorero salió del restaurante. Bru se lamentaba:

—No lo entiendo. El Comité parece no darse cuenta de que en estos sorteos hay que hacer política, llevo diciéndolo desde que llegamos a Amberes.

—Estoy de acuerdo con usted, Francisco —comentó Juanito—. Como abogado, sé bien de qué habla. Hasta ahora la gente no ha llenado el estadio, ni siquiera en la inauguración; el fútbol será distinto, será de lo poco que dé dinero a los organizadores, y habiendo por medio intereses...

Papá se mostró más optimista:

—Tal vez tengamos suerte. Ya oyó a los muchachos, hay posibilidades de que el rival sea flojo.

Bru sacudió la cabeza.

—Es usted un idealista, Pepe. Nunca he visto un sorteo de estos que no esté tan amañado como una rifa de taberna.

Rubryk, que había estado bastante callado, también era pesimista:

—Pues hay algo más; en todas partes se habla de que hay dieciséis equipos en liza, porque se cuenta con Polonia y Suiza. Sin embargo, hoy he confirmado que ni han venido ni se les espera. Y sin embargo, mañana estarán en el bombo. ¿Por qué? —Se encogió de hombros—. Ah, *qui lo sa?*

—O sea, que nos tememos lo mismo —concluyó Bru.

—También he visto mucho ya —asintió Rubryk—. Y no me extrañaría que, a río revuelto, a los novatos nos endosen a los equipos más fuertes, para que a belgas y franceses se les allane el camino. Pero... ¡ojalá me equivoque!

Argüello volvió a los cinco minutos con mala cara y habló sin sentarse:

—Nada. Mejor dicho, peor que nada.

—¿Y eso? —preguntamos.

—Me han dejado un recado diciendo que hable con usted del asunto, Bru.

—¿Conmigo? —Se señaló el entrenador desconcertado.

—Dicen que usted es el único interlocutor para hablar con el presidente.

—Eso era solo en ausencia de usted. Además, para el caso que me han hecho... Pida lo que pida, el Comité siempre tiene un asunto más urgente que solucionar.

—Pues de hoy no pasa, se lo aseguro. No sé por qué me da a mí que esto es cosa de Aguilar. Esté donde esté, el marqués me va a recibir, ya está bien de darle largas al fútbol. El asunto es ver dónde lo encuentro.

Juanito consultó un pequeño calendario de los Juegos.

—Déjeme ver... Seguro que pasa por la final de esgrima. O mejor, por el *tennis*. —Me miró con ojos de cordero—. Lola está allí todo el santo día. Yo ni me atrevo a ir, porque según ella, nunca voy bien vestido.

Argüello dio media vuelta para marcharse. Bru reaccionó sobresaltado:

—¡Ya lo ha oído, Argüello!, si piensa ir al *tennis* pase primero por el hotel para cambiarse, que allí hay etiqueta y el marqués es muy cumplido para esas cosas.

—¡El sorteo es mañana, no hay tiempo de cursilerías! —contestó Argüello desde la calle.

Aquella tarde, algunos buscaron el circuito de *cross-country* para ver la carrera de los diez kilómetros y otros fuimos al río para asistir al segundo partido de polo acuático. Los *waterpolistas* españoles jugarían su segundo encuentro, contra los Estados Unidos. Las piscinas eran la peor instalación de la Olimpiada, improvisadas pasarelas sobre un dique por el que circulaba libremente el agua oscura y gélida del río Escalda, plagada de ranas y

roedores con dudosa vocación olímpica. El frío que hacía aquellos días convertía en heroica la simple idea de darse un chapuzón.

Ricardo me contó que, en el primer encuentro, nuestros polistas acuáticos vencieron en la prórroga por abandono de sus rivales italianos, que se negaron a seguir jugando en esas condiciones. Los asombrados nadadores españoles, que no esperaban ganar nada en aquella Olimpiada, salieron de la piscina amoratados y tiritando, pero felices por su victoria, aunque fuera por *forfait* del rival.

Esta vez, Ricardo y yo nos sentamos lejos del grupo de españoles, en un lugar alto de la enorme grada de cemento, para poder charlar. Desde aquel lugar se podía ver a papá, en medio del abigarrado grupo de compatriotas con sus boinas, banderitas y la cinta roja y oro en los sombreros de paja.

Los dos equipos salieron de las primorosas casitas de madera que servían de vestuario y desde las que se tomaba la salida de las pruebas de natación o se accedía a la zona de trampolines y palancas. Un batallón de técnicos, masajistas y asistentes acompañaba a los estadounidenses, y tras ellos, una nube de periodistas, fotógrafos y operadores de cinematógrafo.

—¡Qué locura! Parecen estrellas de cine.

—Igual que usted, en España.

—No compare.

—Vamos..., ¿cómo se lleva tanta fama?

Ricardo, a sus diecinueve años, era una celebridad. Béatrice me advertía que en Vigo lo paraban por la calle para felicitarlo y lo invitaban en los restaurantes; los hombres lo trataban con importancia, y las chicas guapas le sonreían y miraban con curiosidad.

—La fama tiene ventajas, pero... ¡si supiera la de extravagancias que me dicen...! Lo más extraño me pasó hace un mes, en Vigo.

—¿En Vigo? No será lo de la carta de la admiradora...

—¿Cómo se ha enterado de eso? —se asombró.

—Por mi hermana, que vive allí. Le sorprendería saber la de cosas que se pueden saber en una ciudad pequeña.

—Me lo figuro —contestó huraño.

—No se apure. Béatrice no supo decirme nada más que eso y se muere por saber qué pasó en realidad. Cuéntemelo, se lo ruego.

Ricardo me miró como si quisiera adivinar mis intenciones. Tenía unos ojos bonitos; nunca los había tenido tan cerca. Yo me tensé y él se relajó; esta vez, entre los dos no había barreras.

—Está bien. Solo espero que no piense que lo hago por presumir, porque el asunto es para preocuparse.

El partido de polo acuático entre España y Estados Unidos había comenzado ya, pero no le prestamos atención, sumergidos en la conversación.

Ricardo me contó que, estando en el hotel de la concentración, recibió una carta perfumada de una desconocida, muy fina ella, pero acusándole de haberla abandonado después de un ardiente romance primaveral.

—Decía cosas como «Querido Ricardo, lo nuestro ha sido muy hermoso, y no sabes cómo lamento que haya terminado, blablablá; solo te ruego, apelando a tu caballerosidad, que me devuelvas el colgante que te dejé, porque era de mi abuela. Firmado: Esperanza». Yo no conocía a ninguna Esperanza. Se lo juro. Los compañeros me tomaron el pelo, ya conoce usted a Sami, se puede imaginar. Como el matasellos era de Pontevedra, pregunté a un amigo gallego que tenía familia en esa ciudad. Las pistas eran pocas: el nombre de la chica y que la carta me la enviaba a mí, al hotel de la expedición de la Real Federación de Fútbol en Vigo. Pero este amigo gallego me dijo: «No hay problema. Esperanzas, solteras interesantes y de Pontevedra no puede haber tantas. Pontevedra es pequeño y nos conocemos todos». Hizo algunas llamadas y al día siguiente, después del partido del día 13, que esa es otra, caray con el dichoso numerito, me esperaba con su automóvil listo y con el resultado de su investigación: «No lo vas a creer, pero señoritas elegantes, disponibles, que se llamen así, solo hay dos; una está para entrar en un convento, creo que podemos descartarla, y la otra va a ir hoy al teatro con sus padres. Si quieres, nos plantamos ahí en un rato y mi primo nos puede decir quién es». Y fuimos. En el primer hotel donde preguntamos, el botones nos dijo: «Pues sí. Ricardo Zamora ha estado alojado aquí mismo hace apenas una semana. ¡Y menudas propinas que dejaba el gachó!». Mi amigo y yo no podíamos creerlo. El chico no me reconocía, y describió a un Zamora alto y moreno, con patillas de tanguista; ¡y ya ve usted, yo soy rubio! El caso es que compramos un palco lateral en el

teatro para ver lo mejor posible el patio de butacas. La obra era un dramón de Benavente y aquella tragedia no hizo más que preocuparme todavía más. ¿Y si ella reaccionaba mal? ¿Y si se arrojaba a mi cuello gritando «Mi vida, mi amor», cosas así? En el descanso, el primo de mi amigo se acercó al palco y señaló con discreción a una rubia, muy guapetona, que estaba sentada junto a sus orondos padres. «Esa es Esperanza», confirmó. Él mismo le había advertido que un pariente suyo de Vigo se acercaría a saludarla. Así que bajamos al patio de butacas y nos acercamos a la chica, que seguía en su localidad. Mi amigo fue directo a darle la mano y yo me coloqué bien a la vista, a su lado. No le quité la mirada de encima para observar sus reacciones. De momento, la muchacha nos vio y siguió tan fresca. Mi amigo se presentó: «Esperanza, tengo el gusto de presentarme. Soy primo de fulanito de tal...; por cierto, permítame presentarle al portero del Barcelona y de la selección nacional que estos días entrena en Vigo, Ricardo Zamora». Al oír mi nombre, la muchacha se aflojó entera y estuvo a punto de caerse del susto. Sus padres nos saludaron y la notaron rarísima, pero ella solo acertó a decir: «Ta... tanto gusto».

—Pobrecilla... No me extraña, menudo trago. Fue un poco cruel — regañé a Ricardo, aunque su historia me divirtió—. ¿Y qué pasó con el imitador? ¿Se supo algo?

Ricardo y su amigo averiguaron después que el falso Zamora era un viajante avisado que, tirando de su fama —como probablemente haría con la de otros personajes de moda—, seducía a sus víctimas y desaparecía sin dejar rastro.

El cuento —que Ricardo detalló años después en sus memorias— empezaba a dar la medida de lo que aquel muchacho (me refiero al verdadero Ricardo Zamora) causaba en la gente.

—Entonces, ¿le gusta la fama o no? —pregunté.

—Pues depende. Solo si es buena. Verá... —Los ojos de Ricardo parpadearon con inquietud—. La verdad es que me importa mucho lo que se diga de mí. Sami dice que demasiado. —Hizo una pausa antes de continuar—: ¿Conoce usted a un tal Ignacio Galea? Un periodista.

Ricardo me miró de soslayo como si temiera una respuesta afirmativa. No me sonaba nadie con ese nombre en el Lion d'Or.

—¿Galea? Creo que no. ¿Por qué?

—No... Por nada. —Y volvió a hablar de la anécdota de Vigo—: Comprenderá que a nadie le gusta que usen su nombre. Habrá quien crea que fui yo de verdad.

—Yo me lo habría creído.

—No...

Me dieron ganas de agarrarlo de las solapas y espetarle: «¿Cómo que no, si cuando nos conocimos tu héroe era tu admirado Pakán, el experto en mujeres de tu equipo? Modales, buena percha, traje a la medida, sombrero de medio lado, rasurado perfecto... ¡Se lo copiaste todo, barbián!». Pero no lo dije.

Sus ojos me atraían y sentía deseos de zambullirme en ellos, como desde un trampolín.

—Es fácil hablar con usted —me dijo.

Peligro peligro; si seguía mirándolo saltaría al vacío.

—¿Bajamos ya? El partido estará a punto de terminar y mi padre estará preocupado.

Aceptó, aunque maldita la gana que teníamos. Y descendimos de la grada y también de la nube. Todo estaba repleto de yanquis y Ricardo se puso delante, abriendo camino con pequeños avisos y empujones acompañados de *esquiismis, plises y zenquiis*.

—Ricardo, ¿te importa que nos tuteemos?

—No. —Me miró sorprendido—. Claro que no. Me encantaría.

—Dime, ¿dónde aprendiste ese inglés macarrónico que hablas?

—¿Macarrónico? —Se disparó su orgullo, aunque lo apartó enseguida, al darse cuenta de que bromeaba—. Síííí, es macarrónico, lo reconozco. Lo aprendí jugando de *goalkeeper* con los equipos británicos que visitan Barcelona. Me ofrecieron varias veces jugar en Inglaterra, pagándome incluso, pero... prefiero jugar aquí.

—¿Aquí? —No entendí—. ¿En Amberes?

—No. —Rio por el despiste—. Me refería a España, Barcelona. Me gusta conocer el mundo, pero creo que no me sentiría a gusto viviendo fuera.

De pronto, Ricardo se llevó las manos a la cabeza alarmado.

—¿Qué ocurre?

—¡Los americanos nos han metido doce cero!

Señaló el marcador. Mientras lo hacía, una ovación erizada de chillidos indios se oyó seguida por una charanga con la que los estadounidenses animaban a los suyos.

—Trece. ¡Trece cero! Pobres chicos. Los conozco a casi todos de Barcelona. Después de ganar a Italia se habían hecho ilusiones, pero...

Sami, que había sido de los que esa tarde fueron al *cross-country*, apareció en la grada agitado y descompuesto.

—¿Lo sabéis ya?

—Pues sí... Menuda paliza, trece cero.

—No es eso. Nos volvemos a casa sin jugar.

—Déjate de bromas, Pep.

Ojalá lo hubiera sido. Argüello había ordenado que el equipo de fútbol se fuera a casa en cuanto hubiera trenes.

15

—Un horror —se lamentó Lola—. ¿A quién se le ocurre presentarse así vestido en pleno palco del *tennis*? De mahón arrugado, sin corbata y con gorra de *sport*, estando presentes el conde de Baillet Latour, el barón de Coubertin, los embajadores; *la crème* de los Juegos, todos de rigurosa etiqueta ¡Y los reyes de Bélgica, a pocos metros! ¡Cuando vi que encima venía en alpargatas, casi me muero! ¡Qué bochorno!

Lola se llevaba las dos manos a las sienes reviviendo la infame aparición de Argüello, horrorizada.

—Pero, Lola, entiéndelo, el asunto era grave y...

—¡Pues peor me lo pones! A los casos importantes hay que darles la dignidad protocolaria que requieren. Vestido así y con malos humos, ese zafio puso a todo el mundo en su contra. Además, por si fuera poco, molestó a los tenistas, ¡en plena final! Los jugadores lo miraron, y hubo quien chistó, pidiendo silencio; fue una vergüenza, te lo aseguro, Elena.

»Villamejor —continuó—, tan decrepito él, pero tan digno, el pobre, no sabía dónde meterse. Se deshizo en disculpas con todo el mundo, pero ese Argüello además de un ordinario, es bobo, porque ignorando las normas se ha echado la corbata de esparto al cuello; socialmente hablando, claro está. ¿Tú crees que se puede decir algo así?: “¡El fútbol es mío y solo mío; si no se me hace caso, me voy con mis jugadores!”. Villamejor no tuvo más remedio que contestar: “Haga usted lo que le plazca, caballero”.

Yo intentaba ser paciente, pero aquel trasnochado juicio de clase me irritaba.

—No fue acertado —repliqué—, pero lo estaban ninguneando desde hace días. Argüello es muy eficiente, tesorero y presidente en funciones. ¿Cómo

quieres que se comporte, como un pisaverde?

Lola me miró con súbita frialdad.

—Te veo muy democrática con estas cosas, *chérie*. En la vida hay que elegir las batallas que se dan. Y esta, créeme, la tienes perdida. Las formas son las formas, y lo serán siempre.

—¡Pues es injusto! El fondo es lo importante, Lola. —Me enfadé conmigo misma por haber subido el tono y las dos nos quedamos en silencio. Lola había conseguido que se me escapara la vena sindicalista.

Bartrina, con el que conseguimos hacer un breve aparte, nos había contado otra versión del mismo suceso.

—El japonés Kumagae acababa de perder el primer set contra Reynolds cuando apareció el ordenanza con un aviso para el marqués. Oí a don Gonzalo decir, muy quedo: «Dígale a ese señor que no puedo verlo». En el descanso entre juegos, el ordenanza volvió, esta vez con una nota de Argüello para mí pidiéndome que saliera.

»Fui en su busca con la mejor disposición, pensando que se trataría de algo relacionado con mis funciones. Y así fue, en principio: quiso saber qué gestiones se habían hecho sobre el sorteo y contesté que lo desconocía, que mi obligación solo era personarme como testigo para recoger el acta. Argüello refunfuñó, me dijo un poco áspero que necesitaba hablar urgentemente con el marqués en privado y que no se iría de allí sin verlo. Hice de mensajero y Villamejor me contestó: “Ese señor me persigue. Vaya líos se traen los del fútbol. En fin, tendré que verlo; pero cuando acabe el encuentro”. Ahí podría haber terminado el asunto, pero Aguilar estaba escuchando e intervino: “No se lo aconsejo, señor marqués. Ese Argüello solo busca protagonismo. Tiene ínfulas de grande de España, se cree el reyezuelo de la Federación desde que se fueron el conde de la Mortera y Arniches. Él sabe que usted ya tiene portavoz; pues que se entienda con él”. Don Gonzalo asintió y me dijo: “Haga el favor, Bartrina, de hacerle saber eso mismo, que hable lo que tenga que hablar con Bru; es mi última palabra”. Redacté una nota y, en el siguiente descanso, mandé al ordenanza, para evitar tanta entrada y salida al palco, que empezaba a ser molesta para los circunstantes.

»Y de pronto, dos juegos más tarde, cuando Kumagae acababa de igualar

a un set al surafricano, aparece Argüello con aire destemplado exigiendo al marqués que saliera. Villamejor se negó, como es lógico, y Aguilar le dijo, tal vez de forma inusual para un diplomático, “que se fuera, que estaba molestando”. Y Argüello contestó que sí, que se iría, pero “a España y con todo el equipo de fútbol”. Y don Gonzalo respondió, sin duda sin acabar de creérselo: “Haga usted lo que le plazca”. Con tanto alboroto, los jugadores aguardaron a que el tesorero saliera de allí para reanudar el tercer set.

Isidro, el utillero, que por casualidades de la vida conocía al ordenanza del marqués, me dijo que el tesorero casi le tiró la nota de Bartrina a la cara, que «se puso hecho *un obelisco*» —testimonio literal— y que «llegó a ponerse delante para advertirle que no se podía entrar en la pista principal mientras se disputaba el juego, pero que se tuvo que quitar para no llevarse un mamporro».

Cada uno de los que estuvieron presentes tenía su versión, más o menos rica en detalles, pero todos se dieron cuenta de la gravedad del suceso. El resto del grupo, pasado el susto inicial, pensábamos que la noticia sería un bromazo o un malentendido que se aclararía antes de la cena; sin embargo, la aparición de Argüello en el restaurante confirmó los peores temores. El tesorero, airado y rotundo, explicó su punto de vista en escueta alocución:

—No entré de buenas a primeras en el palco. Mandé varios recados rogando al marqués que saliera y esperé un rato largo. Pero en vista del ninguneo, entré, vestido como estaba; a mí no me achica ningún figurón con copete. Y allí... —Argüello prefirió saltarse los detalles, antes de seguir—: El fútbol es soberano, tiene sus representantes y sus instituciones; si no reconocen nuestras estructuras, debemos irnos. —Y añadió con tono de amenaza—: Espero que el presidente del COE lo piense bien. De lo contrario, pasado mañana nos marcharemos a casa. Les aconsejo que pasen todos por la oficina de García Alsina mañana sin falta, para que les pongan al día en el pago de sus dietas, porque puede ser nuestra última jornada en Amberes.

Aquellas palabras fueron un mazazo para todos. Para los jugadores, Argüello siempre había sido héroe, consentidor y alegría de la huerta, con su aguda socarronería gallega. Verlo así, tan sombrío, los sumió en un profundo silencio.

Bru se ofreció a intervenir para que las cosas no fueran más lejos, ya que

a él sí lo recibirían; pero Argüello, muy seco, se negó. El seleccionador insistió: debían intentar alguna clase de arreglo en un asunto tan grave, y Argüello se volvió a negar. Bru dijo que si no quería hacerlo él, lo intentaría personalmente, y el gallego dejó estallar su cólera:

—¡Y dale Perico al torno! Se ve que le ha cogido el gusto a hablar en nombre del fútbol, pero eso solo me compete a mí. Lo único que ha conseguido hasta ahora es que nos toree ese lechuguino de Aguilar, que está en mi contra desde que le canté las cuarenta en la estación de Irún.

Bru no paraba de darle vueltas, sofocado:

—Pero... pero a ver, Luis, es que no puedo creer que vayamos a dejar la Olimpiada por... por... —rebuscaba las palabras—, ¡por una tontería!

—¿Tontería? —bramó Argüello poniéndose en pie, enfático—. ¡Una tontería! ¡Pues sepa que no habríamos llegado a esto de haber sido usted más competente defendiendo los intereses del fútbol! ¡Por eso no voy a dejarle seguir haciéndolo!

—¡Incompetente sería no hacer nada y marcharse! —replicó Bru levantándose a su vez.

—¡Le recuerdo que usted es un empleado de la Federación y hará lo que se le mande! Y si no le gusta, puerta, que bastantes líos ha montado ya.

—¿Yo? —Bru se señalaba indignado y rojo de ira—. ¿Líos, yo?

Lemmel se puso en pie también y, con buen criterio, sugirió que no discutieran más delante de todo el mundo. Los tres, Bru, Argüello y Lemmel, se fueron con sus humos a otra parte, pero jugadores y periodistas nos quedamos sin ganas de postre, con ánimo de velatorio.

Papá sacudía su cabeza incrédulo y confuso.

—Pero ¿cómo se ha llegado a esto? No lo entiendo. Esto no puede ser verdad.

Con su espíritu mediador de siempre, movilizó a Rubryk para intentar entre ambos una conciliación, al menos, entre los hombres de fútbol.

—No podemos dejar que la cosa vaya a más, Román.

—Es cierto, Pepe, hay que calmar los ánimos. Si mañana el marqués recuperara la sensatez, tendríamos otro cisma en casa.

Fueron en busca de los litigantes y algo ayudarían a aplacarlos, porque no tardaron mucho en volver a la mesa; aunque todo quedó en un veremos, en

espera de lo que hiciera el marqués. Lo malo es que se habían dicho cosas demasiado duras para no pasar factura a la primera oportunidad.

En la cena se vieron caras muy largas. Al terminar, Ricardo y Sami removían las miguitas de pan del mantel con los dedos y daban largos suspiros de impotencia. Nadie se atrevía a hablar y los chicos decidieron ir al Carmencita. Allí, al menos, podrían expresarse libremente.

Tras el mazazo y la posterior mediación, papá acabó muy cansado y volvimos al hotel desilusionados. Llamamos por teléfono a Bartrina, por si podía hacerse algo para ablandar al marqués, pero no dimos con él y papá se fue a la cama abatido.

Yo no podía pensar en dormir. Toqué la puerta de la habitación de Lola, de la que salía el golpeteo de la máquina de escribir. Necesitaba que me acompañara al *cabaret*. Ella trabajaba en un artículo sobre el *tennis* que no corría prisa, de modo que aceptó, dispuesta a divertirse un rato. De camino al *cabaret* me contó lo que había visto en el *tennis*. Y antes de llegar allí, volvíamos a estar tan hurañas como la última vez que salimos juntas.

Me pareció que el ambiente en el Carmencita estaba más apagado aquella noche. Los jugadores bebían despacio y fumaban en silencio, sin ganas de diversión. Habían acudido juntos al *cabaret* para hablar con libertad, pero nadie lo hacía, porque no había nada que decir. «Lo del *tennis*» —como todos lo llamábamos ya— había despojado de todo sentido el sorteo del día siguiente.

Cuando llegamos, los tres tanguistas argentinos del equipo de fútbol italiano, Baloncieri, Lovati y Badini, se informaban de lo sucedido, hablando un *itañol* porteño. Los tres estaban de acuerdo en lo mismo, que resumido en pocas frases era:

—¿Qué dicen que pasó? Che, *non è possibile*. ¿Cómo se van a ir antes de dar una sola patada a la *pilota*? ¡Sería un ridículo mundial! Seguro que se arregla. Aunque ustedes los gallegos son todo orgullo. Estamos en el siglo veinte, dejen ya el maldito honore. Mirá que son porfiados. Como se les ponga algo entre ceja y ceja...

La aragonesa recorría el grupo de españoles sin reconocerlo.

—Pero ¿a qué vienen esas caras? ¿Cómo que se van? ¡De eso nada, eso hay que arreglarlo como sea! Venga, arriba esos ánimos.

Invitó a una ronda y luego a otra más; programó un par de números cómicos y obligó a los españoles a participar en una Olimpiada sicalíptica en la que los hombres tenían que morder una manzana, sujetándola con cualquier parte del organismo excepto las manos, y apoyándose en el cuerpo de camareras de escote generoso, a las que se sumó la misma Carmencita. Belauste, que no bebía ni gota de alcohol y no era sospechoso de entusiasmos artificiales, se prestó voluntario para animar el alicaído cotarro. ¡Qué gran capitán! Sus esfuerzos adanescos por morder la pecaminosa manzana y evitar que cayera al suelo animaron a todos. Su equipo estaba formado, además de él, por Ricardo, Patricio y Vázquez, y como no les gustaba perder ni a eso, arrancando risas, ganaron la prueba contra unos ingleses primero y unos noruegos después. Para mi sonrojo, Carmencita hizo de acrobática Eva con Ricardo en la finalísima y al terminar, ante el entusiasmo general, mandó traer una caja de manzanas y abrió el concurso a todos los presentes, con parejas de cualquier sexo y nacionalidad. Sami se las arregló para adanear conmigo, ante la inesperada timidez de Ricardo, que temía repetir en mi cuerpo los desvergonzados roces que tuvo con Carmencita, que ella provocaba con descaro para solazar a la concurrencia. Lola hizo de Eva de su Juanito, los dos mordieron la manzana a la vez, sellando su reconciliación, y la noche acabó con un tono festivo inmejorable.

De regreso a la realidad, camino del hotel, volvieron las caras largas. El paseo nocturno por Amberes tenía sabor a despedida. A cambio, la ciudad nos regalaba la noche más cálida y hermosa desde que habíamos llegado.

Al llegar al vestíbulo de L'Industrie, Sami sugirió que subiéramos a la azotea para ver el panorama. En sus incursiones por el edificio, había descubierto una puertecita cerca del cuarto de poleas del ascensor con acceso a una pequeña terraza con vistas espectaculares. Lola y Juanito desaparecieron, horrorizados por la idea, y los tres intrépidos agarramos las mantas de su habitación y subimos al tejado, como gatos en la noche.

Nos sentamos en el borde de un ancho murete, con los pies colgando sobre el vertiginoso tobogán de tejas, escoltados por una estólida torreta de chimeneas. A nuestros pies, solo luces, dispersas en una densa oscuridad. Por momentos, al abrirse el telón de nubes, aparecía una luna ovalada y gibosa, y Amberes se convertía en un cuento de Andersen narrado por animales de

paraísos lejanos. Sami se tumbó en el muro, quieto como una efigie y tapado con una manta. Ricardo buscó mi mano con la suya y charlamos en voz baja, diciendo mucho con pocas palabras. La luz cambiante de la luna lo embellecía todo, aunque para mí solo existía él, sus manos, su perfil y sus ojos. Sobraba la voz; los últimos susurros volaron sobre los tejados de Amberes y, tras un silencio, acercamos nuestras bocas despacio, hasta unir las en un beso. Nos quedamos así, muy cerca, bebiendo el aire entre los dos, convirtiendo el aliento en caricias. Mientras, la Tierra entera dormía al son de las respiraciones profundas de Sami. Del cuerpo inmóvil que teníamos al lado salió algo parecido a una voz:

—Os estáis besando, lo sé.

—¿Tú no estabas dormido? —protestó Ricardo.

—Sí. Lo estoy.

De pronto y sin mediar posición ninguna, Sami se puso en pie de un salto. Me asusté, pensando que podría haber caído al vacío, pero él solo levantó una mano como saludo.

—Aquí sobro. *Bona nit*.

Y se fue, arrastrando el pico de su manta. Noches como esa no deberían terminar.

Me desperté temprano y diligente, con un propósito fijo en la cabeza: que el equipo siguiera en Amberes. Papá todavía dormía. Me vestí a oscuras y bajé al salón de los desayunos, con ganas locas de ver allí a Ricardo, pero sabiendo que sería difícil que él o Sami hicieran acto de presencia. Llevaba mi cuaderno de notas conmigo para anotar todo lo que había ocurrido el día anterior. Al rato de haber empezado mi tarea, apareció, puntual y madrugador como siempre, Román *Rubryk*. Mis planes para ese día lo incluían a él y antes de que terminara de desayunar ya lo había convencido.

—Tenemos que ir ahora mismo, Román.

—¿Ahora? —Se removió incómodo en la silla—. Tu padre y tú siempre queréis hacer conmigo lo que os da la gana. Villamejor es mi amigo, no sé qué va a pensar de mí si me meto en esto.

—Pues precisamente eso es lo que se espera de los amigos, que se metan

en las cuestiones importantes.

Algo propio de mi madre se había apoderado de mí. La sentí en cada palabra que pronunciaba. Estaba haciendo lo que habría hecho ella; lo que había que hacer. Tal vez por eso, Rubryk, que me sacaba treinta años o más, me siguió, porque los hombres tienden a obedecer a cualquier mujer que los trate como una madre. Refunfuñó hasta el final, pero conseguí que entrara conmigo en el lujoso hotel donde se alojaba el Comité. Yo me centraría en Bartrina, y Rubryk, en el marqués.

Un plan como ese puede fracasar por muchas cosas. Para empezar, no sabíamos si aún se encontrarían allí; sin embargo, la oportunidad estuvo de cara: cuando llegamos al vestíbulo, Villamejor bajaba la escalinata desde el comedor, acompañado precisamente por Javier Bartrina.

—Señor marqués —saludó Rubryk—, venimos en su busca.

—Buenos días, Román. ¿Quién es la señorita que te acompaña? Me resulta familiar.

—Soy Elena Díez, la hija de Rampoleón, don Gonzalo. Estuve con mi padre y un fotógrafo en su casa, en una *interview* para *Gran Vida*, al principio del verano. Nos enseñó usted su pinacoteca. Y su hijo y su sobrino, medalla de plata, nos invitaron un domingo al hipódromo.

—Ah, sí sí, es un placer volver a verla, Elena. —Arrugó el ceño—. Pero si están aquí por lo sucedido en el *chalet* del *tennis* ayer, debo decir que no tengo nada que hablar, salvo con el... —carraspeó y subrayó cambiando el tono—: *señor* Argüello.

—Pero, don Gonzalo —abogó Rubryk—, entenderá que el caso es de una gravedad extrema.

—No insistas, Román. No estabas allí, hice lo posible. No provoqué esta situación, no me corresponde arreglarla. En fin, buenos días.

Rubryk suspiró a mi lado y se encogió de hombros mirándome.

Yo no podía rendirme.

—Un error no se arregla con otro, señor.

—¿Cómo dice, jovencita? —Rió el marqués.

—Elenaaa... —intervino Bartrina prolongando las vocales con paciencia.

Fui al encuentro de Villamejor hasta ponerme frente a él, sin parar de hablar:

—Señor marqués, los jugadores se han sacrificado para estar aquí; ya han jurado participar en la Olimpiada; usted mismo es quien los ha traído: no permita que se vayan sin competir, se lo ruego, *pour l'honneur de notre pays et pour la gloire du sport*.

No sé por qué me vino en ese momento a la cabeza aquella frase del juramento olímpico.

—Elena, no seas niña —zanjó Rubryk sujetándome con amabilidad de un brazo.

—¿Quiénes son los niños aquí? —repliqué desafiante, aunque zafándome sin brusquedades—. ¿Qué gloria hay en volverse a casa por una pelea?

—Ya le he dicho... —del marqués salió un hilo de voz—, y ayer quedó claro, que no es mi responsabilidad.

Villamejor se giró para marcharse, muy contenido.

—Pero usted tiene en su mano arreglarlo. Don Gonzalo, mi padre no vivirá mucho tiempo; el doctor Bartrina se lo puede decir, es su médico; seguramente esta será su última Olimpiada, ha luchado toda su vida para ver aquí a la selección. Solo... inténtelo. Por favor.

El marqués, que se había puesto rojo al oír mis palabras, empezó a toser y acabó aflojándose como un trapo. Bartrina tuvo que sujetarlo para ayudarlo a sostenerse.

—Déjanos, Elena —ordenó el doctor con puño de seda—. Ha quedado demasiado claro.

—Usted sabe lo importante que es para él. No me iré sin...

—Basta —me regañó tajante, sin levantar nunca la voz—. Déjanos.

Me fui con paso acelerado y salí a la calle corriendo. No estaba segura de si había terminado de arruinar aquella situación.

Papá no recordaba casi nada de lo ocurrido, incluso estaba de buen humor. Había consultado nuestro calendario de eventos y sabía que aquel era el día del sorteo.

—Seguro que tenemos suerte con el rival que nos toque. —Rio—. Tu tía Angelita y Dori ya estarían poniéndole velas a san Judas Tadeo.

—Pues falta haría, papá. Aunque puede que el rival sea lo de menos.

Mi padre no entendió mi críptica referencia a lo que acababa de suceder y tomó mi comentario de forma literal.

—¿Por qué dices eso? —preguntó distraído mientras ojeaba un diario—. No es verdad. Si nos toca Inglaterra, Dinamarca o los checos, estaremos perdidos. Sin embargo, si nos toca un rival fácil, como Luxemburgo o Egipto...

Siguió recitándome todo lo que habíamos oído juntos en días anteriores sobre algunos equipos, como si yo no lo hubiera escuchado antes. No quise sacarlo de su error.

Los despachos del Comité Español estaban en uno de los numerosos edificios olímpicos diseminados por la ciudad, todos decorados con banderas y colgaduras en la fachada. A media mañana, una procesión de cuerpos dormidos fue pasando por la pequeña oficina del pagador para cobrar sus dietas, con las caras y el ánimo por los suelos; el mismo García Alsina expresaba a cada uno su disgusto personal por tener que cumplir con aquella penosa obligación. Los barceloneses, que lo conocían de antiguo, intentaron convencerlo para que mediara, pero don Jaime lo veía contraproducente. Su posición con Villamejor se había debilitado mucho tras el asunto de la Olimpiada de Barcelona. Nada podía hacerse ya. Costaba creer que al día siguiente volverían a España, después de tanto esfuerzo y preparación. Ni siquiera Sancho se alegró de embolsarse los doscientos o trescientos francos de dietas que habían acumulado.

Los primeros en salir de la oficina se encontraron en la calle con los atletas españoles que marchaban camino de Berlín, para asistir a los juegos paralelos a los de Amberes.

—Quedarnos aquí no tiene mucho sentido —les dijeron—. Esperamos regresar a tiempo de ver algún partido vuestro.

—Pues nuestro no será, porque volvemos a España mañana. Vosotros, al menos, habéis competido.

Ricardo se había levantado optimista y estaba convencido de lo contrario.

—Pues yo creo que se va a arreglar, no sé cómo, pero ya lo veréis.

Sami le hizo un guiño malicioso.

—Muy contento te has levantado tú hoy, *nen*, por qué será...

Otero, que también estaba allí con Moncho y Vázquez, se dirigió a todos:

—¡Eh, rapaces! Digo yo que habrá que acercarse a ver a Ramón al hospital para despedirse de él, ¿no?

—Pues es verdad —respondió Sesúmaga—. Pero tenía entendido que no permitían visitas.

—Pues nos colamos, hombre. No vamos a dejarlo aquí solo y encima sin decirle adiós.

Antes de recurrir a un asalto, acordaron consultarlo con Bartrina y con García Alsina, los galenos. En esas apareció corriendo Silverio, que venía de la oficina del pagador.

—¡Eh! ¡Que hay noticias! —les habló con ese modo de ser sosarra y apagado que lo caracterizaba—. Estábamos todavía en el despacho de García Alsina cuando sonó el teléfono. El marqués ha visto a Argüello y parece que la cosa se arregla. Que nos quedamos, vaya.

Los chicos dieron gritos de júbilo y se abrazaron. Ricardo chillaba eufórico:

—¿Lo veis? ¡Os lo dije que se iba arreglar! ¡Tenía un presentimiento!

Sin embargo, la cara de Silverio seguía siendo de palo.

—¿Qué te pasa, hombre, te querías ir a casa o qué? —bromeó Ricardo.

—No..., es que... hay otra cosa.

—Qué. Di, no te calles.

—Pues que ya han hecho el sorteo.

—¿Y? ¿Contra quién jugamos?

Silverio los miró circunspecto.

—Adivinad.

Antes de seguir adelante, contaré cómo se arregló el primer asunto, que Bartrina me contó en detalle. Mientras yo salía corriendo del hotel del Comité, el doctor y Rubryk sentaban al marqués en una butaca aflojando su corbata y, tras algunos cuidados, el anciano no tardó en recuperarse.

—Demonio de muchacha me ha traído, Román —protestó Villamejor al periodista—. En fin... Si me promete un discurso menos emocionante,

escucharé lo que tenga que decirme.

—Se lo prometo, marqués. —Sonrió Rubryk—. Se lo prometo.

Las razonadas explicaciones del periodista convencieron al valetudinario y, con el asunto en vías de solución, Bartrina se marchó al sorteo de los equipos con un esperanzador encargo del sensato don Gonzalo:

—Si ve usted por allí a ese gallego exaltado, dígame que venga a verme cuanto antes, que tenemos un asunto que arreglar.

El marqués se vio con Argüello, se dieron toda clase de aclaraciones y llegaron a un compromiso mutuo: el tesorero sería reconocido como responsable único del fútbol; a cambio, el equipo seguiría en liza y, en adelante, Argüello abandonaría su política de órdagos y jaque mates, de la que ya habían tenido dos fatigosos ejemplos. Sin embargo, quedaba aún una diferencia que limar: Argüello exigía una disculpa de Aguilar o, de lo contrario, no podía garantizar que no hubiera un nuevo altercado cuando se topara con él. El marqués le dio garantías de eso y se estrecharon la mano. Luego, en privado, hizo un cálculo de pura supervivencia; el papel de Aguilar casi había terminado en Amberes, no debía ser un problema.

—Prefiero un enfado de Aguilar que soportar otra escenita de esos temperamentos futbolísticos. Un drama más como el de la chica y le aseguro, Bartrina, que se acabó mi biografía.

El médico me explicó admirado cómo don Gonzalo movió algunos hilos (en realidad, le bastó hacer un par de llamadas) y, en cuestión de horas, Aguilar recibió orden del Ministerio de Exteriores para que se presentara con urgencia en su nuevo destino en la embajada de Londres; el marqués se lo quitó de en medio con la apariencia de un ascenso. Mientras tanto, al diplomático se le recomendó practicar ese don de la invisibilidad que dominaba para evitar cualquier encontronazo final con Argüello.

—Y aquí paz y después, querida Elena, gloria. O, como tú dijiste, *gloire* —bromeó Bartrina en francés—, parafraseando el juramento olímpico.

»Sobrecoge ver cómo facilita las cosas el verdadero poder. Lo único malo —lamentó el médico— es que las funciones que llevaba a cabo Aguilar, cómo no, han caído sobre mí, y ya no sé cómo podré hacer tanto trabajo sin meter la pata. Si eso ocurre, necesitaré comprensión y ayuda.

—Cuenta conmigo, Javier. —Besé entusiasmada su mejilla—. Y con mi

padre, claro está.

—Por cierto, señorita... —añadió—. Con tus cuidados, tu padre puede vivir unos cuantos años más. ¡Sabe Dios quiénes de nosotros llegarán a ver la Olimpiada de París! El marqués, por ejemplo, no vivirá tanto. Él lo sabe y por eso se descompuso al oír tus palabras.

—Lo siento —respondí con total sinceridad—. No sabía que...

Bartrina negó con la cabeza tranquilizándose.

—No podías saberlo. Es la vida; no es culpa tuya. Creo que hiciste bien en defender lo que creías justo, pero la próxima vez confía más en mí. —Me guiñó un ojo—. Estaba a punto de conseguir que el marqués viera a Argüello antes del sorteo.

Y volviendo al asunto de la citada rifa, hay que decir que no dejó buen sabor de boca. Como había vaticinado Rubryk, Bélgica se quedó sin rival para la primera eliminatoria y, por arte de birlibirloque, Francia también. Ambos equipos pasarían directamente a la siguiente fase, sin jugar. Se dieron explicaciones, que a todos sonaron confusas; nadie entendía por qué no jugaban una contra la otra o por qué no se sorteaba entre todos la plaza de privilegio.

Los nombres de los rivales fueron saliendo de un sombrero. Dos equipos flojos, Serbia y Egipto, se enfrentarían, respectivamente, a checos e italianos, que celebraron su suerte con bravos y aplausos en pleno sorteo. Los británicos, el coco, eran los siguientes en buscar rival. Bartrina torció el gesto. La fortuna nos favoreció y quiso que se las vieran con Noruega. Un respiro de alivio. Aún quedaban un par de opciones fáciles: Grecia y Luxemburgo. Los griegos se jugarían el pase contra Suecia. Y entonces llegó el turno de España. Bartrina no era supersticioso, pero quién no cruzaría los dedos en una ocasión como esa. España debía enfrentarse contra...

Silverio contestó a Ricardo y Sami con su cara de palo:

—Dinamarca. Nos ha tocado jugar contra los daneses.

Les mostró un papel donde llevaba apuntados todos los emparejamientos. Los chicos se llevaron las manos a la cabeza. Todos pensaron lo mismo: «¿Dinamarca? ¡Pero si son los subcampeones olímpicos! Tienen varios

futbolistas fuera de serie que han jugado o juegan en Inglaterra... ¡Y los franceses pasan de ronda sin jugar, qué suertudos! ¡Qué poco nos ha durado la alegría!».

—Bueno —dijo animoso Sami—, mejor será jugar un partido que ninguno, aunque nos eliminen.

—Es verdad —se consoló Zamora—, al menos nos fogueamos contra los mejores.

—Pues nada, en vez de irnos mañana, nos vamos el domingo —ironizó con amargura Otero.

Silverio retomó la palabra:

—Esa es otra. Mañana nos vamos, pero a Bruselas, porque el *match* se juega allí. Hay que llevárselo todo, porque en cuanto perdamos, nos volveremos desde allí a España.

—¿Y Pichichi qué ha dicho ahora? ¿Todavía nos ve campeones?

—Primero se ha quedado mudo, como todos. Aunque luego ha dicho: «Bueno, para ser primeros habrá que ganar a algún coco de estos, ¿o no?».

—Pues tiene razón —reconoció Ricardo—. Pero yo me cambiaba con Francia o Italia ahora mismo. Qué suerte tiene René.

Sami inclinó la cabeza, poco convencido, antes de hablar:

—Bueno, afortunado en juego, desafortunado en amores. Nosotros le hemos quitado la chica.

—¿Nosotros? No empecemos con el temita, Sami. —Ricardo estiró un dedo, como advertencia—. Que Elena no es asunto tuyo.

—Habló el sultán. Eso tendrá que decirlo ella, ¿no?

Hasta la noche no encontré ni un minuto para ver a Ricardo a solas. Fue en el desierto comedor de desayunos, donde yo estaba para escribir mis notas y redactar un artículo con los sucesos recientes. Hice distintas versiones, porque papá publicaba en varios periódicos y no era elegante mandar a todos la misma crónica.

Como no corría prisa, los enviaríamos al día siguiente por correo. Por telegrama solo haríamos llegar unos breves para confirmar lo que ya les estarían contando los de Havas y otras agencias de noticias.

Era el único día de la semana que cerraba el Carmencita y los chicos pasaron unas horas en unos billares. Sancho, muy aficionado, se había despachado a gusto ganándole partidas a todo el mundo.

Antes habían estado todos en el hospital, visitando al pobre Ramón González. El doctor Bartrina los acompañó al llegar y consiguió que dejaran pasar a todo el equipo, en grupos pequeños.

—La jefa de enfermeras de la planta —me explicó Ricardo— nos ha hecho un marcaje que ni Mariano Arrate. Y además tenía la misma cara, con la nariz así, torcida y todo, como él. Ramón, a la pregunta de cómo estás, contestó a la gallega, ya sabes: «¿Y cómo voy a estar? Jodido. Pero en todos los sentidos, ¿eh?».

Ricardo me confesó, con ciertos pudores, que al muchacho le habían puesto un catéter y que eran la enfermera jefe y otra peor, con más bigote que Bru, quienes se encargaban de esa operación.

—Decía —y Ricardo imitaba un poco su acento melódico—: «Me podía haber tocado alguna más agradable, que las hay... Y ahí, a la vista de todo el mundo, a veces hasta de las visitas. Yo me quejo, pero ¡como no me entienden!» —y retomando su tono normal, Ricardo siguió el relato—: Parece que hay un cura gallego, de los que han ido a misiones, que va por el hospital de vez en cuando, y por él se hace entender un poco y se desquita hablando de su tierra. Pobrecillo, no sabe cuánto más lo van a tener allí, pero va para largo. Yo le entiendo. Lo paso mal en los hospitales, la verdad.

—¿Por qué? ¿Te partes la cara en el campo y te asustan las agujas?

—No es eso... Es... —Ricardo iba a contarme algo muy personal—. Es por mi padre, que es médico, como te dije, y le gustaría que yo... también lo fuera.

—¿Médico, tú?

—Pues sí. Un año entero estuve intentando de verdad hacerme médico, pero... no he pasado de pasearme por la facultad.

—No te imagino. —Reí.

—¿Y qué tendría de raro? —contestó ofendido.

—Todo; matarías más gente que un verdugo.

—¡Hombre, gracias...! Pues que sepas que es lo que querían y todavía quieren mis padres. Y si lo vieran tan imposible, no insistirían.

—Bueno, pues ¡hala!, hazte médico.

—La verdad es que... no me veo pasándome la vida midiéndole el pulso a la gente, con el reloj en la mano y diciendo: «Tome pantopín o pantopón». O «A su hijo no le pasa nada, señora. Que haga vida higiénica, deporte». ¡Pues mejor será predicar con el ejemplo, digo yo! Pero me siento mal. Alcántara, mi compañero del Barcelona, no ha venido a Amberes por acabar la carrera de Medicina, y a mis padres les duele que no haga yo lo mismo. Para ellos, el fútbol solo es un juego sin importancia. Un entretenimiento que no conduce a nada.

Asentí. Conocía bien aquella indiferencia. Yo misma había pensado lo mismo muchas veces.

—Ricardo... Te vi contra el Madrid, hace tres años. Te vi en Gijón y el otro día en el entrenamiento. Y veo cómo abres el periódico, directo por los deportes. Para ti no existe nada más, no piensas en otra cosa. Y no solo los seis cuartos de hora del partido. No es que me parezca bien, ni mal, pero tú has nacido para eso. Y por el motivo que sea, para la gente es importante.

Sonrió agradecido. Después amusgó los ojos.

—¿Estuviste en Gijón?

Señalé el broche que llevaba en mi vestido.

—¿Ves como no tienes ojos para nada? Llevo días con esto y ni te has dado cuenta.

—¿Darme cuenta? ¿De qué? —No tenía ni idea de qué le estaba hablando.

—El broche —dije.

Tardó en reaccionar, pero de pronto comprendió y los recuerdos le llegaron en avenida.

—¡El broche! ¿Eras tú? ¿Era tuyo? Lo... lo encontré en la cabina de un hotel, estábamos en una sidrería y fui allí para llamar a casa. Precisamente iba a decirles que había ganado el campeonato de España. Quería que estuvieran orgullosos de mí. Y en el suelo vi esto... —y confirmó contemplándome—: Eras tú.

Algunos deseos a veces se cumplen. Ricardo me miró como yo soñaba que lo hiciera cada vez que me lo había encontrado: en el Molinón, en la estación de Irún, en el tren...

Me encerré entre sus brazos y volvimos a besarnos, bajo la única luz de aquel salón oscuro, solo para nosotros.

Sin embargo...

Al día siguiente, yo estaría apoyada en el marco de la puerta de mi antigua habitación, contemplando como Ricardo y Sami cerraban sus maletas para irse a Bruselas. Allí lo vería apenas durante los seis cuartos de hora del partido, en los que yo no existiría para él, salvo que saltara al campo con el uniforme del equipo danés. Tras la derrota, Ricardo tomaría el tren camino de Barcelona. Mi padre y yo seguiríamos en Amberes hasta primeros de septiembre y después, tras un fugaz paso por Madrid, yo tendría que irme a Toulouse para hacer mi examen del *baccalauréat*, el bachillerato francés. Quién sabe cuándo volveríamos a vernos. Para entonces, Amberes no sería más que un bonito recuerdo de verano. Aquella noche podía ser un error.

Se lo expliqué y lo entendió. Luego él subió a su habitación para descansar. En esos momentos, el partido era más importante que cualquier otra cosa.

Me senté de nuevo ante los papeles; sin embargo, esa noche no volví a escribir una palabra.

Por la mañana les vi empaquetar y marcharse, la misma escena que había imaginado. Sami no nos dejó ni un minuto a solas. A los dos los besé, aunque los besos no fueron iguales.

Recuperé mi antigua habitación. Con la llave pequeña, volví a abrir la puerta del aseo que separaba los cuartos. Luego me senté en la cama de Ricardo. Si perdían el partido de Bruselas, que era lo más probable, puede que no volviera a verlo nunca más.

16

Para jugar bien al fútbol, lo primero es atarse bien las botas. Para algunos, como el sabio míster Pentland, se puede conocer a un futbolista solo con ver cómo se amarra los cordones. Bru habría dicho que prefería verle jugar dos o tres partidos de Copa, a ser posible en San Mamés. Pero a él también le bastaba observar los pies de un jugador para saber si era zurdo o diestro, extremo izquierdo o derecho. Los dos sabían muy bien que para manejar hombres hay que aprender a conocerlos de un vistazo, a leer los detalles. Ese es el verdadero significado de la frase: para conseguir cualquier cosa hay que prepararse, ir paso a paso y cuidar cada pormenor.

Durante el breve trayecto a Bruselas, Bru observaba al equipo desde el final del vagón, donde había improvisado una reunión con su ayudante Lemmel. Solo necesitó ver quiénes se sentaban juntos, qué inquietas cabecitas se inclinaban sobre otras, para saber lo que estaban tramando.

A su lado, Lemmel repasaba en voz alta la lista de jugadores de Dinamarca, con todos los comentarios e informaciones que había podido coleccionar de ellos. Al llegar a uno de los nombres hizo un aspaviento.

—El primer *goal* del partido nos lo ha metido el Comité Internacional. Pero ¿cómo puede ser olímpico este señor, Middelboe o como se diga, si todo el mundo sabe que lleva años cobrando un jornal en el Chelsea de Londres? Según eso, podíamos haber traído a Ricardito Álvarez y a medio Racing de Madrid.

Bru dejó escapar su risilla.

—¡Pues imagínate el lío que tendríamos ahora para hacer la alineación, Manolo! Quitita quitita, me quedo con los que están. ¿Qué tal va Otero? No le he visto cojear en el entrenamiento.

—El pie está amoratado. Él dice que no tiene molestias, porque quiere jugar, pero hay que ver el hematoma.

Isidro recorría el pasillo entre bromas de los jugadores, repartiendo limones y algo para picar y beber, como un vendedor ambulante. Al rato llegó hasta Bru, que lo miró interrogante.

—¿Cómo ves a los chicos hoy, Cañas?

—No sé, míster. —El utillero sacudió la cabeza mientras arrugaba la nariz—. Los noto raritos, a ver si me entiende usted. Un grupo aquí que baja la voz cuando me acerco, otro allí que me tira de la lengua, a ver si sé quién va a jugar... Tós andan con el mismo runrún.

—¿Y qué dicen?

—¡Buf! De todo. Ya m'an recitao dos o tres alinaciones enteras, solo de vascos.

—Lo sabía. Pues tú, chitón.

—¿Yo? ¡Si yo no sé ná! Solo que mañana tengo que poner diez camisetas rojas en los bancos del guardarropa.

—¡Isidro! —Artola y Carrasco se volvieron para llamarlo a voces—. ¿Y ese piscolabis?

—Vaaa. ¡Si acabo de estar ahí!

Es lógico, pensó Bru. Conocido el rival, los jugadores se sintieron aliviados; enfrentarse a un equipo superior les quitaba responsabilidad, pero ante el temor a una derrota aplastante, uno prefiere tener cerca a los conmlitones con los que ha sobrevivido en mil batallas. Además, si solo se jugaba un partido, como era previsible, todos querían ser olímpicos. Ser internacional es una condecoración para cualquier deportista, y los suplentes no existen para la prensa. Por eso, desde que se fueron a dormir a hoteles distintos, habían vuelto las camarillas, los pactos para apoyarse mutuamente y asegurarse un puesto entre los elegidos. Eso era lo que estaba pasando en cada grupito de cabezas.

Argüello también viajaba en el mismo vagón. Primero se sentó a charlar con sus paisanos gallegos y después se cambió al grupo de Patricio y Vallana, que eran los más conspicuos conspiradores. Era otra señal de lo mismo. Bru apretó los dientes y volvió a concentrarse en el trabajo con Lemmel.

Por la mañana, papá y yo acabamos juntos un par de artículos en la zona de prensa del estadio olímpico. Estaba aprendiendo muchos trucos del oficio trabajando con él: cómo evitar que los editores corten un párrafo, por ejemplo, poniendo otro de relleno, o cómo guardar la enjundiosa chicha para la columna semanal y despertar la curiosidad del lector con los breves telegráficos que mandábamos casi a diario. Lo importante debía guardarse para un gran artículo final, a veces publicado días después de terminada la competición. Sin embargo, el periodismo estaba cambiando y papá pensaba que se estaba volviendo una locura, otra víctima de la premura moderna.

—Dicen que en América hay quien escribe su columna todos los días. ¡Todos los días, figúrate! ¿Para qué? De las Olimpiadas de Londres y Estocolmo nos llegaba una crónica a los quince días, o al mes. Y en París, con un buen artículo al final, bastaba. O se escribía un librito y se vendía como churros. Ahora todo son prisas y más prisas; se terminará contando todo sin tiempo para reposar las cosas. ¡Como si esto fuera política!

En consecuencia, papá decidió mandar las crónicas más largas por correo. Al entrar en la oficina, recordé que, en mi presencia, Ricardo y Sami habían ido a comprar allí un montón de sellos para Vázquez, el delantero pacense que nunca encontraba timbres cuando los buscaba, y se los entregaron por sorpresa en la terraza del hotel después de la cena.

«Toma, Joaquín. Los compramos antes de que se acabasen.»

«¿Sellos? ¿Pa'España?»

«Claro, hombre. Hay para mandar diez o doce cartas.»

Les dio las gracias contentísimo. Insistía en pagarlos cuando los vio mejor y exclamó:

«Pero... ¡pero si estos no valen!»

«¿Por qué?», preguntó Zamora.

«Porque son de aquí, pa'Bélgica. Y yo quiero mandar cartas a España. Hacen falta sellos españoles.»

Eso lo explicaba todo. Sami —siempre ocurrente— improvisó:

«Eso lo han arreglado ya los Gobiernos para la Olimpiada, no te preocupes.»

«¡Pues ya era hora! Porque no veas lo que me costaba encontrar los de casa. ¡Imposible, era imposible!» Y aún desconfiaba: «Pero ¿seguro que con

estos llegan las cartas?».

Durante la cena del equipo, en Bruselas, Argüello llevó la voz cantante. Sus chistes de gallegos arrancaron risas y aplausos en los jugadores.

Alguno le preguntó, de forma muy intencionada, por qué no se había presentado él a las pruebas de natación.

—Ya sé por qué lo dices, bribón.

Sin hacerse mucho de rogar, contó una anécdota:

—Hace unos años andábamos los de la Gimnástica y el Recreativo por la costa de Huelva paseando con unos portugueses. Uno de ellos, muy remilgoso, señaló una boya a cien o doscientos metros y dijo: «Ustedes los españoles no saben nadar». «Eso lo dirá usted.» «¿A que llego allí nadando antes que cualquiera?» Era invierno y nadie se quería echar al agua, pero yo contesté: «Antes que usted llega el gato. ¿A que le saco diez o doce brazadas?». Nos quitamos la ropa, un juez imparcial dio la salida y el luso se echó al mar como el Kahanamoku ese, el fenómeno hawaiano que ha ganado todas las pruebas de natación habidas y por haber: un salto perfecto, un estilo que no veas; un hacha, el portugués. Yo lo dejé irse unos metros, dándole ventaja, y me tiré como pude. Tuvieron que sacarme del agua, porque si no me ahogo: no sé nadar. ¡Pero a mí no me achica ningún cursi!

Aplausos, vítores y celebración dieron fin a la cena.

Bru dio permiso hasta las once de la noche para estar entre la terracita y el coqueto jardín de invierno. Y ahí se desató el conflicto que el seleccionador había visto venir en el tren.

En el grupo más nutrido de jugadores se armó una discusión y las voces fueron subiendo de tono. Algunos se marcharon de allí airados y Bru se acercó a ver qué pasaba. Al verlo, todos guardaron silencio. Sesúmaga, que estaba rojo por el enfado —y no era el único—, se dirigió a un grupo y les dijo:

—¿Qué pasa? ¿Ahora que viene Bru os calláis?

Patricio, que estaba igual de acalorado que él, se lanzó:

—Míster, que nos gustaría saber quién juega mañana.

—Ya lo veréis en la caseta.

—Pero, verás, en función de quién sea, habíamos pensado...

—Mal hecho —zanjó el seleccionador sin dejarle terminar—. Ahora toca descansar, no darle vueltas al reverbero.

—Es que...

—Así son mis normas, Patricio —interrumpió Bru imponiéndose—. Yo he decidido que estéis aquí y me cuesta poco decidir lo contrario. Si alguno tiene algo en contra, que lo diga ahora mismo y así sabré con quiénes cuento para hacer la alineación de mañana. —Hizo una pausa sosteniéndoles la mirada—. ¿Nadie? Perfecto. Pues a relajarse, que mañana tendréis que partiros el pecho.

Nadie dijo nada y el grupo grande se disolvió. Sin embargo, al rato, algunos hablaron con Argüello en una esquina. Si ellos llamaron a Argüello o fue el tesorero quien quiso averiguar qué había pasado nunca lo supe. El caso es que el temperamental gallego se acercó a Bru con su estilo más parco y estólido, señal de tormenta.

—Escucha esto, Paco —le dijo—. Los muchachos me dicen que quieren hacer el equipo a su gusto, ¿qué te parece? —y sin esperar respuesta siguió—: Imagino que tú no estarás de acuerdo, así que, ¿por qué no presentas ahora mismo tu dimisión, ya que no puedes controlarlos? Porque yo en lo mío no admito intromisiones de nadie.

—No sé qué estás insinuando, Luis. Lo que ha pasado es una tontería que he visto así de veces. —Juntó las yemas de sus dedos para subrayar sus palabras—. Llevan días muy inquietos y hoy se han atrevido a hacerme algunas sugerencias, que por un oído me entran y por otro me salen, pero por mi parte he puesto el punto final. Aquí, ni ha habido indisciplina, ni motín, ni la más mínima falta de respeto que justifique lo que estás dando a entender. Soy perro viejo para saber dar un golpe en la mesa, cuando haga falta. Y no voy a dejar el cargo ahora, a no ser, claro, que tú me eches y me liquides el contrato. En ese caso, mañana mismo me tendría que ir a casa.

Argüello no dijo nada y la cosa volvió a quedar en tablas.

Bru sabía bien de dónde venía todo aquello. Nació en las diferencias entre federaciones y engordó en el último partido de Irún. Los vascos siempre quisieron representar ellos solos a España, por tener el fútbol más antiguo y poderoso. En aquel último encuentro de preparación de Irún, en el que no

pudo estar presente Bru, Ruete y Berraondo habían alineado solo a vascongados en el equipo probable, dándoles a entender que tendrían muchas opciones de ser titulares. Desde entonces, sus ilusiones topaban con los planes del seleccionador, que favorecía, según ellos, a sus protegidos catalanes. En fin, la salmodia nacional de siempre, el duelo de paisanos a garrotazos de Goya, en un campo de fútbol.

De momento, la crisis se había cerrado; en falso, como se verá.

En la Olimpiada, atletas y espectadores vivíamos un sueño infantil. Cada día estaba cargado de emociones y sorpresas que rompían cualquier atisbo de monotonía y nos hacían a todos saltar de la cama con adicción a la vida. Pero aquel 28 de agosto, sábado, que en Amberes amaneció cubierto, fue para nosotros muy especial, porque llegaba el momento más esperado: el debut de la selección española.

En el desayuno revisamos la prensa local. Bajo el titular «Comienza la semana del *football* olímpico» daban más relevancia al inminente debut de Bélgica en los Juegos el domingo que a los partidos de ese sábado, que se jugarían en Gante, Amberes y Bruselas.

Todos en el hotel daban por segura la eliminación de los españoles. Para nosotros, lo importante era que estábamos allí, que íbamos a participar y que, en pocas horas, papá vería cumplirse el sueño de toda una vida.

—Por fin vamos a dejar de ser un país de tercera, los marginados del mundo, hija —me dijo emocionado—. Lo importante es que estamos aquí, entre las grandes naciones.

Papá tuvo que sonarse la nariz y drenar un par de lagrimitas de felicidad con su pañuelo. En la prensa solo se reseñaban la hora y el lugar del encuentro. Aquella única línea, una más dentro de la agenda del día, era para mi padre la cosecha de años de ilusiones y desvelos desinteresados.

Camino del campo de fútbol del Antwerpen, donde se jugaría el partido más tempranero de la competición (el único que podíamos ver entero antes de partir hacia Bruselas), nos topamos con Manolo de Castro *Handicap*, el espigado cronista gallego y hombre conocidísimo en el mundo del *sport* nacional, al que habíamos visto por última vez allá por mayo, en el Lion d'Or

de Madrid. El encuentro con aquel ser optimista por naturaleza era un buen augurio. Handicap había llegado el día anterior desde España, por su cuenta y riesgo, como enviado informal de varias publicaciones.

—Ayer me acredité como árbitro en Amberes, aunque dicen que solo me llamarán si falla algún linier —comentó decepcionado—. A ver si hay suertecilla y puedo levantar alguna que otra vez la banderita a favor de los nuestros. —Guiñó un ojo—. Aunque para eso, lo primero es ganar hoy. Por lo que vi en Vigo, no andábamos muy sobrados, pero tengo entendido que después se ha visto un juego excelente.

—Tenemos un equipo colosal, Manolo —asintió papá—. Cuento con que, al menos, vamos a dar un buen tono.

Tomamos el tren de las doce y media camino de Bruselas nerviosos y animados. A bordo encontramos a una docena de marineros nortños que habían recalado horas antes en Amberes y no querían perderse el primer encuentro de nuestra selección. Su entusiasmo se sumó al optimismo de papá y de Handicap, que no paraban de desgranar las virtudes de nuestros internacionales y pronosticar el once del debut. Yo temía que a papá le pasara factura tanto trajín emocional y llevaba conmigo un maletín con todos sus medicamentos habituales y otros que me había dado Bartrina. Al llegar a la estación de Bruselas, el corazón me latía con tanta fuerza que pensé que alguno de esos remedios me lo tendría que tomar yo.

Comimos en el primer *bistrot* que encontramos al salir de la estación y desde allí tomamos un tranvía abarrotado de público que se dirigía, como nosotros, al estadio Duden, en un lugar llamado Forest. Por la calle se veían autobuses, automóviles particulares, coches y mucha mucha gente en bicicleta; algo a lo que ya estábamos habituados, pero que a Handicap le llamó la atención.

—*Carallo*, esto parece el famoso Tour de France ciudadano. Qué cultura higiénica tan admirable tienen estos países. ¡Lo que nos queda por aprender, amigos!

—¡Si tuviéramos menos cuestas! —lamentó mi padre.

—Dígame usted a mí, en Vigo.

En consonancia con los titulares de la prensa local, la conversación de unos pasajeros del tranvía pronosticaba un partido desigual, una exhibición

de los daneses contra un *team* exótico, del país de los toreros. Handicap intervino para dejar claro que no debían derrotarnos antes de jugar. Sin embargo, se iba imponiendo la evidencia de que los daneses eran el mejor equipo del campeonato, por encima incluso de los *amateurs* británicos, y en su preparación habían jugado con éxito varios encuentros contra equipos profesionales ingleses. Tras quedar subcampeones del mundo en Estocolmo, se proponían ganar el oro en Amberes.

El estadio era uno de los más bonitos y atípicos que he visto nunca, un prado perfecto rodeado de árboles majestuosos que coronaban la ladera, un anfiteatro natural donde habían excavado las gradas de un lateral y los fondos. Era el escenario ideal para un torneo de ensueño como aquel, un auténtico claro en el bosque. Cerraba el recinto la primorosa tribuna cubierta, donde nos ubicaron. Lo más curioso era que en uno de los lados cortos, sobre el ribazo, había una casita con los vestuarios de los jugadores, que debían bajar entre el público, atravesando la grada para llegar al campo.

Enseguida encontramos a René Petit, que tenía el día libre al quedar Francia exenta de jugar esa eliminatoria y no quería perderse el partido de «sus verdaderos compatriotas», como él mismo los llamó. Nunca lo había visto tan nervioso. A solas, me confesó:

—He estado unos minutos arriba con ellos. Están más tranquilos que yo, aunque... Han tenido sus más y sus menos, y he preferido irme. Allí sobra.

Nosotros estábamos emocionados, imaginándolos como niños el día que estrenan su primer balón de cuero. Pero las palabras de René indicaban que en el vestuario español se estaba viviendo algo un poco más complicado.

El campo les había impresionado, pero desde que llegaron la mayoría tenía un solo pensamiento en la cabeza: saber quién jugaría esa tarde. En la puerta del vestuario del equipo visitante, el que les había correspondido, se amontonaba todo el equipaje, bien a la vista, recordándoles que la derrota los mandaría de vuelta a España en el último tren. A mano, y atado de una cuerda para que nadie lo extraviara, Isidro colgó un botijo rezumante, color de arcilla, que mantenía fresco y lleno.

Los jugadores y algunos amigos como Juanito Balompédico, Bartrina o René habían entrado a saludar, animosos, y esperaban con los jugadores de pie, o sentados en las banquetas, repartiendo abrazos y palmotadas, cuando se

oyó un exabrupto, seguido de un áspero intercambio de palabras entre el seleccionador y Argüello, cuyas voces salían de un pequeño cuarto de furrielería contiguo al guardarropa. La cosa había empezado cuando el tesorero exigió conocer los nombres de los titulares antes que los futbolistas, a lo que Bru en principio se negó. Y cuando consiguió verlos, Argüello, ya fuera por sincero desacuerdo o por demostrar quién mandaba allí, se había atrevido a cuestionarlos. René decidió marcharse al punto cuando los gritos subieron de tono y los reproches empezaron a entenderse con total claridad:

—¡Te recuerdo que trabajas para la Federación o, lo que es lo mismo, para mí, así que no vuelvas a negarme ninguna información jamás! —gritó Argüello.

—¡Y yo te recuerdo que esta lista es criterio técnico y no tengo por qué explicar cosas de las que soy el único responsable! —replicó Bru.

—Yo solo opino, ¿no decías que eso es bueno? Pero tú no quieres entender que aquí influyen otras cosas que el criterio técnico.

—¿Y vas a hacer el equipo para contentar a las federaciones?

—No es eso, pero tú podrías incluir...

—Veo que quieres hacer la lista tú. ¿Por qué no me cesas?

—¡No me tientes, Paco, no me tientes!

Los jugadores resoplaban en la caseta.

Lemmel, claro partidario de Bru, quemaba los nervios revisando su maletín de masajista y masticaba con furia un trozo grueso de cuero de los que llevaba como mordedor por si tenía que zurcirle una brecha a alguno.

—Yo entro, Isidro. Un minuto más y te juro que entro —repitió varias veces entre colmillos.

El utillero respondió en voz alta y clara, más por tranquilizar los ánimos de todos que por contestarle:

—Bah, ya se sabe, perro ladrador... Seguro que salen tan amigos. Si de estas hemos visto tós unas cuantas ya.

Isidro había colocado diez camisetas rojas y otros tantos pantalones azules en un largo banco sueco. Fue una sorpresa para todos, pues el pantalón oficial de la uniformidad era blanco. Le habían dicho:

«¿No llevamos el calzón blanco, Isidro? ¿No te has confundido? ¿O es para no lavar tanto después?»

«Que no, diantre, que lo ha mandao el secretario, por coincidencia de colores. El blanco les toca a los señoritos dinamarqueses», y dijo eso último con retintín.

Y ahí seguían los uniformes, doblados, perfectos y tentadores, sin saber quién los vestiría. Los futbolistas los miraban en silencio, escuchando el agrio debate que se desarrollaba a pocos metros. Resoplaban por tandas, como si hubieran establecido turnos. Ahora uno de ese escaño; luego otro de aquel; después, alguno de los que estaban en pie. Los menos, como Pichichi, parecían indiferentes a todo, pero las punteras de sus pies zigzagueaban en el aire como los de un bailarín de claqué, delatando sus nervios. Samitier miraba su reloj una y otra vez y le daba cuerda, sujetándolo entre sus manos; otros bebían agua, masticaban un cítrico o estiraban perezosamente sus músculos. Patricio, que parecía un niño grande, se calzó las botas de tacos, se levantó en calzoncillos y empezó a ajustárselas a golpes contra un zócalo de la pared, como hacía siempre, dando unos golpes tremendos en el muro. Belauste y Arrate lo miraron a una desde extremos distintos del vestuario.

—Tranquilo, Arabolaza, tiempo habrá de eso —sugirió Arrate.

—Si estoy tranquilo —contestó Patricio muy sereno—. Es por los corchos, que son nuevos y hay que domarlos.

Vázquez despertó de un encantamiento que le tenía empeñado en revisar los tacos de sus botas una y otra vez.

—Déjamelos ver.

Patricio se quitó un borceguí, se lo lanzó con la mano y el zapatero lo cazó al vuelo; dio un vistazo profesional dentro, tocó la plantilla y diagnosticó:

—Echa un chorro de alcohol, que se ablanden, y metes el pie. Así se te ahorman.

Cuando Vázquez dijo la última palabra, todos se dieron cuenta de que el vestuario estaba en completo silencio. Las voces de Argüello y Bru habían dejado de oírse. Al poco, se abrió la puerta y los dos hombres aparecieron muy serios, sin el menor síntoma de sofoco. Bru ocupó el centro del vestuario con seguridad, entre los uniformes y el pelotón de jugadores.

Argüello se hizo a un lado, con cara seria y los labios apretados, sin dar pistas sobre su estado de ánimo. Los dos hombres estaban habituados a librar

batallas peores, pero sin duda, ninguna antes de un partido tan trascendental como aquel.

La voz de Bru sonó serena y segura, sin titubeos:

—Muchachos, es un honor estar aquí, con todos vosotros. Pero solo pueden jugar once, así que voy a decir el equipo.

Las caras de su audiencia se tensaron. Unos mostraban los nervios que sentían dentro, otros trataban de ocultarlos. Ricardo apretó sus puños en un gesto de boxeador más que de guardameta.

—En la portería, Zamora.

Ricardo resopló. Notó la palmada de Sami y de Sancho en su pierna y en su espalda, felicitándolo. No pudo evitar una mirada de soslayo hacia Agustín Eizaguirre, el otro *goalkeeper*, más experto que él. Lo vio mover la cabeza con fastidio y quedarse mirando el techo como si de ahí colgara el libro de reclamaciones. Alguna queja se oyó en el vestuario, pero no fue suya. Argüello abrió bien los ojos, atento a las reacciones del equipo, pero Bru siguió leyendo su lista muy tranquilo, sin hacer caso aparente a los jugadores ni a sus comentarios.

—En la defensa, Otero y Arrate.

Vallana cerró los ojos y chascó la lengua con fastidio. Esta vez, los sonidos de sorpresa se dejaron oír con mayor claridad. Argüello y Lemmel se agitaron inquietos. Bru, impávido, los miró un instante y siguió con su lista:

—Medio derecha, Samitier. Mediocentro, Josemari Belauste.

—Hombre, por fin uno del Athletic —susurró alguien.

Bru levantó una ceja y paseó la vista por el grupo buscando al comentarista, pero nadie se significó, y dijo:

—Josemari, tú serás el capitán. Medio izquierda, Eguiazábal. Y de *forwards* Pagaza, Sesúmaga, Patricio, Pichichi... y Acedo.

Vázquez dejó caer sus botas al suelo decepcionado. Había sido el máximo goleador de la preparación en Vigo, aunque eso quedaba ya muy lejos. Tanto jugar como quedarse fuera entraba dentro de lo posible. Algo parecido pasó con Moncho, Sancho, Artola, Carrasco, Sabino y Silverio, es decir, el resto de los que no iban a jugar.

La lectura terminó. Bru había dado los once nombres y, sin embargo, nadie se movía. Había una tensión inflamable en el ambiente, como si todos

supieran que algo estaba a punto de estallar. Bru se dio cuenta enseguida.

—¿Es que no pensáis cambiaros?

Miró a Patricio, que a su vez intercambió un vistazo con Vallana y con alguno más, como Artola. Pero nadie hablaba.

Samitier iba a levantarse para coger un uniforme y Ricardo le puso una mano en el costado para detenerlo. Sami podía ser el chispazo que provocara la explosión. Se quedaron quietos.

Bru clavó los ojos en Belauste.

—Capitán, haz que el equipo se vista.

Josemari se irguió en el escaño y su cabeza llegó hasta la percha.

Pasó un segundo, dos, tres, poco más, que se hicieron largos como siglos. Belauste alzó una mano, agarró la percha del colgador y empezó a quitarse la chaqueta.

—¡Aúpa, chavales, a vestirse! ¡Hay que jugar un partido, nada más!

Tras Josemari, otros se levantaron, Pichichi el primero. Arrate y Otero después; luego el resto del equipo.

Los suplentes empezaron a animar a sus compañeros: Moncho Gil fue a abrazar a Otero; Sancho estrechó las manos de Zamora, Sesúмага y Sami y se quedó mirando a Josemari, su rival por el puesto. Belauste le hizo una inclinación de cabeza y Sancho se acercó a estrecharle la mano.

—Suerte, Josemari.

—Gracias, Sancho.

Zamora se empezó a desnudar con la energía de quien va a saltar al agua helada. Eizaguirre, el excelente guardameta de la Real, se levantó, pasó andando despacio junto a la montaña de maletas y salió del vestuario sin hablar con nadie. Al poco rato los demás suplentes lo siguieron.

Bru, que no se había movido de su sitio, miró a Argüello. No hubo gestos, pero el mensaje estaba claro: «¿Lo ves? Todo estaba controlado». Sin embargo, la misma voz de antes, casi un suspiro, se oyó en el vestuario:

—Bueno, pues que jueguen esos. Ya le pedirán responsabilidades en España.

Argüello asintió. La batalla no estaba ganada. En el fútbol siempre mandan los resultados.

Los jugadores elegidos se fueron desnudando y se acercaron al banquillo

para recoger los uniformes. Fue un momento mágico, el de agarrar la camisa roja sangre, con el león de Brabante en el pecho. Arrate se la puso como quien se pone un pijama, sin ritual de ninguna clase. Sin embargo, Otero se la ajustaba como un caballero se ciñe el peto de su armadura. Los dos debían trabajar juntos en la defensa. Una vez vestidos, hicieron chocar sus manos y las dejaron unidas, como en un pulso.

—A por todas, Arrate.

—A por todas, Otero.

Al enorme Belauste la camiseta le quedaba más justa que a nadie.

—¡Pero hombre, Cañas, que esto no se da de sí nunca!

Isidro abrió los brazos como disculpa.

—Pues no hay talla más grande. Y por estas que yo no hago más que estirla, Belauste.

—Mientras no se rompa... —se conformó el bilbaíno.

Luego Josemari se sentó al lado de Pichichi para ponerse las botas.

—Quién nos lo iba a decir, Rafael —susurró en voz baja.

—¿El qué, pues?

—Que íbamos a ver a Arrate llevando un león en el pecho.

Pichichi se rio sin ruido, solo dejando escapar aire como un fuelle. Un león es el símbolo de los bilbaínos. Para colmo, Belauste gritó a sus compañeros:

—¡Aúpa, leones! ¡Vamos a por esos dinamarquesitos, para enseñarles cómo jugamos a esto en España!

Ricardo se vistió con su ritual de siempre. Todo tenía un orden, un motivo anclado en una victoria del pasado; era una superstición. Primero las medias negras, luego las rodilleras, el calzón, el jersey, las botas. De abajo hacia arriba, de izquierda a derecha.

El *sweater* era nuevo, impecable, y lo había encargado a Inglaterra especialmente para su primer partido en la Olimpiada. Se sintió fuerte y poderoso armado con todas aquellas prendas, que para él eran como amuletos. Pero al tomar asiento para amarrarse las botas, notó el corazón latiendo con fuerza contra su rodilla, más de lo habitual, e hizo una respiración profunda para relajarse. «Solo es un partido», se repitió, como bien había dicho Josemari. Y había jugado cientos. Pero el corazón seguía

latiendo por su cuenta.

Bru se había cambiado de ropa también, para vestirse de negro. A su lado, en el asiento, tenía un banderín de linier. Cuando todos estuvieron listos, el seleccionador se plantó ante ellos, como en aquella anécdota del revólver, y habló con voz potente:

—Chavales, los daneses son favoritos. Dicen que son los mejores *amateurs* del mundo. Son más expertos que nosotros, han preparado al equipo a conciencia y algunos juegan en Inglaterra. —Abrió los brazos asumiendo una realidad incontestable—. Sería lógico que ganaran; es la ley del más fuerte, ley de vida.

Sus palabras dejaron a todos un poco descolocados. Argüello carraspeó de forma sonora, sin comprender. Manolo Lemmel miraba a Bru como si se hubiera vuelto loco. El seleccionador prosiguió:

—Puede que sean mejores. Pero... ¿a quién no le gusta saltarse una ley de vez en cuando? Si todas las leyes se cumplieran, no estaríamos aquí. ¡Así que hoy no hay leyes que valgan, menos jugar como sabéis y darlo todo por esta camiseta color sangre! ¡Venga, chavales! ¡Coño, que os lo dice un árbitro y os juro que a poco que pueda les marco un fuera de juego!

Y agitó el banderín en el aire. Algunos reían y otros gritaron:

—¡A ganar!

—¡Vamos vamos!

—¡Aúpa, leones!

Ese grito se repitió de garganta en garganta mientras algunos agitaban el dibujo que llevaban sobre el pecho. Sami daba unos saltos tremendos de calentamiento, ganándose su apodo de Langosta, y los últimos ajustes de las botas se hicieron a coces contra el muro.

Bru salió del vestuario. El árbitro principal lo esperaba en el pasillo. Se estrecharon las manos. Del guardarropa danés, además de gritos de ánimo, salió otro linier, vestido como Bru, que se unió a ellos. Tras los saludos, el *referee* los confrontó:

—Espero de ustedes dos que se comporten como *sportmen*, caballeros, sin favorecer a sus respectivos países. Ahora son jueces olímpicos y deben procurar ser justos. A la menor sospecha de que están ayudando a un equipo, no volveré a consultarles y me guiaré solo por mi criterio. Y si persisten, les

expulsaré del campo. ¿Queda claro?

Bru contestó que sí, que estaba clarísimo. Es probable que supiera mejor que nadie lo que significaba ser árbitro y también que no hubiera juez más insobornable que él ejerciendo esa función. Lo que había dicho en el vestuario no era del todo cierto: aquel día no iba a ser una excepción. Sin embargo, estar en la banda le permitiría moverse con libertad cerca de los jugadores para darles instrucciones. Y podría vigilar al otro linier, puesto por el equipo contrario. Si él se atrevía a hacer trampas, la cosa esa de los principios podría cambiar.

Los suplentes, vestidos de calle, salieron de los vestuarios por la puerta del *chalet* de la ladera. Bajaban serios, ya fuera por la tensión del momento o por la vivida antes, en el vestuario.

Los saludamos como incondicionales de una banda de la porra, como *supporters* enfervorecidos, y empezaron las especulaciones sobre el once definitivo: cuando vimos a Artola supimos que jugaría Samitier; al aparecer Vallana, que el elegido era Otero, y así, puesto por puesto. Sobra decir que uno me intrigaba por encima de los demás. En las tribunas, cerca de nosotros, vi sentarse a Agustín Eizaguirre, grave y circunspecto, y sonreí: jugaría Ricardo.

Los árbitros, uno de ellos Bru, bajaron al campo, y nuestro seleccionador, convertido en linier de pantalón y jersey negros, se dedicó a revisar a conciencia la red de una de las porterías.

Tras ellos salieron los daneses, vistiendo camisola azul. Una ovación estalló entre sus nacionales y la mayoría del público, que se prolongó mientras bajaron alineados por la grada, en un paseo triunfal inigualable. Eran los favoritos, con aura de campeones. La gente los tocaba, aplaudía y palmeaba la espalda, cediéndoles un estrecho pasillo.

Los vítores del público llegaron hasta el vestuario español. Belauste les gritó con voz poderosa:

—¡Ahí vamos!, ¡aúpa, chavales!

Ricardo sintió un temblor en las piernas, una flojedad rara en él que, por desgracia, no le resultaba desconocida. Le estaba pasando lo mismo que el día que debutó en un partido de verdad con el University, siendo un crío de trece años, ¡nada menos que contra el primer equipo del Barcelona! Era un

sueño, un par de años antes todavía jugaba en la plaza de Sepúlveda, a veces con balones de trapo. En aquel primer partido le metieron un saco de *goals* en la primera parte. El *University* era un equipo de artistas del balón como Kinké, hermano menor de Pakán, que no defendían jamás. Al llegar el descanso, Ricardo se fue al vestuario tembloroso y cabizbajo, temiéndose algún reproche o un silencio acusador de los compañeros. Cuando le preguntaron qué le pasaba, se atrevió a murmurar:

«Yo no quería ser *goalkíper*. Yo quería ser delantero.»

Se rieron.

«Pero ¿qué dices? ¡Si eres un fenómeno!»

«Pero... si nos han metido seis.»

«¿Y los que has parado? Has estado colosal, *nano*. ¡Colosal!»

Le dieron friegas de alcohol, le chillaron lo bueno que era y le palmotearon el pecho para sacudirle el miedo. Como todavía lo veían asustado, se le acercó Kinké con una copa de brandy.

«Tómate esto de un trago.»

«¿Qué es?»

«Tú bebe.»

Nosecuántos gritos y copazos de coñac después, Ricardo salió al campo enardecido como un huno, dispuesto a comerse al rival. Ese día solo le hicieron dos o tres goles más. Los chicos del *University* no serían los mejores futbolistas de la historia, pero le enseñaron lo que era el compañerismo.

Desde entonces, las piernas no le habían vuelto a temblar nunca. Hasta ese momento, en Bruselas. Como no era cosa de tomarse un coñac, pensó en las acertadas palabras de Belauste. Solo tenía que hacer lo que más le gustaba en el mundo: jugar un partido. Y el temblor se esfumó.

Se ajustó la gorra, como hizo en Gijón, antes del *penalty*. Siempre que hacía ese gesto recordaba a sus padres, Francisco y Amparo, y después besaba una medallita que ella le regaló; después no volvía a pensar en nada que no formara parte del juego. Ese día —no sé si sería cierto— me dijo que se acordó de que yo estaría allí. Chocó su puño con Sami, dio unos pasos para ocupar su lugar en la fila que se iba formando y oyó la voz del capitán ordenando a todos ponerse en marcha. Un instante después, la luz del exterior

cegó un instante sus ojos.

Papá había aplaudido por cortesía a los daneses. Al ver a los nuestros, tomó aire y me miró.

—Qué momento, hija. Qué momento.

Tuve que morderme el carrillo para no echarme a llorar. Nos pusimos en pie, mirando ladera arriba.

Una hemorragia de camisetas rojas salió de la casita de la loma. Entre los primeros, gigante inconfundible, Belauste; luego, el resto. Cerrando el grupo, como siempre, Ricardo Zamora. Cuando por fin pisaron la hierba, me dolían las manos de aplaudir.

Caía una fina lluvia. En la banda, la blanca camisa de Lemmel — abotonada hasta el cuello y pautada por sus sempiternos tirantes— contrastaba con el azabache de Bru. El masajista resopló: era un flan por dentro y por fuera.

—¿Todo bien, Manolo? —preguntó Bru.

—Es la Olimpiada, Paco. Estamos aquí.

—Sí. Estamos aquí.

A las tres y media en punto sonó el pitido del árbitro y Patricio Arabolaza puso el balón en juego.

17

El partido contra Dinamarca se me pasó volando. Los diez primeros minutos estaba tan nerviosa que no dejaba de ponerme en pie, provocando la tímida protesta de un flemático corresponsal de Copenhague que ocupaba un asiento justo detrás del mío.

Los daneses tardaron muy poco en asediar nuestra portería y Ricardo tuvo que emplearse a fondo para echar la pelota al rincón, evitando su primer *goal*. Desde entonces vivimos en un constante sobresalto. Los peligrosos ataques daneses desconcertaban a nuestros jugadores, que corrían atolondrados y provocaban que el corazón batiera en mi pecho como un martinete en la plancha de hojalata. Vigilaba con rápidos vistazos a mi padre, por si el partido fuera demasiado emocionante para él, cuando vi acercarse por la grada a Lola. Saludó como quien va de paseo, relajada y ausente del drama del encuentro. Llegó hasta mí pidiendo paso y se sentó a mi lado.

—¿Qué clima tan infame, *darling*! —protestó—; la lluvia casi arruina mi peinado, he tenido que ponerme lo primero que he encontrado para venir a Bruselas.

Lo primero que había encontrado era un sombrero con largas y bailonas *aigrettes* que revoloteaban ante los ojos del informador dinamarqués cada vez que ella se movía.

—Tú vas monísima, por cierto —continuó, ignorando el partido—, pero ayer vi un corte de pelo espectacular en una revista que te sentaría divinamente.

—¿Eh? Lola, no estoy para eso ahora. Estos daneses son muy buenos.

El árbitro principal detuvo el juego, se acercó corriendo hasta Zamora, intercambió alguna frase con él y el guardameta dio un fuerte silbido a Isidro,

señalando su *sweater* azul claro. Ni corto ni perezoso, Ricardo desnudó su torso y así se quedó, hasta que el utillero llegó a la carrera para entregarle otro jersey oscuro, de cuello vuelto. Me di cuenta de que Lola se estaba regalando la vista con sus pequeños prismáticos mientras Ricardo se cambiaba delante de todo el mundo.

—¿Dices que son buenos? Dudo mucho que sean mejores que esto, querida.

La miré de reojo, huraña. Ahora pienso que su entusiasmo no era para menos; sin embargo, entonces me molestó a rabiar.

A partir de entonces, contagiada por un repentino fervor patriótico, Lola empezó a jalearse a España con silbidos de marinero. El martillo de mi pecho se convirtió en punzón: ¡estaba teniendo mi primer ataque de celos!

—No sabía que te gustara tanto el fútbol —le dije.

—Y no me gusta. Pero sería una pena que nuestros chicos se fueran tan pronto a casa. ¡Ya quedan tan pocos por aquí...!

Volqué mi enojo en los rivales del campo, levantándome a menudo de mi asiento, para desesperación del reportero danés, que ya tenía bastante con esquivar el penacho danzante de plumas que flotaba sobre la cabeza de Lola.

Nuestro equipo no encontraba respiro, asfixiado por los ataques imaginativos y elegantes de los daneses. El acoso era continuo y Bru, desde su puesto de linier en la línea de cal, no paraba de dar instrucciones a los nuestros, cada vez con menor disimulo: «¡Josemari, que no pase ni uno más!», «¡Sami, pégate a ese!».

Ricardo se multiplicaba, volando por los aires o arrastrándose por la hierba para hacerse con la pelota; si no podía, la echaba fuera, desviándola con la punta de los dedos en el último suspiro o lanzándola lejos de un formidable codazo, acciones que despertaban el «Oh» admirado del público. Uno de aquellos despejes asombrosos llegó hasta el medio campo y Pagaza, por la banda derecha del ataque, se hizo con el balón. En su carrera, pasó —no sé cómo— entre dos contrarios y se fue directo a la portería danesa. A su lado, por fuera de la línea de cal, corría Bru vestido de linier y mascullando para que no le oyera el árbitro:

—¡A Patricio, a Patricio, de prisa, que está solo!

El citado, con ese andar torpón suyo de pies planos que confundía a los

defensas, pedía el balón con disimulo entre los dos *backs* gigantes de Dinamarca, ¡como si fuera posible pasar desapercibido, vestido de rojo en medio del prado! Pagaza dio un zapatazo perfecto y Patricio, a velocidad de tralla, lanzó un *shot* fortísimo que se coló en la portería rival haciendo crujir la red.

Un silencio eterno se apoderó del estadio. Durante segundos, nadie fue capaz de reaccionar, lo que había pasado no podía estar sucediendo: Dinamarca lo hacía todo de dulce, eran mejores, construían complicadas jugadas, daban cien pases seguidos y bombardeaban sin descanso la meta española, creando ocasiones que Ricardo desbarataba de milagro, una y otra vez, y España, de un codazo y dos patadas, les había metido un *goal*.

Patricio alzó los brazos al cielo formando una uve de victoria y los españoles rompimos el aire con un arrebato de gritos y olés, saltando de nuestros asientos como la espuma de una ola que se estampa sobre el muelle. Pero antes de que volviéramos a caer, el árbitro silbó anulando el tanto. El mismo Bru había alzado su banderín, de lo claro que fue el fuera de juego.

—Tarde, Paguiro —le dijo a Pagaza, que lo miró desolado—, Patricio estaba en *offside*.

Aterricé decepcionada en mi asiento, mientras el corresponsal de Copenhague resoplaba con desahogo y se mesaba los repeinados cabellos, justo detrás de mí.

Desde ese momento, algo cambió en el equipo danés. Espoleados, empezaron a atacar con más vigor y menos florituras. Y sabían cómo hacerlo.

Ricardo gritaba a sus defensas, sin parar de lanzarse de un lado a otro. A sus órdenes, que podíamos oír perfectamente, la línea media española se cerró para ayudar a Otero y Arrate a proteger la puerta española. Los cinco delanteros daneses, tan grandes y fuertes como nuestros dos defensas, se las arreglaban para cargar contra Zamora y, cuando podían, intentaban agarrarlo. En uno de esos enganchones le rompieron el jersey. Un delantero escandinavo se quedó con un pedazo de tejido en la mano sin que el *referee* holandés silbara falta alguna. Ricardo, lejos de quejarse, siguió volando, chocando y rodando, enfrentándose a todo. Tan pronto defendía un palo como volaba hasta el otro, corría, se arrojaba a plomo sobre los pies de los rivales o recibía la carga simultánea de dos contrarios que intentaban meterlo

a empujones en la portería con el balón. Entre el público, al principio, causó un asombro mudo su estilo, su rapidez y decisión, pero al cabo de veinte minutos, cada intervención suya levantaba una oleada de aplausos y exclamaciones de admiración. A la media hora, su nombre corría de boca en boca por la zona de prensa, tanto como él en el campo. Más de una vez los diez españoles y los once daneses se quedaron mirando cómo se estiraba en pleno vuelo para sacar un balón del ángulo más lejano de su puerta. Luego caía y se volvía a levantar como un látigo, listo para defender otro disparo. En aquel partido le dieron patadas, lo arrollaron, le pisaron las manos, era auténtica insensatez ponerse delante de aquellos atacantes desesperados, cada vez más coléricos, pero él lo hacía todo sin esfuerzo aparente; al contrario, costaba creerlo, pero se le veía disfrutando de aquello. En la grada, Eizaguirre, el segundo portero español, no se sentó en toda la primera parte, llevándose una y otra vez las manos a la cabeza, asombrado por su actuación. Otro que tampoco daba crédito a sus ojos era Sami, que llegó a pensar que Ricardo se había vuelto loco: cuando las cosas estaban más difíciles, Zamora se reía solo, hablaba retando a los contrarios y no paraba de sonreír.

Los nuestros también atacaron, con más peligro incluso, hasta llegamos a lanzar dos o tres *corners* o, como se decía entonces, saques de rincón.

El árbitro paró el juego y señaló los vestuarios. Imposible explicar cómo cuarenta y cinco minutos de tensión pueden pasar como un suspiro y parecernos un engaño del reloj, pero lo cierto es que al llegar el descanso seguíamos como al principio, cero a cero.

Las cicatrices en la hierba no dejaban lugar a dudas sobre el lugar donde se había dado la batalla. El campo más embarrado era el español y el lugar más pisoteado, la portería de Ricardo.

Los *reporters* extranjeros nos buscaban para preguntarnos por él: «¿Cómo se pronuncia su nombre? ¿“Samorra”?», «¿Qué edad tiene ese coloso?», «¿A qué club pertenece?». ... Hasta el momento, era el héroe incontestable del partido.

Ricardo, con el jersey roto y enlodado, subió al *chalet* de los vestuarios con la dignidad ceremonial de quien acaba de ser coronado. Un enjambre de compañeros lo rodeaba demostrando su admiración: «Vaya partido estás haciendo, chaval», «¡Formidable, chico!», «¡Buf, escalofríos me han dado

con las patadas que te han dado!», «No sé cómo sacaste ese balón», «¡Aúpa, Zamora, bravo!»...

Él callaba, con la sangre hirviendo todavía en las venas, por un miedo casi supersticioso a perder la concentración; pero la admiración era mutua. Todos estaban ayudando a contener el aluvión y aprovechaban cualquier balón perdido por los daneses para soltarles un zarpazo espeluznante. Parecía que aquellos leones del pecho se habían apoderado de los españoles. Sin embargo, más que un equipo ordenado, eran una jauría desesperada defendiéndose del ataque experto de los lobos del norte.

Los dos *teams* subieron por caminos distintos a los vestuarios y llegaron a la vez. Y allí, en la puerta del *chalet*, ocurrió algo con lo que sueña cualquier jugador: por instinto, los daneses se detuvieron, observando a los nuestros con respetuoso silencio, cediéndoles el paso. Sus ojos buscaban a Zamora. Hansen, el portero rival, le dedicó un ademán de felicitación con la cabeza, que él devolvió con caballerosidad.

—Uno sabe —me dijo después Ricardo— cuándo se cede el paso por cortesía y cuándo hay algo más. Se nos llenó el pecho de orgullo. Eso... eso hay que vivirlo.

En el vestuario el linimento, las vendas, la guata y las embrocaciones pasaban de mano en mano. Los diez minutos cortos que duró el descanso apenas dieron para sentarse un poco, poner las piernas en alto o echarles un chorro de agua fría para bajar la hinchazón; todos masticaban limones para evitar calambres, restañaban heridas y afirmaban vendajes. Aquello parecía un hospital de guerra en plena ofensiva y, sin embargo, a nadie le dolía nada. Isidro se movía frenético, masajeando con una mano y lanzando con la otra toallas limpias a quienes las pedían, hielo a los contusionados o tacos de repuesto a Vázquez, que reparaba diligente las botas en su quirófano zapateril improvisado encima de una mesa. Otero se resentía del pie y, nada más llegar, Lemmel le aplicó uno de sus milagrosos «parches porosos» y un nuevo vendaje. Era el más grave, los demás tenían los habituales golpes, arañazos y amapolones rojos que iban asomando bajo los vendajes nuevos de tobillos y rodillas. Los que no jugaban se remangaron para ayudar a Isidro y Lemmel a estirar y masajear a los compañeros, dándoles gritos de ánimo y consejos sin parar. Cuando Bru, que se había quedado fuera hablando con los otros dos

colegiados, entró en el vestuario, una sonrisa de orgullo le asomó debajo de su bigote; si a alguien le había generado dudas aquel equipo, viendo aquella escena se le habrían disipado.

Vivir esos momentos en el guardarropa habría sido una experiencia inigualable. Siempre había oído decir que en un vestuario solo hay mal olor y, a veces, mal humor; que lo que se dice o no merece la pena oírse, o no se puede publicar. Pero en esta ocasión, sentí no poder hacer lo mismo que Argüello, René, Juanito y todos los que corrieron hasta allí para compartir la gloria de aquel intermedio, entre aroma de esfuerzo y tafetanes, así que tuve que conformarme con lo que me contaron.

Para directivos y periodistas, el papel protagonizado durante aquellos tres cuartos de hora ya era suficiente para justificar el trabajo ingente de llevarlos hasta allí. Por boca de Bartrina, supimos que el marqués de Villamejor, con quien compartía palco, rebosaba entusiasmo y no paraba de elogiar la bravura del equipo:

—Don Gonzalo me ha dicho: «¡Ahora entiendo por qué daban tanta guerra estos futbolistas! ¡Son irreductibles, como los héroes del Dos de Mayo!». —Y añadió Bartrina, de su cosecha—: Lo que no sé es cómo van a soportar la segunda parte. No hay cuerpo humano que aguante ese ritmo. ¡Otero, por ejemplo, lleva cojeando toda la primera mitad y ha sacado un balón imposible de los pies de un rival, en el último minuto!

Rubryk, Handicap y otros compañeros de papá evocaban con fervor el heroísmo de Numancia, de los últimos de Filipinas, del Empecinado, de Viriato y de Cascorro, o, ya puestos en temas amberinos, la eterna lucha de Brabo y el gigante Antigoon, David contra Goliat.

A mí, con todos los respetos por aquellos héroes de sangre, lo que estaba haciendo el equipo me parecía mucho más saludable. Sería el olímpico escenario, la atracción que sentía por Ricardo o la inexplicable epidemia de patriotismo que provocan los encuentros internacionales; el caso es que anoté en mi cuaderno que aquello era nada menos que el triunfo de la civilización. ¡Si hasta me pareció que esas palabras se quedaban cortas!

El veneno pasional del fútbol, del que había visto muchos casos perdidos, me había infectado.

Bru se paseó por el vestuario para dar instrucciones, pocas y claras. La

más importante, y con sus propias palabras: «Rigorismo en las posiciones de todos», que fue corrigiendo uno por uno. El mejor síntoma de que todo iba bien era que resultaba invisible. Los jugadores asentían, metidos en el partido, confiando en su esfuerzo colectivo.

—Me parece a mí, míster —le dijo Pichichi—, que a estos hoy les podemos dar un susto. Los hemos puesto muy nerviosos.

—Sí —asintió Bru—. Ahora van a salir de otra manera, ya lo veréis, pero que ataquen, que los esperamos.

Y llegó la hora. Volvieron los gritos de ánimo, los vivas y aúpas. Subido en una banqueta, Bru dio sus últimas instrucciones y señaló a Patricio y a Pagaza diciendo:

—Y vosotros, en cuanto podáis, haced lo mismo que habéis hecho, pero sin *offside*.

—¡Descuide, míster! —respondió convencido el irundarra.

El seleccionador salió primero, para reunirse con el árbitro. Zamora hacía guantes contra su sombra ante una taquilla, esperando que se formara la fila para ponerse a la cola. Sami saltaba como un guerrero masái que quisiera atravesar el techo, preparando sus piernas. Otero apretaba los dientes para aguantar la presión del vendaje que le ceñía Lemmel y apoyó el pie en el suelo resoplando todavía. Al notarlo firme, fingió que no le dolía nada y solo dijo:

—Mejor. —Y se dispuso a ocupar un lugar en la fila.

Belauste volvió a ponerse en cabeza, los miró a todos y, a una orden suya, el equipo salió.

A un lado quedaron las maletas, testigos mudos de que esa noche aún podían volver a casa; pero esta vez nadie volvió los ojos con temor para evitar mirarlas. Algo les decía a todos que no sería así.

Juanito regresó del *chalet* a la carrera y se acercó a nosotras.

—¿Cómo está todo por ahí dentro? —le pregunté impaciente.

—Como dijo Hamlet, rey de Dinamarca, en un ser o no ser. Como lo nuestro, Lola.

—¿Lo nuestro? Y eso ¿qué es?

Las camisetas rojas asomaron al campo primero. Aplaudimos con furor y esta vez no solo batíamos palmas los españoles. El corresponsal danés, a mi espalda, tenía ahora un gesto de preocupación que me dio aún más ánimos. Sin embargo, al aparecer sus compatriotas, grandes y serios como espartanos, me recorrió un escalofrío; todavía debía jugarse la segunda parte entera y, de seguir el milagroso empate, habría incluso una prórroga. Cualquier análisis sensato de la situación solo habría admitido una conclusión: era cuestión de tiempo que los peligrosos delanteros daneses hicieran el primer *goal*.

Tomé aire y me dispuse a ver volar otros cuarenta y cinco minutos en el reloj. Sin embargo, esta vez pasó justo lo contrario.

Corría el minuto nueve cuando Josemari robó la pelota con una habilidad insólita, dado su gigantesco tamaño, y la envió a la derecha del ataque. El escurridizo Pagaza se filtró hasta el área danesa y soltó un *shot* largo que Hansen rechazó. El balón volvió a caerle a Pagaza, que en vez de tirar, dio un pase atrás para que Patricio, el pies planos, lanzara el meteorito que sacudió la red. Los mismos protagonistas del tanto anulado en la primera mitad — muy obedientes ellos— habían marcado de nuevo, esta vez en posición legal, tal como pidió el seleccionador.

La grada fue un delirio. Al abrazarme a papá y después a Lola, vi al corresponsal de Copenhague ponerse rojo de rabia, depositar en el escritorio su sombrero y cruzarse de brazos; nunca he visto a nadie enfadarse tan educadamente.

Los españoles, con espontánea costumbre taurina, lanzaron al campo una lluvia de sombreros, canotiers, periódicos, boinas, hasta una bota de vino y unos guantes; lo que tenían a mano, en definitiva, y uno de Portugalete se echó a sí mismo al prado para apretujar entre sus brazos al goleador con pasión fanática, hasta que dos gendarmes gesteros lo invitaron a volver al redil de la compostura deportiva. No era fácil dominarse. Ricardo se colgó del larguero y allí estuvo un buen rato gritando y pataleando en el aire, como un orangután, transmitiendo más alegría de la que yo había sentido nunca.

—¡Ha sido el momento más feliz de mi vida, Patricio! —le dijo al goleador estrujándolo emocionado al final del partido, como todos los demás, en el único rato en que nadie lo estrujaba a él.

Porque si Patricio había marcado el *goal*, faltando todavía treinta y cinco

minutos por jugarse, Ricardo evitó diez o doce durante todo el partido, sin exagerar.

A partir del *goal*, la alegría se volvió temor: antes no teníamos nada que perder, pero después podíamos perderlo todo. Fue angustioso, el reloj padecía una parálisis preocupante y volví a temer por el corazón de papá. Yo misma temblaba y me conmovía con los balones de *goal* que Ricardo sacaba de la puerta de maneras inverosímiles. Esa última media hora, según recordaba él mismo años después, fue de las más duras que había vivido jamás. El profesional del Chelsea, Middelboe, gigantesco como Belauste, dejó su puesto en la defensa y se pegó a Ricardo, como delantero centro. A partir de entonces, en el campo se acabaron las mandangas del juramento olímpico.

En el acoso final, Samitier robó con bravura una pelota y el mediocentro rival lo derribó de una patada sin miramientos, mandándolo fuera del campo. Un pelotón de voluntariosos médicos belgas se echó encima del barcelonés para atenderlo. En el terreno de juego, la batalla se recrudecía y el único interés de Sami era regresar cuanto antes al césped. Sin embargo, los concienzudos galenos lo alzaron en volandas, alejándolo del *field* a un pasillo bajo la grada y empezaron a vendarlo. Se negaban rotundos a que regresara al partido, incluso amenazaban con mandarlo derecho al hospital en ambulancia. Desesperado, Sami vio acercarse la camisa blanca y los tirantes de Lemmel, que lo buscaba maletín en mano.

—¡Tú solo, Lemmel! ¡Tú solo! ¡Que estos me mandan con González!

Pep le abrió sitio a empujones; Lemmel apañó la herida con un parche de los suyos, lo bañó en agua milagrosa y lo ayudó a levantarse. Sin pedir permiso al árbitro —que a esas alturas ya no pintaba gran cosa—, Sami echó a correr, renqueante pero decidido, dentro del campo, tras el primer danés que pisó por su zona.

Volvíamos a tener once jugadores en el césped, pero los rivales parecían más, muchos más. Y seguía siendo solo cuestión de tiempo que igualaran el marcador. Hasta Lola se mordía las uñas.

—¡A ver, *si us plau!* ¡Juntarse más! ¡Atentos...!

Passavolant (o José María Co de Triola, como se prefiera) tuvo que

retroceder un paso largo para abarcar a todos dentro de la imagen de su cámara. Él, hombre tranquilo y habituado a obtener imágenes deportivas por tierra, mar y aire, estaba tan nervioso como el resto. Cada vez que iba a destapar la cámara, se oía una voz que decía:

—¡Aguarda, Passavolant, que faltan esos!

Esta vez, su tocayo Samitier le advertía que faltaba Otero, que llegaba saltando a la pata coja hasta abrazarse a Bru, al fondo del grupo.

Ante el objetivo se amontonaban jugadores, periodistas y aficionados españoles apretujándose para salir en la foto, un recuerdo palpable de aquel día: los internacionales con su león en el pecho, empapados de sudor y barro, acalorados todavía por el esfuerzo, secándose con toallas y reponiendo un litro de agua de un solo trago; el resto, con abrigos y gabardinas, unos cubiertos y otros sin cubrir, porque habían perdido sus sombreros al arrojarlos al campo en la celebración del insólito *goal* de Patricio, apenas media hora antes. Todos con caras felicísimas, porque además del debut, España había vencido a un gigante. René Petit, radiante de satisfacción, se acercó a nosotros gritando y riendo, con lágrimas en los ojos:

—¡Es de locos! ¡No se dan cuenta de lo que han hecho! ¡Ganarle a Dinamarca!

Durante la foto, el dolor hacía resoplar a Sami a medida que se enfriaba la cadera, pero era un hombre feliz. ¡Hasta chutó a puerta en esos últimos minutos que estuvo en el campo! Se lo estaba contando a García Alsina y a otros paisanos que reían y lo palmoteaban sin cesar. Sami posaba de pie porque no podía doblar la pierna. Tenía un moratón enorme, con los tacos marcados de una bota rival.

A su lado estaba Eguiazábal, al que abrazaba un desconocido que aseguraba ser de su pueblo. Más abajo y sentados en el suelo, el impecable Acedo, siempre como si saliera una peluquería de caballeros, y Pichichi, con una sonrisa desconocida y un tupé accidental, formado al quitarse el pañuelo de cuatro nudos. A su vera posaba Lemmel, con cara preocupada, pensando probablemente en el trabajo de recuperación de tantos lisiados. Y acomodados en el suelo, aplastados por el agotamiento pero felices, Pagaza, con una toalla empapada en la cabeza, y Patricio, más tranquilo que nadie y sentado con las piernas estiradas, como un bebé sonrosado de noventa kilos

de peso.

Los últimos llegaron a la carrera y con ellos René Petit, que era de los que habían perdido su sombrero en la celebración, en su caso el quepis, porque siempre tenía que ir uniformado. También papá se sumó al grupo, al amparo del buen árbol que era Belauste.

Passavolant, el fotógrafo, amasaba el aire con las manos.

—¡Vamos, hombre, apretarse más o tendré que irme a Barcelona a hacer la foto! ¡Que se os va a ver muy pequeños, tú!

El vozarrón de Argüello sonó con autoridad:

—¡Un momento, Passavolant, que faltamos el doctor y el menda!

Bartrina y Argüello se acomodaron: el tesorero junto a Bru, entre los últimos de atrás; el doctor, despojado de su seriedad y firmeza, se puso delante, sentado en el suelo, en primera fila. Nunca lo había visto así de relajado; por su cara asomaba el niño que fue. Era un placer contagioso ver tanta satisfacción en los rostros. Y todo porque había entrado aquel balón de Patricio y no los cien otros del rival. Y de eso, quien más mérito tenía era Ricardo. Estaba en medio de todos, rodilla en tierra, con el jersey oscuro que llevó en la segunda parte, sustituyendo el roto. Con Patricio, era el ídolo del momento. Todos le alborotaban el pelo, le pellizcaban las mejillas, lo besaban en la frente. En la foto se le ve tan joven, tan niño aún... Sin embargo, en el campo había demostrado ser un titán, un fuera de serie.

Al gigante del Chelsea, Middelboe, Ricardo lo recordaba como una pesadilla:

—Me ha pisado, me ha arañado, me ha pegado, me ha hecho placajes de rugby, ¡si hasta me ha bajado los pantalones y me ha escupido para provocarme! Ese angelito me ha dado un curso de todo lo que se le puede hacer a un portero, y el turista holandés ese —se refería al árbitro— no se ha dado cuenta de nada. Encima, al terminar el *match*, he visto a Middelboe venir corriendo hacia mí como una locomotora y he pensado: pues si este quiere bronca, la va a tener. Pero al llegar a mi lado, me ha tendido la mano, ha inclinado la cabeza, muy ceremonioso, y ha estado diciéndome cosas que debían ser estupendas, poesía pura, por la cara que ponía el tío, pero yo no entendí nada. Solo sé que me dolía todo el cuerpo, porque... ¡me ha dado más cera que Jack Dempsey!

Yo contemplaba a Ricardo mientras terminaba de hablar, él se dio cuenta y me guiñó un ojo. No fue un gesto frívolo; su mirada se quedó conmigo desde ese momento, con una cálida sonrisa. Una voz me sacó de mi embeleso:

—¿No quiere posar, señorita?

A mi lado, Co de Triola esperaba mi respuesta antes de hacer la fotografía. Claro que quería, pero como no habría podido llegar hasta el lugar que deseaba, en el centro, pegada a Ricardo, respondí «No, gracias» y Passavolant devolvió su atención al grupo.

—¡Ojo, que el que se mueva no sale! ¡Pajarito!

Con tanta espera, alguno ni se enteró. Samitier se giró para mirar atrás justo en el momento del disparo y quedó eternamente de espaldas en la fotografía de recuerdo de la primera victoria de España. Passavolant respiró satisfecho.

—Costó más que guanyar el partit, tu! —Y volviéndose a mí, añadió sonriendo—: La foto más caótica que he hecho en mi vida, ¡pero me encanta!

Los comisarios olímpicos nos echaron de allí porque en pocos minutos debía comenzar el siguiente encuentro entre Holanda y Luxemburgo. Verlo sería una fiesta.

Los jugadores se fueron ladera arriba, camino del vestuario, achacosos, como procesionarios a Lourdes.

Lemmel abrazó a Bru, delante de nosotros. Les oí decir:

—A ver cómo arreglo esto, jefe. Mañana vamos a tener bajas.

—Ya me imagino —contestó el seleccionador—. ¡Si estoy cansado yo!

Argüello se acercó, con los médicos Bartrina y García Alsina, y anunció:

—Entrenador, esta noche cenamos todos con el Comité Español.

—En teoría celebramos el final del congreso del COI —apuntó Bartrina—, aunque hoy nos han dado ustedes un motivo adicional para festejar. ¿A las ocho en punto, en nuestro hotel?

—¿Hoy? ¿No sería mejor mañana? Perdonen, pero... —Bru no le veía sentido—. ¡Si mañana a las tres jugamos contra los belgas en Amberes!

—¿Y qué? —dijo seco Argüello—. Las victorias hay que celebrarlas, digo yo. ¡No todos los días ganan los muchachos a una potencia mundial!

—Hombre, gracias, como yo no he hecho nada...

—Pues, para empezar, podías haber dado el *goal* de Patricio legal, en la primera parte, en vez de levantar la banderita. Habríamos sufrido menos.

—¿Y que Eymers me recusara el resto del partido? Ni hablar. Yo tenía que estar ahí, dando instrucciones. He barrido para casa lo que he podido.

Bartrina medió, cordial, para evitar que se enzarzaran en una disputa de las suyas:

—Bueno bueno... Cenar tendrán ustedes que cenar, digo yo. Prometo agilizar el servicio y acortar en lo posible los discursos de personalidades.

—Pero ¿habrá discursos también? —Bru estaba horrorizado con el plan.

—No seas cenizo, Paco. Discursos y lo que haga falta. Hoy hay que celebrar por todo lo alto. Esto es un hito: primer partido de la selección española y victoria inolvidable. Y mañana será otro día.

—Pero los chicos tienen que descansar.

—Y van a hacerlo —intervino García Alsina—. Comprenda usted que si se van a la cama sin soltar los nervios, no pegarán ojo. Mejor será que se relajen un poco antes, digo yo.

Argüello dio por zanjado el asunto y se volvió hacia Bartrina, formal:

—No se hable más, señor secretario, aceptamos la invitación del Comité. Que no se diga que los del fútbol no somos agradecidos.

Bru cerró el pico. Habría preferido una cena sencilla, en familia, festejando lo bueno del partido y corrigiendo lo malo, que había sido mucho. El partido del día siguiente contra los anfitriones, que además estarían frescos, no era para entregarse a celebraciones. Argüello quería congraciarse con el COE y el momento era inmejorable, pues llegaría como triunfador. A Bru le tocaba callar, acatar la decisión y morderse la lengua. Otra vez más, los politiqueos imponían su extraña lógica sobre el criterio experto y el sentido común. A su lado, Lemmel se mordía los carrillos por dentro de la boca para no abrirla, con la vista clavada en cualquier objeto lejano: estaba claro que pensaba igual que él.

Bartrina nos comunicó que el COE invitaría de forma extraoficial también a algunos periodistas, si deseábamos acudir. Nosotros no llevábamos equipaje para hacer noche en Bruselas y no era cuestión de esperar el último tren para hacer viaje de vuelta a Amberes, de modo que rechazamos el ofrecimiento. Además, papá necesitaba descansar. Sintiéndolo en el alma, tuve que

conformarme con besar a Ricardo en las dos mejillas, como a Sami y a otros héroes del día, y subí al tren en compañía de otros periodistas. Entre los pocos que se quedaron a la cena estuvo Rubryk, que consiguió un alojamiento para aquella noche. Cómo se notaba el poderío de los medios más importantes.

Antes de salir de Bruselas, enviamos una nota telegráfica a nuestros respectivos periódicos dando noticia de la victoria española. La intención era que en los cafés y terrazas, mentideros del fútbol español, pudiera propagarse la gran noticia de que seguíamos en la competición. Cosa muy distinta era que a esas horas del sábado lo llegaran a publicar, ni siquiera el domingo, cuya edición ya estaría cerrada. Y como los lunes no había prensa gracias a las conquistas laborales del año 19, la mayoría del público no tendría noticia fehaciente de aquella hazaña hasta el martes. Papá se encogió de hombros cuando se lo hice ver y solo dijo:

—Pero, hija, ¿qué prisa hay? Las buenas noticias siempre son bienvenidas, aunque lleguen tarde.

Pero eso debía cambiar. Entre otras cosas, porque desde el sábado hasta el martes pasarían muchas, muchas más cosas. Ojalá para entonces hubiera todavía ganas de celebrar aquella enorme victoria.

De momento, en Amberes, todos nos felicitaban. La derrota danesa era el segundo bombazo del día. El primero, y sin duda más sonado, lo dio Noruega doblegando a Inglaterra en el estadio olímpico, a la misma hora que nosotros ganábamos a Dinamarca. Los dos favoritos, campeón y subcampeón olímpico, habían caído a la vez. Durante la cena, evocamos hasta la saciedad el partido, Juanito recreó alguna parada de Ricardo con un gracioso «futboleo de salón» y nos atrevimos a especular con ilusionantes fantasías, que *a priori* no parecían descabelladas: habíamos visto jugar a los checos, el tercer equipo grande en discordia, y no parecíamos peores. Al lado de los daneses, cualquier otro rival era asequible. Por frescos que estuvieran, los belgas no serían mucho mejores que los franceses, que tenían un equipo inferior al nuestro. Además, habían sido derrotados durante su preparación por Egipto, en un encuentro amistoso. Visto el juego español y nuestra pegada, todo era posible. Papá y Juanito hasta apostaban por estar en la final, luchando por el oro.

Al llegar al hotel, papá y yo nos dimos un largo abrazo de buenas noches. Irradiaba felicidad. El día tantos años soñado había llegado, por fin, y resultó ser un día perfecto. Desde el cuarto de baño me contó la victoria española como si no hubiera visto el encuentro y luego le oí darme las buenas noches como si yo fuera mi madre.

Apagó la luz y poco después roncaba como un bendito.

Me di cuenta de la suerte que teníamos. Sentada en la misma cama que había sido de Ricardo, anoté la avalancha de emociones que había vivido. De eso también está hecho el deporte. A veces pienso si no será lo más importante.

18

—Con Otero no podremos contar por lo menos en tres o cuatro días. Le he visto el pie esta mañana y no tiene buena pinta; a saber cuándo estará disponible.

Lemmel hablaba en voz baja y, entre frases, daba una calada nerviosa a su cigarrillo, fumando a hurtadillas, como si le diera vergüenza que lo vieran. Bru lo escuchaba, abstraído, recolectando despacio las miguitas de *croissant* de su plato, únicos restos del copioso desayuno americano-continental que servían en el hotel de Bruselas, y se las iba llevando a la boca, paladeándolas como si en ellas estuviera la solución a sus problemas.

En breve debían viajar a Amberes para jugar su segundo partido en menos de veinticuatro horas. Antes de hacer cualquier alineación, tocaba enfrentarse a la realidad: el duro recuento de bajas, y las perspectivas no eran demasiado halagüeñas.

Sus futbolistas desayunaban a pocos metros de ellos, alrededor de dos mesas redondas en las que había gafas de sol, mucho sueño y risas fáciles. El buen humor les hizo improvisar un juego: cada vez que aparecía un nuevo compañero, adormilado y renqueante por el pasillo para desayunar, lo observaban en absoluto silencio; cuando el achacoso se daba cuenta, se esforzaba en disimular y los compañeros estallaban en una ruidosa carcajada, seguida de comentarios burlones: «¡No disimules, tramposo, que te hemos visto cojear!», «¡Seguro que luego dices que no te duele nada!», «¡Este no juega, entrenador, que va lisiado!», «¡A la Cruz Roja, con González!».

Zamora y Sami aparecieron cargados con la prensa del día y la compartieron con los compañeros de la mesa.

Lemmel siguió con el parte de guerra, siempre en voz baja:

—Después está lo de Belauste. Tiene un golpe en la cadera, que en frío no lo deja moverse y en caliente, puf... —resopló—, le hace ver las estrellas. Me da miedo que fuerce, por su espalda; así que tenemos que descartarlo, a no ser que prefieras que juegue cojo.

Bru sacudió la cabeza preocupado.

—Sin Otero y sin Josemari perdemos mucho atrás.

Lemmel se encogió de hombros intentando animarlo.

—Los sustitutos, Vallana y Sancho, no son mancos. Y estarán frescos.

—Lo sé, lo sé, Manolo, pero no es lo mismo. Por lo que sabemos, los belgas son rápidos y querrán dominar el centro del campo. En fin, sigue. ¿Cómo va Samitier?

—Pues mejor, ayer cojeaba y hoy solo con molestias. Ya lo has visto ahora, no cojea. A mí me ha sorprendido. Ese chico tiene *carnaúra de perro*, como dicen de los toreros.

Bru sonrió.

—Lo que tiene son dieciocho añitos. Yo a su edad también me regeneraba como una lagartija.

—Pues ya está. Los demás tienen poca cosa, cataplasma aquí y venda allí, estarán disponibles; aunque, eso sí, muy cansados.

—Bueno —bromeó el entrenador—. Pediremos a los belgas que no corran demasiado.

—En serio, Paco, no sé yo si Pichichi, Pagaza o Acedo estarán al cien por cien. Entre la batalla de las Termópilas de ayer, el vino de la cena y la juerguita que me ha contado Isidro, de algunos persiguiendo a las camareras del hotel, hoy no va a estar bueno ninguno. Míralos ahí, con gafas de sol, en Bélgica.

—Ya... Pero prefiero repetir delanteros. Jugamos contra los anfitriones y me espero cualquier cosa del rival, del público y hasta del árbitro. Arriba necesito veteranía. Y atrás... otro milagro. —Y al decir esto miró a Zamora, que estaba leyendo en voz alta una crónica del partido a los compañeros, para que tradujeran entre todos—. ¿Cómo está el dragón de las siete cabezas?

—¿Zamora? Como Samitier, hecho una rosa —bajó aún más el tono de voz, con preocupación—. ¿O es que habías pensado en...?

—Ni hablar —se anticipó Bru sin dejarle terminar la frase—, el portero

no se cambia, después de la exhibición de ayer. Las crónicas lo pondrán por las nubes. Hoy se va a comprar todos los periódicos, ya verás, y de alguno tres o cuatro ejemplares.

—Hace bien. Lo que ha hecho yo no lo había visto en mi vida. Lo único malo es que se ha puesto el listón muy, pero que muy alto. Podrías decirle que se adornara menos. Porque es tan bueno que se confía y un día le van a dar un susto, con tanta filigrana. A veces salta por saltar, para hacerlo bonito.

—Pero ¿tú le viste parar ayer?

—Si yo reconozco que lo que hace Zamora no lo hace nadie. Es buenísimo con las manos, con los pies... Un monstruo, pero a veces se pone torero, para el tendido.

—Es un dragón, Lemmel, un dragón, no un monstruo.

El masajista lo miró sin comprender.

—Perdona, pero no te sigo... ¿Y qué diferencia hay?

—Mucha. —Bru echó el cuerpo adelante para explicarse con efectismo —: Los dragones tienen magia. Y la magia de este está ahí, en gustarse.

—Ya... Pues se gusta demasiado. Espero que no nos dé un disgusto con eso.

Lemmel vio acercarse a Eizaguirre, el otro guardameta de la selección, y advirtió a Bru con disimulo.

—Hombre, hablando del otro rey de Roma...

El portero se acercó a ellos con aire circunspecto.

—Buenos días, señores. ¿Podemos hablar?

El seleccionador hizo un gesto invitándolo a sentarse con ellos.

—Claro que sí, Agustín. ¿A qué viene esa cara, hombre?

—Pues, verás, Bru... Esto no va a ser sencillo. He hablado con mi casa hoy. Parece que tienen bastantes problemas con los empleados de la tienda, en San Sebastián, otra vez no sé qué huelga.

—No entiendo. ¿Qué me quieres decir?

—Pues que..., visto lo visto ayer, con Zamora... Estaba pensando que aquí no voy a hacer mucha falta.

Bru se removió en la silla.

—¿Qué? ¿Cómo que no haces falta?

—Pues que los partidos están tan apretados que ya no habrá más

entrenamientos, y estando Zamora como está, si me quedo, será para hacer de *clac* en la grada; para dar el grito de guerra que nos inventamos ayer en la cena. Y entenderás que yo tengo mis obligaciones.

—Sí. Y también tu orgullo, ¿no? —lo picó Lemmel.

—Pues sí, Lemmel, mi orgullo también, no lo niego. Reconozco que Zamora está más fino que yo. —Miró hacia él—. Y además, ahí lo veis, fresco como una lechuga, aunque ayer le dieron más palos que a un pulpo... En fin, que espero que se me entienda; me gustaría salir mañana para España.

—¿Que te entienda? —La voz de Bru sonó áspera—. ¿O que me parezca bien que te vayas y me dejes sin un portero? ¿Y qué pasa si Zamora se lesiona?

—Eso no va a pasar. No he visto un roble más fuerte que él en mi vida.

—Pero habrás visto cómo se las gastan los árbitros por aquí —apuntó Lemmel—. Permiten más que en un interrogatorio.

—Pues más o menos lo mismo que en San Mamés —socarroneó el guardameta de la Real—, y hemos sobrevivido todos. Venga, hombre, no exageremos, en dos o tres partidos que quedan, Zamora no se va a romper. Y las cosas como son, míster: el chico, cojo o manco, para más que nadie. —Eizaguirre se tragó el orgullo para decir esa última frase—. Ea, pues ya lo he dicho. Que mañana me voy. Todavía no lo sabe nadie, pero en casa me necesitan y aquí he cumplido, he peleado el puesto y ya no voy a hacer falta.

Lemmel y Bru se miraron desolados. En la lista habría una baja más. Desde su mesa, los jugadores los miraban con disimulo, intrigados.

—Óyeme, Agustín —sugirió Bru—, si esto es un truquito para que te ponga hoy...

Eizaguirre lo miró muy serio a los ojos.

—Paco, coño, que me ofendes.

—Vale vale. Pero es que ya me tienen loco, con tantos dimes y diretes. Y ahora encima, tú...

—Hablemos claro: yo quería jugar y moví mis hilos, lo reconozco. Pero lo que hizo ayer Zamora... ¡eso no está al alcance de cualquiera! Hasta yo veo claro que tiene que seguir él. Así que hoy voy a ver el partido, a animar y a dar masajes en el intermedio. Y mañana me marchó a casa.

Bru exhaló con fuerza y dejó caer sus manos en señal de rendición.

Eizaguirre se iba a poner en pie cuando recordó algo.

—Ah, una cosa más... Ayer no te felicité, pero pusiste el mejor equipo posible contra Dinamarca. Tenías razón. *Chapeau* o, como decimos en Donosti, chapela.

—Pues..., gracias, Agustín.

Bru era sincero. En realidad, ni se lo había reconocido casi nadie ni tampoco esperaba que lo hicieran. Habían ganado y punto, que era lo importante; pero palabras como esas ayudaban, y mucho.

El guardameta se levantó para marcharse. Bru hizo un último intento:

—Pero si cambias de opinión...

—Está decidido. Salvo que Zamora tenga un problema hoy; pero eso mejor ni lo pensemos. Agur, señores. Nos vemos en Amberes.

Lemmel resopló girando la cabeza.

—Pues nada, otro a la lista de bajas.

—¿Y ya está?

—¿Y qué quieres que haga?

—No lo sé, pero habrá que hacer algo, ¿y si falla Zamora?

—Pues yo qué sé, ponemos a Silverio, que no se le da mal.

—¿Silverio? ¡Si veo a Silverio de portero me pego un tiro!

—Pero... que lo he dicho por decir. Zamora no va a fallar, hombre.

Bru se llevó las dos manos a la cara.

—¡Si pongo un circo...!

El equipo viajó a Amberes por la mañana en distintos trenes. El primero en salir fue Otero, que no había pegado ojo en toda la noche por el dolor, y viajó acompañado por su buen amigo Manolo de Castro *Handicap*, con la intención de ver el partido mañanero. Es de suponer que, durante el trayecto en tren, Otero le puso al día de todo lo ocurrido en su ausencia, porque a partir de entonces, Manolo de Castro parecía haber sido un testigo ocular más de las correrías, los entrenamientos y las peripecias entre Argüello, Bru y el Comité. Así funciona este mundillo, como vengo diciendo.

A Ricardo lo vi exultante. Su éxito se recogía en todos los periódicos y — como Bru había pronosticado— había comprado varios ejemplares de los

diarios que más lo citaban. Al llegar a Amberes me dio a leer todas las crónicas para que le tradujera hasta el mínimo detalle.

—Aquí pone —leí literalmente—: un *goalkeeper* sensacional. La figura del día, además de los goleadores tal y cual, fue..., vaya, está mal escrito: Ricardo Zamora. —Ricardo arrugó la cara, molesto—. Lo siento, pero no te apures, se entiende que eres tú. Sigo... El joven y brillante *gardien de but*, eso significa guardameta, del equipo español tiene un estilo espectacular incomparable... —Pensé que tal vez sintiera vergüenza al oír tanta alabanza, así que alcé los ojos para preguntárselo—: ¿Quieres que siga?

—¡Claro!

Contestó rotundo, desorbitando los ojos; por supuesto que quería, es más, estaba entusiasmado. Al acabar el repaso, recortó los artículos más elogiosos para enviárselos por correo a su familia esa misma mañana. Quería, necesitaba que supieran de su éxito. Aquel muchacho era un hombretón seguro de sí mismo en el *field* y en muchos terrenos de la vida, pero parecía un crío inseguro de cara a los suyos. Envalentonado por tanto halago, emergió su enfado de días antes por las críticas maliciosas de algún diario, durante la preparación.

—¡A ver qué tiene que decir ahora ese Ignacio Galea en el *Mundo Deportivo*, sea quien sea! Seguro que no da la cara ahora y se queda bien calladito, esperando que meta la pata. Tenía que haber comprado otro ejemplar para mandárselo entero a ese periódico. —Lo consideró un momento y dijo—: ¡Voy a buscarlo!

Y fuimos. Lo empaquetó entero, con una nota anónima, que mandó a nombre de Ignacio Galea al periódico, para que se lo hicieran llegar. A mí aquello me parecía exagerado y tal vez serviría para ganarse un enemigo.

Me costaba entender —y me sigue pasando— que, siendo tan bueno en lo suyo, Ricardo dependiera tanto de opiniones ajenas. Los halagos le agradaban, sí, pero más que envanecerlo, producían en él un efecto tranquilizante; sin embargo, se atragantaba con las críticas negativas, hasta obsesionarse. Tal vez por ese motivo se había vuelto loco con mis desplantes y mi aparente desinterés: se había obsesionado conmigo.

El mismo Eizaguirre en persona se acercó a Ricardo para comunicarle que se marcharía a España. Fue muy caballeroso y el encuentro de ambos

terminó con un fuerte abrazo; más que rivales, eran dos amigos deseándose suerte. Otro punto a favor del deporte: lo habían dado todo para derrotarse, pero entre ellos no había el más mínimo rencor; más bien al contrario. Al verlo marchar, Ricardo dijo:

—Es un gran *goalkeeper*. He aprendido mucho de él. Si los compañeros le hubieran exigido más en los entrenamientos a él en vez de a mí, estaría jugando él, seguro.

La noticia de la marcha de Eizaguirre causó un efecto indeseado en algunos jugadores. Algunos se lo tomaron como una derrota de «uno de los suyos». El ambiente se enrareció durante la comida en Le Progrès, el figón habitual, donde, por cierto, los camareros y el personal de cocina salieron en grupo a recibir al equipo con un aplauso, aunque —advirtieron— no podían desearles suerte contra los belgas.

A los postres se notaba una tensión extraña en el equipo. Ya en la sobremesa, mientras los jugadores salían camino de la siesta, Argüello se quedó conversando con Bru. Su charla fue muy discreta pero, de pronto, Bru contestó desabrido:

—¡Yo! ¿Y qué problema he generado? ¿Ganar a Dinamarca?

—Eizaguirre se va, ¿te parece poco? —contestó el tesorero.

—Pero si Agustín reconoce que Zamora es intocable. Se va porque no tiene dependientes en el negocio. ¿Es que ahora tengo yo la culpa de la lucha obrera? ¡Me vas a acabar acusando de la huelga de la Canadiense!

—Tú sabrás —respondió Argüello con retranca—. Desde luego, en Barcelona estabas.

—Déjate de guasas ahora, Luis.

—Yo no digo que la culpa sea solo tuya. El lío lo habéis montado entre los tres seleccionadores, porque a los jugadores se les prometieron ciertas cosas y ellos creen que alguna habrá que cumplir. Pero ahora no piden eso, lo que dicen es razonable, que jueguen los que están más sanos, nada más.

—No, lo que dicen es que si pongo a uno del Barcelona, tengo que quitar a otro. Pero es que Sancho y Zamora tienen que jugar y Samitier es mejor que Artola.

—Sí, pero lo vieron ayer cojeando. ¿No ves que te arriesgas a que te pase lo mismo que con Otero, hombre? Lo de hoy es fácil: se va Eizaguirre, pero

pones a Artola, que también es de la Real. Ya está.

—Lo que te dije, que la alineación la hacéis en asamblea.

—¡Y dale Perico al torno...!

—La alineación es cosa mía. ¡Si tú mismo me lo exigiste!

—Mira, Paco, una cosa es ser autoritario y otra un tirano. Ahora, mi consejo es que los escuches. Tú piénsalo; por algo habrán venido a hablarme a mí, ¿no?

Argüello se fue, dejando a Bru desconcertado. El entrenador buscó auxilio en Lemmel con la mirada.

—¿Tú qué opinas, Manolo?

—Que tú eres así, un poco seco. Pero que tienes razón.

Durante la cena del COE, Argüello había desplegado todo su encanto y simpatía, que eran muchos, y como se sabía mover en el ambiente, acabó sellando la paz con Villamejor. Por suerte, Aguilar ni estaba ya en Amberes ni se le citó, y el tesorero habló con todos e hizo reír a todos, convertido en el alma de la celebración. Hizo los brindis mejores y consiguió que pareciera, por lo que me contaron, que el mérito de la victoria del día había sido suyo. Bru se quedó en un segundo plano, como siempre.

A solas, el entrenador se había confesado sin amargura aparente a Samitier y Sesúmaga:

—Da igual, para eso estoy, Sami. Si todo va bien, el éxito es de otros por contratarme. Y si va mal, los jugadores no tenéis que preocuparos, porque asumiré la culpa de todo. En realidad, tengo claro que estoy aquí para que vosotros consigáis las victorias y protegeros de las derrotas.

En la sobremesa, ya sin testigos formales del COE, salió el asunto de los cánticos de ánimo de la grada. Algunos de los que habían oído eran espectaculares y los suplentes, sumados a los pocos españoles que asistían a los encuentros, se veían incapaces de hacerse oír por el equipo en el campo. Argüello —cómo no— fue quien arrancó un concurso de cánticos triunfales, que acabó cuajando un par de ideas al gusto de todos. La reunión se estaba estirando más de la cuenta y Bru se vio obligado a recordarle que debían descansar.

—Pero Luis, no me provoques más jolgorios, que mañana...

—No seas aguafiestas, Paco, ¿no ves que estas son las cosas que hacen equipo? En Irún estábamos así todos los días y el ambiente era de cine. Un rato más no hará mal a nadie. Ya te lo dijo García Alsina, que es médico: esto es descanso.

Bru era el malo y él el bueno, una vez más. Pero el seleccionador tenía razón: ¿de qué serviría tener un bonito grito de ánimo, si los jugadores se dormían en el campo?

No tuvo empacho en reconocer que el grito de guerra ganador, animado por la victoria de aquella tarde y los efectos de la cena, era de lo más original: se formaba juntando los dos apellidos más largos, separándolos por sílabas, de manera que resultaba parecido a un canto tribal, que invitaba a danzar, con aire de aquelarre o de danza apache:

—¡Be-laus-te-gui-goi-tia, Pa-ga-za-ur-tun-dúa! ¡Irurá, irurá, irurá!

Hicieron un trenecito cantándolo por todo el comedor, corearon un grito por cada jugador del equipo, poniendo su apellido al final y de corrido, y dedicaron uno a Argüello. Ninguno por el entrenador. El último de la noche se lo dedicaron al portero saliente de la Real Sociedad.

—¡Be-laus-te-gui-goi-tia, Pa-ga-za-ur-tun-dúa! ¡Irurá, irurá! ¡Eizaguirre!

Bru tuvo que aguardar una hora o más de cánticos guerreros antes de que todos se fueran a dormir. Eso sí, según informó Isidro, esa noche nadie persiguió camareras en el hotel. Se sentían eufóricos, pero estaban tan cansados que no quedaron ganas de líos. Lo malo es que tal vez la fiesta no les había dejado pensar demasiado en el rival del día siguiente.

—Bah —se oyó decir a alguno camino de la habitación—, si los belgas perdieron contra Egipto en la preparación, tampoco serán tan buenos.

—Ya, pero a los italianos les ha costado ganar a los egipcios hoy, en Gante...

—Qué quieren, si se han pasado cada noche tanguendo en el Carmencita.

Bru se levantó el domingo con cierto cargo de conciencia. Tal vez Argüello tenía razón y había sido demasiado inflexible.

A veces le pasaba eso mismo, también, en casa. Su carácter era seco y a veces se pasaba de autoritario. Dudó. Durante la siesta, pulsó la opinión de algunos jugadores y, sin quererlo, él mismo había echado gasolina al fuego.

Poco antes de las dos y media visitaron de nuevo el prado del estadio olímpico, esta vez para jugar. Ricardo, todavía con gabardina y sombrero, saltó con su pie derecho para tocar con la mano el larguero de las dos porterías, como le gustaba hacer antes de cada encuentro. Se estaba convirtiendo en otra superstición. Y ya tenía unas cuantas.

Antes de las tres se encerraron en el vestuario y de nuevo se vieron caras tensas. Bru tenía clara su alineación, pero las preguntas que había hecho antes dieron pie a que todo el mundo se atreviera a opinar. Sami dijo que él se encontraba bien, que podía jugar, pero después se cruzó de brazos y se negó a hablar. Argüello observaba todo, escrutador, y opinó como los demás. Creía que era bueno que jugaran los más descansados.

En su fuero interno, Bru sabía que lo mejor era que jugara Samitier, pero no quería imponerlo. Vinieron a su mente las palabras del tesorero y vaciló. El fútbol no es una ciencia, puede que tuvieran razón y que el equipo funcionara igual sin Sami; además, tres hombres de refresco en el campo no vendrían mal contra un rival que jugaría su primer partido. Sin embargo, las dudas provocaron algo peor que la ausencia de Sami.

Al saberse que jugaría Artola en su lugar, Samitier se fue a la grada en silencio. Y entonces, su compañero del Barcelona Félix Sesúmaga, exarenero y muy amigo de Sami, se puso en pie.

—Esto es una injusticia. Si él no juega, yo tampoco. Así tenéis más plazas para rifaros.

Patricio intentó calmarlo. También Sabino.

—Contigo no va la cosa, Félix —dijo este último.

—¿Por qué, porque soy de tu pueblo, o qué?

Bru intentó convencerlo, alarmado, para que jugara, pero Sesúmaga se inventó una excusa:

—No, en serio, míster, que juegue otro. No he dicho nada, pero tengo una disentería y no me aguanto en pie; será por el agua o el aire de Bruselas, que no me han sentado bien.

Y se fue a la grada negándose a jugar.

A Zamora le entró un bailoteo de pies inquietos. Estaba a punto de hacer lo mismo que sus compañeros y amigos. Bru tenía clarísimo que aquello se tenía que acabar.

—Bueno, ya está bien de debates. ¡Esto me pasa por demócrata!

Tirano o no, se puso en pie delante de todos y dijo a las claras quién debía jugar, zanjando la situación. El único beneficiado de aquello fue el zapatero, Vázquez, que saldría en lugar de Sesúmaga.

El extremeño se había hinchado a meter goles en la preparación. De forma inconsciente, era un recambio que contentaba a todos, vascos y gallegos, porque de ambos tenía un poco.

Bru se daba cuenta del desbarajuste que habían provocado sus dudas. Sin embargo, era un cuarto hombre de refresco, y puede que funcionara. Pichichi, como era ambidiestro, jugaría por el interior derecha y Vázquez ocuparía su sitio natural. El resto de la delantera seguiría igual: Pagaza por la derecha, Pichichi a su lado, en medio Patricio, luego el citado Vázquez y el escurridizo Acedo.

Bru volvió a arbitrar como linier. Así podría corregir posiciones sin desgañitarse. Aunque en un campo lleno de belgas, como se preveía que estuviera ese día, sería más difícil hacerse escuchar.

Esta vez no hubo arenga triunfal. Solo unas palabras técnicas para explicar el cambio de posiciones.

—Pero antes —me confesó Ricardo más tarde—, se produjo algo misterioso. Es... un instante antes de los partidos en el que hay algo extraño, y puedes presentir el final; como si pudieras verlo por una ventanita. Y el misterio está en que nos pasa a todos. Yo —continuó Ricardo— lo había sentido alguna vez, pero creía que solo era cosa mía, y desde que me lo hizo ver Hernández Coronado, he comprobado que es verdad.

En Vigo había entrenado con la selección Pablo Hernández Coronado, el veterano *goalkeeper* madrileño (de solo veinticuatro años) y agudo periodista de *Madrid Sport*, al que conocíamos bien. Ricardo y él hicieron muy buenas migas y, entre otras cosas, estuvieron hablando de esos enigmas de equipo: *camelología de vestuario*, lo llamaba el madrileño.

Ricardo temía que me riera de sus supersticiones.

—Te juro que no son camelos. Es un instante nada más, en la caseta del

equipo, como si pasara un ángel. En ese momento sabes lo que va a ocurrir: mascas la derrota o ves que vas a ganar. No sé por qué, pero aciertas. Es como si todo el grupo pensara junto y se diera cuenta de la verdad de la situación. Pues el día de Dinamarca se respiraba eso. Yo estaba muy nervioso, pero sabía que íbamos a ganar. Lo sabía. Y Sami me dijo lo mismo, y otros. Sin embargo, contra Bélgica...

Ricardo negó sacudiendo la cabeza.

En el vestuario se repitieron los gritos de ánimo, los vivas, los hurras y *aurreras*. Hasta estrenaron el famoso grito de guerra, sin baile indio, claro está. Pero nada pudo cambiar aquella sensación fugaz y demoledora.

En el túnel, Sami le dio un abrazo y le dijo: «Tú como ayer, a ganar». El bramido del público se escuchaba, retumbando bajo las tribunas.

Había un lleno absoluto del estadio, más que el día del desfile de inauguración. En las gradas se agolpaban veintidós mil espectadores. Entre ellos vimos aparecer a Abraham, que entró en la zona de prensa para saludarnos.

—España hoy es admiración del mundo. Yo orgullo, siento aquí. — Señaló su pecho y lo golpeó dos veces con el puño repitiendo una palabra *flemmish* o *yiddish* que no entendí.

Nos contó que no pudo acudir a Bruselas para ver el debut por ser *sabbat*, su día sagrado, pero que había sentido una alegría inmensa al saberlo y no quiso perderse ningún partido más.

De pronto, seis u ocho golfillos pasaron en estampida por el pasillo, golpearon el bastón de Abraham desequilibrándolo y casi lo tiran al suelo. Con el equilibrio, el anciano israelita perdió también su venerable compostura; alzó el puño y, rojo de ira, prorrumpió en maldiciones, que en su voz profunda sonaban a tormenta bíblica. Antes de que pudiera reponerse, tuvo que esquivar a un par de gendarmes que trotaban persiguiendo a la horda de críos.

Al parecer, los chiquillos se habían colado sin pagar. Las entradas eran carísimas y la opinión general era que los muchachos no hacían ningún mal viendo el partido trepados a una cornisa. Mientras Abraham se iba airado por

un sitio, la persecución atraía la atención y las simpatías de todo el estadio por el otro. Los críos se separaban y agrupaban como liebres para esquivar a sus cazadores, los policías, que muy pronto, lentos y torpes, se arriesgaban a ser el hazmerreír de una masa de gente que cada día se reunía allí mismo para admirar la agilidad de los atletas. Al final, los gendarmes abandonaron la persecución y la cosa se calmó, hasta que gran parte del público aplaudió a los chiquillos cuando reaparecieron, triunfantes, trepados al tejado del edificio de los atletas donde, a pesar del peligro de caída, los gendarmes los dejaron estar.

Los jugadores españoles fueron los primeros en saltar al campo, esta vez con el uniforme original completo: camisa roja y pantalón blanco.

Para sorpresa de todos, fueron recibidos con una estruendosa ovación. El árbitro, un holandés, estrechó la mano de Zamora y cruzó unas palabras con él.

Tras los nuestros salieron los belgas, de blanco, sin emblemas y con pantalón negro, en medio de una pitada de escándalo.

Ricardo tuvo que levantar la voz para hacerse oír:

—¿Qué pasa? ¿Pitan a los suyos?

—¡Qué sé yo! —contestó Arrate, casi siempre un hombre tranquilo—. ¡Igual no les gusta la alineación de su equipo, pues! —remató con esa coletilla propia de su tierra.

De pronto, la pitada se volvió contra los españoles. Parte del público, además, hacía gestos extraños, señalándose el pecho y apuntándolos amenazantes con el dedo. Nadie entendía nada.

Pichichi, que de gritos sabía un rato, porque se había pasado media vida oyendo cómo le pitaban a rabiarse, a menudo en su propio estadio, tampoco se explicaba lo que estaba ocurriendo.

—Pitada como esta no la he visto yo ni en Atocha, oye. ¿Qué pasará?

Los gritos eran tan fuertes que los jugadores debían acercarse mucho unos a otros para entenderse.

Los periodistas locales confirmaron su versión de lo ocurrido:

—Al veros con el león, la gente se ha creído que erais los belgas, y a nosotros nos han pitado. Luego han empezado a pitaros porque no conocían a nadie de la alineación y pensaban que el entrenador se había vuelto loco.

Después, al reconocer a los nuestros, os han pitado por llevar el león de Brabante. Ha sido un lío.

Era cierto: los espectadores chillaban que «ese león era suyo» y nos llamaban ladrones a gritos. Aquello había despertado el fervor patriótico del respetable, que nos vio como si fuéramos los enemigos alemanes de tres años antes. Había que oírles cantar *La Brabançonne*, su himno nacional, a voz en grito durante gran parte del partido.

—Pues vaya con la idea peregrina de Villamejor —comentó Juanito—. La próxima vez que nos pongan una diana en el pecho.

El escándalo era tan grande que no se pudo escuchar el hurra de los españoles haciendo piña con sus manos juntas en el centro de su campo.

Vázquez estaba descompuesto. Patricio se dio cuenta.

—Tranquilo, tú, que perro ladrador...

—Ya, ya, si estoy bien.

Asustado, Acedo se alejaba de la banda por puro instinto de supervivencia, invadiendo el sitio de Vázquez, que a su vez se replegó sobre el centro.

—¿Adónde vas? ¡A tu sitio, Txomin! —le gritaba Lemmel.

—Poneros vosotros ahí. Que esos muerden.

—¡Será gallina, el tío! —protestó Lemmel a Bru.

—Déjalo, los extremos son así —dijo Bru—. Se hicieron hábiles para que no les dieran patadas. En cuanto vea que el defensa pega más que el público, volverá a su sitio.

Ricardo encajó bien su gorra, arrancó unas briznas de hierba del suelo y las lanzó al aire para estudiar el viento. Justo cuando se ajustaba los guantes, comenzó el partido.

En la grada, Sami devoraba cacahuets por no comerse los dedos de la mano. A su lado estaba Sesúmaga, serio, con los brazos cruzados y, un poco más allá, Moncho, Otero y el resto de los jugadores suplentes. Belauste, Sabino, Carrasco y Eizaguirre empezaron a entonar el grito de guerra con periodistas y aficionados. No estaban lejos de nosotros, pero apenas los podíamos oír. Más de veinte mil gargantas belgas nos lo impedían.

Los locales iniciaron el juego desde el medio campo. España robó la pelota y empezó a atacar sin tregua, como habían hecho los daneses en el

primer partido, y el público se encogió de miedo.

19

La bola blanca rodó sobre el tapete de fieltro hasta chocar con las otras dos: cla-clac.

—Cuarenta y una.

Agustín Sancho estaba en mangas de camisa. Entizó la punta del taco y repitió la operación. Nueva carambola. Nueva cifra.

Eguiazábal —su rival— esperaba turno apoyado en la pared, abriendo y cerrando el tapón de columpio de su cerveza. Pagaza —juez de la partida— guardaba un silencio funeral, sentado en equilibrio sobre las patas traseras de una silla, ojeando una novelita del Oeste. Sobre una mesa, un *bock* vacío y un rimero de posavasos de fieltro daban testimonio de lo que habían bebido. Al fondo, la lluvia dibujaba formas cambiantes en una gran cristalera.

El resto del equipo español se hallaba disperso por la planta, en otras mesas de billar o jugando a los dardos en una sala contigua, desde la que también llegaba el inquieto tacatac del *ping-pong*. Los billares de la calle Keyser, a un paso del hotel, debían ser de los más grandes de Europa y ocupaban un edificio completo. Se trataba de un lugar elegantón, club privado en los pisos superiores y abierto al público en los inferiores.

Esa noche nadie habló siquiera de acercarse al Carmencita. Sencillamente, no estaban de humor. Las horas, que en Amberes habían discurrido siempre con una prisa loca, se volvieron de una lentitud insoportable tras la derrota. Después de lo ocurrido en el campo, pocos tenían ganas de salir y solo el aburrimiento los empujó hasta los billares.

Los pensamientos de Ricardo no habían salido aún del estadio olímpico. Fumaba junto a la mesa en la que Sesúмага y Sami se alternaban con el taco, sin competir.

—Todavía no lo entiendo. No sé cómo ha podido entrar esa pelota de Copée.

—¿Cuál? —preguntó Sami con los ojos en el tapete.

—La del primer *goal*. Es que ni la vi venir. Y si hubiera pasado a metro y medio... ¡Pero es que se me coló entre las manos! No me lo explico.

Sesúмага golpeó su bola y consiguió una carambola.

—Yo sí —contestó sin alzar la vista de la mesa de billar—. No fue culpa tuya. Los defensas te taparon la vista. No le des más vueltas. El segundo *goal* fue en fuera de juego y el tercero... Ese ya daba igual.

Ricardo cerró los ojos reviviendo aquel momento.

—A mí no —replicó.

Cuando yo vi el segundo *goal* desde la grada, se me arrugó el corazón. Lo marcaron tras un clamoroso fuera de juego de los belgas y Ricardo quedó en el suelo, abatido, sin ganas de recoger la pelota de su red. Permaneció así hasta que Lemmel, bien visible con su camisa blanca y sus rectilíneos tirantes, corrió tras la portería para animarlo.

La desgracia se ceba siempre con quien no asume la realidad, por injusta que sea: los españoles estaban furiosos, más pendientes de protestar al árbitro que de jugar el balón. Y dos minutos después los belgas marcaron su tercer *goal*, con todo merecimiento. Fue un mazazo.

Ricardo estaba inconsolable, la viva imagen de la derrota. Yo nunca lo había visto así, vencido, y me dieron ganas de saltar al campo para abrazarlo.

Un empuje rabioso brotó en el equipo, que acorraló a los belgas. Si los primeros quince minutos del partido fueron nuestros, también lo iban a ser los últimos. Era un ataque loco, arrebatado; sacaban de su orgullo herido una fuerza que no tenían. Algunos necesitaban demostrar que no se habían equivocado por dejarles jugar. Vázquez, por ejemplo, corría con desesperación, como un pollo sin cabeza, consiguió rematar en varias ocasiones y estrelló un *shot* en el palo. Aquella furia hizo levantar un murmullo de admiración. Arrate marcó un *goal*, de *penalty*, y nos anularon dos más; no fue una derrota vergonzosa. El público se agitó impresionado hasta el final, reviviendo un temor ancestral a los españoles por hechos

ocurridos cientos de años antes.

Abraham, al final del encuentro, se sentía orgulloso del equipo y vino para decirnos con su extraña jerga:

—¡Oh..., hoy volver furia española! Yo también tengo en sangre, ya vio usted *ma colère* con jóvenes salvajes.

Supongo que otros periodistas escucharon a Abraham y pescaron al vuelo aquella expresión de «la furia española» como algo lisonjero. Sin embargo, aunque sonara bien, la furia es ira, cólera y demencia; no encajaba con el espíritu del deporte, ni con los metódicos planes de Bru para el equipo, ni auguraba nada bueno.

De la mesa de billar vecina llegó la voz de Sancho.

—Eran cuarenta y nueve... Y con esta, cincuenta.

Echaba la partida contra Eguiazábal. Pagaza alzó la vista de la novelita de *El virginiano* y dio la partida por finalizada:

—Gana Sancho. Para él los diez francos. Asunto resuelto.

El castellonense agarró el dinero y lo guardó mirando a su rival.

—No querrás la revancha, ¿verdad?

—Pues claro que sí —asintió Eguiazábal—. Aunque... para darle emoción podíamos subir la apuesta.

Sancho ladeó la cabeza.

—No no, que me sabe mal ganarte otra vez.

—Lo que pasa es que en el fondo me tienes miedo.

—¿Miedo? —Sancho hizo una pausa—. Pero si te llevo ganando toda la semana, Ramón. ¡Miedo, dice! ¡Ahí van cincuenta belgas! —Y empezó a contar billetes.

—Cincuenta no, que así no recupero. Mejor cien. No..., doscientos francos —retó Eguiazábal—. Seguro que te pones nervioso y a mí me viene la vena.

El irunés apuró su botella, echó la mano al bolsillo y puso los billetes en la banda, retador, bajo el casco vacío. Sancho no daba crédito: Eguiazábal no daba ni diez carambolas seguidas; aquel sería un dinero fácil.

—Tú verás, Egui. Pero luego no me vengas con reclamaciones.

Pagaza salió de su letargo.

—Pero a vosotros, ¿qué os pasa?, ¿seguís picados o qué?

Tras el segundo *goal* de los belgas, los dos se habían puesto a discutir a voces en el campo. No fueron los únicos, también entre los delanteros hubo sus más y sus menos; sin embargo, lo de Sancho y Eguiazábal fue peor: entre ellos habían saltado chispas. Pagaza los había juntado para jugar una partida de billar, al que los dos eran aficionados, y hacer así las paces, pero el resquemor continuaba.

Desde la mesa vecina seguían con curiosidad lo que estaba pasando.

—¿Qué pasa, Agustinet? —preguntó Sami—, ¿es que lo quieres desplumar?

—Es este loco, que me provoca.

A Eguiazábal le divertía el reto:

—Con lo que le gustan los cuartos, le va a temblar el pulso, ya lo veréis.
—Sonrió.

Sancho, muy digno, colgó su taco y cedió la mesa a Eguiazábal.

—No te lo crees ni tú. Venga, empieza. El primero en hacer cien carambolas gana. Y te doy veinte de ventaja. —Se dejó caer en una silla refunfuñando—: ¡Que me gustan los cuartos, dice! Lo que pasa es que sé lo que cuesta ganarlos, no como otros. Ese es el problema, que hay mucho señorito por aquí.

Pagaza se fue a avisar a otros del desafío y volvió acompañado por Patricio, Sabino, Pichichi y algunos más para ver la partida. Por fin pasaba algo interesante. Paguiro recorrió la sala con la mirada.

—¿Alguien ha visto a Vázquez? Tiene que ver esto.

—Por el bar andaba —dijo Pichichi—, con Argüello, Isidro y los gallegos, lamentándose de lo que ha fallado. ¡Como si los demás hubiéramos estado finos!

—Voy a buscarlo. —Pagaza se fue apurando el paso.

Sabino contestó a lo dicho por Pichichi, quejumbroso:

—Hombre, pues si el pisahormigas del árbitro no hubiera anulado los dos *goals* que metisteis en la segunda parte... ¡Podíamos haber acabado tres a uno, a favor nuestro!

En la mesa de al lado, Sesúмага se irguió y clavó una mirada tensa en los

recién llegados. Sin embargo, calló.

—Que no le des más vueltas, Sabino —zanjó Pichichi con autoridad de veterano—. Y si hubiéramos metido la mitad de los que hemos echao fuera...

—Bueno, ¿qué esperamos? —protestó Sancho—. ¿Va la apuesta o no? Eguiazábal agarró el palo, algo dubitativo, y empezó a jugar.

En su mesa, Sami siguió con su relajada partida. Sin embargo, Sesúmaga no dejaba de echar miradas de soslayo a Patricio y Sabino. Los culpaba de la derrota, por su actitud manipuladora antes del partido, presionando al entrenador y dejando fuera del equipo a Sami. Cuando le tocó el turno de jugar, dio un mal palo a las bolas, enfadado, y entregó el taco a Zamora.

—Sigue tú. Yo voy a tomar aire fresco, que aquí no se puede respirar. — Y se fue con los puños crispados.

Ricardo intentó calmarlo, desconcertado:

—Félix, espera... Pero ¿adónde vas? ¡Félix!

Samitier —que se había dado cuenta de la tensión— sujetó a Ricardo para que no fuera tras él.

—Déjalo, *nen*. Ya se le pasará. —Pep cambió de tema con habilidad—. Vamos a diez carambolas. Tú sales. Oye, ¿qué te dijo el árbitro antes de empezar el partido?

—Ah, pues... me dio la mano y me dijo, con mucho *rendibú*: «Le vi ayer en Bruselas. Si juega usted igual, les va a costar mucho ganarles». Lo que siento es haberle dado las gracias, porque además de anular los dos goles nuestros, se comió el *offside* de los belgas. Sospecho que no nos tenía mucha simpatía.

—Bah, *nen*. Pichichi tiene razón. *Nos han guanyat. Punt.*

—Pues sí. Y ahora ya sé por qué a Copée le llaman *Canon*.

Sami se apoyó en el palo y se le quedó mirando muy sonriente, con aire pícaro.

—Hacía mucho que nadie te hacía tres en un partido, ¿eh? El último fui yo, creo —bromeó.

—No sé por qué estás tan contentillo, tú.

—Bueno... Como dice Alcántara, más se perdió en Cuba y Filipinas y volvieron cantando.

Lo que le pasaba a Sami era lo que muchos sentíamos por dentro. El

partido se había perdido antes de saltar al campo. Fallamos lo indecible, por el cansancio, porque los belgas tenían que ganar, pero también porque no jugamos con los mejores. Podían echarle la culpa al árbitro o al sursuncorda, pero había quedado claro que Bru tenía razón. Las excusas solo servían para maquillar lo sucedido. Eso era lo que había enfadado a Sesúmaga; para él, al pan y al vino había que llamarlos por su nombre.

Vázquez llegó en estado lastimoso hasta la mesa de la partida, apoyado en Isidro y en Pagaza, lamentándose como un Segismundo.

—Que no, que no, que he hecho el ridículo, ¡si hasta me he caído cuando iba a tirar a *goal*! ¡Todas me iban fuera, o al muñeco! Estaba descolocao, molestando a Patricio, ¡y mira que hemos jugao años juntos! Que no, que no he dao una a derechas. Yo mañana me vuelvo a casa.

—No digas bobadas, Joaquín. ¡Si le has sacado astillas al larguero!

Sobre el tapete, Eguiazábal consiguió dos o tres carambolas y marró la que parecía más fácil. Sancho hizo entonces catorce o quince seguidas. Cuando falló, se encogió de hombros con superioridad.

—Da igual. Esto está ganado.

El de Irún se encaró con él desde el otro lado de la mesa:

—¿Eso crees, Sancho? Subo la apuesta. Van trescientos más. En total, quinientos belgas, todo lo que me queda.

—¿Cómo? Tú le has dado al costurón de la pelota y se te ha ido la cabeza, Ramón.

Patricio intervino animoso:

—Dale la revancha, hombre, ¿qué te cuesta? A ver si ahora te vas a asustar.

—Vamos, decídete —insistió Eguiazábal—. Te doy diez de ventaja.

—¿Que me das...? ¡Venga, va! Tú lo has querido. ¡Subo a quinientos!

Vázquez preguntó a Sancho:

—Pero ¿tú sabes dónde te metes, desgraciao?

Eguiazábal se apresuró a contestar fingiendo que la pregunta era para él:

—Claro que lo sé. Esto es cosa de Sancho y mía, no te metas, Joaquín.

Vázquez asintió huraño.

—Bueno bueno, pero yo no quiero verlo. —Dio media vuelta y se fue tambaleándose.

Cambiaron de mesa, a criterio de Eguiazábal, que eligió con sumo cuidado un taco nuevo, y la partida siguió. Sancho falló cuando ganaba cuarenta y nueve a doce. Egui sopló la corona de su nuevo taco, la entizó con un giro de muñeca de profesional y empezó a jugar anunciando las bandas y las carambolas. Hizo cincuenta seguidas antes de tomarse un respiro para abrir una cerveza y echar un trago largo. Sancho estaba atónito, aunque aún no había llegado a alarmarse.

—Vaya racha llevas, Ramón.

—Pues sí, estoy teniendo suerte —contestó el irunés con ojos zorrunos y media sonrisa en la boca.

Eguiazábal siguió hasta las setenta carambolas sin despeinarse. Las bolas corrían juntas y se detenían igual, a una posición fácil la seguía otra igual de sencilla. Sancho pasó del asombro a ponerse rojo; aquello no podía ser casualidad. Cuando Eguiazábal llegó a noventa, Agustinet entregó el dinero a Pichichi y se marchó, cojeando por un golpe recibido en el partido que se le había enfriado de tanto esperar sentado.

Bajaba las suntuosas escaleras de mármol, hacia la calle, tirándose de los pelos y murmurando, cuando Argüello se topó con él.

—Dos mil pesetas... ¡He perdido dos mil pesetas!

—Pero, hombre, Sancho, ¿qué te pasa?

—Pues que he perdido quinientos francos al billar. ¡Más de dos mil pesetas! Por tonto, no sé...

Argüello lo invitó a un trago para calmarlo.

—¿Y contra quién te has jugado esa fortuna?

—Eguiazábal. Como todo el mes. ¡Si llevo ganándole desde que llegamos! ¡No hacía dos carambolas juntas, y hoy...!

—¿Eguiazábal? —Argüello no daba crédito—. No puede ser, pero si es campeón de Irún. ¿No lo sabías? Te ha tomado el pelo.

Vázquez, que de nuevo andaba por allí, no tardó en confirmarlo con voz pastosa:

—Yo no te quería decir nada, pero Egui gana a los mejores ingleses en el Kursaal.

Sancho enrojció. Argüello se propuso mediar:

—Anda, vamos a hablar con él...

—¿Hablar? ¡Hablar! —Agustinet ya estaba encendido—. ¡No hay nada que hablar! ¡Me ha timado! ¡Lo que hay es que...!

Dio media vuelta y corrió escaleras arriba sin que nadie lo pudiera parar; ya ni cojeaba.

Bru llegaba en ese momento de la calle con Lemmel. Al ver que Argüello y Vázquez echaban a correr persiguiendo a Sancho haciendo llamamientos a la cordura, fueron detrás.

Arriba, el albañil se abrió camino a voces hasta Eguiazábal, acusándolo de haberle engañando durante semanas, con mala intención.

—¡Y eso va también por vosotros! —Señaló furioso a Pagaza, Pichichi, Sabino y Patricio—. Los señoritos palmeros, ¡qué bien os lo habéis callado!

Eguiazábal se defendió con una sonrisa irónica:

—Te lo has buscado tú solito, Agustín. Te está bien empleado, por chulo. Yo me he estado sujetando, pero después de la que me has montado hoy en el campo, encima me provocas.

—¡Porque eras un coladero! Anoche estarías con una amiguita, ¿no? Y yo hoy he tenido que tapar tu zona y la mía y me he llevado unas buenas patadas por tu culpa.

—¿Sí? Pues sigue así, que más te vas a llevar.

Un par de reproches más tarde llegó el primer empujón, y lo que parecía cosa de dos derivó en un bando contra otro. Arrate y Belauste estuvieron a punto de volver a las andadas cuando Sancho soltó un guantazo y Artola fue a devolverlo. Josemari sujetó con fuerza a Artola, de la Real Sociedad, y Arrate fue a liberarlo del eterno enemigo bilbaíno. A Sancho lo sujetaron entre Ricardo y Sami, no sin esfuerzo.

Argüello daba voces llamando a la calma, pero fue Bru quien puso orden metiéndose en medio a empellones, a costa de recibir algún que otro golpe. Acabó despeinado y hasta perdió un botón, pero no paró hasta separarlos a todos y formar un círculo a su alrededor.

—¡Basta ya! ¡Quietos! ¡Lo que me faltaba por ver! ¡Encima, que os peleéis entre vosotros!

Bru los miraba a todos a los ojos. Era la primera vez que lo veían así, tan serio y enfurecido, transpirando más autoridad que nunca; era una fuerza de la naturaleza.

—Me da vergüenza, ¿lo oís? ¡Vergüenza ajena! ¡Hoy se ha perdido el partido por esto! ¿Es que no lo veis?

Algunos bajaron la mirada, más por orgullo que por arrepentimiento. Bru siguió hablando, acercándoles el rostro, como si quisiera meter físicamente las palabras en sus cabezas. En las de Sancho y Eguiazábal, ante todo.

—Pero es culpa mía, por dar alas a vuestro egoísmo. Yo os he traído aquí —bramó golpeándose el pecho—. ¡Meses he estado soñando cómo hacer este equipo, abandonándolo todo, mi trabajo y mi familia! ¡Partiéndome la cara por vosotros, contra los que decían que no podíais jugar juntos, que no saldría nada bueno de aquí! Y ahora veo que es verdad. Pero no porque no sepáis hacerlo, sino porque en vez de ser grandes, habéis preferido ser mezquinos.

Aquella palabra salió de su boca impregnada de veneno. Alguno levantó los ojos ofendido.

—¡Sí, mezquinos, interesados y egoístas! —siguió Bru haciéndoles bajar los ojos—. Con vuestro ridículo orgullete comarcal. —Se irguió antes de seguir hablando—. Esto es una Olimpiada. Aquí solo deben venir los más grandes. Deberíais ser un equipo. Deberíais... ser como hermanos. Aunque yo no os lo he pedido, ni tampoco que me obedezcáis ciegamente, aunque también deberíais. Os he pedido que os sacrificuéis por el grupo, dentro y fuera del campo, porque eso es un equipo de fútbol. —Y volvió a mirar a Sancho y Eguiazábal—. Cuando uno falla o cuando el compañero falla. ¿Lo habéis hecho? ¡Ni siquiera los lobos de una manada se muerden entre ellos!

Bru resopló. La oleada de ira pasó y una inmensa fatiga tiñó su voz de desencanto:

—No sois los únicos que os sacrificáis. Yo estoy aquí para dar la cara, para que a vosotros no os acusen de nada, para que, pase lo que pase, me echen la culpa a mí de las derrotas. Puedo aguantarlo todo. Menos esto.

Bru pareció no tener más que decir. Sin embargo, se mantenía quieto, en su sitio, ya no los miraba. Ordenaba su ropa, como si estuviera a punto de salir por una puerta magnífica e invisible. Su voz se oyó clara, a pesar de ser solo un murmullo:

—Estoy decepcionado. No merecéis estar aquí. O no lo merezco yo.

Y se fue, dejándolos en completo silencio. Esta vez, hasta Argüello bajó la cabeza. Sabía que aquellas palabras de Bru no iban solo por los jugadores,

que él tenía parte de culpa de lo ocurrido.

El seleccionador salió a la calle y lo vieron alejarse por el ventanal, cruzando la avenida a grandes pasos bajo la lluvia, solo, con la gorra en la mano.

Pasó un instante eterno y vacío. Argüello hizo que Sancho y Eguiazábal se dieran la mano, que se devolvieran todo el dinero, porque «cuentas claras, amistades salvadas». Luego anunció a todos que él se disculparía con Bru y que sería bueno que también lo hicieran los demás, empezando por los capitanes. La mayoría de ellos ni siquiera lo habían felicitado por la victoria de Dinamarca, el día anterior.

—Otra cosa —añadió Argüello—: lo del campo hoy lo ha visto todo el mundo y ya no tiene remedio, pero de lo que ha pasado aquí es mejor que no se entere nadie. Por suerte, ahora no había periodistas.

Yo también sentí la parsimonia inacabable con la que se marchaba el día. No fue por el peso de la derrota, sino por un motivo muy distinto: tenía una cita. Ya de noche, cuando la lluvia dio una tregua, agarré una manta y salí de mi habitación hacia la escalera del hotel. Al fondo del pasillo, vi a Juanito colarse a hurtadillas en la habitación de Lola y cerrar la puerta tras él. Regresar a Amberes nos daba a todos —no solo al equipo— una segunda oportunidad.

Ricardo me esperaba en la terracita, contemplando el panorama de la ciudad. Me tendió la mano y me senté a su lado, con los pies al vuelo sobre el tejado. Él estaba triste, por la derrota, pero allí arriba todo era irreal y hermoso y nos empezó a teñir. En Amberes, éramos diferentes que en casa; puede que más espontáneos y verdaderos. Lo cotidiano se había quedado en el fondo de los baúles, con el último equipaje; familia, parejas, proyectos y problemas, por recientes que fueran, se convertían en borrosos recuerdos bajo la luna. Lo efímero de la Olimpiada nos empujaba a vivir abrazando cada instante y flotábamos en la corriente cálida del verano, más puros, más vivos y más libres que nunca. Las palabras se transformaron en besos, en caricias. Era inevitable contagiarse de lo extraordinario y nos entregamos hasta el final, como atletas que aceleran su paso cuando ya no quedan fuerzas y se

derrumban al cruzar la meta.

Esa mañana ocurrió algo excepcional. A falta de un plan concreto, los jugadores habían sido convocados en el hotel de L'Industrie para desayunar juntos. Los vascos se levantaron de su mesa, todos a una, y se acercaron sonrientes a un ojeroso Paco Bru con la solemnidad de quien hace una ofrenda. Se pusieron a cantar y, de lo más recóndito del grupo, aparecieron unas opulentas cajas de cigarros que entregaron al entrenador como obsequio, mientras uno por uno le estrechaban la mano y le felicitaban con calidez por el éxito ante los daneses.

Cuando el seleccionador, todavía impresionado, se disponía a volver a su primer café del día, los, entre comillas, catalanes —Sancho, Sesúmaga, Sami y Ricardo— repitieron la ceremonia; se desestimó que cantaran, para no tentar a la lluvia, que de eso ya habíamos tenido demasiado, y le regalaron un fantástico encendedor que Ricardo había comprado para Sami, con la intención de reponer el que se había perdido en la frontera.

La sorpresa del entrenador ante tanto agasajo era mayúscula y Lemmel se encogía de hombros, tan asombrado como él.

Cuando el bueno de Bru creía que por fin podría terminar de desayunar, el grupo de gallegos apareció ante su mesa con una pluma estilográfica, de parte de todos, incluido el convaleciente Ramón González, y esta vez la cara de anonadamiento de Bru hizo reír a Manolo Lemmel, que, con su costumbre acrobática de inclinar la silla sobre las patas traseras, casi se cae al suelo.

Todos los periodistas, papá, Juanito, Rubryk, Handicap, Passavolant y Lola, asistieron boquiabiertos a la procesión de oferentes, sin entender nada. Juanito, por ejemplo, se quedó así, de forma literal, hasta que Lola le cerró la mandíbula.

Solo yo conocía el motivo de tanto homenaje, porque me lo había contado Ricardo la noche anterior. Las caras del resto eran de estupefacción. Los jugadores habían pensado en todo; como era natural que los periodistas preguntaran, prepararon una explicación edulcorada: afrontaban el ecuador de la competición y el equipo quería agradecer el trabajo a Bru, a pesar de la derrota contra los belgas. Habían perdido toda opción de ser campeones, pero

seguían vivos en el torneo. Además, por si las moscas, dejaron correr por el salón de desayunos una versión sainetera y algo folclórica de la partida de billar, muy alejada de la realidad. Ya se sabe que las mejores mentiras son aquellas que incluyen algo de verdad.

Algunos periodistas que habían echado las campanas al vuelo con el éxito danés se mostraron muy críticos con ciertos jugadores tras el partido de Bélgica. Rubryk, por ejemplo, culpaba al «posturismo» de Zamora del primer *goal*, y algunos más dudaban del rendimiento de Eguiazábal y Sancho en la media, o de Vázquez y otros en la delantera. Sin embargo, con aquella exhibición de respeto y unidad, todos asumieron que, al menos, el equipo era una piña. Los reporteros más avezados intuyeron que allí había gato encerrado, pero antes de que nadie descubriera al felino, el doctor Bartrina entró en el comedor con una sonrisa en los labios.

—Señoras, señores, buenos días a todos. Traigo buenas noticias.

Bru se echó a reír, casi con lágrimas en los ojos, diciendo que tendría que enmarcar aquel día, 30 de agosto, en el calendario.

—Vengo a informarles de que los suecos —continuó Bartrina en voz bien alta para que todos pudiéramos oírlo—, nuestros rivales de mañana en el torneo de consolación, se han retirado del torneo. Han hecho *forfait* como protesta por el arbitraje de su partido de ayer, contra los holandeses, y se marchan a casa. Por tanto, señores, pasan ustedes de forma directa a la siguiente ronda; no jugarán hasta dentro de tres días, contra el ganador del Noruega-Italia. ¡Felicidades!

La noticia arrancó aplausos y hurras por España, por los suecos y por Bartrina. Era como un sueño: no solo pasábamos la eliminatoria, sino que los jugadores tendrían tiempo para recuperarse de los golpes y achaques de los dos encuentros jugados.

Samitier lanzó el grito de guerra colectivo, el ¡Be-laus-te-gui-goi-tia, Pa-ga-zau-ur-tun-dú-a...!, etcétera etcétera, coreado por todos para celebrar la victoria, aunque fuera de despacho y por abandono del rival.

Ante semejante alegría, se suspendió toda la actividad deportiva del día excepto la terapéutica, para acudir juntos al acto programado en el Stadion. Lemmel e Isidro podrían seguir con sus masajes en las salas bajo las tribunas, mientras en la superficie se celebraba la entrega masiva de trofeos a los

atletas que habían competido en la fase principal de los Juegos.

Yo lagrimeé como una boba, porque el día solo podría haber sido más perfecto si Ricardo y yo hubiéramos podido pasar un rato a solas. Me conformé con un repertorio de miradas cómplices, roces de manos y suspiros de *boomerang*, de esos que se lanzan al tendido para que lleguen al amante dando un rodeo, que terminaron materializándose en notas clandestinas, en las que planeamos una escapada fugaz durante el gran banquete de atletas programado para aquella noche.

La grada del Stadion, a pesar de ser un día laborable, acogía bastante público. Una miríada de participantes olímpicos copaba la tribuna principal y oponía sus cánticos festivos al buen hacer de un nutrido coro y una banda militar que llenaban la atmósfera de solemnidad.

No llovía y, a través del ópalo de nubes, el sol hermozeaba la pradera central. Allí se dibujaba una formación semicircular de atletas uniformados, abanderados, camarógrafos y autoridades en torno a un pódium y un palco bajo palio, desde el que el rey Alberto y los dos príncipes entregaban los trofeos a los campeones olímpicos. Era una ceremonia sencilla, pero con toda la dignidad y emoción que requería el momento.

Para nuestros futbolistas, ver a aquellos compañeros transformados en héroes remató la catarsis que habían vivido las últimas horas. Ante ellos estaban, sin duda, las más grandes figuras de la VII Olimpiada: Paavo Nurmi, Joseph Guillemot, Charlie Paddock, Suzanne Lenglen, Duke Kahanamoku, la pequeña Aileen Riggan o el virtuoso espadachín Nedo Nadi, recogiendo de manos regias las estatuillas de la victoria y los medallones dorados que los acreditaban como laureados olímpicos. Algunos colgaron más de una medalla sobre su cuello, haciéndose varias veces merecedores del prestigio universal que otorga el juego limpio y vencer en igualdad de condiciones.

Puedo entender que, para quienes no los conocen bien, los llamados Juegos sean algo sin importancia. Pero desde las tribunas, los ganadores eran contemplados por miles de atletas que durante años soñaron ser campeones y vieron caer sus esperanzas por un tropiezo, un desfallecimiento o un día aciago, a veces en la última curva o en los metros finales, y por muchos seres

anónimos como nosotros, que no lo lograríamos jamás, por no hablar de los millones que los seguirían a través de nosotros, en la prensa. Ante las cámaras, se immortalizaban los héroes y heroínas modernos, como en la antigua Grecia se les perpetuaba en mármol, adquiriendo categoría de divinidades mortales. En los rostros de todos los participantes se leía una satisfacción contagiosa y la mezcla de emociones que despierta un momento como ese, al que habían dedicado tantos sacrificios. Esa es la grandeza del deporte puro, que comparte con todos la excelencia de unos pocos.

Los futbolistas de nuestro equipo lamentaron entonces haber dejado escapar el oro. Ricardo intentaba animarlos, desentrañando el confuso sistema de competición que, según sus cálculos, les permitiría todavía luchar por la medalla de plata, en el torneo de consolación. Aunque, para eso, los próximos días tendrían que jugar más partidos que nadie y ganarlos todos.

—¡Lo que haga falta! —resolvió Pichichi—. Como si tengo que ser suplente, chavales, hablo en serio. Yo lo que quiero es lo que han conseguido ellos. ¡Anda que no iba yo a ir pimpante por Bilbao con una medallita de esas en el cuello! ¡Ni para dormir me la quitaba, oye!

Al finalizar la entrega de premios, se disputó un partido de fútbol amistoso entre Egipto, la sensación africana, y una improvisada selección local. Los nuestros cruzaron apuestas, como siempre, para hacer más interesante el encuentro. Esta vez incluso Sancho se decidió a jugar, aunque pareció sufrir un verdadero ataque ludopático: «Veinte francos a que marcan primero los egipcios», «A que los que ganan el partido son los belgas», «A que en la primera mitad no hay *goals*», «A que el árbitro *silba* un *penalty-fault* al menos».

Los compañeros lo veían divertidos.

—¿Este está piripi, o qué?

El ahorrativo castellonense lucía una sonrisa pícara y disfrutona, retando a todos y proponiendo envites sin parar. Sus compañeros del Barcelona empezaron a temer una reacción dramática al final del encuentro. Sami le echó un brazo por los hombros y le preguntó en confidencia:

—¿Dónde está el truco, Agustinet?

—¿Truco? Ninguno.

Al terminar el partido, pagaba y cobraba feliz, como si no le importara el

dinero.

Entre apuesta y apuesta, lo apuntaba todo cuidadosamente en una libreta y hacía cálculos al vuelo. Al final, había ganado lo mismo que perdió. Era lo comido por lo servido, pero se quitó de golpe el sambenito de «pesetas» que le habían cargado desde el principio. Un síntoma más de que el buen tono general del grupo se estaba regenerando.

Dediqué la tarde a prepararnos para asistir al gigantesco banquete que el COE ofrecía a todos los asistentes a los Juegos. No había otro remedio que entregarse a las —para mí— enojosas artes del embellecimiento. Solo un año antes lo habría considerado algo burgués y decadente, pero aquel día asumí con naturalidad que papá y yo debíamos estar impecables. Lo suyo era sencillo: bastaban peine, camisa limpia y aperos de afeitar. En mi caso, aquella era la ocasión para lucir un traje de noche muy escotado en la espalda, sobrio *plissé* en la cadera y falda estrecha. Pero mi falta de previsión, más allá de mandar planchar las prendas el día antes, amenazaba con desbordarme. En medio del proceso, la salvación llamó a mi puerta con la voz de Lola:

—Querida, ponte cualquier cosa y ven a mi cuarto. La peinadora espera.

—¿Peinadora? Yo no he...

—Lo sé, lo sé, pero no pensarás ir así de sencilla a un banquete de etiqueta, ¿verdad? Hoy necesitas algo más que tu *chic* natural.

—Pues... —Iba a agradecerse, pero no me dejó terminar.

—Escúchame, niña, esta noche nosotras debutamos en los Juegos y el público debe aplaudir cuando salgamos al *field*, así que... *Allez, allez!*

A las ocho en punto, salí vestida y peinada de mi cuarto para ayudar a mi padre, que protestaba, incapaz de hacerse el lazo de su pajarita. Ajusté el nudo, abotoné sus gemelos y su chaqueta. Él olía a jabón y a su loción de afeitar, y yo al perfume que Béatrice, a imitación de mamá, hacía traer de París.

Papá cerró los ojos, respirándolo en silencio, y dijo:

—A ver, repite conmigo: el perro de san Roque no tiene rabo, porque Ramón Rodríguez...

Sonreí. Esa era la frase que le hacía repetir a Béatrice una y otra vez cuando era pequeña para desterrar su erre francesa.

—Soy Elena, papá. Yo nací en Madrid.

Abrió los ojos con serenidad acogedora.

—Hija mía, estás hecha toda una mujer. Dentro de poco me dejas tú también.

Besé su mejilla fingiendo despreocupación.

—No seas bobo. Nunca te dejaremos. Aquí nadie deja a nadie. ¿Prometido?

—Se hará lo que se pueda... Pero no voy a vivir siempre. —Rio y, tras un suspiro, dejó caer—: La vida y los partidos son seis cuartillos de hora.

Ricardo esperaba con otros compañeros en el vestíbulo del hotel. Viví nuestra salida del ascensor como un paseo nupcial, hasta me ruboricé. Él se quedó contemplándome con los ojos como platos. La pechera de su camisa y cuello blanquísimos hacían que su piel morena pareciera la de un hombre de mar. De nuevo, como la primera vez que lo vi en el comedor del pequeño hotelito debajo de casa, mis ojos se detuvieron con disimulo en la imagen que me devolvía un espejo. La mujer que había soñado ser entonces se mostraba de repente, vestida así, dentro de un cuerpo esbelto, similar al de mi hermana y al que un día debió tener mi madre. Sin embargo, por dentro, yo seguía siendo la misma. Si eso me ocurría a mí, no era extraño que todo se mezclara aún más en la cabeza de papá, un lugar donde el tiempo y el espacio quedaban suprimidos y todo era confuso y posible.

Lola salió del ascensor transfigurada en diosa olímpica y Juanito la colmó de alabanzas. Ella las desmontó todas con coquetería, pero estaba hambrienta de escucharlas y, cuando se hartó, se quejó de que él se hubiera acicalado igual que siempre.

—¿Como siempre? —protestó el gaditano—. ¡Pero, chiquilla, si parezco un plenipotenciario; estreno sombrero y leontina de oro!

Pedimos a Passavolant que nos retratara a los cuatro juntos y Josep aceptó a regañadientes.

—¡Pero si no hago estas cosas ni con la familia, salvo que posen delante de un aeroplano! —gruñó—. En fin, todo sea por los compañeros.

Alegres y compuestos salimos en automóviles concertados hacia

Middelheim, donde se celebraría el esperado banquete, sin sospechar lo que nos esperaba.

20

El parque de Floralies se encontraba al sur, no lejos del Stadion, en medio de un precioso bosque cultivado, con grandes jardines y rosaledas, en las afueras de la ciudad. Contaba con un grandioso pabellón de cristal, al estilo de las exposiciones universales, donde se exhibían anualmente las ferias florales más asombrosas que podían verse en el planeta, de las que la vecina región de Gante era una potencia mundial. Allí nos acogieron a más de dos mil comensales, entre atletas y otros asistentes.

En el exterior habían dispuesto cientos de sillas y mesitas de jardín, exquisitos arcos florales y algunas carpas impermeables, en previsión de la lluvia, para disfrutar de una larga velada en la que se anunciaban conciertos y otras sorpresas por descubrir.

Ocupamos una gran mesa con los demás españoles. Los caballeros vestían de gala y la mayor parte de las señoras parecían sacadas de las carreras parisinas de Longchamp, luciendo aún el recargado estilo oriental de antes de la guerra. Las más jóvenes nos atrevíamos ya con las prendas ajustadas, sin pieles y con sombreritos de campana. Los complicados postizos y adornos vegetales, gasas, plumas y *aigrettes* nos empezaban a parecer cosa de otra época. La practicidad y libertad de movimientos exhibidos en la Olimpiada (donde las nadadoras usaban trajes de baño de *petit point* ajustadísimos y las tenistas lucían las ligas de sus piernas al volar de las faldas) conquistaban el vestir de la mujer, haciéndonos más ágiles y liberadas. Lola, reina de la contradicción, aplaudía todos aquellos cambios sin dejar de criticarlos:

—Es cómodo, lo reconozco, pero en esto estoy con la condesa D'Armonville. —Y como puse cara de no saber de ella, aclaró—: Sí, mujer,

la que escribe los ecos de sociedad del *Abc*. Dice: «Si esto sigue así, la inelegancia no tendrá cura posible». Y tiene toda la razón. Lo de las nadadoras será práctico para estar entre los peces, pero ¿por qué no retratarlas con una elegante *robe déshabillée* fuera del agua, en vez de así, medio desnudas, desvelando todos los misterios? Eso solo está bien para los hombres. Y ni siquiera para todos.

—Estoy de acuerdo —apuntó Rubryk—. ¿No conoces a la condesa, Elena? Es una dama notable, doña María de Perales; además de columnista de *frivolités*, es traductora y militante de la Liga de Señoras del Apostolado del Sagrado Corazón.

Sonreí por cortesía, aunque para mí quedó claro que debía tratarse de una de aquellas abanderadas del Dios, patria y hogar siempre dispuestas a poner freno a la igualdad y por las que me veía obligada a emigrar a Toulouse para acceder a la universidad sin tener que recurrir al heroísmo. Pero no era noche de reivindicaciones, y menos aún peinada y vestida así.

A mi lado, papá escuchaba con devoción los sesudos desahogos de Manolo de Castro *Handicap*, que esa noche no hacía más que vaciar y rellenar su copa de vino, víctima de vaya usted a saber qué pasajera aflicción. Solo dejaba su opaco soliloquio para preguntar a algún *maître*: «¿Sabrá usted el número de invitados?», «¿Y el de camareros?», «¿Cuántos platos servirán esta noche?», «¿Sería tan amable de averiguar el nombre de ese grupo de gaiteros escoceses?». Y cuando el solícito encuestado volvía con la respuesta, Handicap la apuntaba en su cuaderno, rellenaba su copa y retomaba la misteriosa charla con mi padre. El viejo estilo reportero, que no deja de trabajar ni en sus días más grises.

Busqué a Ricardo con ojitos que lo decían todo, deseando que llegara ese momento indefinido entre el segundo y tercer plato, cuando ya se ha comido y bebido lo suficiente, en el que yo me levantaría para perderme camino del tocador y encontrarme con él en un lugar convenido.

Lola estaba mimosa con Juanito y seguía teniendo un olfato infalible para los asuntos del corazón. Al poco, aprovechó para susurrarme:

—Tú y Ricardo... Ya ha pasado algo, ¿verdad? Os lo noto... No te quita ojo, ni tú a él. Te dije que estaba loco por ti. Pero que sepas que te pienso tener vigilada toda la noche.

—Lola, no... —protesté, y volvió a adivinar, escandalizada.

—¡Tenéis planes de fuga! Te advierto que no puedes andar con tacones carretes por esa selva negra de ahí fuera. Yo intenté una vez algo parecido y más tarde me delató el barro. ¡Qué bochorno pasé! —Hizo una pausa antes de rematar—: Tendrás que hacerlo descalza.

Era increíble esa mujer.

De las cocinas salían manjares opíparos del gusto internacional: ensaladas, *foies*, fiambres con trufas, anguilas en gelatina, salmones o arenques de aguas gélidas, cálidas carnes rellenas, inevitables mejillones con patatas al estilo local y un infinito desfile final de quesos y dulces.

Con semejante festín, el equipo se iba animando. Bru no hacía más que convidar a cigarros entre plato y plato y prenderlos con su nuevo encendedor, y cualquier excusa era buena para lucir su flamante estilógrafo. Los jugadores del extremo del grupo hablaban casi a gritos para poder entenderse con los del lado opuesto de la mesa; estaban recordando la pitada inmensa que los había desconcertado antes del partido contra los belgas, para Pichichi algo insólito:

—¡La de veces que me habrán abucheado a mí en casa! ¿Verdad o no, Josemari? La gente de Bilbao será muy católica, pero en San Mamés se vuelven todos protestantes. —Rio arrancando a su vez las risas en los demás—. Pero como esta, nunca. La pita de ayer me dejó con tembleque y no se me quitó hasta el descanso.

A casi todos les había ocurrido algo parecido. A Ricardo le molestaba más otra cosa; habló en voz bien alta para que pudieran oírle todos:

—A mí me parece bien que la gente chille lo que quiera en el campo, para eso paga su entrada. Lo que me fastidia es que lo hagan algunos en la prensa, que eso no se lo lleva el aire. Es fácil criticar cuando no se ha estado nunca ahí abajo, y encima, con seudónimo oculto ¡y cobrando! Porque el *mesié* que va a la primera fila a gritarte como un salvaje se arriesga a que le contestes.

Ricardo lo decía, sin duda, por el misterioso Ignacio Galea. Sin embargo, cerca de mí, Rubryk sonrió en silencio sintiéndose aludido. El año anterior había publicado en *Abc* que Zamora, durante un partido en Madrid, «estuvo más pendiente de replicar al respetable en la grada que del juego». Sin embargo, tenía demasiada experiencia para dejarse atraer a las banderillas por

un jovencito como Ricardo.

—Tú por lo menos te conformas con hablar —comentó Samitier—, que hay otros que se lían a tortazos con el respetable.

—Más de una vez me quedo con las ganas, no te creas.

De pronto, la música de fanfarria del Primero de Línea del Ejército belga, que amenizaba la velada desde el principio, concluyó con un golpe de bombo. El público quedó en silencio, esperando tal vez un discurso de la presidencia. En cambio, irrumpió en el banquete una parsimoniosa banda de gaiteros escoceses, los célebres Black Watch Pipes and Drums, que empezaron a recorrer los pasillos entre las mesas rompiendo la formación con improvisados cruces y virguerías. El público se reventaba las manos aplaudiendo, puesto en pie, y vitoreaba a los aliados de falda de cuadros y altos gorros de pelo negro cuando desfilaban a su lado.

Antes de los postres, los españoles montaron su propia banda de gaiteros, improvisando falditas con toallas o manteles, remangándose los pantalones para dejar las canillas al aire y tocados a la gallega, con servilletas o cuencos que alguno tomó prestados de las cocinas. A falta de gaitas, tiraban de pulmones, cantando cualquier cosa que les venía a la mente. La algarabía que formaron por la inmensa sala fue de órdago y, al simular los gestos y alamares con los que deslumbraron los gaiteros, cosecharon ovaciones tan grandes como las conseguidas por los escoceses originales.

Aprovechando el bullicio, en vista de que papá se encontraba custodiado por varios periodistas y no lejos de Bartrina, decidí que era la hora de ir al tocador. Ni siquiera Lola se dio cuenta de mi ausencia.

Ricardo se unió a mí junto a la puerta y salimos de la mano a los jardines. Siguiendo el consejo de Lola, me quité los zapatos. Aún recuerdo el calor de la mano de Ricardo y la frescura de la hierba bajo los pies.

Los empleados de los jardines y los músicos de los pequeños grupos de cámara que se distribuían por los alrededores del palacio de cristal sonreían con discreción al ver a una pareja de enamorados escapando de la multitud a la luz de la luna.

Ricardo me protegió del frío de la noche con su chaqueta y cruzamos puentes de juguete sobre lagos diminutos cuajados de nenúfares, con sus palacios para patos y sus cuevas de fantasía. Nos refugiamos en un templete

de madera de cristaleras coloridas, de los muchos que había en los jardines. Los lugares secretos de nuestra relación seguían siendo tan irreales como el paisaje de un cuento. Lo real éramos nosotros; la emoción, las risas, la piel. Nos contamos secretos, con la temblorosa intimidad de los jóvenes enamorados. Nos descubríamos por dentro, sin llegar a conocernos, porque no éramos quienes llegaríamos a ser.

Al rato, unos enormes focos de luz azul, que se habrían usado para localizar zepelines, pintaron obeliscos en el aire y miles de bombillas de colores se encendieron en los alrededores del pabellón principal, dibujando formas caprichosas en los estanques. A esa señal, los grupos de música amenizaron los rincones de los jardines y, al poco, unos cohetes tiñeron el cielo de colores, proyectando larguísimas sombras fugaces desde cada planta y cada árbol de aquel jardín exuberante. Sentimos curiosidad por los festejos y decidimos regresar con los demás.

Los fuegos artificiales y las iluminaciones congregaron a la multitud de invitados en el exterior del jardín. Resultaba muy difícil encontrar a ningún español en medio del gentío. Vimos a los italianos marchándose a la carrera, pues tenían que jugar un partido al día siguiente. También localizamos a los franceses. Saludaron efusivos a Ricardo, que los había visitado en el vestuario antes del partido del domingo. Entre ellos estaba René, que se llevó las dos manos a la cabeza al vernos.

—¡Vaya faena os han hecho, amigo, lo siento! —Nuestra cara de sorpresa nos delató—. Ah, ¿que no os habéis enterado? Pues seréis los únicos. —Y añadió pícaro—: ¿Dónde estabais metidos? Seguro que en el cine esta vez no.

—¿De qué no nos hemos enterado, René? —cortó Ricardo intrigado.

—De que jugáis mañana. ¡A las diez de la mañana!

—¿Jugar? ¿Contra quién?

Las informaciones de René nos parecieron tan absurdas que tuvimos que contrastarlas. Por fin, encontramos a los españoles. Parecían náufragos agotados tras batallar con la tormenta. Sami, un poco achispado, estaba tan enfadado que contestó a nuestras preguntas como si tuviéramos la culpa de algo:

—¡Contra quién va a ser, *nen!* ¡Contra Suecia! ¡Suecia, que había hecho *forfait!*

Lemmel y algunos jugadores más, cuyos nombres omitiré por lógica discreción, apenas se tenían en pie, pero apoyaban a gritos la machada de jugar al día siguiente:

—¡Lo gue haga falta! ¡Si hay gue jugar, se guega! ¡Vamos a machagarlos! ¡Se van a enderar esos suegos! ¡Draidores! ¡Gobardes!

A Lemmel el alcohol lo embravecía hasta creerse un gigante. En ese estado, durante la primera semana de concentración en Irún había apostado que saltaría a lo largo todos los bancos de hierro del paseo de Colón con los cordones de los zapatos atados, en una hebertiana demostración atlética a la luz de la luna. No hace falta decir que el resultado fue catastrófico y que no salió de la casa de socorro hasta la mañana siguiente, con el cuerpo como si lo hubiera arrollado la manada de morlacos de un encierro de San Fermín. Desde entonces no había probado gota, hasta esa noche. Bastaba ver a algunos para darse cuenta de que serían incapaces de levantarse antes del ángelus, cuando menos jugar un partido contra una de las selecciones más robustas y goleadoras del campeonato a las diez de la mañana.

El caso era difícil de entender. Por hacerlo corto, diré que los que no querían jugar eran los futbolistas suecos, indignados con el arbitraje, tras recibir un *penalty* en contra a un minuto de acabar el partido que iban ganando contra Holanda, y en cuya prórroga fueron arrollados.

Con buenas intenciones, el conde de Baillet-Latour, presidente del comité organizador, consiguió que los suecos volvieran a la batalla y, muy felices, los secretarios del comité fueron a comunicar la buena nueva a Bartrina justo cuando el estrambótico desfile de gaiteros de pega españoles alcanzaba un despiporre apoteósico.

Bartrina se negó, pero —desbordado de trabajo como estaba, desde que se fue Aguilar— no había recogido ningún acta del abandono sueco, por lo que no podía reclamar la victoria; Argüello entonces tuvo con él unas durísimas palabras, acusándolo de negligencia, y a punto estuvo de acabar mal con él. Bru veía a los jugadores en un estado tal que se negó en redondo a jugar, de modo que Bartrina comunicó al comité organizador la negativa española y, para su asombro, replicaron que no jugar sería quedar eliminados. Ahí se alteró el sentido común más elemental: eran los suecos quienes se habían retirado, hubiera o no papeles por medio, ¡si hasta se había publicado su

abandono en la prensa local!; se habían hecho con ellos denodados esfuerzos para hacerlos volver a la competición que ahora se nos negaban a nosotros. Pero de nada valieron las quejas. Los directivos españoles se conjuraron, sacudieron las brumas éticas de sus cabezas y, cual soldados de los tercios de Italia, marcharon a la reconquista de Amberes, dispuestos a todo. Villamejor consiguió una nota personal de Pierre de Coubertin para arreglar el asunto retrasando el encuentro; Argüello y Bartrina estuvieron a punto de liarse a sopapos con los arrogantes subalternos del comité organizador, que se negaban a escuchar razones y poco menos que arrojaron la nota de Coubertin a la papelera, encastillados en la falta de fechas para el aplazamiento. Al final, y a gritos —que a veces también son diplomacia—, se consiguió un apañó: italianos y noruegos jugarían al día siguiente, martes, a primera hora, y así, tras otros cambios en cadena, los españoles podrían jugar el miércoles por la tarde su partido contra Suecia.

Como si volvieran victoriosos de la guerra, Bartrina y Argüello comunicaron al equipo la resolución. Sin embargo, Belauste, que como dije no bebía ni gota de alcohol y mantenía su capacidad de juicio intacta, torció el gesto y respondió, como capitán, con un inesperado escepticismo:

—Gracias, señores, pero eso ya lo veremos. Esto es un atropello. Ese partido ya estaba ganado. Mañana el equipo decidirá si juega o no.

La noticia enfrió los ánimos de todos, pero ya no se podía hacer más que recogerse cuanto antes para minimizar los estragos que pudiera ocasionar el resto de la noche.

Entre la felicidad egoísta de mi escapada con Ricardo y el enredo olímpico posterior, me había olvidado por completo de mi padre. Por suerte, alguien se había encargado de cuidarlo.

Papá daba cabezadas en una silla del jardín, arropado por uno de los manteles que habían servido de ilegítima falda escocesa. De Handicap solo supe que se había ido al hotel una o dos horas antes.

Al día siguiente, durante el *petit déjeuner*, la noticia dejó a ambos estupefactos. Manolo de Castro, algo resacoso, tenía claro lo que se debía hacer:

—Es un abuso. Una injusticia y así pienso publicarlo en todos lados. Ahora bien, estoy con los directivos: lo deportivo es jugar. Es lo que debe hacer cualquier *sportman*. ¿No es cierto, Pepe?

—Claro, claro... —carraspeó papá—. Jugar hay que jugar. Lo deportivo es eso.

Estábamos casi solos en el salón de desayunos, sin rastro de los jugadores. Esa noche Ricardo, como es lógico, se había quedado con los compañeros, ayudando a los más perjudicados a llegar a sus camas. Aunque había bebido poco, supuse que no habría dormido hasta bien entrada la madrugada. Ni siquiera Bru, ni por supuesto Lemmel, aparecieron a desayunar.

Tanto Handicap como nosotros escribimos unas líneas sobre lo ocurrido y nos acercamos a la estación a mandar la noticia por telégrafo. Salimos, ya pasado el mediodía, rodeados de una marea de aficionados holandeses que llegaban a la ciudad en trenes especiales para asistir a su partido contra Bélgica. A la *gare* llegaron dos automóviles erizados de banderas italianas y tocando la bocina, repletos de seguidores *azzurri* eufóricos, que sacaban medio cuerpo por las ventanillas o colgaban de los estribos, cantando y dando gritos de «Avanti», «Bravo» y «Forza Italia». Habían vencido a los noruegos en el madrugador partido matinal que pretendían asignarnos a nosotros.

Al volver al hotel, nos cruzamos con Ricardo y Sami, que salían en busca de un café y un tentempié, protegidos los ojos por gafas de sol y atónitos ante tanta animación. Desde su regreso a Amberes ocupaban una habitación del segundo piso, con aseo propio, por lo que yo había conservado la mía. A medida que las competiciones olímpicas iban terminando, había más habitaciones disponibles, aunque el fútbol mantenía llenas las terrazas y los restaurantes. En ellos, los belgas retaban amistosamente a los vecinos holandeses y animaban a los españoles, que consideraban ya la revelación del torneo.

El almuerzo en Le Progrès fue la primera comida del día para muchos.

Cuando llegué con papá, los jugadores pedían silencio porque Isidro tenía algo para ellos.

El utillero anunció que había estado esa mañana en el hospital para informar a González de todo lo ocurrido y para llevarle comida de estraperlo,

esquivando a la ogresa jefa de planta, que, por lo que él había entendido, amenazaba con ponerle un enema si volvía a verlo por allí fuera de las horas de visita. Ramón, que se encontraba mucho mejor y solo esperaba ya el alta médica, les había escrito una carta, dirigida a todos.

—Aquí está. —Isidro mostró un sobre abierto y sin timbrar—. Esto es lo que el compañero González les ha escrito desde esa casa del dolor.

La entregó a Belauste, que se la pasó a Moncho Gil para que la letra sonara con el acento más parecido al del ausente. Moncho agarró el papel, una sola cuartilla anotada por dos caras, como si se tratara de un papiro de Constantinopla, y empezó a leer imitando el acento coruñés del escriba:

Compañeros *equipers*, chorizos y longanizas de nuestra ibérica península, y otros productos de la tierra: ¡no sabéis cuánto os echo de menos!

Esa primera frase arrancó aplausos en la audiencia.

Imagino que os habréis despachado a gusto con mi parte de las viandas, pero yo os perdono. También os perdono que, cuando vinisteis a verme, no quisierais ayudarme a escapar de este presidio de infusorios donde me tienen preso, haciendo un cursillo forzoso de flamenco, que, como gallego que soy, nunca ha sido mi fuerte. Os perdono también que no brindéis a mi salud con cada *bock* consumido y solo os acordéis del pobriño Ramón González en una de cada diez o veinte rondas. Lo perdono todo. Por el conmlitón Isidro,...

—¿Qué me ha llamao? —saltó el madrileño—. ¿Comili... qué?

Mientras le explicaban, Moncho siguió con la carta:

... que es mi hado madriño en este infierno de rubias beldades de cien kilos, lo que jamás os perdonaría, repito, jamás o casi nunca, sería que no les dierais a esos tahúres tramposos, estafadores farsantes, trileros timadores y embusteros piratas vikingos de Suecia, su merecido mañana de mi parte.

Una ovación espontánea brotó del grupo, que se puso en pie aplaudiendo y dando bravos al autor, como si estuviera presente. Moncho alzó la carta sobre su cabeza, triunfante, para que el pedazo de papel recibiera el

homenaje, en ausencia del escribiente.

—Sigo, sigo, que esta joya no ha terminado.

Y como yo no podré ayudaros ni verlo, mi venganza caerá sobre un señor llamado Gustaf Nosecuántolson, de digestivos, en la segunda planta, que es el único sueco que tengo a mano, al que pienso romperle todos los cigarrillos cuando salga de su habitación para ir a tomar las aguas y quedarme allí para explicárselo. Como tampoco podréis verlo, nos lo contaremos todo con detalle en cuanto me den el alta. Un abraciño para todos, de vuestro olvidado paciente compañero, de infecciosos renales,

Ramón González

Los aúpas, *goras*, hurras, olés y vivas a Ramón fueron incontables. La carta pasó luego de mano en mano, porque en ella el ingenioso gallego había retratado a algunos de los protagonistas de su vida hospitalaria: la *enemera* jefe, como él la llamaba; el pobre señor Gustaf fumando a escondidas; los flamencos médicos belgas dando palmas con batas de lunares, y él mismo, soñando con comerse un queso de tetilla en vez de un plato de bolitas que figuraban ser coles.

Aquella carta fue el primer *conxuro* que hicieron todos juntos para caldear el partido contra Suecia. Cuando los ánimos se calmaron, algunas voces desengañadas se alzaron en el grupo para dejar claro que no debían jugar porque les habían tomado el pelo.

Argüello y Bru opinaron entonces que lo deportivo era celebrar el encuentro, pero Belauste y Arrate, a coro, contestaron que, con todos los respetos, eso debían decidirlo los jugadores, sin injerencias. En privado, como se supo después, ellos pensaban que sí se debía jugar, pero un asunto de tal gravedad debía ser acordado por la mayoría.

Argüello y Bru se cruzaron de brazos cerrando la boca con fuerza.

—Ya empezamos con democracias... ¡Ni que fueran diputados de la mayoría! —murmuró el tesorero.

—Qué se le va a hacer, Luis. De esto no me vas a echar la culpa a mí, ¿no? —bromeó Bru.

—Porque no sé cómo, que si no...

Argüello palmeó amistoso su espalda y soltó tensión en un suspiro,

recordando a su paisano, el enfermo.

—Pobriño *galego*. Lo tenía que haber dejado en casa. ¡Él, que tenía más morriña que nadie y se queda solo en el hospital! Solo por eso deberían salir mañana a jugar, en vez de armar tanto debate.

Bru se rascó un lado del bigote, como hacía cada vez que meditaba en algo.

—Escucha, Argüello, deja que los chicos se pongan de acuerdo. Me da a mí que el partido no va a ser un amistoso de guante blanco. Por lo que sé, los suecos no querían jugar y sus directivos los han obligado, así que estarán enfadados y pueden saltar chispas. Si los jugadores tienen que salir a partirse las piernas, más vale que estén convencidos. Además, queríamos que estuvieran unidos, ¿no? Pues dejémosles tiempo para hablar.

A partir de las tres y media, en el Stadion siguió la controversia y, como ningún bando convencía al otro, decidieron consultarlo con la almohada y se centraron en ver los dos apasionantes partidos de aquella tarde. En el primero, Francia perdió contra Checoslovaquia, a pesar del espléndido partido que hizo René Petit.

En el segundo encuentro, los anfitriones derrotaron a Holanda con un juego arrollador. Arrate, por lo general callado, hizo una reflexión en voz alta, orgulloso. Él había marcado el *penalty* contra los belgas.

—¿A que voy a ser el único que les mete un *goal* a estos, al final?

Lo más destacable de la tarde fue que alguien localizó a los suecos en la grada. Desde ese momento, los dos equipos se cruzaron miradas de reojo, estudiándose con disimulo y haciendo comentarios en voz baja a los compañeros. No hubo la menor provocación; al contrario, al terminar, cada grupo salió por un extremo de la tribuna evitando encontrarse. Sin embargo, se notaba la electricidad entre ellos, como bandas callejeras que miden sus fuerzas a distancia.

De regreso a los hoteles, aún no habían decidido si jugarían el partido, pero los nervios de la competición les recorrían las entrañas. Los choques especiales comienzan a disputarse mucho antes de salir al campo y esa noche todos se fueron a acostar temprano, con aire circunspecto.

Noté a Ricardo ausente, pero no me importó. Estaba empezando a entender que él tenía dos vidas distintas, y la personal se detenía por

completo cuando llegaba el turno de la deportiva. Permanecía en un seductor silencio, como si posara la mirada en un horizonte muy lejano, distinto del que vemos los demás. Yo entonces no lo sabía, pero esa es la mirada de quienes poseen un destino, una misión en la vida, y saben que lo entregarán todo para conseguirlo.

A solas en mi habitación, ordené mil notas pendientes que llevaba garabateadas en los cuadernos, con la ventana abierta; esa noche, hasta los animales del zoo permanecían silenciosos, como si presintieran la batalla que se avecinaba.

Al día siguiente, las horas volaron. Los jugadores no comieron mucho, cuidándose. Acudieron juntos al Stadion en coches que la organización ponía los días de partido, pero antes de cruzar las rejas de la entrada al recinto, improvisaron una asamblea para tomar la decisión final. Bru y Lemmel entraron en el estadio, llevándose con ellos a Argüello, que estaba tentado de intervenir.

Los diecinueve compañeros cerraron un círculo, hombro con hombro, dando la espalda a todo lo que no fueran ellos, mirándose a la cara. En momentos como aquellos no cabe otra cosa. Comenzó hablando el primer capitán, Belauste; luego el segundo, Arrate. Después, quien quiso decir algo, lo hizo, tomándose su tiempo.

Yo me colé en el pabellón de los atletas y busqué una ventana. Vi el corro cerrarse, con los brazos de cada uno enganchados a los hombros de los demás. No había rastro de sus diferencias. Resultaba imposible no conmoverse con una escena tan sencilla y poderosa y no pude apartar mis ojos del cristal, hasta que una voz imperativa me sacó del encantamiento. Un ordenanza vio mi acreditación y me dijo que no podía quedarme allí.

Mientras salía del edificio haciéndome la despistada, oí que resonaba su grito de guerra y supuse que los jugadores habían llegado a una decisión.

En el vestuario, Argüello y Bru también hablaron todo lo que tenían que hablar, que fue poco: Bru le confirmó la alineación y Argüello hizo alguna pregunta para conocer los motivos. Lo encontró todo razonable y se sentó al lado del seleccionador, a esperar, en silencio. Solo se oían los golpes

esporádicos de Isidro picando una barra de hielo y las tijeras de Lemmel, preparando vendas para sus mágicos parches de tafetán empapado de linimento.

Cuando Isidro tuvo todo preparado, lo volvió a repasar en silencio: tacos de repuesto, calcetines negros, botas, cordones extra, los uniformes doblados y limpios, como el día que fue a buscarlos a la tienda de Kossak y Reparaz, la pila de toallas impolutas... Nadie hablaba, atenazados por la espera de acontecimientos.

Las pocas visitas que abrieron la puerta del vestuario, como el presidente de la Real Sociedad, se fueron al punto, comprendiendo que no era el momento de palabras huecas.

Handicap entró para vestirse de negro, porque ese partido lo arbitraría él como linier, no Bru, por petición de este. Desde la bronca del domingo se había convencido de que los jugadores debían verlo solo como entrenador, no trotando por el campo. Handicap acabó de vestirse en silencio, deseó suerte y salió en busca del *referee* principal.

Argüello se cruzó de brazos inquieto.

—Mucho tardan esos, ¿no?

—Hay tiempo.

Lemmel e Isidro se sentaron a esperar en otro banco. Los cuatro se quedaron allí, mudos, con los brazos cruzados. Solo se escuchaban las voces y las risas del vestuario vecino, el de los suecos.

De pronto, la puerta se abrió, dejando pasar el creciente bullicio de los pasillos y del público del estadio. Josemari Belauste entró solo, sombrero en mano y muy serio; demasiado. Era un mal augurio; todo indicaba que traía malas noticias.

—Buenas tardes, señores.

No obtuvo respuesta. Se vio ante cuatro rostros graves, tensos y expectantes, y tragó saliva antes de hablar. No pudo fingir más y una risa se le escapó.

—Vamos a por ellos, así que ustedes dirán. ¡Adelante, chavales!

Abrió la puerta y los demás jugadores entraron en el vestuario con la cabeza alta y el paso decidido.

—¡Seréis papanatas! —protestó Argüello—, ¡qué susto nos habéis dado!

Esta vez, al conocer la alineación, nadie hizo el menor comentario. Argüello permaneció todo el tiempo junto a Bru, demostrando su apoyo, y al terminar, los que no iban a jugar jalearon a los once que saltarían al campo de batalla.

21

Que las cosas sucedan como las prevemos es raro, hasta puede ser motivo de sospecha; sin embargo, en el caso del partido contra Suecia todos los presagios se cumplieron. El primero en saberlo fue Manolo de Castro *Handicap* cuando el colegiado principal, un italiano apellidado Mauro, se dirigió a sus dos auxiliares en francés, batiendo con manos meridionales una mezcla de italianismos y anglicismos futbolísticos, que traduzco al español:

—*Signori, le due teams* tienen un *giocco forte*; dejemos que se desarrolle de forma *naturale*. No voy a ser un *gendarme*. Es un *sport* de *uomini, di contact; questa è la sua bellezza. Capisci? ¿Comprenden?*

Alarmado, el gallego se apresuró a advertirlo en el vestuario español, pero ya era demasiado tarde para hacer otra cosa que saltar al campo.

Es probable que aquel haya sido el encuentro internacional de la historia en el que menos veces se haya oído el silbato de un árbitro. Desde el primer minuto, en el que una carga salvaje derribó a Samitier ante la indiferencia del italiano, quedó claro que todo estaría permitido.

El centro del campo español se había reforzado con Sabino, dejando fuera a Eguiazábal, más interesado en los juegos nocturnos de Amberes que en los diurnos.

El bastión delante de Zamora lo formaban Vallana y Arrate, ya que Otero seguía cojitranco. Y el ataque fue el mismo que había vencido a Dinamarca: Pagaza, Sesúмага, Patricio, Pichichi y Acedo. En el medio estaba el *Camioncito* Belauste, puntal sobre el que se sostenía todo el tinglado de nuestro juego. La primera vez que tocó un balón, dos rivales cargaron con violencia contra él y cayó al suelo como un fardo gigante. Nadie lo había

derribado antes en el campeonato. Yendo a por el jugador más fuerte, los suecos demostraban que habían salido a amedrentar.

La segunda caída de Josemari no tardó en llegar. Protestó al árbitro, que estiró los dos brazos hacia el cielo gritando:

—Jouez, jouez!

O lo que es lo mismo: «¡Jueguen, jueguen!», como si allí no hubiera pasado nada.

Los españoles se esforzaban en buscar la pelota; sin embargo, cuando uno se iba con ella entre los pies, los suecos lo arrollaban, sin más. Su juego era más duro que canalla, pero siempre había uno o dos jugadores españoles en el suelo y Lemmel e Isidro corrían por separado a atenderlos.

Llegó el tercer derribo de Josemari. Según su eterno rival Mariano Arrate, su caída sonó igual que un caballo que se espachurró contra las rocas del muelle de San Sebastián al caer de su grúa.

—¿Estás bien, tú? —se interesó el donostiarra.

Belauste se incorporó despacio sin soltar un quejido:

—Me están molestando un poco, los suecos —dijo.

—Pues ya sabes lo que hay que hacer.

—Pero ¿no era una Olimpiada esto, o qué?

Handicap levantaba el banderín con desesperación en cada falta que veía, sin conseguir llamar la atención del árbitro principal.

Nosotros chillábamos reclamando las faltas, pero eran tan constantes y reiteradas que los gritos se convirtieron en una murga continua, confundida con los gritos de ánimo de la mayoría sueca de las gradas.

Además de zancadillas y codazos, los nórdicos empezaron a atreverse con patadas a la altura del pecho, ante la indolencia del árbitro.

El colmo llegó con una entrada criminal a Patricio, que pudo haberlo mandado al hospital. Josemari asumió, por fin, que las reglas del *fair play* no se aplicarían en aquel partido y su poderosa voz resonó en el estadio:

—¡Chavales, a defenderse! ¡Al hombre! ¡Ya!

Para dar ejemplo, mandó al suelo a los centrocampistas rivales, uno tras otro y sin mediar el balón. Antes del minuto veinte, los suecos ya lo apodaban *Elefant* y evitaban pasar por su zona, en el centro del campo, llevando el juego por las bandas.

Nunca habíamos visto jugar así al fútbol. Desde que Belauste dio libertad a sus jugadores, las peores marrullerías se volvieron parte del juego y aquello dejó de ser deporte. Me llevaba las manos a la boca asustada cada vez que había un choque y oía el restallar de huesos y los gañidos de dolor. Juanito gritaba latinajos al viento, epiléptico:

—¡Dale, es legítima defensa! ¡Quien hace la ley, hace la trampa! —Y añadía mirándonos—: ¡Os lo dije! ¿Dónde queda el juramento olímpico ahora, Victor Boin? ¿Dónde?

El juez de línea sueco, un turista de vacaciones que hasta entonces ramoneaba por la línea de cal, empezó a levantar la bandera denunciando las patadas que daban los nuestros en consonancia con el juego de sus compatriotas. Por suerte o por desgracia, el árbitro le hizo el mismo caso que a nuestro linier, Handicap: ninguno.

Los jugadores no se molestaban en enfadarse con los rivales. Arrollaban, pateaban o golpeaban al contrario y eran arrollados o pateados con naturalidad, y se levantaban magullados para desahogarse con el juez, que contestaba siempre con infinitas variantes del *Jouez, jouez!* Era fascinante ver al italiano, trotando cabizbajo, con los ojos fijos en la pelota, como quien contempla una especie ignota que corretea por el suelo, sin perderla de vista ni querer ver nada de lo que ocurría alrededor.

En esas condiciones era imposible trenzar jugadas y el balón iba de un campo a otro con facilidad, sin generar demasiado peligro.

Corría el minuto veinticinco cuando los suecos lanzaron el pelotón cerca del área española. Sami dudó si alejar el balón o ceder a Ricardo. Un sueco consiguió tocar la pelota con la cabeza y el balón voló sobre Zamora y se coló por la escuadra sin que nadie pudiera evitarlo. Fue un churro, pero fue *goal*. Ricardo se llevó las manos al rostro y se dejó caer de rodillas, desesperado. Fue el tanto más absurdo y doloroso de toda su vida.

En la grada, los seguidores suecos celebraron el tanto con una barahúnda de gritos y cantos.

Patricio sacó del centro con prisa, dispuesto a no derrochar ni un minuto en lamentaciones. Sin embargo, el equipo se veía impotente ante la situación. El juego rudo favorecía a los suecos, que tras el *goal* estaban enardecidos. Empezaron a burlarse y amenazar a los nuestros, pero los españoles tenían el

orgullo herido por la injusticia del *forfait*. Quedaba mucho tiempo para reaccionar y sentían un deseo famélico de ganar. Si tan solo les permitieran unos minutos para hacer su fútbol... Pero el juego no existía, porque no podía existir; había varios jugadores con heridas abiertas, apañadas con vendajes compresivos, y todos estaban magullados y en malas condiciones.

A pesar de eso, antes de acabar la primera parte, los delanteros remataron un chaparrón de balones que Pagaza, Acedo y Pichichi consiguieron lanzar sobre O'Neal, el *goalkeeper* sueco, que las pasó canutas. Así se llegó a los diez minutos de tregua.

El vestuario español era un hospital numantino donde todos buscaban un apaño rápido para seguir la pelea cuanto antes. El doctor Bartrina, experto masajista, apareció allí de forma sorpresiva, colgó la chaqueta y se ofreció a Lemmel para ayudar a quien lo necesitara.

—Esto no es un partido de fútbol —dijo—, esto es un combate de tercios de infantería. Mándeme lo que sea; si hace falta daré aire en el rincón, como en el *boxing*.

Lemmel aprovechó el cualificado refuerzo y entre ambos e Isidro aliviaron algunos desperfectos.

Los gritos de ánimo se mezclaban con maldiciones a los suecos, a los que poco a poco se iba tomando la medida en el partido. Belauste animaba a todos a subir el listón de las entradas y a gritar más que ellos, para que se apartasen. Bru intentó que mantuvieran la cabeza fría en medio de la contienda. Sabía que la falta de frescura física provocaría oportunidades claras de *goal* y daba ideas para jugar la pelota por las bandas, en especial por el lado izquierdo, el más débil del rival.

—¡Y en defensa —gritó—, rigorismo, señores! ¡Más rigorismo y menos confusionismo!

En la grada, una vez superada la sorpresa inicial por el nuevo deporte que habíamos contemplado —mitad fútbol, mitad pelea de barrio—, cundía el asombro y el desconcierto. La prensa coincidió en que la desidia del árbitro acabaría provocando una desgracia. En un arranque de lucidez, papá dio con una explicación contundente de aquel comportamiento:

—¡Este *signore* Mauro lo que quiere es que mañana no quede nadie sano para jugar contra Italia!

Todos le dieron la razón; el ganador de nuestro *match* debía medirse a los italianos. A pesar del *goal* rival y del duro panorama de la segunda parte, sentí una secreta satisfacción: el gran Rampoleón, aunque fuera de forma fugaz, había vuelto.

Los gladiadores, remendados, regresaron al circo. Por extraño que parezca, no había bajas en ninguno de los dos bandos. Belauste cojeaba un poco, pero si algo le dolía, disimulaba ante el rival, como hacían los demás.

El ataque español comenzó siguiendo las pautas de Bru, es decir, atacando con furia por la izquierda, con eficacia. Los suecos lo frenaron en seco arreando una patada a Sabino en la cara que el árbitro, esta vez, no tuvo más remedio que sancionar. Un poco de algodón para tapar la hemorragia de las fosas nasales y un chorro de agua milagrosa consiguieron que fuera el mismo Sabino quien lanzara el *free kick* más famoso y legendario de la historia de nuestro fútbol.

Ante la portería sueca había agarrones y muchos nervios. Bastaba ver la actitud eléctrica de todos los jugadores para darse cuenta de que era un lanzamiento peligroso. Ellos eran más altos y dominaban con seguridad el juego aéreo, pero esas jugadas se prestan a cualquier carambola. Belauste, fuera del área, gritó y su voz retumbó en el cemento de las gradas semivacías del estadio:

—¡Sabino! ¡A mí el pelotón, que los arrollo!

Josemari echó a correr adivinando el lugar en el que el balón caería sobre la portería contraria, recogió la pelota con el pecho antes de que la despejara un sueco y avanzó como un huracán arrollando a los rivales —dos o tres— que se le pusieron delante. Con un testarazo final, el elefante del pañuelo anudado en la cabeza se metió con la pelota en el *goal*, amontonado en la red sobre el portero y tres jugadores suecos.

No fue un tanto muy elegante, pero el árbitro hizo sonar su silbato dos veces seguidas, concediendo el *goal*.

Los testigos de aquello nos llevamos las manos a la cabeza sobrecogidos. Fue un tanto brutal; no se había visto tanta fuerza y furia desde que el fútbol dejó de ser *rugby* y, tras el arrebató de celebración, el apelativo de «la furia española» se vino a la boca de todos, porque *furia* era la única palabra que podía definirla.

Los futbolistas se amontonaron sobre el paquidérmico vizcaíno, que reía como un niño, reponiéndose de lo que para cualquier otro habría requerido un mes de cuidados.

Era el minuto cincuenta y uno, y en el marcador se proclamaba el empate. Los españoles devolvieron las bravuconerías y la sonrisa sardónica a los rivales y la pelea se recrudeció. El silbato del árbitro fue el toque de generala que desató la ira final de unos contra otros. A partir de entonces, llegaron a las manos. Mientras un grupo de jugadores boxeaba —así de triste fue—, Patricio trotaba con una pierna a rastras en el centro del área rival. El veloz Acedo se coló como un cuchillo por el flanco izquierdo y amagó con pasarle la pelota. Entonces hizo lo inesperado: pateó el cuero con toda el alma y marcó el segundo tanto, poniendo fin a la pelea.

Yo salté de alegría, abracé a mi padre, a Juanito, y me eché a llorar. Ricardo se colgó como un mono del larguero de su portería haciendo cabriolas y Sami no paraba de dar saltos. Corría el minuto cincuenta y tres y los operarios del marcador bajaban el uno del casillero de España para colgar un dos triunfante. Mientras, los suecos discutían entre ellos, a gritos sobre el barrizal.

No todo estaba encarrilado. Faltaba más de media hora para el final y los nuestros parecían lisiados.

En defensa, solo el rapidísimo Vallana, que siempre jugaba con un pañuelito amarrado al cuello, podía correr con normalidad, y Ricardo tuvo que sacar varios balones sobre la misma línea de *goal* de la meta española.

El choque seguía siendo feroz: Sabino y un rival volaron por los aires en una colisión que sonó —sin metáforas— a hueso quebrado. Al del Athletic lo sacaron inconsciente del campo, para reanimarlo. El sueco, que se había campaneado en el aire antes de caer, se levantó bamboleante, blanco como la cal, y Bartrina lo descartó de un vistazo.

—Ese chico tiene la clavícula rota.

En efecto, se lo tuvieron que llevar al hospital de la Cruz Roja.

El reloj del estadio, en el arco triunfal, ya casi daba la hora, y todos, españoles y suecos, lo vigilábamos como si temiéramos que nos hiciera trampas.

A dos minutos para el final, Arrate se enzarzó con un contrario dentro del

área; nada que no se hubiera hecho antes durante todo el encuentro. El *signore* Mauro despertó de su hipnosis y corrió silbando enloquecido hacia el punto de *penalty*.

Los españoles se arremolinaron indignados en torno a él, lo zarandearon y rugieron como antropófagos a milímetros de su cara. Era la última injusticia del encuentro.

Papá resopló sofocado, con la mano en la frente. Temí por su salud. El partido era la peor terapia posible para su corazón.

Rubryk le dio la razón, indignado:

—¡Lo que tú has dicho, Pepe! ¡Ese tipo busca rematarnos con una prórroga! ¡Así mañana jugarán cuatro lisiados!

El único tranquilo en ese momento era Ricardo. Con una calma pasmosa, repitió el mismo ritual previo al *penalty* de mayo, en el Molinón, cuatro meses antes: se quitó la gorra, se ajustó los guantes, comprobó la firmeza del suelo... No sé si hacía todo eso para poner nervioso al rival, o también por superstición.

—¡Serrín! ¡Secretario! *Sciure!*

Dos chicos se acercaron con sendos cubos de virutas, que esparcieron y compactaron sobre el barro con pisotones enérgicos; Ricardo agitó su pelo antes de volver a cubrirlo sin prisa con la gorra, dejándola en la posición perfecta; se enfundó los guantes ignorando los apremios de opereta del colegiado y, sin perder nunca la cara al sueco que iba a lanzar el *penalty*, se colocó bajo el larguero y se plegó, felino.

—Este sí que lo para. —Rubryk también parecía estar recordando la misma escena de mayo—. Lo tiene que parar. Los compañeros ya no pueden con las botas. Si nos hacen gol, nos ganan.

Junté las manos sobre el corazón. La portería parecía un arco de viaducto, un espacio inmenso, imposible de defender. El árbitro mandó efectuar el lanzamiento.

El sueco debía iniciar la carrera, pero Samitier se lo impidió. Gesticulaba, soltando un chamullo ininteligible desde donde nos encontrábamos. Se acercó al sueco, señalando el balón, agarró la pelota y se la llevó al árbitro, sin dejar de hablar y negar con la cabeza.

Tras algunas comprobaciones nerviosas del balón, el árbitro lo obligó a

dejarlo de nuevo en el punto de *penalty*. Sami obedeció, aunque mostraba su disconformidad sacudiendo la cabeza.

Y vuelta a empezar. Cuando el sueco retrocedió para tomar carrerilla, Pep volvió a interponerse, provocando las protestas del lanzador sueco. Sin embargo, su queja era tan convincente que se repitieron las comprobaciones del balón. A la tercera interrupción, el árbitro lo amonestó amenazando con expulsarlo y Samitier se retiró tras sus compañeros simulando atarse una bota. Pero lejos de estarse quieto —a esas alturas, todos estábamos tan atentos a él como al lanzamiento, si no más—, tiró algo al balón, justo antes de que el sueco golpeará la pelota.

Siento la interrupción, pero Sami y Ricardo llamaban a aquello *el truco del penalty*. Pep llevaba haciéndolo desde que jugaba en los infantiles. Cuando el campo se levantaba por los pisotones, siempre salían piedras entre el barro que desollaban las rodillas. Las grandes y angulosas eran ideales para ponerlas con disimulo delante del balón para desviarlo. Al pitarnos el *penalty*, Sami se puso a buscar una de aquellas por el suelo como un desesperado. Ricardo se dio cuenta y se tomó todo el tiempo del mundo para prepararse. Cuando Sami encontró la piedra adecuada, se acercó al balón haciendo teatro, solo para colocarla delante y desviar el tiro. Como el balón se movió, Pep volvió a interrumpir y, al final, hasta se puso a lanzarle pellas de barro a la pelota, para que pesara más de un lado y sabotear el lanzamiento.

Nadie sabrá nunca si sería por la piedra o porque se puso nervioso, pero el sueco dio un zapatazo y el balón voló desviado, lejos de la portería de Ricardo.

No hubo tiempo ni fuerzas para más. El partido lo acabaron en pie siete españoles y ocho suecos. El *signore* Mauro dijo adiós a sus asombrados linieres y se fue trotando camino del guardarropa.

—¡Qué tío! —Handicap lo contaba sin acabar de creerlo—, el pollo monta la del catorce ¡y se va tan pancho a cenar!

Los dos equipos abandonaron el campo señalándose con rabia y lanzando juramentos. Los suecos hacían gestos con los dedos como si afilaran un lápiz y los españoles respondían con otros que cualquiera puede imaginar. En el estrecho pasillo a los vestuarios volvieron las tortas y puñetazos. Los policías que intentaron mediar se llevaron alguna que otra bofetada y acabaron con las

corbatas torcidas y los gorros al vuelo. Solo después de reforzarse pudieron enchiquerar a las dos furias rivales en sus respectivos vestuarios y dejaron un retén de vigilancia con orden estricta de que aquellos bárbaros no volvieran a cruzarse.

Los periodistas acudimos al telégrafo para enviar una nota informativa sobre la cruenta victoria. Los reporteros locales y de agencia que encontramos criticaron de forma unánime al árbitro por provocar aquella salvajada, pero a la vez hablaban admirados de la determinación y fiereza de los jugadores. La pasión, aunque se desborde, siempre tiene buena prensa. Yo misma, que odiaba la violencia tras lo sucedido el Primero de Mayo, había acabado jaleando el comportamiento agresivo del equipo y aplaudí divertida las astucias de Samitier.

Cada partido era una final que, de perderla, mandaría al equipo a casa uno o dos días después. Mi tiempo con Ricardo estaba ligado al destino del equipo, que al día siguiente debía enfrentarse a Italia. De perder, saldríamos para España y nuestra relación tendría su punto y final. Aquello era difícil de asimilar y creaba dentro de mí una tensión insoportable. Me quedaba el consuelo de saber que, venciendo a Italia, aún pasaríamos juntos cinco días, tal vez una semana más; una eternidad.

En el hotel, poco antes de la cena, nos esperaba una carta de Vigo. Papá y yo la abrimos de inmediato y nos sentamos en el mismo vestíbulo para leerla.

Béatrice, de una forma muy emotiva y cercana, confirmaba que ¡por fin! se encontraba en estado y, según sus cálculos, para enero tendría el bebé. Decía que «no había soñado con la criatura, todavía» y no sabía si sería niño o niña, pero la tía Angelita aseguraba que sería un varón. Las dos primeras preñaturas de mi hermana se habían malogrado a las primeras de cambio, pero los médicos le habían confirmado que «a la tercera iba la vencida, que el clima y los alimentos de Vigo le habían dado una robustez a prueba de bombas y que todo marchaba por buen camino». Ese era el motivo por el que había insistido tanto en que la tía fuera a pasar con ellos el verano en Galicia. Tanto Angelita como yo sospechábamos algo, pero no habíamos querido lanzar las campanas al vuelo, por los desenlaces de sus faltas anteriores. No

podimos seguir leyendo; papá y yo volvimos a abrazarnos y nos echamos a llorar a moco tendido. Mi voz escapó temblorosa:

—Vas a ser abuelo, papá.

—¡Abuelo...! ¿Y qué será? —preguntó, aunque lo acababa de oír.

—Pues... la tía tiene el palpito de que va a ser niño.

Papá se alegró de nuevo, como si lo hubiera escuchado por primera vez.

—¿Y para cuándo?

—Pues para enero.

—Enero... Un niño... —Sus ojos trémulos empezaron a inundarse de una salmuera de tristeza y felicidad—. ¿Y qué más, qué más dice ahí?

Seguí leyendo conmovida.

—Oh... —suspiré—. También dice que no saben si llamarlo como tú.

Contra mi pronóstico, papá arrugó el gesto.

—Mal hecho. Debe llamarse como el padre, que para eso es el primogénito.

—Déjales que lo llamen como quieran.

—De eso nada. Las cosas deben ser como han sido siempre.

—Pues mamá y tú no le pusisteis Emma a la primera.

—Con las niñas es diferente.

En otro tiempo, aquello nos habría llevado a una discusión sin fin. Yo estaba irritable, con ganas de reñir por todo, hasta por lo que debía ser motivo de felicidad. No tenía ningún sentido batallar con papá, que olvidaría enseguida el motivo de la disputa, de modo que fui a la estación para poner un telegrama de enhorabuena.

En la puerta me topé con Pedro Vallana, que salía de allí. Lo felicité por su excelente debut con el equipo. Estaba muy contento y fue menos parco que de costumbre:

—¡Sí, lo de hoy ha sido glorioso! He venido a mandar un mensaje a casa, para que lo sepan cuanto antes.

Comentamos algunas cosas del partido y se fue. Me disponía a rellenar el impreso del telegrama cuando un empleado se me acercó.

—Disculpe, señorita, conoce usted al caballero español que acaba de salir, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Verá, es que se ha olvidado un dossier en la ventanilla. ¿No sabrá usted cómo podemos devolvérselo?

—Pues... yo misma se lo puedo dar, porque es del equipo español de fútbol y cenó con ellos cada día en el mismo restaurante.

—Pues si usted fuera tan amable...

Me entregó la carpeta, que estaba abierta, y en su interior vi papeles con el membrete del hotel donde se alojaban los bilbaínos, con textos garabateados. No me pareció de buen tono leer lo escrito, de manera que cerré el dossier y me centré en redactar el telegrama para Béatrice y Felipe.

Ricardo me recibió en la puerta del hotel con los brazos abiertos, eufórico. Sujetó mi cintura y me alzó por sorpresa por los aires, haciéndome girar con él; la carpeta de Vallana voló de mis manos y los papeles se diseminaron por el pavimento. Ricardo se puso a recoger el desaguisado, ayudado por Antoine, el solícito botones del hotel; mientras, yo hacía lo posible por recuperar la compostura.

—Ricardo, por favor.

—Lo siento, de verdad. Ha sido un arrebato, no sé...

—Lo entiendo. Lo de hoy no es para menos. Ha sido impresionante.

Vi que tenía un moratón en una mejilla.

—¿Y ese golpe?

—Ah, nada, una caricia sueca.

—¿Te han dado un puñetazo?

—Me pilló por sorpresa —se justificó, como si fuera algo vergonzoso—. Pero no te preocupes, él también se llevó lo suyo.

—Menudo consuelo. Sois unos brutos. Lo de hoy no se había visto nunca en un campo de fútbol.

—Bueno, lo del Athletic de Bilbao y la Real Sociedad debió ser algo parecido. —Al reírse, la mejilla le dolió.

El botones perseguía unas cuartillas saltarinas sobre el adoquinado, esquivando el tránsito de tranvías y automóviles, que tocaron campanas y bocinas advirtiendo del peligro; corrí hasta el borde de la calzada como quien observa impotente el rescate de un nadador desde la orilla.

—*Attention, Antoine!* ¡Cuidado!

El muchacho esquivó todos los peligros con ligereza y regresó con los

papeles y una sonrisa de satisfacción. Se había ganado una buena propina; si seguía así, aquel chico terminaría siendo dueño del hotel. Volví con Ricardo y seguí contándole la impresión que había causado el violento partido en la prensa internacional:

—Dicen que sois temibles y os comparan con la furia de los tercios que quemaron Amberes; pero todo ha sido culpa del árbitro y de los suecos, porque desde el principio salieron...

Pero él no me escuchaba. Metió como un autómatas todos los papeles que tenía en la carpeta y me los devolvió. Su expresión había cambiado por completo; se había vuelto de hielo, aunque se esforzara por disimular.

—Disculpa... —dijo—. Tengo que subir un momento a mi cuarto y... bueno, nos vemos luego.

Y echó a andar hacia la esquina con Keyser.

—Tu cuarto está por aquí. Ricardo..., ¿adónde vas? ¿Estás bien?

No hubo respuesta. Se alejó por la acera como si llevara prisa.

Sami me salió al paso en el vestíbulo.

—¿La estaba molestando ese caballero, señorita?

Yo no tenía ganas de bromear.

—Algo raro le ha pasado, Sami.

—Bah, el bofetón del sueco lo habrá trastornado. Seguro que se ha ido al estanco a comprar unos cigarros de ministro, para celebrar lo de hoy.

De pronto, le falló el pie y casi se cae al suelo. Lo sujeté para ayudarlo.

—A ti también te han dejado un regalito, ¿eh?

—Ha merecido la pena —resopló—. Lo que sentiría es no poder vérmelas mañana contra Baloncieri y los demás tanguistas argentinos que juegan con Italia, que están muy crecidos. ¿Te importa si me apoyo un poco en ti? El tobillo me está matando.

—¿No será otro de sus trucos, caballero? —bromeé, a su estilo.

—Pues sí, lo confieso; ¡pero también me duele, tú!

Resoplaba al apoyar la pierna y lo ayudé a llegar hasta un sillón.

—Por cierto, hablando de trucos, ¿qué le pasaba al balón en el *penalty*?

—Nada.

—Venga ya, Sami.

Bajó la voz:

—Es un secreto. Si me juras solemnemente no desvelarlo, te lo explicaré todo.

Y tras el trámite, me lo contó. El truco de la piedra de Sami lo conocía media profesión, pero Sami era un embaucador con mucho encanto y explotó el relato haciéndolo misterioso y muy divertido. Cuando explicó el momento en el que lanzaba trozos de barro a la pelota, no pude sujetar mi entusiasmo y le premié con un beso en la mejilla.

—¡Sois una panda de tramposos!

Desde la calle, Ricardo lo estaba viendo todo. Dio media vuelta y se fue.

22

Por aprovechar uno de los pocos ratos en los que no llovía, el grupo de periodistas fuimos juntos hasta Le Progrès dando un paseo. Papá contemplaba la calle Keyser con sorpresa, como si la viera por primera vez. Al pasar por el cine Astoria, preguntó en la taquilla si darían pronto una película de Chaplin. Contestaron que hacía solo una semana que las habían proyectado y él se giró hacia mí lamentándose:

—¡Qué pena, nos lo hemos perdido!

El hotel de los vascos, como lo llamábamos todos, estaba camino del restaurante. De allí salía Vallana con algunos renqueantes compañeros. Le mostré la carpeta, sonriendo, sin decir nada. La sorpresa lo volvió transparente; no entendía qué hacía su dossier en mis manos, si ni siquiera era consciente de haberlo extraviado. Oyó mis explicaciones y, al saber que los papeles habían volado por la Rue Pelican, palideció como si se avergonzara de algo. Yo le aseguré que no había leído ninguno de aquellos documentos, pero él me dio las gracias con fría urbanidad y se escabulló hacia el hotel con la carpeta bajo el brazo. Me pareció raro su comportamiento, una vez más. Hasta Lola, que estaba a mi lado, lo notó.

—¿Qué le pasa a ese?

—Ni idea. Siempre es así de complicado.

—¡Huy...! Igual es que le gustas.

—Tú siempre con lo mismo.

—Dirás con lo único. Despierta ya, polluela, ¡si yo tuviera tu éxito con los hombres!

—Te quejarás. Un abogado, con buen gusto. ¿Para cuándo es la boda?

Amusgó los ojos y me hizo una confidencia:

—Cariño..., ya que eres medio periodista, acuérdate del dicho: las cosas del viaje, fuera del reportaje. Aquí no ha pasado nada. La Olimpiada son juegos, ¿no? Pues lo que ocurre en la Olimpiada también. ¡Juegos sin importancia! —Rio de su ocurrencia—. Y apúntatelo tú también.

Desde una esquina, Juanito se volvió para meternos prisa con gracejo gaditano:

—¡Ámos, quillas, que hay hambre!

—¡Ya va, querido! Qué hombre tan básico, siempre pensando en digerir.

Los jugadores parecían una excursión de achacosos en el balneario de Panticosa. Esta vez, todos tenían algún golpe del que lamentarse, aunque los que habían jugado estaban peor. Para ellos, sentarse o levantarse de una silla era un tormento que desencadenaba un torrente de ayes y huys. En general, se lo tomaban a risa y alguno pidió prestado el bastón de papá para ofrecérselo a Arrate o a Patricio con humor. Sin embargo, flotaba en el aire la certeza de que la mitad del equipo titular no estaría en condiciones de jugar contra los italianos.

Por supuesto, se habló con orgullo del partido, de los *goals* y de la refriega final de los vestuarios, pero pasadas las horas, el tono general —que no el buen humor— fue decayendo, como ocurre siempre que se ha vivido una jornada de desgaste y emociones intensas.

—La verdad es que a mí —dijo Ricardo— los suecos me han dado menos leña que el danés Middelboe él solito. Llevo cuatro días acordándome de su rodillazo en la rabadilla. ¡Cada vez que me siento me duele el Middelboe!

—¡Qué hermoso ejemplo de la unión del deporte! —declamó hiperbólico Juanito—. ¡Cuatro días y todavía lo recuerdas con cariño!

—Hombre, con cariño cariño...

—¡Si hasta le pones su nombre a una de tus partes más queridas!

Aquello provocó risas y todos pusieron nombre propio a sus moratones, explotando a fondo la broma: «¿Alguien más tiene un Olsen?», «¡Mira qué Karlsson tengo!», «Me han dado cuatro puntos en el Dahl... ¡y en el cual!», «¡Pues a Nielsen seguro que también le duelen el Arrate y el Belauste!».

Pese a las bromas, Ricardo estaba muy raro; yo no tenía duda de que me esquivaba. Por la tarde me despachó con un «Nos vemos luego» que por la noche se había convertido en un hurraño «Ya lo hablamos mañana».

Estábamos dando un inexplicable paso atrás, como mi primera noche en el Carmencita.

Pero esta vez su cambio había sido algo tan abrupto e inesperado que me dejó desconcertada. Poco a poco, las recientes palabras de Lola empezaban a hacer mella en mí.

La cena terminó pronto, sin más celebración que el brindis de Argüello — muy moderado, por cierto, para lo que nos tenía acostumbrados su facundia inagotable—, un chinchín que muchos jugadores evitaron hacer de pie. Esa noche no hizo falta que Bru recordara a nadie sus responsabilidades y cada uno se fue a su alojamiento para reponerse de las heridas. De perderse contra Italia, todo el esfuerzo hecho hasta entonces habría sido inútil.

—¡Ya nos cobraremos mañana los placeres con buen vino, que el hidromiel nos ha dejado resaca! —fue la despedida final de Argüello.

Isidro tuvo que pedir traducción:

—¿Hidroqué? ¡Este don Luis habla más raro que Unamuno!

—Hidromiel, la bebida de los vikingos... Lo dice por los suecos, hombre.

—Ah. Pues tie razón; ¡donde esté el vino!...

Mientras salíamos, pasó algo desagradable. Rubryk, sin duda con buena voluntad, deseó suerte a Ricardo y él, arisco como estaba, se lo tomó como un desplante.

—¡Gracias, Román, de verdad! —dijo irónico—. Para que no se me doblen las manos, como contra Bélgica, ¿verdad? ¿Y qué va a decir del primer *goal* de los suecos? ¿Que también ha sido culpa mía?

—Yo solo escribo lo que veo, Zamora. Lo menos bueno, lo bueno y lo excelente, que ha sido mucho y por eso te quiero felicitar. Buenas noches.

El veterano periodista, que no tenía ánimo de bronca, se fue. Sami sacudió con fuerza el brazo de Ricardo.

—¿Se puede saber qué tripa se te ha roto, *nen*?

—Ninguna. Pero no soporto que algunos vengan aquí como amigos y luego te claven el puñal por la espalda.

—¿Y qué puñal te ha clavado ahora Rubryk, exagerao?

—He dicho lo que he dicho, ¿vale? Y no es el único aquí que lo hace.

Y al decir esa última frase, me miró como si me la dedicara. Era la única vez en toda la noche que me miraba directamente, y lo hacía resentido. Sami

puso cara de no entender nada; yo, por supuesto, tampoco, pero no pude aclarar nada porque los dos se metieron en un coche con Bru, Isidro y Lemmel camino del hotel.

Me costó mucho conciliar el sueño aquella noche, dando vueltas al asunto. Con la luz encendida, yo me repetía que su mirada de desprecio había sido pura casualidad, por los nervios del partido; pero al apagarla, se apoderaban de mi conciencia los temores más infantiles y me visitaba la imagen de *soeur* Anne, del Colegio Francés, en aquellarre matronal con Dori, con una cantinela que toda mujer ha oído mil veces en la vida: «Tonta, más que tonta. ¿No ves que Ricardo es *de esos* que cuando consiguen lo que quieren desaparecen de tu vida? Para él son cosas sin importancia». Con el corazón desbocado, tenía que recurrir de nuevo al exorcismo de la luz eléctrica para espantarlas y recuperar poco a poco el sueño, y entonces llegaba el turno de la tía Angelita, Béatrice o Lola sermoneándome sobre el mismo asunto, y la inquietud volvía a empezar. Solo el cansancio amansó a las queridísimas guardianas de mi honor.

Estaba profundamente dormida cuando algo me desveló. Había dejado la puerta del aseo abierta y por ella entraba luz desde la habitación de mi padre. En mi duermevela, lo oí trajar en su habitación hasta que la puerta de su cuarto se cerró con una vuelta de llave, sus pasos se alejaron y todo volvió a quedar en silencio.

Volví a quedarme dormida, pero una voz interior me electrizó de repente: ¿adónde iba papá? ¿Qué hora era?

Pasaban las tres de la mañana. Me vestí como pude y pasé a la habitación de mi padre. En efecto, se había marchado y lo más alarmante era que había llevado consigo su maleta. Salí al pasillo y bajé corriendo las escaleras, por no aguardar el ascensor.

El vestíbulo, como el resto del hotel, estaba en penumbra, solo alumbrado el mostrador de la recepción por la luz amarillenta de una lámpara con pie de jirafa, alusiva sin duda al cercano zoo, porque a su pie dejaban siempre la información del parque. Pero allí no había ni rastro del conserje de noche. Lo llamé a media voz asomándome a la pequeña oficina de la centralita del teléfono, a esas horas desierta y en calma.

Busqué en los salones, las *toilettes* y las cocinas, sin encontrar a nadie.

Sin duda, papá había salido a la calle. No tenía más remedio que ir tras él.

Las puertas de cristal del vestíbulo estaban atrancadas por dentro, con cerrojos a ras de suelo; si mi padre había salido, alguien las había vuelto a cerrar. Descorrí uno de los pasadores y salí al exterior. La noche era fría y la humedad se condensaba en torno a las farolas rojizas de la Rue Pelican y a los blancos globos de luz de la estación. Desde la esquina con Keyser, miré en todas direcciones sin ver a nadie. Todo estaba en silencio.

Una voz pastosa y rota me erizó, como si llegara antes a mi espina dorsal que a mi oído:

—Ça va, jolie!

Vi una sombra grande y tambaleante, erguida en la penumbra de un portal, a cinco pasos de mí. Espoleada por el miedo, crucé la calle hacia la estación acelerando el paso.

No sé por qué, allí dentro me sentí más segura. Busqué a papá en las salas desiertas de la Gare Central. Mis pasos resonaban en el vacío de techos abovedados, que, en aquella soledad palaciega, convertían el edificio en un gigantesco mausoleo. Recorrí las salas y subí hasta los andenes. Una locomotora inmóvil resoplaba con ritmo somnoliento. A su lado, conversaba un grupo de ferroviarios que se me quedaron mirando de lejos, extrañados. Salí de la estación por la puerta principal, la más cercana al zoo, donde encontré a dos gendarmes haciendo su ronda. Dieron las buenas noches y pregunté. No habían visto a nadie como mi padre.

Caminé hacia el hotel confusa. ¿Dónde estaría? ¿Habría vuelto a la habitación mientras lo buscaba? ¿Para qué sacaría la maleta? Me asomé a los solitarios jardines de árboles negros, rumorosos por la brisa, donde las pesadas sillas de hierro de las terrazas se ordenaban como corales blancos ante la luna. En España debían encadenarlas para que nadie se las llevara para venderlas a una fundición, pero allí trasnochaban en libertad, respirando a gotas la bruma que llegaba del río.

Tomé precauciones para evitar toparme con el borracho bamboleante; en la esquina de Pelican, no había nadie a la vista. Crucé la calle y subí a la carrera los tres escalones hasta la entrada del hotel. Empujé la puerta, pero no se abrió. Volví a empujar con fuerza, pero la puerta estaba cerrada. A través del cristal, vi que el cerrojo atrancaba de nuevo la hoja. Toqué los cristales,

para llamar. La lámpara de la jirafa seguía encendida, pero no había nadie en la recepción. No era posible: me había quedado fuera. El viento estaba arreciando y sentí frío. Pero un estremecimiento mayor me recorrió la columna hasta la nuca. Alguien me estaba contemplando:

—Salut. —Oí a mi espalda.

La misma voz de antes me hizo dar un chillido y me volví a mirar. Un hombretón envuelto en un capote de sombras estaba a pocos metros, en la calzada.

Descubrí un timbre junto a la puerta y empecé a tocarlo sin parar, como si fuera una alarma. Dentro, sin embargo, aquello se traducía en un sordo zumbido incapaz de alertar a nadie. El hombre no se movió, dejándome hacer. De pronto, el chirrido metálico de una reja se escuchó a unos veinte o treinta pasos en la calle y por allí aparecieron dos siluetas.

El hombretón empezó a acercarse hacia mí balbuceando algo incomprensible en neerlandés.

Las dos siluetas pasaron bajo un farol y vi que uno de ellos era mi padre. Grité aliviada:

—¡Papá!

Alguien a su lado gritó en francés con autoridad:

—¡Déjala en paz, Coret, si no quieres que llame a la policía!

Papá me saludó con la mayor normalidad, como si fuera lo más natural del mundo encontrarnos allí a esas horas. El otro hombre era manco y tenía la manga de su chaqueta plegada, con la bocamanga cosida al hombro. Tenía todo el aire de un veterano de guerra, como los que habíamos visto por la ciudad. A pesar de ello, cargaba en el brazo sano la maleta de papá. La dejó en el suelo, se acercó al tipo que me había amedrentado y le posó su única mano sobre los hombros, hablando con él. Luego, el gigantón se fue hacia los arcos de la estación con andar vacilante.

—Ese desgraciado —me dijo— solo quería ayudarla. Se pasa las noches por aquí, entre los arcos de la estación, bajo las vías. Si no se le provoca, es inofensivo.

Asentí aliviada por la explicación, pero en ese momento me interesaba más mi padre.

—¿Adónde ibas, papá?

—¿Yo?... Venimos de viaje. Para ver los partidos de España.

La respuesta del conserje me dejó intrigada:

—Algunas noches damos una vuelta por los garajes y volvemos al hotel. Su padre me hace mucha compañía, ¿sabe?

Me quedé atónita. ¿Cuántas veces había pasado eso sin que yo lo supiera? El conserje abrió con llave la entrada principal y, una vez dentro, se dio cuenta de lo que había sucedido.

—¡Dios mío, me temo que he sido yo quien la he dejado en la calle, señorita! Estaba en la parte de atrás con *monsieur* cuando me pareció oír a alguien llamarme desde el vestíbulo. Cuando llegué vi la puerta abierta, de modo que volví a echar el pestillo, porque tenía que regresar con su padre, para acabar la ronda, así que... Le pido disculpas.

—No importa. Pero me gustaría que me contara usted algunas cosas...

Papá arrugó la cara con un sentido común insultante:

—Ahora tenemos que dormir, Elena, es tarde. Y mañana hay que ver los partidos de fútbol.

—Claro que sí, papá. Es cierto, buenas noches...

—Georges —contestó el conserje—. Me llamo Georges, señorita.

Dejé a mi padre en la habitación, le di las buenas noches y bajé de nuevo para hablar con el conserje.

Georges tenía el pelo cano, a pesar de que no pasaría mucho más allá de los treinta o treinta y dos años. Me sorprendió mirándole una caprichosa calva de la parte superior de su cráneo que tapaba con un mechón de pelo lacio.

—No es contagioso. Es de los nervios, estuve prisionero de los alemanes. Se me cayó el pelo a puñados y me han quedado unas calvas un poco... Es desagradable, lo sé. Casi siempre voy con sombrero, pero a cubierto... Mi mujer ya se ha acostumbrado, pero yo no. —Río con coquetería—. Y por eso me lo peino así.

Me disculpé por la indiscreción. Luego le expliqué el problema de mi padre.

—Sí, ya me imaginaba que no estaba bien. Cada vez que nos vemos se presenta, como si no me conociera. Ya ve, tengo un aspecto fácil de recordar.

Papá siempre le hacía las mismas preguntas. A veces solo charlaban un

rato en el vestíbulo; otras, comían algo en las cocinas. Un día, haría una semana larga, lo notó más confuso e inquieto de lo normal, le propuso acompañarlo a hacer la ronda, y desde entonces lo habían repetido algunas noches más. A veces, papá bajaba con su maleta, dispuesto a ir a la estación, pero al terminar la ronda ya había olvidado su propósito y Georges le entregaba la maleta y la llave de la habitación, deseándole una feliz estancia.

—¿Y es usted el único vigilante de noche del hotel? ¿Nadie le releva?

—No, señorita. Pero no me importa. Vivo de noche. Desde la guerra no duermo más de dos o tres horas seguidas y este trabajo me viene bien. En casa molestaría a todos, no sabría qué hacer.

Le rogué que no dejara a mi padre salir solo a la calle y él se comprometió a despertarme en caso necesario. Era un hombre de palabra y eso —me dijo— lo sabían muy bien los *boches*.

—Por suerte, no ha venido ninguno a la Olimpiada. No sé cómo será el día que vuelva a ver alemanes por aquí. Creo que perderé el pelo que me queda.

—Tal vez, con el paso de los años...

—Sí, tal vez. Dicen que todo se olvida, ¿no?

Volví a mi cama cuando faltaba poco para que amaneciera y esta vez conseguí dormir. Hay pocas cosas tan efectivas para desterrar de la mente un problema como encontrar otro mayor.

La mañana del 2 de septiembre, Paco Bru estaba más preocupado que nunca. El partido era a las tres y a la hora de salir hacia el Stadion aún no veía un equipo claro. Exceptuando la portería, no tenía posibilidad de formar ninguna línea de garantías: detrás, Otero seguía mermado por el pie; Arrate no podía ni apoyarse en la rodilla izquierda; en medio, Belauste quedó descartado por una dolorosa distensión; la capacidad regenerativa de los dieciocho años de Samitier no era milagrosa y tampoco estaría para jugar, y delante, Acedo caminaba pero no podía correr y Patricio tenía la pierna rígida y de color nazareno.

Lemmel, Argüello y Bru se pasaron la mañana entera cuchicheando.

—Carrasco —le decía el tesorero— es un buen defensa izquierdo. Y está

fresco.

—Ya, pero no quiero nervios, prefiero a uno que haya jugado ya —susurraba Bru—. Hoy la defensa es la clave. Los italianos juegan como nosotros: rápidos, imprevisibles...

Argüello no quiso entrar en polémicas. Algo había cambiado entre ellos y empezaba a respetar al seleccionador. Además, Bru había sido defensa y tenía claro que los *backs* eran los cimientos del equipo; a esas alturas, hacer debutar a un jugador ahí era más arriesgado que meter a los cinco delanteros nuevos. El seleccionador habló a solas con Otero y volvió satisfecho.

—Ya está. Podemos irnos. Prefiero a Otero medio cojo que a cualquiera; a lo que no llegue él, llegará Vallana.

El resto del equipo quedó formado de camino al Stadion de Beerschot.

Fueran a jugar o no, esta vez en el vestuario el único que tenía mala cara era Ricardo. Sami estaba a su lado, con un cucurucho en la mano y sin parar de hablar. Era el tipo más tranquilo del mundo dentro del campo, pero se volvía un manojo de nervios cuando no podía jugar. En medio de sus frases, de repente, hacía crujir un cacahuete y se lo metía en la boca, hablando mientras lo masticaba, sin protocolos.

—Me han dicho que Lovati —crac, crac, cacahuete— está descartado, pero si juega Badini, ¡mucha pupila con él!, ya sabes que siempre busca el tiro rastrero al palo corto —crac, crac—. Y Baloncieri...

—Sí, ya lo sé, ya lo sé, Sami... —interrumpió Ricardo destemplado—. Déjalo ya.

—Vale, *nen*. —Hizo una pausa larga—. ¿Un cacahuete?

—Para los monos.

—¿A ti te han sentado mal los mejillones de anoche o qué?

—Déjame en paz, Pears. No tengo ganas de palique, ya está.

—Vaya humos... ¿Seguro que no te pasa algo conmigo?

—Nada.

—Si casi no hablas desde ayer.

—Porque no me apetece, ya te lo he dicho.

—Y te parecerá normal.

—Pero tú qué eres, ¿mi novia, mi madre o qué?

—Yo soy el único que te aguanta estas cositas.

—A ver, ¿y tú me preguntas esto por ti, o por otra persona?

—Pues... —atónito—. Por mí, ¿por quién va a ser?

—Ya...

—¿Por qué ese tonito, a ver?

—Porque hablas mucho con la prensa últimamente.

—¿Yo? ¿Con quién he...? —Hizo una pausa incrédulo, pensando—. ¿Te refieres a Elena? ¡Tú estás mochales, nano! O es que... *ests gelós?*

—¿Celoso, yo? ¿Por el besito de la mejilla? Naaa... No tienes ni idea de a qué me refiero.

—Pues dime. Dime.

—Ahora no.

—Vale. Ja parlarem, quan vulgis.

Se hizo el silencio. Sami se concentró en sus cacahuets. Fue a cruzar las piernas, pero sintió un fuerte dolor en una de ellas. Ricardo lo miró serio y Sami se lo tomó como un reproche.

—Si molesto, o algo, me espero fuera.

—No. Quédate. —Hizo una pausa recapacitando y habló en voz más baja que de costumbre—: Ya no sé de quién fiarme, Sami.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—¿Otra vez con las críticas de prensa? ¿Y qué tiene que ver Elena con eso?

—Para empezar, ella... —Siguió en tono confidencial—: Es quien escribe las crónicas de su padre. Ya sabes, como a él se le va... —Hizo girar el índice ante su cabeza.

—¿Y? ¿Eso te molesta o qué?

—No. Lo que me molesta es que ellos dos son Ignacio Galea.

Sami se le quedó mirando en silencio antes de contestar:

—¿Ignacio Galea? ¿El que te critica en los artículos?

Ricardo asintió indignado.

—¡Anda ya...! Tú estás fatal, *nano*.

—Lo he visto, ¿vale? Los papeles que se le cayeron en la calle eran

crónicas, telegramas, con la firma I. G. ¡I. G., Ignacio Galea!

Esta vez Sami se quedó boquiabierto. Por primera vez en su vida, no se le ocurría nada que decir. Ricardo siguió:

—Imagínate la cara que se me quedó a mí. Y ella tan pancha; debió pensar que era idiota, viéndome de rodillas, recogiendo del suelo los papelitos donde me ponían verde.

—¿Estás...?

—¿Seguro? ¡Cien por cien! Hasta leí algunas frases de las que ya habían publicado. Me puse frenético. Por eso me fui y luego la tomé con Rubryk, aunque él por lo menos va de frente, sin tapujos. No le gusto y punto. Que lo escriba en el *Abc*. Lo que no sé es por qué Elena lo tiene que publicar también en el *Mundo Deportivo* de Barcelona.

Sami tardó en encontrar algo que decir:

—Ya sabes lo que pienso, Cardo: no puedes gustar a todo el mundo. —Y añadió con simpática presunción—: Eso solo me pasa a mí.

Aunque no llegó a sonreír, Ricardo aflojó la tensión por primera vez en quince horas. Para algo estaban los amigos. Sami siguió con su charla donde la habían dejado:

—Te decía que Baloncieri tira los *penalties* al medio. Haga lo que haga, tú le amagas —crac, crac, cacahuete— y al medio. Pero ojalá no haya *penalties*. ¡Me daría una rabia no poderle hacer lo de la piedra...! Están muy crecidos estos italianos...

René Petit entró a saludar y a invitarlos a todos a celebrar la victoria contra Italia esa noche en la Casa de Francia, donde darían una fiesta de despedida porque el equipo galo se marcharía a casa al día siguiente. La noticia traía cola porque la retirada francesa significaba, nada menos, que si ganábamos el partido contra Italia jugaríamos la *petite finale* por la plata.

Lemmel había distribuido aspirinas y esta vez obligó a los jugadores a hacer algo extraordinario: un calentamiento antes del partido, que resultó más importante que nunca; al empezarlo, la mayoría de los jugadores no podían moverse, pero al saltar al campo, ya se habían olvidado de todos sus achaques.

A medida que se acercaba el comienzo del encuentro, llegaba más y más público al estadio. Durante todo el partido, el río de espectadores siguió

creciendo, porque después del encuentro entre españoles e italianos se jugaba nada menos que la *grande finale*, entre Bélgica y Checoslovaquia. Muchos de ellos llevaban banderitas nacionales en las manos, prendidas en la ropa o en las cintas del canotier, dando un colorido festivo a aquel coliseo, tantas veces vacío.

Abraham nos saludó a distancia, acompañado de varios jóvenes que después supe que eran sus hijos. También se acercó a vernos René Petit, nervioso, para invitarnos a la fiesta en el cuartel general del equipo francés, el mismo edificio donde lo habíamos entrevistado tres semanas atrás.

—Estoy hecho un flan y muerto de envidia. ¡Ojalá pudiera jugar ese partido con ellos! Pero estoy seguro de que harán un buen papel.

—¿Y quién juega? —preguntó Juanito—. Adelántenos algo, René, porque con tantos lesionados...

—Zamora en la portería... Y diez más —contestó guiñándonos el ojo—. Seguro que los que salgan lo hacen muy bien.

Los periodistas solo sabíamos lo de Otero. Patricio Arabolaza, el delantero centro en los tres partidos anteriores, se estaba sentando en la grada y algunos sospechaban que en su lugar jugaría Vázquez.

No tardamos en salir de dudas. El público ovacionó la entrada en el verdísimo prado de los dos equipos. Los españoles, de rojo y pantalón azul. Los italianos, de azul, con pantalón blanco. A la cabeza de los nuestros iban los dos defensas, Otero y Vallana. El primero erguido como un chopo y el segundo con el pañuelito al cuello y el brazalete de capitán.

—Vaya —lamentó Handicap—, el centro del campo da un poco de miedo: Artola, Sancho y Sabino. ¿Por qué no juega Eguiazábal? ¿Es que está lesionado?

—Sí —contestó Juanito—. Se le ha roto el sueño por exceso de tango, creo yo. *Lesión de cabaret*, que la llaman algunos. Ya se le vio flojear contra Bélgica.

—Y Sabino, ¿se casa o no?

—Se libra, de momento.

Contaron que la noche de Bruselas persiguió a una camarera del hotel que resultó ser la hija del dueño y su padre se había presentado en Amberes para exigir que cumpliera una supuesta palabra de matrimonio. El chico estaba

agobiadísimo, asegurando que no había pasado nada y preocupado por que no se enterase su prometida en Bilbao.

Lola intervino interesada por el cotilleo:

—Si al final vais a conseguir que me guste el fútbol. No hay tanta diferencia entre lo vuestro y los ecos de sociedad.

—Lola, querida —replicó Juanito—, la diferencia es que nosotros esas cosas no las publicamos.

—Pues hacéis mal, Juanito *querido* —remedó ella—, porque esas cosas venden.

—¿Y los delanteros? —Papá intentaba identificar a los *forwards*—. ¿Quiénes juegan?

—Mmmm. —Handicap los estudió—. Pagaza por la derecha y, a su lado, de interior... ¡Moncho Gil! ¡Debuta mi paisano, señores! —Aplaudió—. ¡Bien, por fin!

—Y sin Patricio, ¿quién se va a poner de delantero centro? —insistió mi padre.

—Félix Sesúmaga... Es el único de los que están ahí que ha jugado de eso.

—No creas, alguno más hay, Román —contesté a Rubryk sin pensar—. Zamora, antes de ser portero, siempre jugaba de delantero centro. Me ha dicho que algún día volverá a hacerlo.

Cuando quise darme cuenta, todos se habían vuelto para mirarme asombrados.

—¿Ah, sí? —Papá me miró con ingenuidad.

Lola carraspeó y alzó las cejas; entonces me di cuenta del desliz. Aquella información delataba cierta intimidad con Ricardo, de modo que intenté arreglarlo como pude:

—Lo contó el otro día en el hotel.

—Pues la cosa es para publicarla —bromeó Juanito—. Ya imagino el titular: «El *goalkeeper* estrella de la Olimpiada se confiesa: “Yo quería ser delantero centro, pero Bru no me dejó”».

Rubryk sonrió.

—No le animéis. Si a ese muchacho le da la ventolera, sube a rematar un saque de rincón. Con tal de que le aplauda el público es capaz de cualquier

cosa.

Me dio un repentino picor en la nariz y tuve que morderme la lengua para no contestarle. Sin duda le habían molestado las palabras de Ricardo, tras la cena, y seguía molesto con él, pero no me parecía justo. Por suerte, García Alsina, de *La Vanguardia*, respondió por mí con su voz melódica y conciliadora:

—Pues no es mal delantero, os lo aseguro. Yo lo vi jugar en los juveniles del Barcelona, y en el Canigó se hinchaba a meter *goals*. Y este mismo año ha metido algún *penalty*, recuerdo uno al Júpiter, del Poblenu. Y no los lanza nada mal.

—¡Cómo se le ocurre a Bru ponerlo de portero!

Todos reímos con el remate histriónico de Juanito.

El resto de la delantera española la componían Pichichi, de interior izquierda, y a su lado, por el extremo, Silverio. Me alegré por él: siempre estaba dispuesto a ayudar a todo el mundo. Nunca pudimos imaginar que, además, su presencia iba a resultar tan decisiva para la suerte del partido.

—Eh, Manolo. —Se volvió Juanito a Handicap—. ¿Qué haces todavía vestido así? ¿No tienes que arbitrar?

—No creas que no lo intenté, pero no nos dejan ya. Solo quieren árbitros neutrales.

—¿Será posible? —se indignó Juanito con comicidad teatral—. ¡Otro escándalo más de la organización!

Handicap explicó que, ante algunos resultados catastróficos que se habían producido en encuentros del campeonato con los linieres, la organización había decidido que en los partidos que quedaban todos los equipos arbitrales fueran homogéneos. En uno de los encuentros, el árbitro principal expulsó del campo a un linier por favorecer de forma reiterada a la selección de su país, pues no paraba de señalar *offsides* y *fouls* inexistentes cada vez que los contrarios tenían la pelota.

—¡Lo mismo que hice yo ayer! —remató Handicap—, solo que a mí el italiano criminal no me hizo ni caso.

En consecuencia, el encuentro contra Italia lo arbitraría un belga llamado Putz y dos conterráneos suyos en las bandas.

Monsieur Putz tenía —según contaron los jugadores— un curioso tic

convulsivo en un ojo y, en los momentos de mayor tensión, no paraba de guiñarlo, generándoles algún pequeño desconcierto. Por lo demás, su vista al parecer era excelente.

Los jugadores tampoco tenían ganas de darle problemas. Los dos equipos salieron a jugar, a mover la pelota con velocidad y a buscar la puerta contraria. Desde el principio, se vio que los nuestros se imponían, con un juego creativo y bonito que desbordaba a los italianos.

En la primera jugada brusca del encuentro, el defensa De Vecchi cazó sin miramientos a Pagaza, que quedó maltrecho en el suelo. No fue tan dura como las entradas del partido contra Suecia, pero hizo más daño por ser inesperada. Lemmel e Isidro se tuvieron que llevar a Paguiro en silleta para atenderlo en la banda y pronto hicieron gestos claros a Bru de que no podría volver al campo. Mediaba la primera parte y nos habíamos quedado con diez jugadores, porque entonces no se permitía hacer cambios.

Pese a la ventaja numérica, los esfuerzos italianos se deshacían contra el medio campo español y no generaban peligro; Ricardo no tuvo problema para sacar con autoridad los pocos balones que le llegaron. Algo había cambiado en nuestro equipo: jugaba con velocidad, defendiendo, combinando y rematando; todos se entendían a las mil maravillas, al reclamo de una voz o un gesto, como si el juego fuera un baile aprendido con libreto.

Un corresponsal belga se admiró del juego de España y nos felicitó:

—¡Bravo, *senjoren!* —Aplaudía—. ¡Eso no es furia; es seda! *Oh, les espagnols!*

Hice mía aquella estupenda definición: *fureur et soie*, furia y seda, y la anotaba en mi cuaderno cuando llegó el primer *goal* del partido, discurriendo fácil, como un arroyo de montaña. Un arranque de Sabino llevó el balón a Pichichi, que evitó a dos o tres contrarios y entregó el balón con suavidad a Sesúmaga, que de un zapatazo lo mandó a la red.

Era el minuto cuarenta y tres. Los esforzados italianos se llevaron las manos a la cabeza conmocionados como quien recibe un estacazo, recordaron *mamma mías* y *madonnas*, y buscaron el empate sin fe pocos minutos más, antes del descanso.

Cuando entró el equipo en el vestuario, Paguiro estaba en una mesa de masaje con la rodilla maltrecha estirada, hecho un monumento a la

desesperación. Con su sobrenombre de banderillero, había salido casi indemne del encierro con los astados suecos, pero a las primeras de cambio un morlaco del Génova lo había cazado y quería saber si podía volver al campo. Lemmel sacudió la cabeza dándolo por imposible.

—Te ha cogido bien De Vecchi. —Y gritó—: ¡Isidro, hielo!

—¡Volando! —respondió él. Y en cuestión de segundos entregaba la bolsa al masajista y se ponía a otra cosa.

Pagaza miraba a Lemmel incrédulo.

—Entonces, ¿qué, Manolo? ¿Salgo o no salgo a jugar la segunda parte?

—¿Jugar? ¿Cómo vas a jugar así? —Gesticuló el masajista—. ¡Si lo que tenemos que hacer es enterrarte, Paguiro! ¡Aguanta el hielo, a ver si por lo menos no tenemos que amputar!

El equipo estaba inquieto; era inevitable recordar el infierno de los suecos y alguno prometió devolvérsela al italiano. Bru zanjó el asunto desde el primer juramento:

—¡Nada de *vendettas* con De Vecchi! ¿Me oís? No quiero quedarme con nueve. La mejor venganza hoy es vencer. Estos tíos van a ser peligrosos hasta el final. ¡A ver si os creéis que en la Juve o en el Inter juega cualquiera!

A partir de ahí fue difícil hacerse oír. El vestuario se llenó de amigos y aficionados entusiastas que se pusieron a animar, asegurando que se ganaría con o sin Pagaza. Los jugadores no lo veían tan fácil, pero les convenía dejarse llevar.

Ricardo estaba inquieto y no paraba de moverse. En toda la primera parte apenas había tocado cinco o seis veces el balón y eso, en lugar de relajarlo, lo enervaba.

—A ver si empieza esto otra vez. No aguanto los partidos así, mano sobre mano.

Sami resopló con fuerza.

—A mí me lo vas a decir. Y encima se me han acabado los cacahuetes.

Los nervios de Zamora se calmaron un poco en la segunda parte. Los italianos atosigaban su portería y consiguieron hacer algunas jugadas de mérito. Pero el equipo español se defendía bien y Ricardo era, sencillamente, infranqueable: por alto, por bajo, por todas partes.

En pleno acoso italiano, Pichichi, que huroneaba haciéndose el cojo, robó

un balón delante de nuestra área y se lanzó al galope hacia el campo contrario, convertido en galgo. Por el camino, regateó a uno o dos italianos y se fue directo a la portería. Oí comentar: «Pero ¿no decían que estaba viejo?». En el último momento, la carrera desesperada de un defensa consiguió cortarle el paso y él echó la pelota a un lado, donde Sesúmaga la transformó en bola de cañón que pasó lejos de Campelli hasta hinchar la red. Era el dos a cero.

El grito de guerra del equipo «Be-laus-te-gui-goi-tia, Pa-ga-zaur-tun-dú-a, irurá!...» se dividió al final: unos cantaban «¡Pichichi! ¡Pichichi!» y otros «¡Sesúmaga! ¡Sesúmaga!». Faltaban quince minutos para el final y el partido estaba resuelto. España estaría en la *petite finale*, luchando por la medalla de plata de la Olimpiada. Solo una hecatombe podía hacernos mella. Y, contra todo pronóstico, llegó.

Un atacante italiano se acercó a Ricardo de forma inesperada y le dio un pisotón con disimulo. Ricardo notó un dolor intensísimo en el dedo gordo del pie y dio varios botes a la parta coja, con el balón bien agarrado entre los brazos. Para su sorpresa, el italiano era Emilio Badini, uno de los tres tanguistas con los que había compartido bromas, mesa y *bocks* en el Carmencita. Ricardo se quejó:

—¡Cagüentodo, Emilio!

El italoargentino alzó una mano como disculpa y se fue. En la siguiente jugada volvió a ocurrir algo parecido, pero esta vez ni Zamora se quejó ni Badini pidió disculpas. A Ricardo, que ese día era todo dinamita, le cruzó la pesadilla Middelboe por la mente y dedicó una mirada torcida a Badini tomando nota. En la tercera oportunidad, el italoargentino de Rosario le dejaba otro recadito con el codo en la cara y Ricardo, hartó y descentrado, le soltó un patadón en la rabadilla sin miramientos. Badini se revolvió hacia él diciendo algo ofensivo y Ricardo lo mandó al suelo con un *crochet* perfecto, fuera puñetazo o bofetón.

Putz pitó con los nervios electrocutados, se acercó a la carrera sin dejar de abrir y cerrar un ojo, agarró a Zamora del jersey y le indicó el camino del vestuario.

—Yo rogué y supliqué —contó después Ricardo—, y los guiños del árbitro me hicieron dudar. Hasta entonces yo no le había visto el tic, de modo

que cuando me mandó fuera del campo y me cucaba el ojo, pensé que era una broma. Decía «Dehors! Dehors!», o sea, «¡Fuera, fuera!», pero a la vez me hacía el gesto aquel, como de broma, y yo no sabía qué hacer. Como no me iba, el tío me guiñaba cada vez más, hasta se le torció la boca, y a la vez gritaba: «Hors d'ici, Samoga! Out! Expulsé! Expulsé!». Yo estaba alteradísimo y me dio por reír. Salí del campo, se lo dije a Arrate, que estaba en la banda, y recuerdo que me contestó con pachorra: «Igual te guiña porque le has gustao, o algo».

»Bru, sin embargo, me miraba como si yo fuera un niñoato inconsciente. Consultó con Lemmel y decidieron quién debía ocupar mi puesto. No llevaba un minuto fuera del campo cuando Silverio vino corriendo y me dijo: “Dame el jersey y los guantes”. Le había entendido pero dije: “¿Qué?”. Acababa de darme cuenta del problema en el que había metido al equipo y no lo podía creer. El mundo se ralentizó y solo oía los latidos de mi corazón, como si estuviera paralizado; sentí terror y un sudor frío. Busqué el reloj del estadio, el del arco del triunfo, de la esquina, pero no era capaz de calcular cuánto tiempo quedaba todavía de juego. Estaba teniendo un ataque de pánico. Pregunté a los compañeros: “¿Cuánto queda?”. “Diez minutos y lo que regale”, me dijeron.

»¡Diez minutos todavía! Todo volvió a su velocidad normal, y mi pensamiento se aceleró más que nunca antes en mi vida. Vinieron a mi mente las ocho o diez últimas jugadas de los italianos, las dos o tres ocasiones de Badini y otros chutazos de Brezzi y Baloncieri que pude resolver empleándome a fondo. Y todo eso había pasado, lo recordaba perfectamente, en los últimos cinco minutos. ¡Y aún quedaban diez, en los que estaríamos sin portero! Me llevé las manos a la cabeza y lancé mi gorra al suelo, furioso. Todas mis preocupaciones por el qué dirán se habían vuelto en mi contra. Las críticas de días anteriores serían naderías comparadas con lo que dirían ahora de mí, porque lo tenían que decir, alto y claro: había cometido una estupidez irreflexiva. Todo esto pasó por mi cabeza como una corriente eléctrica, en fracciones de segundo. Silverio ocupaba mi puesto en la meta española titubeando, midiendo la distancia a los palos con la mirada, para colocarse equidistante, calándose los guantes mal tallados... Y no lo dudé. Eché a correr por la banda como un loco, rodeando el campo, notando la camiseta

húmeda y fría de Silverio pegada a mi pecho, empujada por el aire contra el que avanzaba.

Ricardo recorrió la banda en un *sprint* formidable que atrajo las miradas del público. Me había impactado verlo de rodillas ante el árbitro, suplicando que no lo expulsara. Conociendo su orgullo, su miedo a hacer el ridículo, podía imaginar la angustia que sentía para lanzarse a una carrera como aquella, a la vista de todo el mundo.

Se quedó junto a la portería de Silverio, atrapado tras la red, como el reo que ve su vida arruinada por la reacción insensata de un momento.

Y allí estuvo, gritándole a Silverio lo que tenía que hacer hasta que este, entre la espada de los furibundos italianos y la pared de voces de su enervado compañero, se volvió a él pidiéndole que se callase.

Ricardo se mordió los puños y solo chilló en una ocasión, cuando Silverio dejaba que un balón llovido rebasara su mano derecha. Por suerte, la sacó de la cabeza de Baloncieri, que iba a rematar, soltándola de seguido a un compañero en un movimiento de cestapuntista del *jai-alai*.

—¡Por Dios, Silverio, vaya susto me has dado! ¿Cómo no la agarras antes con la derecha?

Silverio le sonrió con picardía.

—¡Pero, Zamora, si juego por la izquierda será por algo!, ¿no? ¡Que soy zocato! ¡La izquierda es mi mano buena!

Fue el último ataque italiano. Putz silbó tres veces indicando el final del partido sin guiñarle el ojo a nadie más y Zamora corrió, loco de alivio, a abrazarse a sus compañeros, mientras la bandera española era izada en el mástil de la victoria, cerca del marcador.

23

Ricardo pidió disculpas a todos en el vestuario, en plena celebración del triunfo, porque su reacción violenta había puesto en peligro a todo el equipo. No conforme con eso, también se acercó a Rubryk, arrepentido por su exabrupto de la noche anterior en el restaurante.

—Por supuesto que debe usted publicar lo que ha visto, Román. ¡Faltaría más! Mi tontería de hoy casi nos elimina del torneo. Creo que he aprendido una lección.

—El gesto te honra, muchacho. Todos cometemos errores; ni los viejos estamos libres de eso. ¡Bastantes ejemplos hemos visto en lo que va de Olimpiada!... Seguiré contando lo que veo, dalo por seguro, pero en tu caso, Zamora..., reconozco que lo excelente pesa mucho más que lo menos bueno.

Y se estrecharon la mano.

Fuera, la fiesta era general. La gran final del torneo olímpico estaba a punto de iniciarse y el Stadion lucía un lleno a rebosar. Los periodistas extranjeros se acercaban a darnos la enhorabuena o en busca de datos con los que completar sus crónicas. Yo estaba deseando encontrarme cuanto antes con Ricardo. ¿Qué le pasaría? ¿Volvería a ser el de siempre, encantador y sencillo, o seguiría sin hablarme? Odiaba que mi ánimo dependiera de él. Toda mi vida luchando por ser fuerte, independiente, y Ricardo me hacía sentir un papelillo al aire, una de esas muchachas que pasean una y otra vez la calle mayor de su ciudad anhelando que aparezca el hombre que les gusta. Lo peor era que no podía evitarlo. Según Rubryk y otros periodistas que volvían del guardarropa español, el equipo seguía celebrando la victoria y tardaría en aparecer. A pesar de eso, yo no dejaba de girarme para escudriñar la zona de grada reservada a los deportistas.

Ya era imposible ver claros en el cemento y seguía entrando público en oleadas. Se respiraba ya un ambiente de cierre que invitaba a los periodistas a hacer repaso general de los asuntos olímpicos. El tirón popular del fútbol estaba salvando la ruinosa tesorería de los organizadores y se rumoreaba que ese era el motivo por el que se procuró desde el principio que Bélgica llegara a la final.

García Alsina dejó escapar un lamento:

—Pues por mucho que cuesten los Juegos, yo habría firmado la próxima Olimpiada en Barcelona sin dudar.

—Pero, doctor, que España no está para tirar cohetes —dijo Juanito.

—Bah... Nosotros la habríamos hecho rentable. —Hinchó su pecho y formuló un deseo con un suspiro casi rubeniano—: ¡Algún día...! —Y dejó la frase en el aire alzando el índice ante su frente, dando a entender que lo seguirían intentando.

—Eso, algún día —contestó Rubryk serio—. Pero yendo todos juntos, don Jaime, no como lo intentaban ustedes ahora.

La conversación se volvió imposible porque el público recibía a los jugadores belgas con una abrumadora bataola de aplausos, vivas y cánticos. Las tropas que acordonaban el campo, sentadas a la turca, se pusieron en pie ovacionando a su selección y saltándose el lógico protocolo.

El árbitro del encuentro era un señor de pelo y bigotes blancos de más de sesenta años, John Lewis, conocido como «el príncipe de los árbitros». Handicap, Alsina, Rubryk, todos habían oído hablar durante su juventud de aquel mito, fundador de clubes, seleccionador inglés y respetado *referee*. Papá lo señaló recordando algo con nitidez entre las brumas de su mente:

—¿Te acuerdas, Emma? —me dijo—. Este señor dirigió el partido cuando decidimos irnos a vivir a España.

Agarré su mano y lo miré con ternura.

—¿Es verdad? Pero soy Elena, papá.

Me miró como si no me hubiera oído.

—Nos irá bien en España, ya verás. —Y devolvió la mirada al campo.

El público recibió con una pita formidable al equipo checoslovaco. La prensa belga había calentado el ambiente de forma populista e irresponsable, acusando a ese país de ser uno de los instigadores de la odiada guerra que

acababa de terminar.

El partido comenzó y el equipo español seguía sin aparecer en la grada. Los belgas marcaron un *goal* y el público pareció enloquecer.

Por fin, los jugadores españoles aparecieron en la zona de atletas, grada arriba de nuestros pupitres. Los pasillos estaban rebosantes de público y se les hacía difícil moverse por ellos.

Lancé un beso a Sami, haciendo con los dedos la uve de victoria. Él devolvió el saludo sonriendo. Yo esperaba que avisara a Ricardo, pero no lo hizo y aquello me extrañó. Ricardo, por su parte, parecía interesado solo en lo que pasaba en el campo. Me giré malhumorada.

A mi alrededor, todos seguían el juego conversando: «Si ganamos a los holandeses, los checos pueden ser nuestros rivales en la *petite finale*. Se desharán de Francia con facilidad». «¿Francia? Pero si se van mañana. Jugaríamos contra los checos, no hay otra opción.» «¿Eso es seguro? ¡Este sistema de competición es un lío!»

Seguí volviéndome con frecuencia para buscar a Ricardo. Era imposible que él no se diera cuenta. A fuerza de insistir, conseguí que nuestros ojos se encontraran y él desvió inmediatamente la mirada, sin hacer un gesto, ni un saludo, nada, y comprendí que pasaba algo grave. Tenía que aclarar todo aquello en ese momento. Los pasillos y escaleras estaban abarrotados de un público ávido de ver a su equipo; llegar hasta allí me llevaría tiempo.

—Voy a ver a los chicos —dije sin esperar respuesta.

Llegué sin demasiados problemas hasta el final de la zona de prensa, pero allí debía atravesar una muralla de cuerpos. Ricardo me miró de nuevo y supo que iría a verlo.

De pronto, algo sucedió en el campo y el muro humano se apretó. La gente se estiraba de puntillas, sobre los hombros del espectador que tenían delante, para ver lo que ocurría en la hierba.

A empujones, me metí en medio de la tupida muchedumbre. La gente protestaba a mi paso, a pesar de mis constantes excusas. La inmensa mayoría eran hombres, incapaces de concebir que a alguien se le ocurriera pasar en aquel apasionante momento. «¡Mujer tenía que ser! ¿Quién si no?», pero aceptaban darme paso. Los sucesos del campo tensaban cada vez más el ambiente. Los amables y discretos belgas gritaban rabiosos, como en un

linchamiento. Yo necesitaba aire. El olor intenso y desagradable de algunos cuerpos circundantes hacía difícil respirar y con los apretones resultaba imposible moverse. Por suerte, estaba ya cerca de mi meta. Entonces vi que Ricardo se levantaba y tomaba el camino de la salida alejándose.

—¡Ricardo! ¡Espera, Ricardo! —grité con todas mis fuerzas, pero ni yo misma oía mi propia voz.

Pude llegar al pasillo, justo debajo de la tribuna de jugadores, y fui directa hacia Sami. Él se inclinó sobre la barandilla para hablar conmigo. Gritábamos para hacernos oír.

—¿Adónde va Ricardo?

—¡Pues... ha tenido que irse!

—¡No quiere verme!, ¿verdad? ¡No me engañes, Sami! ¿Dónde está?

—¡No lo sé! —dijo poco convencido. Lo miré suplicante y, poco a poco, cedió—. ¡Está bien...! ¡Ha dicho que tenía que ir a poner un telegrama! ¡Pero no sé si será verdad!

Arranqué a andar y su brazo me detuvo.

—¡Elena! ¡No vayas!, ha dicho que quería estar solo.

No hice caso y seguí mi camino. Por suerte, la salida no estaba lejos y me precipité por ella hacia el exterior con alivio. Después de tantas apreturas, el aire fresco de los jardines me devolvió a la vida. El escándalo de la muchedumbre apagaba mis pasos sobre la grava. Subí el peldaño de entrada a la oficina del telégrafo y miré a través de los paños de cristal de la puerta. Estaba casi desierta; solo Ricardo rellenaba el impreso para mandar un telegrama. Mejor, así nadie nos molestaría. Mi reflejo mostró cierto desorden de mi ropa y mi pelo, de modo que hice algunos arreglos y entré. La puerta se cerró a mis espaldas mitigando el clamor constante del estadio.

Ricardo entregaba el impreso en ventanilla.

—À l'Espagne. Combien, monsieur? —Le oí chapurrar.

Le dijeron el precio y pagó el telegrama. El golpeteo mecánico del telégrafo quedaba sepultado a veces por las oleadas de pitos y protestas que provenían del exterior, cada vez más fuertes y seguidas. La tensión del partido era inaudita y Ricardo se apartó de la ventanilla comprobando el cambio dispuesto a volver cuanto antes. Entonces me vio. Se irguió despacio, con gesto neutro, y vino a mí en tres o cuatro pasos, en silencio. Sonreí.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—¿Yo? Saludar a la familia. ¿Y tú?

—Buscarte desde que habéis ganado. Felicidades. —Fui a darle un beso y retiró la cara. Me quedé helada.

—Gracias —dijo precipitado—. Bueno..., tengo que irme.

—Ricardo..., ¿qué te pasa?

Bajó la mirada. Le costaba hablarme.

—Pasa que se acabó, Elena. Como decís vosotros, *C'est fini! Au revoir*, o como se diga. Dejémoslo por las buenas y sin enfados.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir con todo eso?

—Quiero decir lo que estoy diciendo: que no debemos vernos más.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? —Puso algunas caras extrañas, como si no quisiera decir justo lo que estaba pensando—. Porque... ¡estoy loco! Yo no soy un tío complicado; lo único que me interesa es el fútbol, ¿entiendes? —Me daba por imposible, como si yo no pudiera entenderlo nunca—. Da igual, no le des más vueltas.

—Pero... eso no es un motivo para...

—Elena —me interrumpió y habló en tromba—, esto no es un juego para mí, ¿sabes? El fútbol es mi vida. No entiendo a los que lo dejan a los veintitrés años. Yo soy un niño con balón y lo seguiré siendo toda mi vida. He intentado cambiar mil veces, por sensatez, por mis padres..., pero no he podido. Yo no sé de qué voy a vivir, pero me da igual, esto es lo único que me interesa. Lo que se dice, lo que escribís, lo que la gente piensa es todo para mí. Jugar es lo único importante, por favor, respétalo. Yo sé que es muy difícil que se entienda, hay otros intereses, otras preocupaciones, cada uno tendrá sus motivos, pero a mí me dan igual. No quiero ni oírlos, ni los tuyos ni los de nadie, ¿de acuerdo? Ahora, si no te importa, ya nos hemos hecho bastante daño.

—Pero ¿qué daño te he hecho yo?

Resopló.

—Escucha, ha sido bonito, pero esto se tenía que acabar, tú misma lo dijiste; pues ya se acabó; queda un partido nada más, el domingo, y después cada uno a su casa. Lo nuestro no va a ninguna parte, yo casi me vuelvo loco

ayer, y hoy contra los italianos... ¡Quería matar a ese Badini! No puedo estar así, jugar con esa preocupación, fallando al equipo, no puedo estar todo el tiempo dándole vueltas al reverbero, dudando de todo. Es mejor que sea ya, que no volvamos a vernos; ¡total, para tres días!

—O sea, que yo tengo la culpa de lo de Badini, de que te hayan echado del campo. ¿Por qué, porque pensabas en mí?

—Pues sí, todo el tiempo, te lo aseguro.

—Estás fatal. Peor de lo que pensaba, ¿sabes?

Dos funcionarios de la oficina entraron diciendo a voces que los checos se habían retirado y que el público había invadido el estadio loco de contento porque el equipo belga era campeón.

—¡Seguro que los reporteros no tardan en llegar! —gritó uno de ellos volviendo a su puesto tras el mostrador.

Ricardo quiso saber qué pasaba.

—¿Qué han dicho?

—Nada, que los checos se van, que se han retirado —resumí.

—¿Cómo que se han retirado? ¡Pero si falta más de medio *match*!

—Ricardo, estábamos hablando.

—¿Tú sabes qué significa eso? Si el domingo ganamos a Holanda, no habrá más partidos. Seremos medalla de plata, subcampeones del mundo. Elena, no puedo estar pensando en otras cosas. Así, además, me evito ciertas críticas, ya sabes.

Pensé que se refería a las de Rubryk y otros diarios del norte.

—Ah, ya ha quedado todo claro. O sea, que soy la culpable de tus críticas.

Me miró muy serio.

—Por supuesto. No de todas, pero sí.

—¿Sabes qué? Eres un cobarde.

—Estoy haciendo un esfuerzo por explicártelo, Elena. Pero veo que no lo quieres entender.

—Lo entiendo perfectamente. *Lâche*. ¡Cobarde!

Me di la vuelta, roja de ira, y lo dejé allí. Mientras salía, alguno de los reporteros que entraban en la oficina reconoció a Ricardo y le agarró la mano para estrecharla con la soltura que da el entusiasmo.

—Monsieur Samoga, félicitations! —Y traduzco el resto—: Nosotros oro y, con suerte, ustedes serán medalla de plata.

Ricardo se había convertido en una celebridad. «Que le aproveche», pensé. De pronto odiaba esa estúpida fama del deporte, la alegría de borrachera que daba el triunfo, la locura del público belga, el estadio... Todo. Y odiaba a Ricardo. Otra vez.

Debíamos ir a la Casa Atlética de Francia aquella noche. Era una fiesta informal pero me arreglé más de la cuenta, por despecho; quería que Ricardo supiera lo que se perdía. Papá paseaba inquieto en su habitación y sus pasos se marcaban en el suelo de madera. No quería que llegáramos tarde y me lo dijo varias veces. Era la cuarta o quinta vez que tocaba la puerta del baño con los nudillos.

—Pero ¿no estás lista aún, hija?

—Nooo... Ya voy, papá.

—Pero es que si tardas...

—*Arrête!* —grité—. ¡He dicho que ya voy! ¡Tardaré lo que tarde, falta tiempo todavía, diantre!

Perdí los nervios y lo lamenté al instante. Papá, al otro lado de la puerta, se disculpó sumiso:

—Vale vale, está bien... No me he enterado de la hora y no quería llegar tarde...

Me sentí mal. Papá no tenía la culpa, aunque yo en el fondo lo responsabilizaba, porque el deporte era su mundo y Ricardo pertenecía a él. Cerré los ojos, respiré hondo y conseguí calmarme. Cuando salí, me miró sonriente, como la noche de la cena de gala en Floralties.

—Estás preciosa. Un día te marcharás tú también.

—No, papá. Eso no va a ocurrir. Siento mucho lo de antes.

Me miró sin comprender.

—¿El qué?

Papá estaba peor. Mucho peor. O tal vez fingía, para quitar importancia a lo ocurrido.

Volver a la Casa Atlética de Francia me trajo el recuerdo de los primeros

días de nuestra estancia en Amberes, cuando entrevistamos a René. Pagaza estaba sentado en el mismo lugar de su tertulia, con Pentland. No podía mover la rodilla y se masajeaba de vez en cuando la pierna, doliéndose. Al verlo, mi padre lo saludó:

—¿Cómo va esa pierna, muchacho?

—*Consí consá*, don Pepe. Los compañeros dicen que hoy me entierran, pero yo estoy feliz; Pentland me acaba de prometer que se vendrá conmigo a Santander para hablar de su contrato. Le ha encantado el fútbol español. Si todo va bien, el año que viene lo tendremos en el Racing.

—Me alegro, hijo... ¿Y cómo está su pierna?

Paguiro lo miró desconcertado por la reiteración y yo me llevé a papá a la zona del *buffet* con la excusa de cenar algo.

René vino a nuestro encuentro y estrechó la mano de mi padre.

—Muchas gracias por venir. ¡Así se hace menos dura la despedida!

Pregunté por qué se marchaban tan pronto, cuando la competición no había acabado. René explicó que Francia aspiraba a luchar por la medalla de oro y que planearon su estancia solo hasta el día después de la gran final. Y añadió:

—Otra vez será. ¡En fin! Espero que haya ocasión para que podamos ver una película juntos.

—Me gustan las de Charlot —dijo papá.

—Pues verá, Pepe, me he enterado de que Chaplin prepara una para el año que viene. Fíjese, le he conseguido una postal de promoción que regalaban con una revista.

Le entregó una tarjeta con la imagen de Charlot y un simpático arrapiezo de gorra grande. Papá y yo le dimos las gracias. Era increíble que René tuviera ese detalle encantador. Papá se enganchó a Manolo de Castro *Handicap* y los dos se apartaron del mundo.

—Gracias, René, de corazón. ¿No volverá usted a jugar otra vez en el Madrid, por casualidad?

—¿Quién sabe? De momento me toca seguir en la mili y al terminar ya veremos. —Arrugó la nariz—. Aunque acabaré en Irún, lo más seguro. Ya sabe, la familia.

—Bueno. Pero cuando venga a Madrid pase a vernos.

—Prometido. Allí por lo menos no aparecerán los ochotes vascos, ni Zamora.

—No. No es probable —contesté.

Algo debió torcerse en mi gesto que él captó de inmediato.

—Maldita sea mi suerte... Y que me tenga que ir mañana... La Federación manda y yo, como estoy movilizado, a obedecer.

—Pasaré en Toulouse unos meses, para hacer el examen. Deme su dirección y le escribiré.

—Genial. —Sonrió—. Mi unidad está en Burdeos. ¡Estaremos cerca!

Sami veía la escena de lejos, al lado de una barra. A su lado, Ricardo agarraba un par de vinos de la bandeja de un camarero.

—No puedo creerlo. Estoy viviendo otra vez la misma escena. Mismo sitio y René tonteando con Elena.

—No me interesa, Sami.

—Vale, Cardo, perdona; creía que sí.

Sami fue a agarrar uno de los vasos que Ricardo tenía en las manos, pero Ricardo lo retiró.

—Pídete uno tú.

—¿Otra vez de mal café?

—Todo lo contrario. Esta noche me voy a liberar. —Buscó con la mirada a uno de los futbolistas franceses—. ¡Eh, Nicolas! *Ú é le músíc?* ¿Aquí no se baila o qué?

—¡Sí sí, *Samoga*, ya va! —contestó simpático el francés.

—Anda —dijo Sami—, vamos a comer algo antes, que el vino en ayunas no te sienta bien.

La música llegó y a medida que la fiesta se iba animando, las voces de los jugadores españoles y la de Argüello aumentaban de volumen; comparadas con el ondulante tono de las conversaciones en francés resultaban atronadoras. René pasaba más tiempo hablando español que su propio idioma.

Lola se acercó a mí y señaló a Ricardo y Sami, que habían hecho piña con el citado Nicolas y otros jugadores franceses de buena planta.

—¿Has visto qué reunión de barbianses? No están mal esos francesitos con los que está tu Ricardo. ¡Hay uno igualito que Douglas Fairbanks!

—Ya no es mi Ricardo, Lola.

—¿Qué ha pasado?

—Ni idea. El fútbol, creo.

—Ese bobo no sabe lo que se pierde. ¿Estás bien?

—Perfectamente —dije con la barbilla en el techo—. Pienso cartearme con René Petit.

—Suena genial. Es mejor partido. —Guiñó un ojo—. Me dijeron que va para ingeniero.

—Pues sí.

—Querida, te veo recuperada. ¿Te vienes a bailar?

Ante el gramófono estaba Ricardo, bailoteando con sus compañeros.

—Todavía no estoy de humor. Pero gracias.

Lola se fue a bailar sin Juanito. Yo me quedé cerca de papá, Handicap y Rubryk, que charlaban con Bru. Pero mi cabeza estaba en otra parte. No podía evitar pensar en Ricardo y lo observaba con disimulo.

Él no parecía echarme de menos. Era el que más gritaba, el que más bailaba, el que más tonterías hacía y el que más bebía; o por lo menos, esa impresión me dio a mí.

Al cabo de una o dos horas, la cena había terminado y los jugadores planeaban una visita al Ambassadors, el *cabaret* estrella de Amberes, al que no habían vuelto porque era carísimo. Esta vez, René les prometió que conseguiría un descuento si llevaban algo preparado.

—¿Algo como qué? —preguntó Belauste.

—Como un numerito: un ochote, un orfeón, la payasada de los gaiteros escoceses... No sé, algo.

Argüello chascó los dedos.

—¡Ya lo sé! ¿Tienes tela negra? ¿Y antorchas?

—Pues algo habrá —contestó René—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—¡Vamos a hacer un entierro vikingo, a la española!

—¿Un qué?

Belauste pilló la idea al vuelo.

—¡Colosal! ¡Una comitiva fúnebre! ¡Como el entierro de la sardina! —Acto seguido convocó a todos con un grito—: ¡Señoras y señores, prepárense, porque esta noche enterramos a Pagaza!

La idea fue acogida con entusiasmo.

—¡Ni hablar! —gritó el citado—. ¡A mí no me entierra ni el tifus!

—Rigorismo, Pagaza, rigorismo —dijo Argüello imitando la famosa frase de Bru—. Que el muerto no puede protestar.

René registró la enfermería de la Casa de Francia y apareció con unas parihuelas militares. Las vistieron con un percal oscuro que le daba aspecto de catafalco y dos forzudos elevaron al ligero Paguiro como a un crío por los aires para depositarlo encima, mientras él chillaba impotente: «¡Cuidao con la pierna, que me vais a desgraciar!». Empalidecieron su rostro con polvos de arroz sacados del bolso de una señora y le pintaron ojeras con un corcho quemado. Viendo que serían inevitables las exequias, Pagaza se tumbó en la camilla entre almohadones y se dejó hacer. A mano le dejaron una provisión de botellas de vino para él y para todos.

Isidro se puso a la cabeza de la comitiva con un estandarte fabricado con un palo y una percha, del que colgaba un crespón negro. Lo seguía una orquestina de botellas de anís y tambores hechos con cubos vacíos de hielo que ensayaba ritmos solemnes a golpe de cuchara. Y el resto, abrazados por parejas o según les venía en gana, seguía al finado lanzando plañidos de dolor.

Argüello se quitó la chaqueta y empezó a improvisar un baile extravagante que llamó *danzas necrológicas*. A la mayoría, muerto incluido, se nos saltaron las lágrimas de risa.

Con todo preparado, la comitiva se echó a la calle. Argüello y Belauste, muy dignos, se incrustaron detrás de Isidro y su negro estandarte. Todos, también los que iban tras el finado, llevaban brazaletes negros y cantaban, con dignidad funeral, una interminable canción sobre frailes. Antes de llegar a la calle ya llevaban detrás a un buen grupo de invitados a la fiesta, que se sumaron a la farsa con sollozos y lamentaciones.

Marchaban tan comprometidos con su teatro que sobrecogían primero y provocaban la risa después. En las aceras, los amberinos detenían el paso desconcertados, se descubrían o se santiguaban, y los agentes hacían el saludo militar. A quien preguntó se le dijo que aquel era el último homenaje a un atleta español caído al defender los colores de su país en la Olimpiada, cosa que no dejaba de ser cierta, porque Pagaza, caerse, se había caído.

Papá y yo tomamos rumbo al hotel. ¡Cómo me arrepiento! Porque fue la celebración más insólita de la Olimpiada. Tenía razón Argüello: un buen festejo une a un equipo tanto o más que una buena pelea. Y de las dos cosas hubo esa noche.

René movió sus hilos y la comitiva entró gratis en el Ambassadors. Bajaron las luces y pasaron a la sala de baile iluminados solo con antorchas y cantando, con aire tristísimo, *Maitechu mía*. En la pista, varios arrojados repitieron las danzas necrológicas, que acabaron a ritmo frenético, para pasmo y jolgorio del respetable. De cierre, la orquesta acompañó con la *Marcha fúnebre* de Chopin, ante los aplausos del público. Saltándose el protocolo, Pagaza se incorporó para echar un trago, provocando los gritos de algunas señoras, a lo que todos en la comitiva gritaron un «¡Milagro, ha resucitado, ha resucitado!», dando fin al numerito.

El cortejo se deshizo para refrescar el gaznate en aquel magnífico templo del placer mundano. Cuando mejor estaban, unos tipos rubios se acercaron a Argüello, Vallana y Sami, que había sido tres de los bailarines, y los insultaron. Eran suecos que se habían ofendido, vaya usted a saber por qué, con los gestos del baile. Y empezaron las tortas. Belauste y otros acudieron enseguida para poner paz, pero unos futbolistas suecos que estaban por allí se sumaron a la tangana y aquello siguió donde había acabado en el estadio olímpico. Ricardo evitó que un tipo estrellara una botella en la cabeza de Vallana haciéndole un placaje que dio con los tres en el suelo.

Arrate y Belauste acabaron hombro con hombro, en el centro del huracán, repartiendo tortazos a diestro y siniestro, y juntos expulsaron a los últimos rivales del *cabaret*. Al huir el último, se miraron con respeto y se estrecharon la mano. Con aquel gesto se cauterizaban las viejas heridas del partido de Atocha, en el 18.

Los gerentes del local invitaron a todo lo consumido y les pidieron que se fueran temiendo que los suecos volvieran con refuerzos.

El entierro festivo cambió de aires, yendo de *dancing* en *cabaret* cantando *Desde Santurce a Bilbao*. Al llegar al estribillo que dice «Mis sardinitas, qué ricas son...», aceleraban hasta correr y Paguiro casi se cae al suelo un par de veces.

Cuando llegaron al Ruta de la Seda, una hora después, ya habían dejado

las carreras, Pagaza echaba un sueñecito y parecía estar muerto de verdad. Una empleada del guardarropa avisó alarmada a Carmencita, que salió hasta la puerta del local y, al verlo, se hizo cruces.

—¡Que no entra aquí un muerto, leche! ¡Que no! ¿Me queréis gafar el local o qué?

—Qué muerto, niña —le decían todos—, si está vivito y coleando. ¡Paguiro, levántate y anda!

Pagaza no respondió hasta que lo zarandearon.

Finalmente, Alodia los dejó entrar e invitó, como siempre, a la primera ronda, regañándolos:

—¡Ay, ladrones, cómo se nota que sois jóvenes, que tenéis ganas de reiros hasta de la guadaña! ¡A mí es que las cosas de muertos me dan lagarto...!

—Pero qué dices de edad, Carmencita, si eres una niña.

—Ya ya, zalameros...

A Carmencita le daban igual las cosas de la Olimpiada, pero al saber que solo les quedaba un partido, lo celebró fumándose un gran cigarro. Algunos la miraban asombrados.

—¿Qué os pasa? ¿Nunca habéis visto a una dama con uno de estos en la boca, o qué? Pues en Sudamérica me llamaban «la condesa de Montecristo» porque me fumaba unos puros cubanos que no te quiero contar. Y no era la única; una vez tuve una novia mulata que... —Hizo una pausa haciéndose la distraída.

—¿Novia? —preguntaban los más jóvenes con los ojos de par en par.

Y ella reía misteriosa. Sin duda, sabía cómo hacerse con la atención de los hombres.

Al poco se inició una riña. Unos marineros se tiraron los vasos y se enzarzaron con agarrones desordenados. Carmencita movilizó a sus camareros y dedicó a los españoles un reproche:

—¡Eso es culpa vuestra, por reiros de cosas de muertos! ¡Habéis traído mal fario y ahora tengo una pelea!

—¿Eso es una pelea? —dijo Pichichi—. ¡Eso no es nada, pues! ¡Pelea fue la nuestra con los suecos!

Uno de los marineros sacó un cuchillo enorme, otro una pistola y, al

primer tiro, todo el mundo en el local huyó a la carrera, como si les hubieran dado la salida del hectómetro en el estadio olímpico. Hasta Pagaza salió pitando, abandonando el local. Sin dudarlo, Alodia echó el cierre.

La comitiva terminó la noche en la esquina de la panteónica estación de tren, cerca de los hoteles, recibiendo el pésame de todos cuantos quisieron acercarse. A los hombres les daban la mano y a las mujeres bonitas unos abrazos larguísimos y muchos besos. Por último, Pagaza volvió a resucitar gritando él mismo: «¡Milagro! ¡Milagro!», porque la rodilla había hecho clac al huir del tiroteo y se encontraba mejor, y se fue a su hotel hecho unas pascuas.

Lo primero que pensé cuando me contaron todo esto fue que habían exagerado. Sin embargo, al día siguiente, la organización envió una diligente nota oficial de condolencia a Bartrina por la muerte de uno de nuestros deportistas y se ofreció para organizar las exequias, incluyendo una misa de réquiem como Dios manda. Bartrina se alarmó tanto que no descansó hasta asegurarse de que todos estaban —resacas aparte— en perfecto estado de salud y, por supuesto, lamentó habérselo perdido.

Años después todavía se habla del peculiar entierro de Pagaza en la prensa, cada vez que se recuerda la Olimpiada de Amberes. Sin embargo, lo que pasó esa noche con Ricardo no lo ha contado nadie. Hasta ahora.

24

—Zamora, tenemos que hablar.

Acababa de terminar la pelea del Ambassadors y Vallana se acercó a Ricardo compungido.

—Bah, olvídalo, Perico. —Le palmeó la espalda—. Si lo dices por lo del botellazo, da igual, hoy por ti, mañana por mí. Invítame a una copa y ya está.

—Que no, que no es eso. O sí, porque ahora te debo una, pero lo que te tengo que decir es otra cosa, a ver si me entiendes.

—Pues no, Vallana; entre lo que he bebido y tus explicaciones, no me entero.

La orquesta arrancó con un tema contagioso y todo el mundo se puso a bailar.

—Anda, vamos a un sitio más tranquilo donde podamos hablar.

Salieron de la sala de baile, cerca del guardarropa del Ambassadors.

—Tú dirás, Pedro.

—Pues... —A Vallana le costaba arrancar—. Yo sé lo importantes que son para ti las críticas, Zamora. También lo son para mí. Pero verás, estos días lo he pasado muy mal, porque tú estabas saliendo con esa chica, la hija de Rampoleón, Elena, y yo... pues... me sentía muy violento, porque... en fin, que yo a Rampoleón lo conozco hace tiempo y...

Ricardo no lo dejó seguir:

—Espera, espera. Mira, ya sé por dónde vas, no sigas, que te veo sufrir y no merece la pena.

—¿Ah, no?

—Pues no. Elena y yo lo hemos dejado para siempre, precisamente por eso de lo que hablas.

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? Por las críticas que escribe. Por I punto G punto. Ignacio Galea. Era eso lo que me querías decir, ¿no?

Vallana abrió los ojos sin acabar de creerlo.

—Pues sí, en parte, pero no...

—Chico, no hay quien te entienda, ¿eh? —De pronto cayó en la cuenta de algo—. ¡Ah! ¡Es que te gusta Elena! ¿Es eso? Pues por mí adelante, oye, nosotros ya lo hemos dejado, pero te advierto que lo que digas, lo larga, porque..., entre nosotros, ella escribe los artículos que te he dicho.

—¿Qué artículos?

—Todos, Perico, todos. Los de Rampoleón y los de Ignacio Galea.

—Pero ¿cómo va a escribir los de Galea? ¡Eso es imposible, Ricardo! Es lo que te estoy intentando decir. ¡Que Ignacio Galea soy yo!

Ricardo lo miró boquiabierto con expresión bobalicona.

—¿Qué dices?

—Que Ignacio Galea soy yo. Creía que lo sabías, precisamente porque sales, bueno, o salías con ella. Su padre me conoce de largo, de *La Voz de Guipúzcoa*, y del *Sport* de Madrid, desde que me lo presentó allí Hernández Coronado. Por eso me sentía tan violento cuando os vi juntos, porque pensé que ella te lo había dicho y que ya sabías que yo soy Ignacio Galea.

—Ay, por mi madre que se llama Amparo... —Recomponiéndose—: A ver, a ver..., ¿tú eres Galea?

—Sí. —Muy digno—. Soy yo. Te oí despotricar pero no quise contestarte. Pero después de conocerte bien y de lo que has hecho hoy, quiero dar la cara.

Ricardo lo agarró de las solapas.

—¿Pero tú...! ¿Estás seguro de lo que dices, Perico?

—Que sí, Ricardo, ¿qué pasa, me vas a pegar?

—¿Y cómo tenía Elena tus artículos, a ver?

—Pues porque me los dejé en el telégrafo y se los dieron a ella para que me los devolviese.

—¡Mecagüen mi estampa!

Ricardo se llevó las manos a la cabeza, sacudió su pelo como si fueran sus ideas y salió corriendo, local adentro. En la puerta se detuvo y señaló a

Vallana con el dedo acusador.

—¡Y ya hablaremos tú y yo!

Entró en la sala con el cuello como periscopio, buscándome.

—Otero, ¿has visto a Elena?

—Pregunta a René, que anda por allí con Belauste, y es el que controló a la gente al entrar.

Ricardo encontró a René Petit donde le indicaban. Estaba con Sami y Belauste discutiendo con el gerente del Ambassadors, un tipo alto y de esmoquin. Los españoles protestaban por tener que irse. René hacía de traductor de las dos partes.

—René, perdona, ¿has visto a Elena?

—Pues... la última vez que la vi fue en la fiesta, en la Casa de Francia.

—O sea, ¿que no ha entrado aquí?

—No, que yo sepa. Con el grupo por lo menos no entró. Ahora, si me disculpas...

—Vale.

Sami lo sabía.

—Elena se fue con su padre al hotel, hombre. Menuda cara tenía toda la noche.

—¿Seguro?

—Los vi irse hacia la estación cuando torcíamos para venir aquí. ¿Por qué te preocupas ahora?

—¿Que por qué? Porque soy un idiota, Sami, por eso. Un cenutrio, un panoli, un... un...

—Está bien, hombre, está bien... Yo ya lo sabía, pero siempre es bueno que uno mismo se dé cuenta de esas cosas.

—Sami, que no estoy de broma. Que he metido la pata hasta el fondo. Que ella no es Ignacio Galea, ni su padre tampoco.

—¿Ah, no? ¿Y entonces quién?

—Perico Vallana.

—¿Vallana es Galea?

—Me lo acaba de reconocer él mismo.

—¡Por eso sabía tantas cositas del vestuario!

—Ahora no me querrá ni ver —lamentó Ricardo.

—Nooo... Y si yo fuera él, saldría corriendo. Aunque es rápido, el tío, si corre te va a costar echarle el guante.

—Digo Elena, Sami. He roto con ella definitivamente. ¡Dios mío!... ¡Dios mío! Me estoy acordando de algunas cosas que le he dicho. Esto no va a tener arreglo, ya verás. Pobre chica.

Agarró el vaso de Sami y se lo bebió de un trago.

—¡Oye, tú, que esa era mi ginebra!

—Esto no tiene remedio.

—Lo que no va a tener remedio es la cogorza que te vas a...

Pero ya no lo oía.

En efecto, Ricardo bebió de más. Cuando llegó con la comitiva al Carmencita, se dejó caer en una silla y, al sonar los tiros, debió ser el único que no echó a correr; siguió el instinto de echarse cuerpo a tierra, como cualquiera que se hubiera criado en la Barcelona de los años del plomo, y allí se quedó.

Desperté muy triste y cansada el viernes 3 de septiembre, a pesar de la victoria española el día anterior. Lo primero que hice fue pasar por el vestíbulo para dejar un recado telefónico a Bartrina en su hotel. Me preocupaba el empeoramiento de papá. Esa noche no había salido de la habitación, tal vez estuviera demasiado cansado, pero yo no había pegado ojo vigilándolo.

Vi que la llave de la habitación de Ricardo y Sami seguía en el casillero de la recepción, señal de que no habían regresado todavía. En el comedor del hotel no había nadie del equipo. Supuse que esa noche, sin contarme a mí, allí no durmió nadie con menos de treinta y cinco años o con más de cinco copas. Solo Rubryk había bajado a desayunar y reía leyendo a solas la última novela de Fernández Flórez, en su mesa de siempre. Cerró el libro al vernos, como era habitual.

—¿Y esas risas, Rubryk? —preguntó papá—. Hoy todos estamos de buen humor.

—El libro es desternillante. Handicap dice que *Volvoreta* es insuperable, por el tema gallego, pero esta me parece más divertida.

Papá se interesó por leerlo y Román se lo prestó.

—Toma, lo estaba relejendo. No puedo regalártelo, porque está dedicado. Ya sabes que Wenceslao es compañero mío en *Abc*.

Salió un tema marginal: ¿qué leían los jugadores? La conclusión era que se cumplía la máxima que corría por el Lion d'Or: juegan más los que leen novelas del Oeste que los que leen a Dostoyevski. Y en aquel equipo todos jugaban mucho y leían poco, aunque, como siempre, había excepciones. Ricardo, por ejemplo, era de los que leían *El virginiano* y lo dejaba a medias.

Papá se levantó para ir al aseo. La infusión matinal de Bartrina siempre le hacía un efecto fulgurante. Al poco, Antoine, el espabilado botones, se acercó con un papel en las manos.

—Mademoiselle, esto apareció ayer por ahí, detrás de una de las plantas de la marquesina del hotel.

Era uno de los papeles de Vallana.

—Gracias, Antoine.

Otro recuerdo triste. Desde que recibí esos papeles, mi relación con Ricardo no había dejado de empeorar. Miré aquella hoja sin intención de leerla: tenía el membrete y el teléfono del hotel de los vascos en el encabezado, como los demás papeles; la tinta de pluma se había corrido un poco por el agua; sin embargo, la firma era legible: una I mayúscula seguida de un punto y una G, con punto también.

—Eso es de Vallana, ¿no? —dijo Rubryk al primer vistazo.

—Pues sí. ¿Cómo lo ha sabido?

—Porque «I. G.» es Ignacio Galea, el seudónimo de Perico.

—¿Ignacio Galea es Vallana? —dije asombrada.

—Sí. Aunque no le gusta mucho que se sepa. En la profesión se termina sabiendo todo... *Galea* es Vallana... —Me miró con ojos astutos—. *Rampoleón* eres tú, ¿verdad?, y *Yo Colosal* es Ricardo Zamora.

—¿Qué?

—Aunque lo último no lo he confirmado. No sería el primer jugador que manda crónicas falsas a las redacciones alabándose, como los toreros cuando hacen las Américas.

—Román, esto es... No sabía lo de Ricardo. Pero lo mío es...

—No hace falta que me expliques nada. Ya ves que hasta ahora, por mí

no se ha enterado nadie.

—Gracias... En cuanto a Galea, ¿seguro que es Vallana?

—Cien por cien. Y sus artículos no pasan desapercibidos. Él siempre barre para el norte, ya me entiendes.

Papá regresó con nosotros, aunque no recuerdo cuándo. En mi cabeza había un puzle que empezaba a encajar, pese al poco descanso de las últimas noches. El cambio de carácter de Ricardo se había producido al ver aquellas hojas; yo no había querido leerlas, por pudor, pero tal vez él, al recogerlas del suelo...

Me puse en pie como si me hubiera sentado en una chincheta, haciendo chirriar la silla y sobresaltando a todos.

—¡Pensó que las hojas eran mías!

Entendía todo de repente: ¡por eso me dijo Ricardo aquellas cosas tan incomprensibles y amargas en el telégrafo! Me culpaba de sus nervios contra Italia, me hablaba de traición, de lo importante que era para él el fútbol, de que no lo respetaban... ¡Pensaba que papá o yo habíamos escrito aquellas críticas sobre él! Necesitaba verlo y aclarar las cosas. Eché a andar camino de la calle, pero paré en el vestíbulo. No sabía dónde podría encontrarlo.

Bartrina entró en el hotel serio y tembloroso. Nunca lo había visto así.

—¿Ha recibido el aviso, Javier?

—¿El aviso? Eh... Sí, no tengo palabras... Estoy desolado. ¿De quién se trata?

—¿De quién? Pues de quién va a ser..., de mi padre.

—Dios mío..., ¡Pepe! —Y me abrazó cariñoso y compungido—. Qué desgracia. ¿Y cómo ha sido, hija?

—Pues... poco a poco... Como usted dijo. Hace un par de días que empezó a preguntar varias veces las mismas cosas, a hacer escapadas por las noches y... No quiero llorar. Ahora está ahí, con Rubryk, en el comedor, ¡y me acaba de decir que también sabía quién era Ignacio Galea!

—¿Quién, Rubryk?

—No, Vallana.

—No entiendo, ¿Vallana está ahí también?

—No, doctor, Vallana es Galea. Rubryk y mi padre acaban de decirme eso.

—Entonces, ¿tu padre no...? —No lo entendí—. ¿No ha fallecido?

—¡Pues claro que no, qué cosas dice, Javier! Lo que le estoy diciendo es que está peor, por eso le acabo de llamar al hotel.

Respiró aliviado antes de explicarse:

—Verás, Elena... Hace más una hora que salí de allí, no me han podido dar tu mensaje, pero sí este otro del comité organizador. —Me enseñó una nota telefónica—. Alguien de la expedición española ha muerto y la organización nos da el pésame.

—¿Y usted creía que era papá?

De pronto me eché a reír. Bartrina me miraba muy serio y tuve que taparme la boca intentando controlarme.

—No sé qué tiene de gracioso. Alguien se ha muerto, niña.

—Perdón, es que... todo se ha liado tanto... No puede ser, pero se me está ocurriendo... ¿De verdad creen que alguien se ha muerto? —Y mi risa llegó esta vez a la carcajada—. ¿No será que...?

Bartrina se estiró incómodo y zanjó muy serio:

—Veo que no estás en condiciones de hablar en este momento.

—No, doctor, es que... —Me costaba parar de reír—. Los del Comité se han confundido.

—Explícate, Elena, por favor.

—Anoche enterraron a Pagaza.

—¿A Pagaza?

—De broma. Recorrieron la ciudad en una comitiva muy seria, con Paguiro haciéndose el muerto y todos de negro. Y a lo mejor... Pero era una procesión muy divertida. Lo último que sé es que fueron así al Ambassadors.

—Puede que sea eso entonces, pero tengo que comprobarlo. En fin...

—Respecto a mi padre... —Volví a ponerme seria—. Creo que debería verlo cuanto antes. No está bien, Javier. Habrán sido todas esas emociones... No lo sé.

—Déjame hacer alguna llamada y voy a verlo, ¿de acuerdo? Está en el comedor, con Rubryk, y vivo, ¿no?

Asentí a todo sonriente. De pronto, Bartrina miró el aviso telefónico en su mano y se le escapó una risilla.

—¿En el Ambassadors? ¿Como un entierro?

—Pues sí. Con catafalco y todo. Y danzas necrológicas... de Argüello.
Y empezamos a reír los dos. En ese momento vi a Sami entrando en el hotel.

—¡Qué bien, veo que la fiesta sigue!

—¡Sami! ¿Dónde está Ricardo? —lo asalté.

—No lo he visto desde anoche. Desde el tiroteo.

—¿Qué tiroteo? —Bartrina reaccionó alarmado.

—Anda ya... Déjate de bromas, Pep —contesté yo.

—No es broma. Cuando llegamos al Carmencita con el entierro se montó una que no veas: machetes, tiros... ¡Yo eché a correr y me adelantó hasta Pagaza! Y desde entonces, ahora que lo pienso, a Ricardo no lo he vuelto a ver.

—Pero si nunca os separáis, ¿dónde has estado desde entonces?

—Bueno... —Carraspeó, le daba pudor contestar—. Digamos que anoche..., en fin, he estado ocupado hasta ahora.

—Ya, pero ¿Ricardo no saldría herido en el tiroteo?

—Pues no lo creo. Los primeros disparos fueron al techo y...

—¿Estás seguro, muchacho? —Bartrina volvió a dar crédito al papelito que tenía en sus manos—. ¡A ver si al final lo que dice aquí va a ser cierto! ¿Cómo se llama ese *cabaret*?

—Zidje... —Sami no lo recordaba bien.

—Me voy al Carmencita. —Avisé al botones—: Antoine, taxi, s'il vous plaît! —Oí su diligente «Oui, mademoiselle» y me despedí—. Tengo que avisar a mi padre primero.

—Pero, Elena... —dijo Sami mientras me iba—, que a estas horas el *cabaret* estará cerrado.

Pero yo estaba camino del comedor.

Bartrina se explicó con Sami:

—La organización cree que ha muerto un español.

—¿Eh? ¿No será por el entierro de broma de anoche?

—Eso decía Elena, pero voy a hacer algunas llamadas. Si hay un muerto, lo sabrá la policía. —Antes de irse, dio con el codo a Sami, pícaro—: Y tú, ¿dónde has pasado la noche, Langosta?

—Digamos que... —Carraspeó, con media sonrisa, y bajó la voz—: Una

plañidera, que resultó ser viuda alegre.

Bartrina abrió los brazos clamando quejoso:

—¡Y yo redactando el informe general de la secretaría! ¿Qué estoy haciendo con mi vida?

Ricardo se despertó sobresaltado por el atronador sonido de la sirena de un vapor. Estaba desnudo en un cama de la que le rebosaban los pies, hacía frío, sentía la lengua rasposa, como de gato, y no sabía dónde estaba. Abrió la ventana y vio un patio pequeño, lleno de barriles y cajas con botellines de cerveza. Buscó su ropa por todas partes, pero no la encontró. Se puso una sábana a modo de túnica romana y salió de la habitación. La primera persona a la que vio fue a Carmencita, vestida con un kimono de seda y plumas impúdicamente abierto, muy ligera de ropa debajo, y también a una camarera joven del local, la que reía siempre con las gracias de los españoles.

—¡Hombre, el bello durmiente! —gritó Alodia *Carmencita* haciéndole encoger los ojos en un gesto de dolor.

—¿Qué hago aquí? ¿Qué hora es? —balbuceó Ricardo.

—La hora del ángelus, por lo que veo. Solo te faltan las alitas, majo.

Y soltó una risotada escandalosa, provocando en Ricardo otro encogimiento. No diré que no recordara nada, porque sabía que mientras lo desnudaban en el baño se agarraba a las chicas como quien se aferra a la vida después de una experiencia a las puertas de la muerte. Cómo estaría de sucio el suelo donde cayó para que tuvieran que bañarlo antes de meterlo en la cama.

—Tu ropa no se habrá secado, así que no tengas prisa. ¿Tienes hambre? Aunque yo de ti me tomaría un *bock* antes que el café.

La muchacha joven, que se llamaba Perla, le puso un tazón y lo llenó de café negro mirándolo con una risita. Dijo algo en neerlandés y Alodia se rio de nuevo.

—¡Ay, demonio de juventud...! ¡Míralo, Perlita, con la tajada que llevaba ayer el gachó y hoy tiene carita de ángel!

Perla dejó escapar una risita arpegiada que había vuelto loco a Eguiazábal noches atrás y provocaba que no dejara de perseguirla.

—Pero si me estoy muriendo, Carmen —contestó Ricardo.

—No sabes beber, niño; pareces un inglés.

Perla ya estaba vestida. Agarró un bolso grande, cambió unas palabras incomprensibles con Alodia y se despidió de Ricardo con gesto gracioso y un fuerte acento:

—Adiós, bello dogmido.

—Durmiente, durmiente, Perlita. Ay, que no hago carrera contigo, niña.

Las dos se dieron un besito en los labios y la joven se marchó.

Ricardo abrió los ojos del todo, por primera vez, pero no dijo nada. Alodia se sentó a la mesa a su lado y se puso otro café.

—Bueno, niño, me debes una. La próxima vez que vuelvas por aquí me traes un buen disco para mi colección. —Sonó una campanita—. Será el carretero con suministros.

Carmencita bajó a abrir. El piso estaba encima del *cabaret*, en el mismo edificio.

Ricardo ya se había despejado un poco. Comprobó que su ropa seguía mojada y avivó la estufa para que se secara cuanto antes. En España todavía estarían a cuarenta grados, pero allí el frío y la humedad parecían los de noviembre en Barcelona. Otra sirena atronó, haciendo retumbar su cabeza. Ricardo se asomó a una ventana y vio la parte del puerto mercante que solo había visto de noche. Abajo, una carreta con barriles estaba en la entrada y dos hombres descargaban mientras charlaban con Alodia, que se había cerrado el batín.

Imagino que entonces vio parar el taxi: de él bajó Sami y Ricardo sonrió como quien ve al equipo de rescate; del coche emergió también una pierna de mujer, seguida del resto del cuerpo: el mío. Y Ricardo palideció. Empezó a correr indeciso por la habitación; sus pies se movían a saltitos, como si el suelo le quemara, sin llevarlo a ninguna parte. ¡Elena allí y en ese momento! ¡No podía ser, ahora que sabía que ella era inocente, que no era Ignacio Galea, que deseaba que todo volviera a ser como antes; ahora lo vería desnudo, en aquel tugurio y con esas mujeres...! Se volvió a asomar a la ventana y vio a Carmencita señalado el camino hacia el piso de arriba por una escalera exterior. Elena y Sami escalaban los primeros peldaños y de un momento a otro entrarían por la puerta. Agarró toda la ropa de la estufa y se

la empezó a poner sin quitarse la sábana: calcetines, calzoncillos, camiseta... ¡Era imposible, no le daría tiempo! La ropa quemaba y se quejó, jadeante; lo peor fueron los calzoncillos.

La puerta se abrió. Sami entró primero, alzando la voz, sin duda para dar aviso, porque un amigo lo es siempre:

—¡Cardo! ¡Despierta! ¡Estamos aquí Elena y yo!

Entré tras él. No había rastro de Ricardo, solo una chaqueta en el suelo y una gabardina, que indicaban un rastro claro hacia una habitación.

—¿Hola? Ricardo, soy Elena. ¿Estás visible?

Tras la puerta entreabierta se oyó un carraspeo:

—Sí, claro... Voy. Ya voy.

La puerta se abrió y apareció él sonriente. Algo sardónico, debo decir.

Nada más verlo, Sami y yo nos echamos a reír.

Él sonrió de forma más natural. Sami y yo estallamos en carcajadas, pero él no comprendía nuestra risa.

—¿Qué? ¿De qué os reís?

—Tenía razón Carmencita. —Se desternillaba Pep—. ¡Se ha muerto y es un ángel!

Ricardo comprendió: se había malvestido a toda prisa, abotonando mal su camisa, y la sábana colgaba aún de su cuello como una capa blanca.

Carmencita entró por la puerta.

—Te prometo, querida, que solo ha sido sexo. Un *ménage à trois* sin importancia.

—¡Carmen! —la riñó Ricardo—. ¡Eso no es cierto! Creo.

—Cállate —dije. Me acerqué a él y lo miré muy seria—. ¿Cómo se te ocurre pensar que yo era Ignacio Galea? ¿Cómo pudiste creer que yo podía hacerte eso?

Antes de que pudiera responder, le di un bofetón. Ricardo me miró paralizado. Agarré su cara y le di un beso tremendo en los labios. Al terminar, pregunté:

—¿Estás vivo?

—Ahora creo que sí —contestó—. Aunque no estoy muy seguro.

—Ni yo. Porque sabes fatal. A gato muerto.

Como era de esperar, Bartrina no encontró a ningún fallecido, aunque algunos estaban tan perjudicados como Ricardo.

Lemmel, Isidro y Bru se encargaron de avivarles un poco el ánimo en el entrenamiento de aquella tarde, con masajes e hidroterapia para los que habían jugado; más rehabilitación médica que ejercicio deportivo.

Después Ricardo me sorprendió con un plan sorpresa. Fuimos a un aeródromo, no lejos de Floralties. En un claro habían montado una feria alrededor de un campo de aviación. Por todo Amberes había visto cartelones en francés y neerlandés anunciando paseos en globo esférico y los llamados *bautizos aéreos*, vuelos a gran altitud en un antiguo avión de combate pilotado por un as de la guerra.

—Me hablaste de lo de tu madre y pensé que te gustaría.

—¡Claro que sí!

Hicimos tiempo hasta nuestro emocionante vuelo juntos paseando por la feria. Nos fotografiamos tras un dibujo gracioso de avión, con gorros de cuero, subimos a unas barcas por un canal mecánico, jugamos al tragabolas, a las escopetas de feria...

Cuando íbamos a tomar nuestro avión, encontramos a Sami, Sancho, Silverio, Patricio y otros españoles más; incluso Handicap había acudido con un grupo. Ricardo se enfadó: había contado sus planes a Sami y este había decidido ir también, para lo que buscó compañía.

—Pero, Cardo, que ya no quedan diversiones aquí y son los últimos días, entiéndelo...

—¿Qué más da, Ricardo? —le dije—. Arriba estaremos solos.

Subimos a un biplano panzudo, con ventanitas en laterales y suelo, bautizado con el peculiar nombre de *O'Bris*. Bromeé con el nombre, que en francés venía a ser algo así como «rotura». A Ricardo no le hizo mucha gracia; no paraba de hablar, muerto de miedo. Veía peligro por todas partes; hasta me señaló un descosido en la tela que recubría el *fuselage* del aeroplano. Yo recordé el Sommer en el que se subió mamá, un aparato muchísimo más frágil, y agarré su mano para tranquilizarlo.

—No te preocupes. Moriremos juntos.

Ricardo protestó, enfadado y supersticioso. El vuelo estuvo a punto de suspenderse, porque en el último momento el aguerrido teniente Van Opstal,

como se llamaba nuestro piloto, quiso cobrarnos cincuenta francos de más.

—No vuelo solo con dos —dijo—. Si quieren, son setenta y cinco por cabeza.

Intentábamos negociar cuando Sami solucionó el problema.

—¡Voy yo con ellos, *mesié* capitán!

Y trepó al avión con nosotros. Ricardo lo miró enfadado.

—¡Todo el rato de espaldas, Pears!

Ricardo gritó al despegar y cuando el avión saltó del suelo de un brusco empujón, como si un muelle lo elevara hasta las nubes.

El vuelo fue maravilloso. El piloto nos indicaba con la mano los lugares emblemáticos del paisaje: el río Escalda, curvilíneo como una serpiente, nos orientó de inmediato. Allí estaba la estación y sus caminos de hierro, la catedral, el puerto, el castillo del puerto... A lo lejos podía verse el mar y las brumosas provincias de Zeeland, en Holanda.

Debajo, una intrincada trama de canales y carreteras hendía el tupido manto verde oscuro de las arboledas y el negro y teja de las casas. Sobrevolamos los prados y las ciénagas del lado opuesto del río y, cerrando el círculo para regresar, pasamos sobre el majestuoso óvalo blanco y verde del Stadion. El piloto, sabedor de nuestra condición de visitantes olímpicos, dio una segunda vuelta sobre el coliseo.

—¡Ahora sí que me siento un ángel! —gritó Ricardo entusiasmado.

Qué pequeñas debieron verse desde allí las proezas atléticas, las jugadas inverosímiles de los partidos, las paradas, los *goals*, incluso los gritos de la multitud el día de la retirada checa. Alegrías y angustias parecerían insignificantes titubeos de hormigas. Recordé mis esfuerzos al atravesar a empujones la multitud para llegar a Ricardo, que ahora me envolvía con sus brazos, como un paracaídas.

La vida me pareció un paisaje lleno de recuerdos, visto desde arriba.

Ricardo me besó y fue el único momento en el que cerré los ojos.

Sami le dijo algo al piloto, que elevó un pulgar por todo comentario. De pronto, inclinó el morro del aeroplano y lo dejó caer como una gaviota hacia el bocado que ha visto bajo el mar.

Ricardo no dejó de gritar, ni siquiera cuando el avión volvió a elevarse y dio la vuelta sobre sí mismo, dibujando un rizo en el aire.

Al aterrizar, sanos y salvos, nos dieron un diploma que certificaba nuestro vuelo, incluyendo acrobacias. Ricardo consideró aquel pedazo de papel una humillación, sentía que había hecho el ridículo y quería matar a Sami. Pep se justificó:

—Entiéndelo, Cardo. No me iba a quedar sin acrobacias solo porque a ti te diera un poquito de respeto. Ahora estamos en paz.

—En paz, ¿por qué?

—Por el mechero no repuesto y por el tango que me debía Elena.

Y nos dejó para volar otra vez.

—¿Otra vez? ¡Podías haber hecho ahora las acrobacias!

—¿Y qué te crees que pienso hacer?

Pobre del que subiera al avión con él. A Sami le encantaban los saltos, vueltas, giros y volteretas. De no hacerse futbolista, habría sido saltimbanqui de circo.

Asentado el estómago, Ricardo y yo comimos algo en la feria. Por fin solos. Era el momento de sacar un tema delicado.

—Has estado colosal —le dije.

—Déjate de tomaduras de pelo. Tú también estabas blanca.

—Lo digo en serio. Te daba miedo volar y lo has hecho por mí.

—Quería compensarte por lo que te dije. Debí parecerte un idiota.

—Sí. Pero lo de colosal lo digo también por otra cosa.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—*Yo Colosal* eres tú, ¿no?

Me miró en silencio.

—Vaya, vaya... *Touché*. ¿Cómo lo has sabido?

—Todos lo saben. La culpa es tuya: te has alabado demasiado.

—¿Y qué querías que hiciera? Hago partidos increíbles y ¿qué dicen algunos? «Estuvo bien, aunque un poco alocado», o «Adornándose con ese estilo suyo, para la galería»... Yo no me adorno. Si salto es porque llego antes y si despejo con el codo es para que no carguen contra mí, o para iniciar un contraataque... ¿Se adorna Sami cuando chuta y se da la vuelta como una peonza? ¿O cuando brinca al correr para que lo vean desmarcado? ¿O Charlie Paddock cuando salta para romper la cinta en la meta? No, ese es su estilo. Pues yo tengo el mío. Y si no lo dice nadie, lo dirá *Yo Colosal*.

—De acuerdo, estás en tu derecho. ¡Pero que no parezca que lo ha escrito tu abuela, hombre!

—En el de Italia me puse verde, por la expulsión. Aunque... la verdad es que no conté todo.

—¿No? ¿Qué dijiste?

—Dije... que le di una patadita, nada más. Pero es imposible explicar ciertas cosas... Además, escribir no es lo mío.

—Pues pide ayuda.

—¿A ti?

—¿Se te ocurre alguien mejor?

Me sonrió calmado.

—No.

Suspiró y nos contemplamos un rato en silencio. Habíamos dado un paso más, no había duda. Entre los dos fluía un río grande y caudaloso que ocultaba bajo su aspecto calmado la energía de mil torrentes; una mirada sin engaños, que acepta las cosas como son.

Sonrió para no ensombrecer el momento.

—¿Qué voy a hacer sin ti cuando nos separemos?

—Pues... volverás a casa siendo internacional. Le pedirás al señor Hans Gamper que te suba el sueldo... —Atusé unos fingidos bigotes imitando los del presidente del Barcelona.

—Oye oye, que no soy profesional —protestó.

—Ya ya, pero bien que se organizan por Barcelona para que os llegue el dinerito sin que se note. ¿O es que Sesúmaga juega allí por gusto?

—¡Que estamos en los Juegos Olímpicos! Cambiemos de tema.

—Como quieras. Empiezo otra vez. Volverás siendo internacional y tal vez subcampeón. Después de los Juegos —y subrayé con cómica inmodestia— y de mi crónica, claro está, también serás famoso, que es algo que te encanta y se te da de maravilla, pero... —interrumpí su incipiente protesta—, lo mejor: dejarás de discutir conmigo todo el tiempo.

Ricardo asintió y se mordió uno de sus labios antes de hablar:

—Pues eso último lo voy a echar de menos.

—Sí. Yo también.

Estiró su brazo sobre la mesa y su mano se abrió para anudarse con la

mía. Volvió el largo río, aunque ya no tuvimos ganas de sonreír.

25

—¡Señores, solo queda un partido! El último, el más importante.

La voz de Argüello sonaba sincera y vibrante en el comedor, ya tan familiar, de Le Progrès. Bartrina nos había convocado a todos antes de la pequeña final y escuchábamos con devoción el penúltimo discurso en Amberes del elocuente gallego:

—Vosotros los futbolistas sois todos unos inconscientes que no sabéis lo que valen las cosas. ¡Si os liais a patadas con los balones, que cuestan seis duros! —Las palabras de Argüello arrancaron risas y aplausos—. Gracias al talento del señor Bergvall que hizo un reglamento incomprensible, y a Zamorita que es el único que dice que lo entiende, estamos a punto de jugar la *petite finale* contra los holandeses. No tengo nada contra ellos, pero ganaron a los suecos por cinco *goals* a cuatro y por su culpa se quedaron hechos unos cafres. Así que ¡habrá que devolverles el favor, eliminándolos! —Arrancó un aplauso breve y apuntó con su índice al techo—. Si ganamos...

—¿No hemos de ganar, pues? —interrumpió Pichichi, que recibió la aprobación de la audiencia—. ¿Y para qué jugamos, entonces?

—Gracias por la apostilla, señor Moreno Aranzadi.

—Pichichi para usted y toda la gente seria, caballero.

—Prosigo, *mutatis mutandis*: cuando ganemos, decía, seremos subcampeones olímpicos, que es igual que decir los segundos del mundo. ¿Dónde están los agoreros que decían que no llegaríamos tan lejos? ¿Dónde? Aquí mismo —se señaló teatral—. Yo lo reconozco, porque ¡quién lo iba a suponer cuando en mayo no teníamos ni Federación ni dinero ni equipo! ¡Si pensé que tendríamos que trasladar la oficina otra vez al colmado de Julián Ruete y jugar al fútbol con calabazas! —Hizo una pausa abarcándolos a todos

con la mirada—. Hoy, por fin, estamos todos, porque se ha unido a nosotros nuestro enviado especial al mundo de los enemas, don Ramón González. ¡Pido un aplauso para él! —El aludido se puso en pie agradeciendo el saludo y al sentarse hizo un gesto simpático, como si le doliese en sálvese la parte, que hizo reír a todos. Argüello levantó su copa—: ¡Propongo un brindis! — Todos nos incorporamos y alzamos nuestros vasos—. ¡Por el Comité Olímpico aquí representado por Bartrina; por los amigos de la prensa; por los técnicos presentes y por los que no pudieron venir, y por el presidente en funciones, que es el menda lerenda, con alpargatas o sin ellas, y sobre todo...! ¡Por este equipazo! ¡Porque mañana la fortuna os hará inmortales!

Esta vez el discurso de Argüello fue comprensible y sincero, y hasta Isidro lo vitoreó.

Todos querían jugar aquel último partido, pero nadie sacó el tema. Respetaban demasiado a Bru. No había más que verlo, rodeado de jugadores, integrado, riendo como uno más.

Por la noche, papá se encontraba algo mejor y bajé a escribir al comedor de los desayunos. Al terminar, encontré al entrenador sentado a solas en uno de los sillones del hotel. Fumaba sumergido en sus pensamientos. Ante él, en una mesita baja, tenía una carta y los instrumentos de escribir.

—¿Nervioso, don Francisco?

—No, hija. Estaba... recordando.

—Pues yo sí. Por *petite* que sea, lo de mañana es una final olímpica. Nada menos.

—Parece mentira, ¿verdad?

De pronto me preocupó molestar.

—Si prefiere estar solo...

—No no... Al contrario, siéntate. Estoy harto de esta soledad. Uno se mete en estas cosas del deporte para hacer amigos, ¿sabes? Y ya ves.

—Y los ha hecho.

—Sí. Y muy buenos. De los que puedes ver durante veinte años seguidos sin cansarte nunca, o no verlos nunca y parece que has estado con ellos ayer. Aunque no de entrenador.

—Su labor aquí ha sido impresionante —dije. Bru soltó una de sus risillas, como una tos, que le torcían el bigote—. En serio, no se ría. Los

jugadores eran unos niñatos, peleando siempre todos contra todos, y los ha convertido en un equipo.

—Gracias, Elena. Ojalá mi familia pudiera verme como tú. Uno necesita ese respeto y reconocimiento en casa. Ahí se siente la peor soledad, te lo aseguro. —Hizo una pausa y sonrió.

»Estaba recordando el día del desayuno, cuando todos se pusieron a cantar y a regalarme cosas... —Mostró los objetos a medida que los iba nombrando—. Este es uno de aquellos cigarros y este el encendedor. Y con el estilógrafo acabo de escribir esa carta. Con ese día ya estoy pagado; pero ganar mañana... Eso sería perfecto.

—¿Y podemos ganar?

Se inclinó hacia mí y habló en voz baja:

—Escucha y no se lo digas a nadie. —Sacudió su cabeza negando—. No podemos; vamos a ganar. —Me sorprendió su convicción—. Este partido no habría ni que jugarlo. El deporte es así: luchas para construir una máquina viva, un organismo que piensa y actúa a la vez, que disfruta de lo que hace. Y cuando lo tienes..., porque ahora lo tengo, mañana lo verás, es algo fugaz. Nunca dura, siempre hay que volver a empezar. Pero por un regalo del destino, en vez de jugar un partido sin importancia, lo de mañana es una final.

—Qué lástima que no puedan ver esto en España.

—Pero se lo contarán. Para eso estáis vosotros aquí, para recordárselo.

Arrugué la nariz.

—Pero no es lo mismo.

—La gente viene a vernos para divertirse, por pasión, por insultar al árbitro, qué sé yo, cualquiera de esas cosas... Pero nos admiran cuando demostramos que valemos más juntos que por separado. Todos necesitamos recordar eso, no solo los que van al fútbol. Ojalá todo funcionara así, sin egoísmos. Como un equipo ideal. Aportando cada uno lo mejor que pueda dar. Y eso sí se puede contar. Vaya... —bromeó socarrón—, creo que este puro tiene algo que me está poniendo elocuente. Vas a pensar que soy Melquíades Álvarez.

Varios trenes especiales llegaron el domingo desde Holanda. Por los

alrededores de la estación circulaban avispados vendedores ambulantes empujando carritos repletos de bufandas, escarapelas y toda clase de prendas y objetos con sus colores nacionales, incluyendo el naranja, símbolo de la monarquía de Guillermina de Orange. Los policías los echaban de las aceras, pero ellos se las arreglaban para toparse con los grupos de holandeses. Los españoles éramos tan escasos que solo en los alrededores del Stadion se podían adquirir los productos semejantes con nuestra bandera.

La petite finale, como la llamaba la prensa belga, se convirtió en la última gran fiesta de masas de la VII Olimpiada. Y eso que la lluvia tampoco quiso perdersela.

—Definitivamente —dijo Rubryk—, en Flandes se ha puesto el sol.

Desde que a alguien se le ocurrió escribir sobre «la furia española», no nos quitábamos de encima la mística de los viejos tercios. Era un buen *slogan*.

El Stadion se iba llenando poco a poco. Entre los primeros espectadores, apareció precisamente Abraham, acompañado del más pequeño de sus hijos, un muchacho espigado, idéntico a él. Su español había mejorado durante aquellas tres semanas, salpicado —eso sí— de jotas y erres vigorosas.

—Hoy no jise perrder momento de gloria. España nos honjra a sus hijos más lejanos. Viejo Abraham quiere pedir a ustedes un favor. Deseo saludarr al señor Samorra. *Goalkeeper* Samorra —reiteró temiendo pronunciar mal su nombre—. ¿Es posible?

—Claro claro —contestó papá, que me miró cediéndome el honor.

—Pues habrá que entrar en el vestuario. —Acaricié mi mejilla pensativa—. A mí no me dejarán, les buscaré a alguien.

Intenté localizar a Bartrina, pero nadie de los comités asomaba aún en los palcos. Se me ocurrió pedírselo a Rubryk, que acompañó muy honrado a aquel venerable compatriota honorario y a la sangre de su sangre que lo seguía a todas partes en silencio.

Aún tenía una sonrisa en la boca cuando vi a Juanito muy apagado, en su pupitre de la zona de prensa. Desde que Lola se había marchado el viernes por la tarde, no había vuelto a hablar con él.

—¿Cómo va eso, Balompédico?

—Bueno... —Sonrió con amargura—. No hay quien os entienda a las

mujeres —se quejó.

—Di mejor a Lola. Pero tal vez no hay que entenderla, Juan. Solo hay que quererla.

—¡Si se dejara! Yo diría que lo que hay que hacer es aguantarla. Pero... —Me miró con su sonrisa pícara—. ¿Tú cuántos años tienes, chiquilla? ¿No sabes que solo los mayores de edad pueden dar consejos a un funcionario de Hacienda?

—Después de lo que he vivido este año, el que viene cumplo diez más, de golpe, creo.

—Cuéntame, ¿y tú, con Ricardo...? ¿Qué vais a hacer?

Podía haber dicho muchas cosas. Me encogí de hombros antes de contestar:

—¿Escribirnos?

—Buf... Eso es muy peligroso.

—Con gente normal, sí. Pero él es futbolista. Me acabará mandando postales. Y recortes de prensa que hablen de él.

Rio.

—Bueno..., siempre te quedarán los martes, como a mí con Lola. Tú sabrás de él por los resultados deportivos y yo... Leeré su columna de ecos de sociedad. Por cierto, cambiando de tema... Deberías dedicarte a esto. —Y susurró—: Me gustan tus artículos.

—Pero ¿es que todo el mundo lo sabe?

—Sí. Pero nadie dirá nada. Tu padre seguirá siendo siempre Rampoleón. Y tú deberías tener tu propio sello. Por ejemplo, podrías escribir todo lo que ha pasado aquí. Pero todo, no solo lo deportivo. Ha sido increíble.

—¿Por qué no lo haces tú?

—No tengo paciencia. Hago esto por diversión y lo de Hacienda para que me tomen en serio.

—Igual dentro de unos años —añadí con timidez—. Aunque para entonces, a lo mejor me parecerá algo sin importancia.

Sacudió la cabeza.

—No lo creo. Es la vida, Elena. La vida no pasa de moda.

Isidro había colocado los diez uniformes en el banco de madera del vestuario. Los calcetines negros, el pantalón, esta vez blanco, y las camisetas con el cierre de cordón y el león rampante.

Los jugadores esperaban con más ilusión que nervios la lista de titulares. No había más lesión que las molestias de Otero y solo Ricardo sabía que jugaría seguro. Pero esta vez no había malas caras en el vestuario, sino ganas, muchas ganas.

Bru y Argüello se reunieron para comentar algo en voz baja en una esquina.

La puerta se abrió y apareció Rubryk.

—Zamora, ¿puedes salir un momento?

Ricardo se acercó intrigado y Román se explicó:

—Elena me ha pedido que te presente a un amigo muy peculiar. Te aseguro que merece la pena.

Salieron y Román hizo las presentaciones, contándole que los antepasados de Abraham salieron de España siglos atrás, en fin, la historia que yo le había explicado, más la que le contara Abraham por el camino.

—Senjoren, jerría conoser a tan joven hérrroe de la Olimpiada, señor Samorra, un plaserr grande.

—¿A mí? Tanto gusto, señor —contestó Ricardo estrechando su mano—. Usted dirá.

Abraham puso unas pequeñas lentes ante los ojos, sacó un papel de su chaqueta y lo desdobló con parsimonia leyendo:

—Joven, el trroso de suelo que hoy defiendes es mucho más que tu *goal*. Es el suelo de tu país. Jugad con dijnidad. Esto no es solo juego para nosotros. Hacéis que Abraham y familia sentir muy orgullosos de ser viejos españoles. Yo digo: grrasias, Samorra. —Le dio el papel a su hijo y abrazó a Zamora, dándole dos besos energéticos en las mejillas—. Ahorra ve y di a tus compañerros.

—Descuide.

—*Shalom*, Samora. Grrasias, grrasias... —Abraham se inclinaba con cada palabra al despedirse. Y levantando ambos puños en el aire, con bastón

incluido, gritó con energía—: Por todos, por patria... ¡Venser! ¡Venser!

—Sí, señor. A vencer.

Ricardo imitó su gesto. Abraham y su hijo dieron media vuelta y se fueron. Ricardo estaba tan asombrado como Rubryk, que había permanecido en segundo término hasta entonces.

—Menudo personaje —resopló Ricardo—. ¿Ha dicho que es español? Habla tan raro...

—Bueno... Un país es muchas cosas, hijo.

Ricardo regresó con sus compañeros y contó lo sucedido.

Poco después, Bru daba la alineación de memoria, plantado ante el equipo:

—En la puerta, Zamora.

—¡Dale, Ricardo! —gritó alguien, probablemente Ramón González.

—Señores, silencio... —Belauste mandó callar—. Solo habla el entrenador.

—En defensa, Vallana y Arrate.

Varios compañeros los felicitaron con palmoteos, consolando con un guiño a Otero, que seguía fastidiado de su pie.

Bru miró a Carrasco y se decidió a hablar, haciendo una excepción:

—Lo siento, Manolo, sé que esperabas una oportunidad. Pero he sido defensa y sé que no puedo cambiarlo todo en el último partido.

—Son los mejores, míster. Pero gracias por la explicación.

Bru continuó:

—En el mediocampo, Samitier, Belauste y Sabino. —También miró a Eguiazábal, pero esta vez no dijo nada. Tampoco el jugador, que se limitó a asentir—. Y en la delantera, sin el resucitado —se refería a Pagaza—, Moncho Gil, Sesúмага, Patricio, Pichichi y Acedo. Esos son los once.

—¡A cambiarse! —gritó Belauste, aunque no habría hecho falta.

Se rompió el silencio y todo fueron abrazos, palmotadas y gritos de ánimo. Entre ellos, el «¡Vencer! ¡Vencer!» del viejo Abraham.

El Stadion estaba apreciablemente lleno, con más de catorce mil espectadores, según comentaba alguien del comité organizador.

El árbitro, Monsieur Putz, y sus linieres salieron primero, encabezando el desfile de jugadores. Handicap suspiró, le habría ilusionado ser linier en la

final.

—¡Una lástima! ¡A saber cuándo volveremos a tener una ocasión así!

Argüello y Bru habían recomendado al colegiado belga para dirigir la final y la organización les hizo caso.

Putz no pudo evitar guiñar el ojo a Zamora cuando se estrecharon la mano, recordando sin duda la expulsión. Mariano Arrate también se dio cuenta y bromeó de nuevo:

—¿Ves tú? Te digo yo que a este le gustas, Zamorita.

Los once del equipo se reunieron en un círculo, abrazados. Alguno, entre ellos, habló. La piña se apretó con fuerza, las manos se unieron en el centro y un poderoso «Hurra» resonó en el Stadion.

Después, cada uno ocupó sus posiciones en el campo; un claro uno, dos, tres, cinco; el mismo dibujo del contrario. La *pequeña final* olímpica estaba a punto de comenzar.

Miles de gargantas holandesas sepultaban los gritos de apoyo de los nuestros. Los compañeros hablaban del goleador Groosjohan, del peligroso Van Rappard, de Von Heijden, de Bulder... Sonó el pitido inicial y el balón rodó sobre la hierba. Nerviosa, busqué la mano cálida de papá. Él miraba el campo, tranquilo; en paz. Sobre nuestras cabezas, las gaviotas sobrevolaban el estadio olímpico de Amberes, entre el humo que ascendía a jirones desde las gradas. El sol formaba un círculo metálico detrás de las nubes, con brillo de plata. Todo un presagio.

Sonreí. No podía pedir más.

EPÍLOGO

Como había anticipado Bru, el equipo español ganó el partido y, por tanto, la medalla de plata en la inolvidable Olimpiada de Amberes, su primera participación internacional.

De regreso a Irún, a las siete y media de la mañana del 9 de septiembre, los laureados olímpicos fueron recibidos como héroes por las multitudes y desde aquel día el fútbol se convirtió en el deporte rey de nuestro país —si es que no lo era ya— superando a los toros, la llamada fiesta nacional.

En un principio, por una cicatería inexcusable, solo recibieron medalla los futbolistas que habían jugado algún partido. Más adelante se las entregaron también a Ramón González y Manuel Carrasco, que no habían llegado a lucir el león de Brabante en el pecho en partido oficial, pero sin duda la merecían, por haber estado allí. La Federación, sin embargo, no escatimó para condecorar con distintivo especial al mérito deportivo a los señores Argüello, Ruete y Berraondo, aunque los dos últimos ni siquiera pisaron Amberes. Por cierto, ese día Argüello no llevaba alpargatas.

Nadie se acordó de Paco Bru. Un año después, a propuesta de Hans Gamper, el seleccionador recibió, mal y tarde, una condecoración de menor categoría. Como alguna vez me había dicho el mismo Bru en Amberes: «En España se perdonan los errores, pero no se perdonan los sueldos». Y tampoco se olvidan los desplantes a los poderosos, añado yo. Por simpático que me resultara Argüello —que lo era—, se ocupó personalmente de que se cumplieran tan funestas máximas.

A pesar del éxito de Amberes, al doctor Manuel Zamora —padre de

Ricardo— siguió sin hacerle gracia que su hijo se dedicara solo a jugar al fútbol. García Alsina, colega de profesión, le hizo observar un día:

—Manuel, tu hijo no será nunca médico, pero con su ejemplo puede hacer por la salud de los españoles casi tanto como Ramón y Cajal. De otra manera, claro está, pero desde luego, más que nosotros.

En efecto, la fama de Ricardo creció y creció dentro y fuera de nuestras fronteras, hasta un punto inverosímil, jamás logrado por un deportista. Lo reclamaban en todas partes y llegó a hacerse tan célebre en el mundo entero que decían que solo Chaplin era más conocido que él. Su figura y su estilo eran imitados por los guardametas del mundo y todos los niños querían ser como él. Sirva como ejemplo que, al proclamarse la Segunda República, el líder soviético Josef Stalin quiso saber el nombre del nuevo presidente español para felicitarlo. «Alcalá-Zamora se llama, padrecito», le dijeron. Y él reaccionó de inmediato preguntando: «¿Zamora, el futbolista?».

El año que Ricardo no pudo jugar con el Español por diferencias legales de ese club con el Barcelona ganó más dinero que nunca con exhibiciones y partidos amistosos dentro y fuera de España. Su sola presencia provocaba que se llenaran pabellones y estadios. No solo en España, también en sus giras por Sudamérica, donde llegaron a regalar un *chalet* al primer rival que consiguiera marcarle un *goal*.

En los años treinta, protagonizó películas de cine usando su propio nombre y fama y se convirtió en el profesional mejor pagado de la historia al fichar por el Real Madrid por una cantidad ingente de dinero, para la época.

Ricardo publicó sus memorias en 1931 (algo inaudito para un hombre de solo treinta años). Quien busque mi nombre en ellas no lo encontrará. Lo hizo, en primer lugar, en honor a su esposa, Rosario de Grassa, y en mi opinión fue un gesto elegante, porque el pasado, pasado está, y lo privado debe separarse de lo público siempre que sea posible; incluso para un dandi con fama de galán, como él.

De todas formas, quien sepa leer entre líneas esas memorias me encontrará en ellas. Es evidente que yo era aquella joven extranjera del hotel de Madrid. Yo fui, tal vez, parte de otras «amigas» que cita aquí y allá, como «esa chica con la que paseaba y con la que podía hablar de todo»... No me importó ese anonimato, al contrario. Me pareció un gesto cómplice y elegante

por su parte. Él sabía que yo era dueña de publicar mi propia versión de la historia, si lo deseaba.

Nos volvimos a encontrar en plena Guerra Civil española, un año después de que los periódicos de medio mundo lo dieran por muerto, al confundir el cuerpo de un asesinado en la Ciudad Universitaria de Madrid con el suyo. Para mi desazón, no fue la única vez que anunciaron su fallecimiento en aquel conflicto. Él mismo se vio muerto cuando fue encarcelado en la cárcel Modelo de Madrid y escuchaba, noche tras noche, su nombre en las listas de presos que sacaban en secreto de la prisión y que jamás regresaban con vida.

Tras muchas peripecias, consiguió llegar sano y salvo a Francia y en 1937 Ricardo y yo volvimos a encontrarnos, en París. Ya no éramos dos niños y fue otro momento mágico y maravilloso de mi vida. Tal vez algún día me decida a contar esa parte de la historia.

En cuanto a papá...

Llegó un tiempo en el que ya ni siquiera me llamaba Emma. Simplemente, dejó de reconocernos a la tía Angelita, a Béatrice, a mí...

Una tarde escapó de casa. Nos temimos lo peor. Lo encontré en la estación de Atocha, sentado en un banco, contemplando los techos y charlando —supuse— con un amigo imaginario. No sabría decir por qué, pero me parece que creía estar en la estación central de Amberes, hablando con Pep Samitier, porque cuando se levantó para irnos preguntó por su paraguas, tal como lo hizo entonces, y eso que estábamos en uno de los veranos más secos que se recuerdan.

Semanas más tarde, el exhausto corazón de papá se paró y Rampoleón se marchó para siempre. Su entierro reunió a los viejos amigos de la profesión y a muchos de los deportistas citados en este relato; excepto al marqués de Villamejor, que había fallecido meses antes.

Siguieron unos años tristes. A Pichichi se lo llevó una epidemia de tifus que hubo en Bilbao y también desapareció para siempre el pequeño cañonero y máximo goleador de Amberes, el noble Félix Sesúmaga.

Conviene recordar aquí que antes de que el doctor Fleming descubriera la penicilina, la más leve infección podía complicarse y arrancar de este mundo

a los más jóvenes y llenos de vida, como eran aquellos muchachos; como antes había sucedido con mamá.

Además de ellos, se fueron también varios atletas que habíamos conocido en aquel verano olímpico, como Mendizábal, muerto en la guerra de Marruecos, al igual que uno de los sobrinos del marqués, José de Figueroa, medallista de plata en Amberes con el equipo de polo, a quien tuve el placer de conocer el día que visitamos su casa.

No seguiré adelante con el dramático recuento porque el paso del tiempo y, sobre todo, la Guerra Civil, harían la lista demasiado larga y penosa. Solo diré que entre las más dolorosas para mí estuvo la desaparición prematura de Javier Bartrina, el médico de la familia, que murió poco después que mi padre, como si quisiera seguir cuidando de él en el otro mundo.

Yo fui a Toulouse y estudié. Volví a ver a René Petit durante su servicio militar; fuimos alguna vez al cine y a bailar. No pasamos más allá de construir un recuerdo encantador. Luego él se instaló en Irún y la vida no quiso que volviéramos a coincidir.

Hice muchas colaboraciones en periódicos españoles y franceses que me abrieron las puertas, algunos años después, de una de las primeras emisoras de radio de Francia. Allí conocí a Pierre, mi marido. Con el tiempo, conseguí mi propio programa en una emisora. Pierre y la radio se convirtieron en mis grandes amores de estos años y a ambos les he confesado más de una vez pequeñas partes de esta aventura; pero hasta ahora nunca había contado la historia completa.

Años atrás, deshaciendo la casa de Madrid con mi hermana Béatrice, encontré mis viejos cuadernos con notas de los tiempos de Amberes y, con ellos, las fotografías, los recuerdos y el álbum de mis primeros artículos escritos, mano a mano, con papá. La casualidad quiso que fueran once los artículos y once los titulares que los encabezaban. Al leerlos, volví a sumergirme en aquellos años tan felices, tan llenos de promesas e ilusiones. Sobre todo al compararlos con estos, en los que las máquinas y los ideales amenazan de nuevo el futuro, con sus negros nubarrones. Sentí el irrefrenable deseo de sentarme a teclear y así nació esta —llamémosla así— crónica de un

verano feliz. Otra cosa será publicarla; eso ya se verá. Solo deseo que al leerla nadie piense que se trata de algo sin importancia, por poco que tolere el fútbol y por mucho tiempo que haya transcurrido. No busco la fama, revelar secretos ni ofender a nadie; mi única intención ha sido, si acaso, contar la vida. Y eso, como me dijeron entonces, no debería pasar de moda.

E. Di. Lagrange, Toulouse, 1939

A B C EN AMBERES CRONICA DE LA VII OLIMPIADA

Llegó el momento culminante, el de gran emoción; en la tarde del domingo 5 iba a jugarse el partido último del campeonato, y en él se decidía cuál de los dos equipos contendientes iba a ocupar el segundo lugar en el gran torneo y cuál el tercero.

Todos pensábamos en España, y para todos era cosa de honor el que el nombre de la querida Patria quedara a la mayor altura posible.

Hay que hacer constar que los jugadores todos disputábanse con el mayor ahinco el defender los colores patrios. Yo estaba convencidísimo de que en ese partido los nuestros *habían* de jugar. Y así fué. De los cinco partidos en que lucharon los españoles (fué la única nación España que jugó cinco partidos en ocho días), el primero contra Dinamarca, y este último contra Holanda, fueron los mejores. Contra Italia

se jugó bien, pero Italia fué flojo enemigo.

Con la habitual lluvia (*En Flandes se ha puesto el sol*, no me cabe duda) y con una concurrencia de cerca de 25,000 almas comenzó el encuentro. En una de las tribunas del Stadium nos hallábamos reunidos buen número de españoles. La nerviosidad entre nosotros era enorme.

El equipo holandés es un gran equipo; rápidos en el juego, combinan y pasan bien. Desde luego se veía que dominaba la técnica del juego. Son valientes en el ataque, que casi siempre llevan hasta el *goal* contrario; únicamente les falta algo de más precisión en el chutar. No hay duda alguna que es un equipo de mucho cuidado.

Presentamos nosotros el siguiente *team*: Zamora, Arrate, Vallana, Semiter, Belauste, Eguiazabal, Moncho, Pichichi, Patricio, Sesumaga, Acedo.

Comienza el juego atacando los nuestros en bonita combinación; Sesumaga larga un *chut* enorme, que da en un larguero. Nos animamos todos; si persistían en jugar así, la partida era nuestra. Contraatacan los holandeses, pero nuestras defensas cubren muy bien el puesto. Nos asalta un temor: los medicos flojean. Belzuste, al que hay que trilitar toda clase de elogios por la fe y entusiasmo con que ha jugado todos los encuentros, está resentidísimo de la relajación de un músculo de la pierna; sin embargo, se esfuerza cuanto puede, pero se le ve la imposibilidad; los extremos hacen poco. En cambio los delanteros cumplen bien, y Arrate y Vallana ayudan con toda el alma a los medios. A Zamora se le ve seguro. Ganamos, decimos entre nosotros. Y para corroborar esta impresión, Sesumaga, a los siete minutos, de un soberbio *chut* hace el primer tanto. Boinas y sombreros van por el aire.

A los treinta y cinco minutos, Sesumaga, de otro gran *chut*, nos coloca el tanto número dos. La victoria era nuestra con un poco de táctica.

En el segundo tiempo los holandeses atacan con mayores bríos; pero nuestra puerta era infranqueable. Vallana y Arrate defienden con tesón, y en última instancia Zamora no deja pasar nada.

Tiran los nuestros un golpe franco, y Pichichi, el viejo jugador, colocado perfectamente, remata de cabeza, y sumamos el tanto número tres.

Ya no hay duda. Ni aún después de hacer un tanto los holandeses, debido a una intempestiva salida de Zamora, en primer lugar, y a resbalar el balón en la cabeza de Arrate cuando oportunamente acudió éste a salvar la situación.

Terminó el partido con tres tantos los nuestros por uno los contrarios; allí en el campo, los holandeses, dando una nobilísima prueba de caballerosidad y espíritu deportivo, felicitaron a los nuestros por el triunfo; bien lo merecieron, que bien jugaron.

Hurras, vivas, gritos de alegría y de satisfacción dábamos sin cesar; nuestro contento no tenía límites. España quedaba en este gran torneo de naciones en honorosísimo puesto. A la valentía y al entusiasmo de los futbolistas se debía.

¿Cuál fué la impresión causada entre las demás naciones? Enorme. No creían que en España el deporte tuviera tal desarrollo. Nos creían boreros a todos.

Por la noche, para celebrar el triunfo, el secretario del Comité Olímpico Español, doctor Bartrina, d'ó una comida en nombre del Comité a todos los futbolistas, a la que fueron invitados el cónsul de España en Amberes, Sr. Yebra; el vicecónsul, Sr. Castell, y algunos españoles de la colonia.

Al terminar, el cónsul, en sentidas palabras, felicitó a los jugadores y brindó por los Reyes de España y Bélgica, por la Patria y por los bravos muchachos que tan honrosamente han sabido defender, deportivamente, el pabellón nacional.

El Sr. Bartrina tuvo también frases laudatorias para ellos, brindando por España y el engrandecimiento del deporte.

Y con esta nota agradable, llenos nuestros pechos de las vivísimas impresiones de aquellas tan inolvidables luchas, a la mañana siguiente emprendíamos todos el regreso a la grande España, satisfechísimos de la labor cumplida.

La VII Olimpiada ha de ser, seguramente, para nosotros el punto de partida de nuestro engrandecimiento deportivo, que, al fin y al cabo, no será otra cosa que el engrandecimiento físico de nuestra raza.

RUBRYK.

AGRADECIMIENTOS

A Nuria y a Emma, mis amores, por todo lo tangible y lo intangible.

A mi madre, a mi hermana y a Rafa, por lo contable y lo incontable; a mis sobrinas, por prestarme sus nombres, aunque no todos permanezcan en la novela, y a Jesús Cobaleda, paciente galeno de guardia, siempre cómplice de mis novelerías.

No puedo olvidar tampoco a Félix Martialay, por sus consejos y sus insondables trabajos sobre Amberes.

Gracias muy especiales a Manuel Ríos y Tatiana Rodríguez, por abrir la puerta a este libro, a veces lo más difícil.

A Claudia Bernaldo de Quirós, por acompañarme a cruzar el umbral. A Raquel Gisbert, Emilio Albí y los demás habitantes de ese mundo ignoto llamado Planeta por acogerlo.

Y a ti, lector, que haces que vivan sus palabras.

A todos, mi agradecimiento.